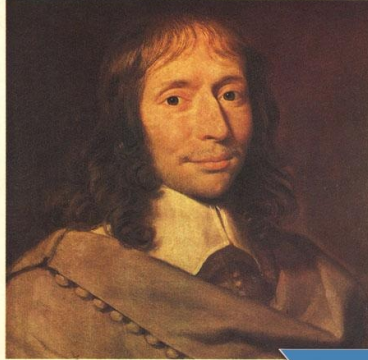


Blaise
Pascal
Pensamientos

Introducción, traducción y notas de
Carlos Pujol



Lectulandia

Los Pensamientos de Blaise Pascal (1623-1662) no es un libro póstumo sino, en feliz expresión del mejor y más reciente analista de la obra pascaliana, Michel Le Guern, «los papeles de un muerto», la reunión de las notas y observaciones recogidas por Pascal para escribir un libro que, desde la heterodoxia de la escuela jansenista de Port-Royal, pretendía hacer la apología de la religión cristiana. Lo que se encontró a su muerte apenas consistía en «un montón de pensamientos apartados para una gran obra», según su sobrino, que redactó el prefacio a la primera edición de los Pensamientos, aparecida en 1670. El estado de inacabamiento de la obra y el correr de los siglos parecen haber negado al libro lo que quería ser, una apología religiosa. Bajo ella subyace lo que hoy resulta más actual en Pascal: una visión totalmente nueva del hombre, considerado desde el ascetismo jansenista, que ya habían practicado antes Séneca y sus seguidores, de quienes Pascal recoge, por ejemplo, la idea nuclear de su comprensión de la condición humana: la agitación, la inquietud, que motiva la constante huida del hombre fuera de sí para evitar verse, mirarse en el espejo propio, recapitularse entre los dos cabos y fines de su existencia: «El hombre no es más que una caña, el más débil de los seres creados, pero una caña pensante»... Y eso son los Pensamientos, la apasionada lamentación lírica de una condición humana que sufre.

Lectulandia

Blaise Pascal

Pensamientos

ePub r1.0
Tellus 04.03.14

Título original: *Pensées*
Blaise Pascal, 1670
Traducción: Carlos Pujol

Editor digital: Tellus
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Introducción

Pascal es un hombre único en la historia, un genio atormentado e inclasificable al que no sabemos si hay que llamar escritor; teólogo parece claro que no, ensayista suena a demasiado frívolo, filósofo es posible, aunque los filósofos propiamente dichos se niegan a aceptarle entre los suyos. Digamos que es alguien que escribe de una manera singularísima e inolvidable sobre la condición humana y sobre la fe.

Nada parecía augurar que la posteridad le recordase por estas razones. En los primeros años de su vida entrevemos a un niño excepcionalmente dotado, un niño prodigio que se educa en un ambiente muy favorable para el desarrollo de su talento natural y que se orienta muy pronto hacia las ciencias. A pesar de su corta edad, asombra a todos los que le conocen, Blaise Pascal será un sabio antes de haber aprendido a ser hombre.

Pero no un sabio a escala familiar o en el pequeño marco provinciano del Cermont-Ferrand en que nació, sino un sabio en París con resonancia europea; que a los diecisiete años publica el Tratado de las secciones cónicas, que discute con Descartes de igual a igual, que explica el experimento de Torricelli, que despierta la admiración del primer matemático francés de su tiempo, el gran Fermat, con quien descubre el cálculo de probabilidades.

Y toda esta elucubración científica resulta que puede armonizarse con ideas muy prácticas; es él también quien inventa una máquina aritmética, considerada como la primera máquina de calcular, con objeto de facilitar la tarea a su padre, que recaudaba impuestos por procedimientos no siempre benignos.

Y en los últimos meses de su vida, cuando le imaginábamos absorto en las prácticas de piedad y en obras caritativas, aplica su ingenio a las carrozas de cinco sueldos, es decir, coches públicos que hacen un trayecto regular entre dos barrios de París, el primer antecedente de los modernos ómnibus. Su intención no era lucrarse, sino reunir fondos para socorrer a los pobres de Blois, pero no deja de admirar el sentido práctico de esta iniciativa.

Y al lado del sabio y del inventor hay otro aspecto importantísimo en Pascal, una característica que va a acompañarle durante toda su existencia: será un enfermo desde el mal misterioso que le ataca cuando apenas cuenta dos años, hasta la larga «postración» (flangueur dice su hermana) del período final, pasando por la crisis de 1647 y que sucede inmediatamente a la primera de sus conversiones.

Porque en esta personalidad tan fuera de lo común no bastó una conversión religiosa; hubo un momento en que ciertos discípulos de Saint-Cyran conmueven profundamente a toda la familia y la hacen de una parte mucho más devota, y de otra marcada por un enfoque espiritual próximo a lo que luego se llamará la herejía jansenista; pero Pascal no estaba dispuesto a renunciar a su trabajo científico y no parece que se produjera un cambio absoluto y definitivo en él.

Le contraría que su hermana Jacqueline ingrese en el monasterio de Port-Royal, se opone a tal proyecto y no tarda en iniciarse lo que se llama su «período mundano». Trata sin duda a amigos si no libertinos, al menos indiferentes y más o menos tocados de escepticismo, lee con mucho interés a Epicteto y a Montaigne, y, desde el punto de vista de los rigurosos devotos influidos por Jansenio, debía de parecer completamente descarriado.

Por estos años, entre el 1652 y el 1653, se sitúa quizá un episodio amoroso, o tal vez se trate de una simple leyenda, de un equívoco. Lo seguro es que el Blaise Pascal que consta legítimamente un hijo natural llamado Jean no era nuestro autor, y es casi también seguro que no es obra suya el Discurso sobre las pasiones del amor.

Lo que sí es cierto es que el Pascal de estos años se preocupa activamente por cuestiones muy terrenales: hace acopio de dinero, lo invierte, compra una tienda, se dedica a un negocio de desecamiento de pantanos, sigue fabricando máquinas aritméticas y desde luego piensa en contraer un ventajoso matrimonio.

Luego, «la segunda conversión», con el famoso éxtasis del 23 de noviembre de 1654. Se

ha hablado de un accidente de coche del que salió ileso, pero parece que esta anécdota novelesca también hay que descartarla; no hubo tal accidente, como lo más probable es que tampoco hubiera amores, ni lícitos ni ilícitos, la biografía pascaliana es trepidante de puertas para adentro, pero tiene una superficie que se resiste a cualquier explotación imaginativa.

El Pascal de estos años frecuenta Port-Royal, trata de convertir a sus amigos mundanos y en seguida se mete de cabeza en la sonora polémica de las Provinciales, el vibrante panfleto antijesuítico en el que hay verdaderas dotes de escritor, pero también una saña y una soberbia poco acordes con una espiritualidad rectamente entendida.

Soberbio hasta el desprecio más cruel y el ataque personal se muestra así mismo en sus relaciones con otros sabios, está convencido de su superioridad, de su razón, e idéntica cerrazón pone en polemizar en favor de los jansenistas contra los jesuitas que en humillar a los demás científicos cuando se discute el tema de la llamada «roulette», lo que modernamente los geómetras llaman cicloide.

Hasta que la enfermedad vuelve a abatirle de nuevo, interrumpiendo sus actividades, entre las cuales quizá figure ya el borrador de su apología de la religión cristiana. Y mientras, llega el fin de Port-Royal, la firma del «formulario» que significa el sometimiento de los rebeldes al Papa y a los obispos.

Enfermo y cansado de tanta polémica, Pascal se dedica a las prácticas ascéticas, a la oración y a las obras de caridad. Es el último período, hasta que muere a los treinta y nueve años, de este hombre lleno de paradojas, excesivo y truncado, genial e incandescente, al que recordamos por uno de los manuales de inquietud religiosa más portentosos de todos los tiempos.

Éste es lo que la posteridad tituló *Pensamientos*, una de las obras más leídas y admiradas del mundo, una de las que más profundamente han influido en sus lectores, y que en rigor casi no es un «libro», diríase más bien que un montón confuso y desordenado de apuntes que Pascal tomaba en los últimos años de su vida haciendo acopio de materiales para un proyecto que nunca llegó a elaborar.

A su muerte lo único que nos dejó fue un rimero de hojas y papelitos en una caligrafía casi ilegible, un texto en estado embrionario que contiene diversas fases de la redacción, desde la simple nota apresurada que posteriormente había que desarrollar, hasta el pasaje ya en su redacción definitiva. Revoltillo de esbozos impregnados de la ansiedad que le consumía al ver que se le acababa el tiempo.

De hecho, no se trata de un solo libro, sino de muchos. Este insólito magma obliga a cada editor a ordenarlo a su manera, en el fondo, seamos sinceros, según la idea preconcebida que tiene de Pascal; las piezas del mosaico son las mismas, pero el orden en que se disponen, las prioridades que se establecen, las relaciones de los fragmentos entre sí según su proximidad o el lugar que ocupan nos dan cada vez un autor distinto.

En los fragmentos 65 y 66 de la edición Chevalier el propio Pascal parece profetizar lo que ocurrirá con su obra: «Como si los mismos pensamientos», escribe, «no formasen otro cuerpo de ideas al disponerse diferentemente, como las mismas palabras forman otros pensamientos por su diferente disposición. Las palabras diversamente ordenadas componen y los sentidos diversamente ordenados provocan efectos diferentes».

Así es, y en consecuencia estamos condenados a enfrentarnos con una especie de puzzle que cada cual organiza a su modo, haciendo destacar lo que le interesa, lo que juzga esencial, dejando en la sombra otros aspectos, estableciendo un orden que ilumina de forma muy variada las palabras ya de por sí a menudo oscuras, ambiguas, incompletas y carentes de acabado que escribió Pascal.

Formalmente, lo que caracteriza, pues, a los *Pensamientos* (título póstumo, de una extraordinaria vaguedad y que sin duda no hubiera sido del gusto de Pascal) es la dispersión preparatoria, la sucesión de chispazos que alumbran intuiciones o razonamientos destinados a formar parte de un libro que no llegó a nacer.

Cada editor nos propone su hipótesis de lo que hubiera sido este libro inconcluso, que no puede leerse de un tirón, de cabo a rabo, porque en él todo es eruptivo, hecho de exclamaciones, quejas, gritos, arrebatos, razonamientos a veces sin enlazar que deberían completarse o pulirse. Un terremoto interior fue liberando este material verbal y reflexivo que hoy nos asombra y nos deslumbra, y que no es de utilización fácil.

Leámosle a sorbos caprichosos, aceptando su penumbra, sus cosas a medio decir, entre el germen de la idea abreviada en un rápido esbozo y la expresión final de su pensamiento. Nadie, pues, como él permite al lector tanto margen de libertad, nos deja tanto espacio para

leer e interpretar a nuestro modo lo que nos dice.

Este borrador de una ambiciosa idea que la muerte no le dejó perfilar refleja muy bien al hombre a medio hacer, a medio resolver, tironeado entre la angustia y la esperanza. Su pensamiento negro y fulgurante, profundo y contradictorio, no podía acabar formando un sistema cerrado y coherente, todo Pascal está en su violento lenguaje de temor y temblor que inquieta abandonándonos a una experiencia vertiginosa.

Él se propuso un objetivo claro, hacer una «apología de la religión cristiana», pero nadie lee esta obra como apologética, sino como un espejo de crispaciones espirituales, y su característica más acusada es precisamente su falta de claridad, su carácter equívoco. Ni los creyentes se reafirman en su fe ni los incrédulos se inclinan ante Dios, en este sentido el intento de Pascal fue un completo fracaso.

Pero eso sí, unos y otros se desazonan ante este apologista patético que conmueve, agita, hace de aguijón trascendental, borra seguridades, agrieta las certidumbres de creer y no creer, empujándonos hacia una terrible oscuridad en la que reinan las «razones del corazón que la razón no entiende».

Nadie permanece en la indiferencia, nadie sale indemne de su lectura, todo el mundo se siente aludido hasta las últimas raíces, pero lo paradójico es que no convence. Ya en el siglo XVIII Voltaire decía enojadamente que no al «misántropo sublime», como él le llama, y el catolicismo siempre ha apreciado poco las buenas intenciones de esa especie de nuevo Padre de la Iglesia semijansenista.

¿Hay que identificar el cristianismo con esta desolación del hombre que se pinta alegóricamente como un condenado a muerte en una oscura mazmorra que es el mundo? Desde una arriesgada tierra de nadie, dentro de la Iglesia, pero al borde mismo de la herejía, Pascal es prisionero de un pesimismo que sobrecoge sin llevarnos a ninguna parte. No es un maestro, sino un agitador.

Digámoslo claramente, quizá sea imprescindible, pero no resulta simpático, no atrae; según unos le falta humor, según otros un sentido del matiz, de la comprensión, que no le humaniza. El pobre Voltaire, tan empeñado en que las cosas fuesen razonables, se desesperaba con él, pero lo cierto es que después de leerle se hace difícil encontrar razonable la vida.

Su palabra absoluta, intransigente, rompe toda medida, enfrentándonos con la imagen más solitaria y trágica de nosotros mismos. Su intención era que todo eso concluyera en la entrega sin condiciones a Dios, pero los caminos por los que aspira a conducirnos a este fin son tan escépticos e inhumanos que inevitablemente provoca el rechazo.

¿Somos así? ¿Cañas pensantes, sombras inconscientes de vanidad, distraídas, «divertidas» —es decir, desviadas, según su famosa expresión— con los juegos más fútiles, la caza, el billar, la pelota? ¿Qué pensaría Pascal del fútbol, de las revistas ilustradas, de la televisión, de la pornografía, del sufragio universal? ¿Qué sentencias atroces de severidad no tendría para un género de vida que recomienda la «relajación», la frivolidad, el ocio, el placer?

Y no obstante, hoy como antaño seguimos leyendo a Pascal —y muchísimo más que a Voltaire, que parece más acorde con la vida moderna—, refunfuñando por sus excesos, oponiéndole mentís, reservas, objeciones; pero continuamos leyéndole fascinados, más que por la certeza de todo lo que nos dice, por la fuerza irresistible de su llamada a interesarnos de veras por qué somos, de dónde venimos, adonde vamos.

No soluciona nada, no explica nada —o al menos no explica nada convincentemente—, nos irrita con su mezcla de lucidez y patología, de criterios científicos y de actitudes absolutas y desencarnadas, con su hosquedad a un tiempo inteligente y cerril, ingenua y hondísima, pero le necesitamos como una amarga medicina que preserva de las comodidades mentales.

Creyentes y agnósticos, escépticos y hombres de fe, filósofos y lectores del montón, todo el mundo pasa por él, se irrita, le corrige o le contradice, pero pasa por él, y esta experiencia le transforma en mayor o menor medida; luego vuelve a sus convicciones, a sus negativas o a sus dudas, pero jamás olvidará del todo esa extraña interpelación a las actitudes últimas del hombre.

«Yo venero en Pascal el arquetipo mismo del creyente que cree al pie de la letra, que sabe que lo que le han enseñado es verdad, y no hay que imaginarse que eso es muy corriente en la Iglesia», dice François Mauriac en las Memorias interiores, y a su manera el juicio no es disparatado, aunque sólo alude a la faceta más favorable del escritor.

Pero otro católico, Claudel, también tiene razón cuando explica a Gide en una de sus

cartas: «Lo que reprocho a Pascal es haber maltratado y calumniado la naturaleza humana, no sólo la manchada por el pecado, sino incluso la creada por Dios y glorificada por la gracia. Eso no es un cristianismo, es un mal humor de enfermo».

Ésta es otra perspectiva del personaje, la relación de su obra con una biografía llena de paradojas. Lo que sabemos de él, mediatizado por el fervor familiar, por los recelos (muy justificados), de la ortodoxia, por la interminable polémica jansenista que aún colea, por las interpretaciones de los estudiosos modernos, ofrece una imagen difícil de explicar.

Incómodo e incompleto, extraño y apasionante, Pascal nos ofrece una de esas lecturas que pueden hacernos sentir vértigos angustiosos, pero que restablecen en su justa medida el valor que hay que atribuir a cada preocupación; sería una imprudencia abandonarnos sin más a la enseñanza crispada y oscura de su misantropía, pero no haberle leído equivale a renunciar a un mensaje sustancial.

Sobre todo en los tiempos que vivimos, inundados de banalidad que nos avasalla desde los medios de información. Por eso conviene recordar lo que decía un personaje de Proust, que recomendaba irónicamente en vez de leer el periódico todos los días y a Pascal una vez al año, invertir los términos, leer cotidianamente a Pascal y hojear muy por encima una vez al año un periódico cualquiera.

CARLOS PUJOL

Cronología

1623 El 19 de junio nace en Clermont-Ferrand, en la Auvernia, hijo del magistrado Étienne Pascal y de Antoinette Begon; la familia del padre era de modestísima nobleza, la madre pertenecía a un linaje de mercaderes. En esta fecha habían nacido ya dos hijas del matrimonio, en 1617 Antoinette, que murió en seguida, y en 1620 Gilberte.

1625 Sufre una misteriosa enfermedad, todavía inexplicada, con trastornos intestinales, atrofas de los miembros y fobias, de la que al parecer sana gracias a una curandera. Nace su hermana Jacqueline.

1626 Muere su madre.

1631 La familia se instala en París, donde Étienne Pascal, que frecuenta el trato de hombres de notable cultura, se ocupa activamente de la educación de sus hijos.

1634 Étienne Pascal renuncia a su cargo y se dedica a los negocios. Blaise y Jacqueline, según se les considera en París, son niños excepcionalmente bien dotados.

1638 Étienne Pascal, que ha protestado por una medida fiscal, tiene que salir de París para escapar a la Bastilla.

1639 Jacqueline obtiene del cardenal Richelieu el perdón para su padre, quien es enviado a Ruán como intendente de Su Majestad para los impuestos.

1640 La familia en Ruán. Blaise Pascal publica su primera obra científica, Tratado de las secciones cónicas.

1641 Boda de Gilberte Pascal con su primo Florín Périer, colaborador de su padre.

1642 Blaise inventa una «máquina aritmética», considerada como la primera máquina de calcular, con objeto de ayudar a su padre en los cálculos de impuestos.

1646 Toda la familia, incluyendo a los esposos Périer, sufre la influencia de unos discípulos de Saint-Cyran que les hacen profundizar en la devoción inculcándoles una espiritualidad próxima a lo que luego va a conocerse con el nombre de jansenismo. Blaise continúa con sus trabajos científicos.

1647 Se agrava su enfermedad con parálisis de piernas, jaquecas y dolores de estómago. Para completar su curación, en compañía de su hermana Jacqueline se traslada a París, donde tiene dos entrevistas con Descartes. Publica Nuevas experiencias respecto al vacío.

1648 Étienne Pascal vuelve a París, y allí sus hijos frecuentan el monasterio de Port-Royal, ya directamente influidos por la espiritualidad jansenista.

1649 Durante los disturbios de la Fronda la familia se refugia en Clermont-Ferrand, en casa de los Périer. Blaise sigue trabajando en su máquina.

1650 En noviembre la familia Pascal está de regreso en París.

1651 Muere Étienne Pascal. Jacqueline decide ingresar en el monasterio de Port-Royal, pero su hermano se opone a este propósito.

1652 Jacqueline ingresa en Port-Royal, y se supone que por esta época se inicia el llamado «período mundano» de Pascal. Trata asiduamente a unos amigos indiferentes en religión y más o menos escépticos, se apasiona por Epicteto y Montaigne, y quizá durante una estancia en la Auvernia (1652-1653), tiene amores con una joven; pero todo lo relacionado con este período es muy confuso y discutible. Carta a la reina Cristina de Suecia por el envío de la máquina aritmética.

1653 Pocos días después de que una bula del papa Inocencio X condenase cinco proposiciones de Jansenio, Jacqueline toma el velo en Port-Royal. De este año son diversas obras científicas y un viaje al Poitou en compañía de sus amigos mundanos.

1654 Escribe más obras científicas, y quizá entre setiembre y octubre sufre una nueva crisis espiritual que le acerca de nuevo a su hermana Jacqueline, a la que visita frecuentemente. Por fin, en la noche del 23 de noviembre se produce la «segunda conversión», con el famoso éxtasis cuyo testimonio es el Memorial que llevará siempre

cosido a su ropa.

1655 En enero, primer retiro en Port-Royal, a donde volverá para diversas estancias breves como amigo y discípulo de los «solitarios»; se le asigna como director espiritual a Le Maitre de Saci, y de un diálogo entre ambos nacerá el Coloquio con el señor de Saci sobre Epicteto y Montaigne, publicado en 1728. En el curso de la primavera trata de convertir a uno de sus amigos mundanos, el duque de Roannez, y sigue su vida en París, transformado espiritualmente pero sin adoptar aún un género de vida ascético.

1656 En enero pasa unos días de retiro en Port-Royal, por las mismas fechas en que el Gran Arnauld es condenado por la Sorbona; decide entonces defenderle y llevar la polémica al público, y así el 23 de enero aparece anónimamente la primera de las Cartas provinciales, interviniendo de este modo en la controversia que enfrentaba a los jesuitas con el jansenismo de Port-Royal. El gran éxito del libelo le mueve a publicar durante este año quince cartas más, mientras el 24 de marzo su sobrina, Marguerite Périer, cura instantáneamente de una fistula lacrimal al contacto de una reliquia de la Santa Espina que se conserva en Port-Royal de París (Pascal, muy impresionado por el hecho, lo aduce como argumento en favor de que Dios señala así la justicia de la causa que defiende).

1657 Entre enero y marzo se publican las dos últimas Provinciales, y la obra, que se incluye en el Índice en el mes de setiembre, se publica en forma de libro atribuyéndolo a «Louis de Montalte». De esta época son también los Escritos sobre la Gracia (que aparecerán póstumamente en 1119) y unos Elementos de geometría para las escuelas de Port-Royal. Tal vez empieza a trabajar en su obra sobre la Verdad de la religión cristiana, cuyas notas constituyen lo que hoy llamamos Pensamientos.

1658 Gran actividad científica y polémica. Quizá en el curso del otoño, en Port-Royal expone ante diversos amigos el proyecto de su apología de la religión cristiana.

1659 Desde comienzos de año sufre una nueva enfermedad muy grave que le tiene postrado interrumpiendo todas sus actividades.

1660 Entre mayo y setiembre, estancia en la Auvernia, donde empieza a poner por escrito sus Pensamientos. Después de su regreso a París escribe su Oración para el buen uso de las enfermedades. Lleva una vida muy austera y se preocupa constantemente de socorrer a los pobres.

1661 Es el año decisivo para Port-Royal, que, después de largas discusiones, se somete aceptando la firma del llamado «formulario». Jacqueline Pascal, que se había opuesto a la sumisión, muere el 4 de octubre, y su hermano renuncia definitivamente a toda polémica.

1662 Mientras se dedica de lleno a la caridad y a sus devociones, la enfermedad se agrava, y a fines de junio se hace llevar a casa de los Périer; allí firma su testamento (3 de agosto) y, después de recibir el viático y la extremaunción, muere el 19 de agosto a la una de la madrugada, a los treinta y nueve años de edad.

Prefacio general

PROPÓSITO, ORDEN Y PLAN DE LA OBRA

EL INTERÉS Y EL DEBER DEL HOMBRE: CÓMO CONSEGUIR QUE LOS DESCUBRA Y QUE SE SUJETE A ELLOS

1. *Orden.* Los hombres desdeñan la religión; la odian y temen que sea verdadera. Para curar ese mal hay que empezar por demostrarles que la religión no es contraria a la razón, que es venerable, inspirar respeto por ella; luego, presentarla como digna de ser amada, haciendo desear a los buenos que sea verdadera; y finalmente mostrar que es verdadera.

Venerable porque conoce muy bien al hombre; digna de ser amada porque promete el verdadero bien.

2. Los condenados no saldrán de su asombro al ver que se condenan por su propia razón, por la cual aspiraban a condenar la religión cristiana.

3. Dos excesos: excluir la razón, no admitir más que la razón.

4. Si todo se somete a la razón, nuestra religión no tendrá nada de misterioso ni de sobrenatural. Si se violentan los principios de la razón, nuestra religión será absurda y ridícula.

LOS CAMINOS DE LA CONVICCIÓN: HACER QUE LOS HOMBRES VUELVAN A SU CORAZÓN

5. *Prefacio.* Las pruebas metafísicas de la existencia de Dios están tan alejadas del razonamiento de los hombres y suponen tantas otras cosas, que impresionan poco; y aunque sirviesen para algunos, sólo servirían mientras ven esta demostración, pero una hora más tarde ya temen haberse equivocado. *Quod curiositate cognoverunt superbia amiserunt.*^[1]

Ésta es la consecuencia de conocer a Dios sin pasar por Jesucristo, comunicarnos sin mediador con el Dios al que se ha conocido sin mediador. Mientras que los que han conocido a Dios por mediador conocen su miseria.

6. Es digno de notarse que ningún autor canónico se sirvió de la naturaleza para demostrar la existencia de Dios. Todos tienden a hacerlo creer. David, Salomón, etc., jamás dijeron: «No existe el vacío, luego hay un Dios». Debían de ser más inteligentes que los más inteligentes de épocas posteriores, que utilizaron todos semejante argumento. Éste es un hecho de gran importancia.

7. Si es un indicio de debilidad demostrar la existencia de Dios por la naturaleza, no hay que desdeñar la Escritura; si es un indicio de superioridad haber conocido tales contradicciones, apreciemos la Escritura.

8. No considero esto como una teoría, sino que me atengo a la naturaleza del corazón del hombre. No hablo movido por un celo devoto y desapegado, sino según un principio puramente humano y por un impulso de interés y de egoísmo. Y porque es algo que nos afecta tanto que no puede dejar de turbarnos el hecho de tener la certeza de que después de todos los males de la vida una muerte inevitable que nos amenaza a cada instante nos pondrá infaliblemente dentro de no muchos años en la horrible necesidad de permanecer eternamente o aniquilados o desventurados.

9. La voluntad de Dios, que ordena todas las cosas con suavidad, introduce la religión en el entendimiento por las razones y en el corazón por la gracia. Pero querer introducirla en el entendimiento y en el corazón por medio de la fuerza y de las amenazas equivale a introducir no la religión, sino el terror, *terrorem potius quam religionem.*^[2]

10. En todo diálogo o razonamiento hay que poder decir a los que se enojan: ¿De qué os quejáis?

11. Comiencese por compadecer a los incrédulos: ya son suficientemente desventurados

por el hecho de serlo. Sólo sería lícito injuriarles en el caso de que ello les fuera útil; pero no es así, sino que les daña.

12. Hay que compadecer a los ateos que buscan la verdad, pues ¿no son acaso ya suficientemente desventurados? Combátase en cambio a los que alardean de ateísmo.

13. ¿Y aquél se burlará del otro? ¿Quién ha de burlarse de quién? Y sin embargo éste no se burla del otro, sino que le compadece.

14. Quien luce su ingenio en el hablar es de mala condición.

15. ¿Queréis que los demás os tengan en buen concepto? No habléis bien de vosotros mismos.

16. Hay que compadecer a unos y a otros; pero por unos hay que tener una compasión que nace del afecto, y por otros una compasión que es hija del desdén.

DISCERNIMIENTO DE LAS MENTES

17. Cuanto más talento tiene alguien, más hombres originales ve a su alrededor. Las personas vulgares no descubren ninguna diferencia entre los hombres.

18. Hay muchas personas que oyen el sermón de la misma manera que oyen vísperas.

19. Dos clases de personas igualan las cosas, como las fiestas a los días de trabajo, los cristianos a los clérigos, todos los pecados entre sí, etc. Y de ahí unos sacan la conclusión de que lo que no deben hacer los sacerdotes también está vedado a los cristianos; y otros la de que lo que es lícito hacer a los cristianos está permitido a los sacerdotes.

20. *Universal*. Moral y lenguaje son ciencias particulares, pero universales.

ENTENDIMIENTO DE GEOMETRÍA Y ENTENDIMIENTO DE SUTILEZA

21. *Diferencia entre entendimiento de geometría y entendimiento de sutileza*. En uno los principios son palpables, pero alejados del uso común; de tal suerte que requiere un esfuerzo volver la cabeza en esta dirección, por falta de costumbre; pero una vez hecho esto, se ven los principios en su plenitud; y sería necesario tener un juicio completamente equivocado para razonar mal acerca de principios tan grandes que es casi imposible que se nos escapen.

Pero en el entendimiento de sutileza los principios están en el uso común y ante los ojos de todo el mundo. No es preciso volver la cabeza ni violentarse; basta con tener buena vista, pero hay que tenerla buena; porque los principios son tan finos y tan numerosos que es casi imposible que algunos no se nos escapen. Ahora bien, la omisión de un principio conduce al error; por lo tanto, hay que tener la vista muy clara para ver todos los principios, y luego tener buen juicio para no razonar falsamente sobre principios conocidos.

Todos los geómetras serían, pues, sutiles si tuviesen buena vista, ya que razonan bien sobre los principios que conocen; y los entendimientos sutiles serían geómetras si pudiesen adecuar su visión a los principios inhabituales de la geometría.

En consecuencia, la causa de que algunos entendimientos sutiles no sean geómetras estriba en que no pueden en modo alguno orientarse hacia los principios de la geometría; pero lo que hace que los geómetras no sean sutiles es que no ven lo que tienen ante sí, y que habiéndose acostumbrado a los principios claros y tajantes de la geometría, y a no razonar hasta después de haber visto y manejado debidamente sus principios, se pierden en las cosas de sutileza, donde los principios no se dejan manejar de este modo. Apenas se ven, se sienten más que verse; cuesta un esfuerzo infinito hacerlas sentir a aquellos que no las sienten por sí mismos: son cosas tan delicadas y tan numerosas que se necesita un sentido muy delicado y muy claro para sentir las y juzgar de un modo recto y justo según este sentimiento, a menudo sin poderlas demostrar por orden como en geometría, porque no poseemos sus principios, y sería una tarea infinita intentar poseerlos. Es preciso verlo de una vez, de un solo golpe de vista, y no con un razonamiento progresivo, al menos hasta cierto punto. Y por eso es raro que los geómetras sean sutiles y que los sutiles sean geómetras, ya que los geómetras quieren tratar geoméricamente esas cosas sutiles y caen en el ridículo queriendo empezar por las definiciones y seguir por los principios, lo cual no es la manera de proceder en esa clase de razonamiento. No porque la mente no lo haga, sino porque lo hace tácita, naturalmente y sin artificio, pues la expresión corresponde a todos los hombres y el sentimiento sólo pertenece a unos pocos.

Por el contrario, las mentes sutiles, al estar acostumbradas a juzgar de golpe, se extrañan tanto —cuando se les presentan proposiciones en las que no comprenden nada, y en las que para iniciarse hay que pasar por definiciones y principios tan estériles, que no están acostumbrados a ver así en detalle—, que sienten repugnancia y se apartan.

Pero las mentes que razonan mal nunca son ni sutiles ni geométricas.

Los geómetras que sólo son geómetras tienen, pues, una mente aguda, con tal de que se les explique bien todas las cosas por medio de definiciones y principios; de otro modo se equivocan lamentablemente, porque sólo saben razonar basándose en principios bien aclarados.

Y los sutiles que sólo son sutiles carecen de la paciencia necesaria para descender hasta los primeros principios de las cosas especulativas y de imaginación, que nunca han visto en el mundo, y que no tienen nada que ver con la experiencia.

EL BUEN JUICIO

22. Diversas clases de buen juicio; irnos en cierto orden de cosas, pero no en las demás, en las que disparatan.

Unos sacan las consecuencias debidas fundándose en pocos principios, y eso es tener buen juicio.

Otros sacan bien las consecuencias de cosas en las que hay muchos principios.

Por ejemplo, unos comprenden bien los efectos del agua, en la cual hay pocos principios; pero las consecuencias son tan sutiles que sólo una extremada finura de juicio puede penetrar en ellas.

Y éstos quizá no sean por ello grandes geómetras, porque la geometría comprende un gran número de principios, y hay entendimientos que pueden abarcar bien pocos principios hasta el fondo, pero son incapaces de comprender las cosas en las que hay muchos principios.

Existen, pues, dos clases de entendimientos: uno que capta viva y profundamente las consecuencias de los principios, y éste es el entendimiento de sutileza; otro, que comprende un gran número de principios sin confundirlos, y éste es el entendimiento geométrico. Uno es fuerza y justeza de mente, otro es amplitud de mente. Ahora bien, lo uno puede existir sin lo otro, ya que la mente puede ser fuerte y estrecha, y puede ser también amplia y débil.

23. Los que están acostumbrados a juzgar por el sentimiento no comprenden nada de las cosas del razonar, porque quieren entenderlo todo de golpe, y no están acostumbrados a buscar los principios. Y los otros, por el contrario, que están acostumbrados a razonar por principios, no comprenden nada de las cosas del sentimiento, buscando en él principios, incapaces de verlo de golpe.

LAS REGLAS DEL JUICIO. DIVERSIDAD Y UNIDAD

24. *Geometría, sutileza.* La verdadera elocuencia se ríe de la elocuencia, la verdadera moral se ríe de la moral; es decir, que la moral del juicio se ríe de la moral de la mente, que carece de reglas.

Pues es al juicio a quien pertenece el sentimiento, como las ciencias corresponden a la mente. La sutileza es parte del juicio, la geometría forma parte del entendimiento.

Reírse de la filosofía es filosofar de veras.

25. Los que juzgan una obra sin reglas son, respecto a los demás, como los que tienen un reloj respecto a los que no lo tienen. Uno dice: «Hace dos horas»; otro dice: «Sólo han pasado tres cuartos de hora». Yo miro mi reloj y digo al primero: «Sin duda os aburrís», y al otro: «El tiempo os pasa volando»; porque ha pasado una hora y media; y me río de los que me dicen que para mí el tiempo cuesta de pasar, y que opino de él caprichosamente; porque no saben que mido el paso del tiempo por mi reloj.

26. Del mismo modo que se estropea la mente, se estropea también el sentimiento.

La mente y el sentimiento se forman por medio del trato con los demás. Se estropea la mente y el sentimiento por medio del trato. O sea que la buena o la mala compañía lo forman o lo estropean. Es, pues, muy importante saber elegir a quien tratamos, para formarse y no estropearse; y es imposible elegir bien si uno no está ya formado y no estropeado. Lo cual viene a ser un círculo vicioso, y afortunados los que salen de él.

27. Naturaleza diversifica artificio imita e imita y diversifica.

28. La diversidad es tan amplia que todos los tonos de voz, todas las maneras de andar, de toser, de sonarse, de estornudar... De entre todas las frutas se distingue la uva, de entre la uva el moscatel, y luego condrieu, y luego desargues, y por fin este injerto. ¿Y hemos terminado? ¿Acaso existen dos racimos iguales? ¿Acaso un racimo tiene dos granos iguales?, etc.

Yo nunca he juzgado una misma cosa exactamente del mismo modo. No puedo juzgar mi obra haciéndola; tengo que hacer como los pintores, alejarme de ella; pero no demasiado.

¿En qué medida, pues? Adivinadlo.

29. *Diversidad*. La teología es una ciencia, pero al mismo tiempo ¡cuántas ciencias contiene! Un hombre es una unidad, pero si se le examina anatómicamente será la cabeza, el corazón, el estómago, las venas, cada vena, cada parte de vena, la sangre, cada humor de la sangre.

Una ciudad, un campo, de lejos es una ciudad y un campo; pero a medida que nos acercamos son casas, árboles, tejas, hojas, hierbas, hormigas, patas de hormiga, hasta el infinito. Todo eso estaba dentro del nombre de campo.

30. Las lenguas son cifras en las que las letras no se transforman en letras, sino las palabras en palabras; por eso una lengua desconocida es descifrable.

31. La naturaleza se imita: una semilla arrojada en buena tierra produce fruto; un principio sembrado en una mente clara produce fruto; los números imitan al espacio, aunque sus naturalezas sean tan distintas.

Todo está hecho y ordenado por un mismo dueño: la raíz, las ramas, los frutos; los principios, las consecuencias.

LAS REGLAS DEL JUEGO. LA DIGNIDAD

32. Odio por igual al bufón y al ampuloso: no hay que tener amistad ni con uno ni con otro. Sólo se consulta el oído porque se carece de corazón: su norma es la dignidad. Poeta y no hombre de mundo. Bellezas de omisión, de criterio.

33. Todas las falsas bellezas que censuramos en Cicerón tienen admiradores, y además en gran número.

34. *Epigramas*. El de los dos tuerzos no vale nada porque no les consuela, y no hace más que añadir un rasgo de ingenio a la gloria del autor. Todo lo que solamente es para el autor no vale nada. *Ambitiosa recidet ornamenta*.^[3]

35. Si los rayos cayesen en lugares bajos, etc., los poetas y los que sólo saben razonar sobre cosas de esta naturaleza carecerían de pruebas.

36. Cuando vemos el estilo natural nos quedamos sorprendidos y cautivados, porque esperábamos ver un autor y encontramos a un hombre. En cambio, los que tienen buen gusto y al ver un libro creían tropezar con un hombre, se quedan atónitos al encontrarse con un autor: *Plus poetice quam humane locutus es*.^[4] Honran mucho a la naturaleza los que le enseñan que puede hablar de todo, incluso de teología.

37. Existe un cierto modelo de ornato y de belleza que consiste en cierta relación entre nuestra naturaleza, débil o fuerte, tal como es, y la cosa que nos agrada.

Todo lo que se forma de acuerdo con este modelo nos gusta: casa, canción, discurso, verso, prosa, mujer, pájaros, ríos, árboles, alcobas, trajes, etc. Todo lo que no se ajusta a este modelo desagrade a los que tienen buen gusto.

Y, como hay una relación perfecta entre una canción y una casa que se han hecho según el buen modelo, porque se parecen a este modelo único, aunque cada cual según su género, hay también una relación perfecta entre las cosas hechas de acuerdo con el mal modelo. No porque el mal modelo sea único, puesto que hay una infinidad; sino porque cada soneto malo, por ejemplo, sea cual fuere el falso modelo que se ha seguido, se parece punto por punto a una mujer vestida de acuerdo con este modelo.

Nada ayuda a comprender mejor hasta qué punto un falso soneto es ridículo que considerar su naturaleza y su modelo, y a continuación imaginarse a una mujer o una casa que sigan este mismo modelo.

38. *Belleza poética*. Del mismo modo que se habla de belleza poética, debería hablarse también de belleza geométrica y de belleza medicinal; pero eso no se dice; y la razón de que no se diga consiste en que se sabe muy bien cuál es el objeto de la geometría, y que consiste en pruebas, y cuál es el objeto de la medicina, que consiste en la curación; pero no se sabe en qué consiste el agrado, que es el objeto de la poesía. No se sabe qué es ese modelo natural al que hay que imitar; y a falta de ese conocimiento se han forjado ciertos términos extraños: «siglo de oro, maravilla de nuestros días, fatal», etc.; y a esta jerga se la llama belleza poética.

Pero quien imagine a una mujer de acuerdo con este modelo, que consiste en decir menudencias con grandes palabras, verá a una linda doncella llena de espejos y cadenas, y se echará a reír, porque se sabe mejor en qué consiste el atractivo de una mujer que el atractivo de los versos. Pero los que no lo supieran, la admirarían con tales aderezos; en muchas aldeas la tomarían por la reina; y éste es el motivo por el que llamamos a los sonetos hechos según este modelo las reinas aldeanas.

39. La sociedad no cree que uno entiende en versos si no exhibe la muestra de poeta, de matemático, etc. Pero las personas universales rechazan todas las muestras, y apenas establecen diferencias entre el oficio de poeta y el de bordador.

A las personas universales no se les llama ni poetas ni geómetras, etc.; pero son todas esas cosas, y además jueces de todas ellas. Nadie adivina lo que son. Hablarán de lo que se hablaba cuando han entrado. En ellos no se advierte una cualidad superior a otra, a no ser que se vean obligados a manifestarla; pero se les recuerda, porque también corresponde a esos personajes que nunca se diga de ellos que hablan bien cuando no se habla de cuestiones de lenguaje, y se dice de ellos que hablan bien cuando se tratan de esos asuntos.

Se trata, pues, de un falso elogio el que se concede a un hombre cuando se dice de él, al entrar en la estancia, que es muy hábil en poesía; y es un mal indicio cuando no se recurre a un hombre cuando se trata de juzgar unos versos.

40. Conviene que no pueda decirse de uno que «es matemático», ni «predicador», ni «elocuente», sino tan sólo: «Es hombre de mundo». Esta cualidad universal es la única que me agrada. Cuando al ver a un hombre nos acordamos de su libro es mala señal; yo quisiera que sólo se notase una cualidad cuando se presenta la ocasión de usarla (*Ne quid nimis*);^[5] no sea que una cualidad se imponga y se nos bautice con ella. Que nadie se acuerde de que hablamos bien sino cuando se trata de hablar bien; pero que entonces se piense en ello.

41. El hombre está lleno de necesidades, y sólo aprecia a los que pueden llenarlas todas. «Es un buen matemático», dirán. Pero ahora no necesito para nada las matemáticas; me tomaría por una proposición. «Es un buen guerrero». Me tomaría por una plaza sitiada. Se requiere, pues, un hombre de mundo que pueda acomodarse a toda la generalidad de mis necesidades.

42. Poco de todo. Dado que no se puede ser universal sabiendo todo lo que se puede saber acerca de todo, conviene saber un poco de todo. Ya que es mucho más hermoso saber algo de todo que saberlo todo de una sola cosa; esta universalidad es la más bella. Si se pudiesen tener las dos, mejor aún, pero si hay que elegir conviene elegir ésta, y el mundo lo sabe y lo hace, porque el mundo con frecuencia es buen juez.

43. Por lo común nos convencen más las razones que nosotros mismos hemos descubierto que las que se les han ocurrido a los demás.

44. Cuando un discurso natural pinta una pasión o un efecto, descubrimos dentro de nosotros la verdad de lo que se oye, verdad que no sabíamos que llevábamos en nuestro interior, de tal suerte que nos sentimos movidos a amar a quien nos la hace sentir; porque no nos ha manifestado un bien que era suyo, sino nuestro; y así ese beneficio nos lo hace ver como amable, aparte de que la comunidad de inteligencia que tenemos con él nos inclina necesariamente el corazón a amarle.

45. Los ríos son caminos que andan y que llevan adonde queremos ir.

46. *Lenguaje*. No hay que desviar el entendimiento si no es para que descanse, salvo en el tiempo en que ello sea a propósito, que descanse cuando conviene, y no en otra ocasión; porque quien descansa fuera de ocasión cansa; y quien cansa fuera de ocasión descansa, porque se abandona todo: hasta tal punto la malicia de la concupiscencia se complace en hacer todo lo contrario de lo que se quiere obtener de nosotros sin proporcionarnos placer, que es la moneda a cambio de la cual damos todo lo que se nos pida.

47. *Elocuencia*. Se necesita lo agradable y lo real; pero lo agradable tiene que tomarse de lo verdadero.

48. La elocuencia es una pintura del pensamiento; y así, los que después de haber pintado siguen añadiendo retoques hacen un cuadro en vez de un retrato.

49. *Miscelánea*. Lenguaje. Los que hacen las antítesis violentando las palabras son como los que hacen falsas ventanas por mor de la simetría: la norma por la que se rigen no es hablar con justeza, sino hacer figuras justas.

50. Simetría, en lo visto como conjunto, fundada en lo que no hay motivo para hacerlo de otro modo; y fundada también en la figura humana, de donde que sólo se busque la simetría en anchura, no en altura ni en profundidad.

51. Un mismo sentido cambia según las palabras que lo expresan. Los sentidos reciben de las palabras su dignidad, en lugar de dársela. Hay que buscar ejemplos...

52. Enmascarar la naturaleza y disfrazarla. Nada de rey, papa, obispo, sino *augusto monarca*, etc.; nada de París, capital del reino. Hay lugares en los que hay que llamar a París, París, y otros en los que hay que llamar a la ciudad capital del reino.

53. Carruaje *volcado o tumbado*, según la intención. Derramar o verter, según la intención. (Alegato del señor Le Maître^[6] sobre el cordelero^[7] a la fuerza).

54. Sólo dicen «cortesano» aquellos que no lo son; «pedante», los pedantes; «provincianos», un provinciano, y apostaría que fue el impresor quien utilizó esta palabra en el título de las *Cartas a un provinciano*.

55. *Miscelánea*. Maneras de hablar: Me hubiese querido dedicar a eso.

56. Calidad *aperitiva* de una llave, *atractiva* de un garfio.

57. Adivínesse: «La parte que asumo de vuestra contrariedad». El señor cardenal no quería descubrirse. «Tengo el ánimo lleno de inquietud». Es preferible: «Estoy lleno de inquietud».

58. No me han gustado estos cumplidos: «Os he causado muchas molestias; temo haberos aburrido, temo que esto sea demasiado largo». O nos arrebatan o nos irritan.

59. No fue afortunado decirlo: Excusadme, os lo ruego. De no ser por esta disculpa, no me hubiese dado cuenta que había existido agravio. Si se me permite la expresión, lo único malo es su disculpa.

60. «Apagar la antorcha de la sedición»: demasiado ampuloso. «La inquietud de su genio»: exceso por emparejar dos palabras audaces.

61. Cuando en un escrito se encuentran palabras repetidas y al tratar de corregirlo nos parecen tan propias que lo estropearíamos, hay que respetarlas, son la característica de lo que decimos; y son también la parte de la envidia, que es ciega y que no sabe que esta repetición no es un error en este pasaje; porque no existe regla general.

62. Hay quien habla bien y no escribe bien. Porque el lugar, el auditorio le estimula, y saca de su ingenio más de lo que encuentra en él sin este calor.

EL ORDEN

63. La última cosa que descubrimos al hacer una obra consiste en saber cuál es la que hay que poner primero.

64. Hay autores que hablando de sus obras dicen: «Mi libro, mi comentario, mi historia, etc». Apestan a burgués acomodado, hablando sin cesar de «mi casa». Mejor sería que dijeran: «Nuestro libro, nuestro comentario, nuestra historia, etc.», ya que por lo común en todo eso hay más cosas ajenas que propias.

65. Que nadie diga que no he dicho nada nuevo: la disposición de las materias es nueva; en el juego de pelota uno y otro juegan con la misma, pero uno de ellos la lanza mejor.

Es como si me dijera que me sirvo de las palabras antiguas. Y como si los mismos pensamientos no formasen otro cuerpo de ideas al disponerse diferentemente, como las mismas palabras forman otros pensamientos por su diferente disposición.

66. Las palabras diversamente ordenadas componen un sentido diverso, y los sentidos diversamente ordenados provocan efectos diferentes.

67. Los ejemplos que se eligen para demostrar otras cosas, si quisiéramos demostrar los ejemplos, elegiríamos las otras cosas a manera de ejemplos; porque, como siempre creemos que la dificultad está en lo que se quiere probar, los ejemplos nos parecen más claros y nos ayudan a demostrarlo. Así, cuando se quiere probar una cosa general hay que dar la regla particular de un caso; pero si se quiere demostrar un caso particular habrá que empezar por la regla general. Porque siempre nos parece oscuro lo que se quiere probar, y claro lo que se emplea como prueba; así, pues, cuando se propone una cosa que hay que demostrar, empezamos por imaginarnos que es oscura, y que, por él contrario, lo que tiene que servir como prueba es claro, y de esta manera se entiende fácilmente.

68. Orden. ¿Por qué me decidiré a dividir mi moral en cuatro y no en seis? ¿Por qué estableceré la virtud en cuatro, en dos o en uno? ¿Por qué en *abstine et sustine*^[8] más que en *seguir la naturaleza* o en *cumplir sus deberes particulares sin injusticia*, como Platón u otra cosa? Me diréis que así todo se contiene en una palabra. Sí, pero es inútil si no se explica. Y cuando se explica, una vez se abre este precepto que contiene todos los demás, éstos vuelven a salir tan confusos como antes, que es lo que se quería evitar. O sea que cuando están todos encerrados en uno, están ocultos e inútiles, como en un cofre, y sólo se manifiestan en su confusión natural. La naturaleza los hizo a todos sin encerrarlos unos dentro de otros.

69. La naturaleza puso todas sus verdades cada una en sí misma; nuestro artificio las encierra unas dentro de otras, pero eso no es natural: cada una tiene su lugar.

70. *Orden*. Esta exposición del orden podría ser así: para demostrar la vanidad de toda clase de condiciones, probar la vanidad de las vidas comunes, y luego la vanidad de las vidas filosóficas pirronianas,^[9] estoicas; pero no se guardaría el orden. Algo sé de lo que es y hasta qué punto pocas personas lo entienden. Ninguna ciencia humana puede contenerlo.

Santo Tomás no pudo contenerlo. Las matemáticas lo contienen, pero son inútiles en su profundidad.

71. *Pirronismo*. Escribiré aquí mis pensamientos sin orden y no quizá en una confusión sin propósito: éste es el verdadero orden y que indicará siempre mi propósito por el mismo desorden. Honraría excesivamente a mi materia si la tratase con orden, puesto que quiero demostrar que es incapaz de él.

72. *El orden. Contra la objeción de que la Escritura carece de orden*. El corazón tiene su orden; el entendimiento tiene el suyo, que es por principio y demostración, el corazón tiene otro. No se demuestra que hay que ser amado exponiendo por orden las causas del amor: ello sería ridículo.

Jesucristo, san Pablo, tienen el orden de la caridad, no de la mente; puesto que querían caldear, no instruir. Lo mismo san Agustín. Este orden consiste principalmente en la digresión sobre cada uno de los puntos que tienen relación con el fin, para apuntar siempre hacia él.

EL PLAN

73. *Primera parte*: Miseria del hombre sin Dios.

Segunda parte: Felicidad del hombre con Dios.

O dicho de otro modo:

Primera parte: Que la naturaleza está corrompida. Por la misma naturaleza.

Segunda parte: Que hay un reparador. Por la Escritura.

74. No hay nada en la tierra que no muestre o bien la miseria del hombre o bien la misericordia de Dios; o bien la impotencia del hombre sin Dios o bien el poder del hombre con Dios.

75. El conocimiento de Dios sin el de su miseria da el orgullo. El conocimiento de su misericordia sin el de Dios da la desesperación. El conocimiento de Jesucristo da el término medio, porque en Él encontramos tanto a Dios como nuestra miseria.

Primera parte
EL HOMBRE SIN DIOS

Prefacio

76. *Prefacio de la primera parte.* Hablar de los que se han ocupado del conocimiento de uno mismo; de las divisiones de Charron,^[10] que fatigan y aburren; de la confusión de Montaigne; él comprendió el fallo de un método directo, que evitaba saltando de materia en materia, buscando la buena manera.

¡Qué proyecto más necio el de querer trazar el propio retrato! Y ello no de pasada y contra sus principios, como a todo el mundo le sucede que cae en lo mismo; sino guiado por sus propios principios y con un propósito primero y principal. Porque decir necesidades por azar y por debilidad es un achaque frecuente; pero decir las a propósito ya es insoportable, y decir las de la magnitud de esas...

77. *Montaigne.* Los defectos de Montaigne son grandes. Palabras lascivas; eso no vale nada, a pesar de lo que diga la señorita de Gournay.^[11] Crédulo, *gente sin ojos*. Ignorante, *cuadratura del círculo, mundo más grande*. Sus opiniones sobre el homicidio voluntario, sobre la muerte. Inspira negligencia respecto a la salvación, *sin temor y sin arrepentimiento*. Como el objeto de su libro no era mover a la devoción, no estaba obligado a ello: pero siempre se está obligado a no apartar de ella. Pueden disculparse sus opiniones un poco libres y voluptuosas en algunos accidentes de la vida; pero no se pueden disculpar sus opiniones rematadamente paganas sobre la muerte; puesto que hay que renunciar a toda piedad si no se quiere por lo menos morir cristianamente; y en todo su libro él sólo piensa en morir cómoda y muellemente.

78. Lo bueno que hay en Montaigne sólo puede adquirirse difícilmente. Lo que tiene de malo, quiero decir aparte de las costumbres, se hubiera podido enmendar en un momento, si se le hubiese advertido que se andaba con demasiadas ceremonias y que hablaba demasiado de sí mismo.

79. No es en Montaigne, sino en mí mismo donde encuentro todo lo que veo en él.

80. Yo dediqué mucho tiempo al estudio de las ciencias abstractas; pero lo poco que puede comunicarse en ellas me apartó de su conocimiento. Cuando empecé el estudio del hombre vi que estas ciencias abstractas no son adecuadas para el hombre, y que me extraviaba más de mi condición adentrándome en ellas que los demás ignorándolas. Perdoné a los otros el saber poco de eso. Pero al menos creía haber encontrado muchos compañeros en el estudio del hombre, y que éste es el verdadero estudio que le es propio. Me engañaba: son menos aún los que lo estudian que los que se dedican a la geometría. Sólo por falta de saber estudiar eso se busca lo demás; pero ¿acaso no es ésta tampoco la ciencia que el hombre debe poseer, y que es preferible ignorarse para ser feliz?

81. Hay que conocerse a sí mismo: aunque ello no sirviese para descubrir la verdad serviría al menos para ordenar la vida, y no hay nada más justo.

82. A los hombres no se les puede enseñar a ser hombres de mundo, y se les enseña todo lo demás; y nunca se jactan tanto de saber nada de lo demás, mientras que sí lo hacen de ser hombres de mundo. Sólo se jactan de saber lo único que no han aprendido.

83. Si nos convirtiéramos, Dios sanaría y perdonaría. *Ne convertantur et sanem eos*, Isaías, *et dimittantur eis peccata*,^[12] Marcos, IV, 12.^[13]

Capítulo I

EL LUGAR DEL HOMBRE EN LA NATURALEZA: LOS DOS INFINITOS

84. *Desproporción del hombre.* Allí es donde nos conducen los conocimientos naturales. Si éstos no son verdaderos, no existe ninguna verdad en el hombre; y si lo son, descubre en ellos un gran motivo de humillación, y así está obligado a abajarse de una u otra manera. Y, puesto que no puede subsistir sin creerlos, antes de entrar en mayores investigaciones de la naturaleza, quisiera que la considerase por una vez seriamente y a fondo, que se contemple también a sí mismo, y conociendo qué proporción guarda... Que el hombre contemple, pues, la naturaleza entera en su alta y plena majestad; que aparte su vista de los objetos bajos que le rodean. Que mire esa deslumbrante luz, que es como una eterna lámpara para iluminar el universo; que la tierra le parezca como un punto en comparación con el amplio giro que describe este astro, y que se maraville de que un recorrido tan grande no sea más que algo pequeñísimo si se compara con la curva de los astros que giran por el firmamento. Pero si nuestra vista se detiene ahí, que la imaginación vaya más lejos; antes se cansará de imaginar que la naturaleza de proporcionarle materia. Todo ese mundo visible no es más que un imperceptible pormenor en la inmensidad de la naturaleza. Nada puede darnos una idea aproximada de ello. Por mucho que hinchemos nuestras concepciones más allá de los espacios imaginables, sólo engendremos átomos si los comparamos con la realidad de las cosas. Es una esfera infinita cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. En resumen, la mayor muestra sensible de la omnipotencia de Dios es el hecho de que nuestra imaginación se pierda en este pensamiento.

Que el hombre, reflexionando sobre sí mismo, considere qué es comparado con todo lo que es; que se mire como perdido en ese rincón apartado de la naturaleza; y que, desde esta estrecha mazmorra en la que se encuentra alojado, quiero decir el universo, aprenda a estimar la tierra, los reinos, las ciudades y a sí mismo en su justo valor. ¿Qué es un hombre en medio del infinito?

Pero, para hacerle ver otro prodigio igualmente asombroso, que repare en lo que conoce de las cosas más pequeñas. Que el animal más minúsculo le ofrezca en la pequeñez de su cuerpo, partes incomparablemente más pequeñas, patas con articulaciones, venas en las patas, sangre en las venas, humores en esta sangre, gotas en éstos, humores, vapores en estas gotas; que dividiendo aún más estas últimas cosas agota sus fuerzas en estas concepciones, y que el último objeto al que puede llegar es ahora el de nuestro razonamiento; pensará tal vez que ésta es la pequeñez más extremada de la naturaleza. Quiero hacerle ver en ello un nuevo abismo. Quiero pintarle no sólo el universo visible, sino también la inmensidad que puede concebirse en la naturaleza, dentro de los límites de esa abreviatura de átomo. Que vea en él una infinidad de universos, cada uno de los cuales con su firmamento, sus planetas, su tierra y la misma proporción que el mundo visible; en esta tierra, animales, y finalmente diminutas bestezuelas en las que encontrará lo mismo que antes ha encontrado; y seguirá encontrando lo mismo en lo demás, sin fin y sin reposo, perdiéndose así en esas maravillas, tan asombrosas en su pequeñez como las otras en su magnitud; pues, ¿quién no admirará que nuestro cuerpo, que tan pronto no era perceptible en el universo, imperceptible en el seno de todo, sea ahora como un coloso, un mundo, o, mejor dicho, un todo, respecto a la nada, que no se puede alcanzar?

Quien piense de esta manera se asustará de sí mismo, y al considerarse sostenido en la masa que la naturaleza le ha dado, entre estos dos abismos de lo infinito y de la nada, temblará ante tales maravillas; y creo que, convirtiéndose su curiosidad en admiración, estará mejor dispuesto para contemplarlos en silencio que para investigar en ellos con presunción.

Porque, veamos, ¿qué es el hombre en medio de la naturaleza? Una nada respecto al infinito, un todo respecto a la nada, un término medio entre la nada y el todo. Infinitamente alejado de comprender los extremos, el fin de las cosas y su principio están para él invenciblemente ocultos en un secreto impenetrable, y es tan incapaz de ver la nada de donde le sacaron como el infinito en el que está sumido.

¿Qué puede hacer, pues, sino ver una cierta apariencia del medio de las cosas, en una desesperación eterna de conocer tanto su principio como su fin? Todas las cosas han salido de la nada y son llevadas hasta el infinito. ¿Quién puede seguir tan sorprendentes caminos? El autor de estas maravillas las comprende. Cualquiera otro no puede.

Por no haber contemplado estos infinitos, los hombres se han lanzado temerariamente a investigar la naturaleza, como si tuviesen alguna proporción con ella. Extrañamente han querido comprender los principios de las cosas, y de ahí llegar hasta a conocerlo todo por una presunción tan infinita como su objetivo. Porque está fuera de toda duda que no puede concebirse este propósito sin una presunción o sin una capacidad infinita, como la naturaleza.

Cuando se tiene instrucción se comprende que como la naturaleza grabó su imagen y la de su autor en todas las cosas, casi todas tienen algo de su doble infinitud. Así vemos que todas las ciencias son infinitas y también la extensión de sus investigaciones, pues, ¿quién duda que la geometría, por ejemplo, tiene una infinidad de infinitudes de proposiciones por exponer? Son también infinitas en la multitud y en la sutileza de sus principios; pues, ¿quién puede dejar de ver que los que se proponen como últimos no se sostienen por sí mismos y que se apoyan en otros, que a su vez tienen el apoyo de otros aún, de tal modo que jamás hay un último? Pero hacemos con los últimos que puede aprehender la razón lo mismo que hacemos con las cosas materiales, en las que llamamos punto indivisible a aquel más allá del cual nuestros sentidos ya no descubren nada más, aunque sea infinitamente divisible por su misma naturaleza.

De estos dos infinitos de ciencias, el de la magnitud es mucho más sensible, y ésta es la razón de que sean pocos los que se empeñen en conocer todas las cosas. «Hablaré de todo», decía Demócrito.

Pero la infinidad en pequeñez es mucho menos visible. Los filósofos han querido llegar a ella, y ahí es donde todos han fracasado. Eso es lo que ha dado lugar a esos títulos tan frecuentes, *Sobre los principios de las cosas*, *Sobre los principios de la filosofía*, y otros parecidos, tan orgullosos en el fondo, aunque menos en apariencia, que aquel otro que nos deja estupefactos: *De omni scibili*.^[14]

Nos creemos naturalmente mucho más capaces de llegar al centro de las cosas que de abrazar su circunferencia. La extensión visible del mundo nos sobrepasa visiblemente; pero como somos nosotros los que sobrepasamos las cosas pequeñas, nos creemos más capaces de dominarlas; y sin embargo no se requiere menos capacidad para ir hasta la nada que hasta el todo: se requiere una capacidad infinita para una cosa y para otra, y a mi juicio quien hubiese comprendido los últimos principios de las cosas podría también llegar a conocer lo infinito. Lo uno depende de lo otro, y lo uno conduce a lo otro. Estos extremos se tocan y se juntan a fuerza de estar alejados, y convergen en Dios y solamente en Dios.

Conozcamos, pues, lo que podemos alcanzar: somos algo y no lo somos todo; lo que tenemos de ser nos impide el conocimiento de los primeros principios, que nacen de la nada; y lo poco que tenemos de ser nos oculta la visión del infinito.

Nuestra inteligencia ocupa en el orden de las cosas inteligibles el mismo lugar que nuestro cuerpo en la extensión de la naturaleza.

Limitados en todos los aspectos, esta situación que ocupa el término medio entre dos extremos se encuentra en todas nuestras capacidades. Nuestros sentidos no perciben nada extremo; demasiado ruido nos asorda, demasiada luz deslumbra, demasiada distancia y demasiada proximidad nos impiden ver, demasiada longitud y demasiada brevedad en el discurso lo oscurecen, el exceso de verdad nos asombra (conozco a quien no acierta a comprender cómo si de cero quitamos cuatro, el resultado es cero); los primeros principios son demasiado evidentes para nosotros, el exceso de placer incomoda, demasiadas consonancias desagradan en la música y demasiados beneficios irritan, quisiéramos tener con qué pagar con creces la deuda: *beneficia eo usque laeta sunt dum videntur exsolvi posse; ubi tñultum antevenere, pro gratia odium redditur*.^[15] No sentimos ni el calor extremado ni el extremado frío. Las cualidades excesivas nos son hostiles, y no sensibles: dejamos de sentir las, las sufrimos. Demasiada juventud y demasiada vejez estorban a la inteligencia, demasiado saber o demasiado poco perjudican; en fin, las cosas extremadas son para nosotros como si no existiesen y como si no existiésemos respecto a ellas: se nos escapan, o nosotros a ellas.

Éste es nuestro verdadero estado; esto es lo que nos hace incapaces de saber con certeza y de ignorar por completo. Bogamos en un medio vasto, siempre inciertos y flotantes, empujados de un extremo a otro. Cualquier cosa a la que creamos poder aferrarnos para tener una seguridad vacila y nos abandona; y si la seguimos, escapa de nuestras manos, se escurre y huye en una huida eterna. Nada se detiene para nosotros. Éste es el estado que nos es natural, aun siendo el más opuesto a nuestras inclinaciones; ardemos en deseos de encontrar una tierra firme y una última base constante para edificar en ella una torre que

se eleve hasta el infinito; pero todo nuestro fundamento se resquebraja, y la tierra se abre hasta los abismos.

No busquemos, pues, ninguna seguridad ni firmeza. Nuestra razón queda siempre burlada por la inconstancia de las apariencias; nada puede fijar lo finito entre los dos infinitos que lo encierran y que lo rehúyen.

Una vez comprendido esto, creo que nos mantendremos en reposo, cada cual en el estado en el que la naturaleza le ha puesto. Como este medio que nos ha correspondido dista siempre mucho de los extremos, ¿qué importa que un ser tenga un poco más de inteligencia de las cosas? Si la tiene, las contempla desde un poco más arriba. ¿Acaso no sigue estando infinitamente lejos de su objeto, y acaso la duración de nuestra vida no es también ínfima, al lado de la eternidad, aunque dure diez años más?

En la perspectiva de esos infinitos, todos los finitos son iguales; y no veo por qué hay que fijar la imaginación más en uno que en otro. La única comparación que hacemos de nosotros respecto a lo finito nos acongoja.

Si el hombre se estudiara primero a sí mismo, vería hasta qué punto es incapaz de ir más allá. ¿Cómo va a ser posible que una parte conozca el todo? ¿Aspirará tal vez a conocer al menos las partes, con las que guarda proporción? Pero las partes del mundo tienen todas tal relación y tal encadenamiento unas con otras que me parece imposible conocer una sin la otra y sin el todo.

El hombre, por ejemplo, mantiene relación con todo lo que conoce. Necesita un lugar que lo contenga, tiempo para durar, movimiento para vivir, elementos para componerlo, calor y alimentos para nutrirlo, aire para respirar; ve la luz, siente el cuerpo; en resumen, todo cae bajo su alianza. O sea que para conocer al hombre, hay que saber de dónde sale el aire que necesita para subsistir; y para conocer el aire hay que saber qué relación tiene éste con la vida del hombre, etc. Sin el aire no hay llama; en consecuencia, para conocer una cosa hay que conocer la otra.

Es decir, que como todas las cosas son causadas y causantes, ayudadas y ayudantes, mediatas e inmediatas, y todas están unidas por un vínculo natural e insensible que liga las más alejadas y las más diferentes, considero imposible conocer las partes sin conocer el todo, lo mismo que conocer el todo sin conocer particularmente las partes.

También la eternidad de las cosas en sí misma o en Dios es desproporcionada con nuestra breve duración. La inmovilidad fija y constante de la naturaleza, en comparación al cambio continuo que se da en nosotros, debe de producir el mismo efecto.

Y lo que completa nuestra incapacidad para conocer las cosas es que ellas son simples y que nosotros estamos compuestos por dos naturalezas contrarias y de diverso género, de alma y de cuerpo. Porque es imposible que la parte que razona en nosotros no sea espiritual; y aunque se afirmase que solamente somos corporales, ello aún nos excluiría mucho más del conocimiento de las cosas, puesto que no hay nada más inconcebible que decir que la materia se conoce a sí misma; no nos es posible conocer cómo podría conocerse.

Y así, si somos únicamente materiales no podemos conocer nada, y si estamos compuestos de espíritu y de materia no podemos conocer perfectamente las cosas simples, ya sean espirituales o corporales.

De ahí que casi todos los filósofos confundan las ideas de las cosas, y hablen de las cosas corporales espiritualmente y corporalmente de las espirituales. Pues dicen con no poco atrevimiento que los cuerpos tienden hacia abajo, que aspiran a su centro, que huyen de su destrucción, que temen el vacío, que tienen inclinaciones, simpatías, antipatías, cosas todas ellas que sólo corresponden a los espíritus. Y al hablar de los espíritus los consideran como en un lugar, y les atribuyen el movimiento de un lugar a otro, que son cosas que sólo corresponden a los cuerpos.

En vez de recibir las ideas de estas cosas puras, las teñimos con nuestras cualidades, e imprimimos con nuestro ser compuesto todas las cosas simples que contemplamos.

¿Quién no creería, al ver que atribuimos a todas las cosas espíritu y cuerpo, que esa mezcla iba a sernos muy comprensible? Y sin embargo es lo que menos se comprende. El hombre es para sí mismo el objeto más prodigioso de la naturaleza; porque no puede concebir lo que es un cuerpo, y aún menos lo que es un espíritu, y menos que cualquier otra cosa cómo un cuerpo puede unirse a un espíritu. Éste es el colmo de sus dificultades, y no obstante es su propio ser: *Modus quo corporibus adhaerent spiritus comprehendendi ab hominibus non potest, et hoc tamen homo est.*^[16]

En fin, para rematar la prueba de nuestra debilidad terminaré con estas dos

consideraciones...

85. Si se es demasiado joven no se juzga bien; demasiado viejo, lo mismo. Si las cosas no se piensan suficientemente o si se piensan demasiado, uno se obstina en la idea y de allí no hay quien le saque. Si se considera la obra inmediatamente después de hacerla, aún estamos demasiado apegados a ella; si se deja transcurrir demasiado tiempo, estamos ya demasiado lejos. Semejantemente, los cuadros vistos de demasiado cerca y de demasiado lejos; y no hay más que un punto indivisible que sea el verdadero lugar: los otros están demasiado cerca, demasiado lejos, demasiado arriba o demasiado abajo. En el arte de la pintura es la perspectiva lo que lo asigna. Pero en la verdad y la moral, ¿quién puede determinarlo?

86. Cuando todo se mueve por igual en apariencia nada se mueve, como en un barco. Cuando todos tienden a desbordarse nadie parece hacerlo. El que se detiene permite advertir el arrebató de los demás como si fuera un punto fijo.

87. Los que viven en el extravío dicen a los que viven en el orden que son éstos los que se alejan de la naturaleza, porque están convencidos de seguirla: como los que se encuentran en un barco creen que los de tierra huyen. El lenguaje es igual en todos los sentidos. Hay que tener un punto fijo para juzgarlo. El puerto juzga a los que van en un barco; pero ¿dónde encontrar un puerto en la moral?

88. Cuando pienso en la breve duración de mi vida, absorbida en la eternidad anterior y siguiente, el pequeño espacio que lleno e incluso que puedo ver, abismado en la infinidad inmensa de los espacios que ignoro y que me ignoran, me espanto y me sorprende de verme aquí en vez de allá, porque no hay ninguna razón de que esté aquí en vez de estar allá o ahora en vez de en cualquier otro momento. ¿Quién me puso aquí? ¿Por orden de quién, de qué autoridad este lugar y este tiempo me han sido destinados? *Memoria hospitis unius diei praetereuntis.*^[17]

89. ¿Por qué mi conocimiento es limitado? ¿Y mi estatura? ¿Por qué mi duración puede ser de cien años en vez de mil? ¿Qué razón ha tenido la naturaleza para hacer que fuera así, para elegir este número en vez de otro, dado que en la infinidad de los números hay los mismos motivos para elegir uno que otro, y nada tienta más en uno que en otro?

90. ¡Cuántos reinos nos ignoran!

91. El silencio eterno de estos espacios infinitos me espanta.

Capítulo II MISERIA DEL HOMBRE

Las facultades engañosas

1. LOS SENTIDOS Y LA MEMORIA

92. El hombre está hecho, pues, de un modo tal que no posee ningún principio justo de lo verdadero y sí en cambio varios excelentes de lo falso. Veamos ahora cuántos son. Pero la razón más poderosa de sus errores es la guerra que existe entre los sentidos y la razón.

Hay que empezar por ahí el capítulo de las facultades engañosas.

El hombre no es más que un ser lleno de error, natural e imborrable sin la gracia. Nada le muestra la verdad. Todo le equivoca. Estos dos principios de verdades, la razón y los sentidos, aparte de que cada uno de ellos carece de sinceridad, se engañan recíprocamente. Los sentidos engañan a la razón por medio de falsas apariencias; y este mismo engaño que aportan al alma lo reciben de ella a su vez, y así se desquita. Las pasiones del alma turban los sentidos y les hacen concebir impresiones falsas. Mienten y se engañan abundantemente.

Pero además de estos errores que se producen por accidente y por la falta de acuerdo entre esas facultades heterogéneas...

93. Cuando queremos corregir con provecho y demostrar a otro que se engaña, hay que observar por qué lado observa la cosa, porque de ordinario desde ese lado es verdadera, y reconocerle esta verdad, aunque descubriéndole el lado por la que es falsa. Así se le contenta, porque comprueba que no se engañaba, y que sólo le faltaba ver todos los lados; nadie se enoja por no verlo todo, pero nadie quiere haberse engañado; y quizá ello se debe a que naturalmente el hombre no puede verlo todo y que naturalmente no puede engañarse por el lado en que ve una cosa, cuando lo que captan los sentidos es siempre verdadero.

94. Cuando se dice que el calor no es más que el movimiento de unos glóbulos, y la luz el *conatus recedendi*^[18] que sentimos, ello nos sorprende. ¿Cómo es eso? ¿Es posible que el placer no sea más que la danza de los espíritus? ¡Nos habíamos hecho de él una idea tan distinta! ¡Y estas opiniones nos parecen tan alejadas de aquellas otras que decimos ser las mismas que aquellas con las que las comparamos! La sensación del fuego, ese calor que nos afecta de una manera tan distinta a la del tacto, la captación del sonido y de la luz, todo eso nos parece misterioso, y sin embargo es tan grosero como una pedrada. Es cierto que la pequeñez de los espíritus que entran en los poros afecta a otros nervios, pero no deja de tratarse de unos nervios tocados.

95. La mente de ese soberano juez del mundo no es tan independiente que no pueda verse turbada por cualquier ruido que se haga a su alrededor. No necesita un cañonazo para interrumpir sus pensamientos; basta con el chirriar de una veleta o de una polea. Que nadie se extrañe si ahora no razona bien: una mosca zumba junto a su oído; ello basta para hacerle incapaz de ordenar sus ideas. Si queréis que pueda encontrar la verdad, alejad a ese animal que tiene en jaque a su razón y turba esta poderosa inteligencia que gobierna las ciudades y los reinos. ¡Qué dios más grotesco! *O ridicolissimo ero!*^[19]

96. El poder de las moscas; ganan batallas, impiden actuar a nuestra alma, comen nuestro cuerpo.

97. La memoria es necesaria para todas las operaciones de la razón.

98. El azar da los pensamientos y el azar nos los arrebató; no hay artificio que pueda conservarlos o adquirirlos.

Se me ha olvidado un pensamiento que quería escribir; lo que hago es escribir que se me olvidó.

99. Cuando era pequeño apretaba mi libro; y como a veces me equivocaba creyendo llevarlo bien apretado, desconfiaba...

100. Al poner por escrito mi pensamiento a veces se me olvida; pero ello me hace recordar mi debilidad, que olvido continuamente; lo cual me instruye tanto como el olvidado pensamiento, porque yo sólo tiendo a conocer mi nada.

101. ¿A qué se debe que un cojo no nos irrite y que alguien que razone claudicantemente sí nos irrite? Porque un cojo reconoce que andamos bien, mientras que quien razona

cojeando de juicio asegura que somos nosotros los que cojeamos; de no ser por eso, sentiríamos compasión en vez de cólera.

Epicteto pregunta con mucha más energía: «¿Por qué no nos enojamos si se nos dice que nos duele la cabeza y en cambio nos enojamos cuando nos dicen que razonamos mal o que elegimos mal?». La causa de ello es que estamos completamente seguros de que no nos duele la cabeza y de que no somos cojos; pero no estamos tan seguros de elegir lo verdadero. De tal forma que, como fundamos toda nuestra certeza en el hecho de lo que vemos plenamente, cuando otro ve plenamente lo contrario, nos deja suspensos y nos sorprende, y aún más cuando otros mil se mofan de lo que hemos visto; puesto que hay que preferir nuestras luces a las de otros muchos, y ello es audaz y difícil. Nunca se produce esta contradicción de los sentidos respecto a un cojo.

102. El hombre está hecho de tal modo que a fuerza de decirle que es un necio se lo cree; y a fuerza de decirse a sí mismo, uno acaba por creérselo. Porque el hombre es el único que entabla una conversación interior, y es importante que sepa llevarla: *Corrumpunt mores bonos colloquia prava.*^[20] Hay que guardar silencio en la medida en que se pueda, o no hablarse a uno mismo más que de Dios, que sabemos es la verdad; y así uno se convence de ella a sí mismo.

103. El espíritu cree naturalmente, y la voluntad ama naturalmente; de modo que, a falta de verdaderos objetos, tienen que dedicarse a los falsos.

2. LA IMAGINACIÓN

104. *Imaginación.* Es esta parte dominante en el hombre, esta maestra de error y de falsedad, y es tanto más peligrosa porque no siempre es así; puesto que sería regla infalible de verdad si lo fuese infalible de mentira. Pero aunque suele ser falsa, no da ningún indicio de serlo, ofreciendo las mismas señales para lo verdadero y para lo falso.

No hablo de los locos, hablo de los más cuerdos; y entre éstos la imaginación tiene todos los medios de persuadir a los hombres. Por mucho que proteste la razón, no consigue imponerse.

Esta soberbia facultad, enemiga de la razón, que se complace en señorearla, ha establecido en el hombre una segunda naturaleza. Tiene sus dichosos y desdichados, sus sanos, sus enfermos, sus ricos, sus pobres; hace creer, dudar, negar la razón; suspende los sentidos, los hace sentir; tiene sus locos y sus cuerdos; y nada nos alarma más que ver que llena a sus huéspedes de una satisfacción mucho más rotunda y completa que la razón. Los poseídos por la imaginación se gustan mucho más a sí mismos de lo que los prudentes pueden razonablemente gustarse. Miran a los demás por encima del hombro; discuten con atrevimiento y seguridad; los demás, con temor y recelo; y la alegre expresión de su rostro a menudo les hace parecer superiores ante los oyentes, hasta tal punto los sabios imaginarios gozan de favor ante jueces de su misma naturaleza. No puede devolver la cordura a los locos; pero les hace felices, a diferencia de la razón que sólo puede hacer desgraciados a sus amigos, porque una los cubre de gloria y la otra de vergüenza.

¿Quién dispensa la reputación? ¿Quién da el respeto y la veneración a las personas, a las obras, a las leyes, a los grandes, sino esa facultad imaginadora? ¡Qué insuficientes son todas las riquezas de la tierra sin su consentimiento!

¿No diríais que ese magistrado, cuya ancianidad venerable impone respeto a todo un pueblo, se rige por una razón pura y sublime, y que juzga las cosas según su naturaleza sin prestar atención a las vanas circunstancias que sólo afectan la imaginación de los débiles? Vedle cómo va a oír un sermón, con un celo devotísimo, reforzando la solidez de su razón con el ardor de la caridad. Ya le tenemos dispuesto a escuchar con un ejemplar respeto. Cuando aparece el predicador, si la naturaleza le ha dotado de una voz ronca y de una cara extraña, si su barbero le ha afeitado mal y si para colmo el azar le ha tizado aquí y allá, por muy grandes verdades que anuncie apuesto por la pérdida de la gravedad de nuestro senador.

El mayor filósofo del mundo, puesto sobre un tablón más ancho de lo que se necesita, si tiene debajo un precipicio, aunque su razón le convenza de que está seguro, su imaginación se impondrá. No pocos serían incapaces de pensar en ello sin palidecer y sudar.

No me propongo tratar de todos sus efectos.

¿Quién ignora que la visión de gatos, ratas, el hecho de aplastar un pedazo de carbón, etc., saca de quicio a la razón? El tono de la voz impresiona a los más sabios, y cambia la fuerza de un discurso y un poema.

El afecto o el odio cambian la cara de la justicia. ¿Quién no sabe que un abogado bien

pagado por anticipado encuentra más justa la causa por la que aboga? ¿Y que su ademán decidido haga que parezca mejor a los jueces, que se dejan engañar por esta apariencia? ¡Extraña razón que está a merced del viento!

Podría hablar de casi todas las acciones de los hombres, que casi no se mueven más que por sus sacudidas. Puesto que la razón se ha visto obligada a ceder, y el más juicioso acaba tomando por sus principios aquellos que la imaginación de los hombres ha introducido a la ligera en cada lugar.

Quien sólo quisiera seguir la razón sería loco a los ojos de la mayor parte del mundo. Porque tal ha sido su gusto, tiene que trabajar todos los días para bienes reconocidos como imaginarios; y cuando el sueño nos ha aliviado de las fatigas de nuestra razón, hay que levantarse en seguida con sobresalto para correr detrás de los humos y sufrir las impresiones de esta dueña del mundo. Éste es uno de los principios de error, pero no es el único. El hombre ha hecho bien en aliar estas dos facultades, aunque en tal paz la imaginación lleve con mucho la ventaja; pues en la guerra su ventaja es aún mucho mayor: la razón nunca vence por completo a la imaginación, mientras que la imaginación desaloja a menudo por completo a la razón de su sitio.

Nuestros magistrados conocen bien este misterio. Sus togas rojas, los armiños con los que se envuelven como peludísimos gatos, los palacios donde dictan sentencia, las flores de lis, todo ese aparato augusto era muy necesario; y si los médicos no usaran ropas talar y chinelas, y los doctores gorros cuadrados y vestiduras demasiado amplias en cuatro partes, nunca hubiesen engañado a las gentes, incapaces de resistir a un espectáculo así. Si fueran verdaderamente justos y si los médicos conociesen el verdadero arte de curar, no hubiesen necesitado para nada las birretas; la majestad de estas ciencias sería suficientemente venerable por sí misma. Pero al no poseer más que ciencias imaginarias, tienen que hacer gala de esos vanos instrumentos que impresionan la imaginación; y así es como se ganan el respeto. Sólo los guerreros no se disfrazan de esta manera, porque de hecho lo que hacen es más sustancial, se imponen por la fuerza, mientras que los otros necesitan el artificio.

Éste es el motivo de que nuestros reyes no hayan sido amigos de tales disfraces. No se visten con ropas extraordinarias para parecer reyes; pero se hacen acompañar por guardias y ballesteros. Estas tropas armadas cuyo único fin es protegerlos, las trompetas y tambores que les preceden, y esas legiones que les rodean hacen temblar a los más templados. No sólo se trata aquí de la vestimenta, tienen también la fuerza. Se necesitaría una razón muy firme para ver como a un hombre cualquiera al Gran Señor, rodeado en su soberbio serrallo por cuarenta mil jenízaros.

No podemos ni ver a un abogado con ropa talar y birreta sin formarnos una opinión favorable de sus conocimientos.

La imaginación dispone de todo; hace la belleza, la justicia y la felicidad, que lo es todo en el mundo. Me gustaría tanto ver el libro italiano, del que sólo conozco el título, pero que vale por sí mismo muchos libros: *Della opinione regina del mondo*.^[21] Le doy la razón sin conocerlo, salvo en el mal, si lo contiene.

Éstos son poco más o menos los efectos de esta facultad engañosa que parece que se nos dio ex profeso para inducirnos a un error necesario. Pero tenemos otras muchas maneras de equivocarnos.

Las impresiones antiguas no son las únicas capaces de engañarnos: los encantos de la novedad poseen el mismo poder. De ahí proceden todas las disputas de los hombres, que se reprochan bien seguir las falsas impresiones de la niñez, bien precipitarse temerariamente hacia las nuevas. ¿Quién ocupa el justo término medio? Que se muestre y que nos lo pruebe. No existe principio, por natural que pueda ser, incluso desde la niñez, que no se haga pasar por una falsa impresión, ya sea de la instrucción, ya de los sentidos.

«Porque», dicen, «si habéis creído desde niños que un arcón estaba vacío cuando no veáis nada en él, por esta razón habéis creído posible el vacío. Es una ilusión de vuestros sentidos robustecida por la costumbre y que la ciencia tiene que corregir». Y los otros dicen: «Como en la escuela os dijeron que no existía el vacío, corrompieron vuestro sentido común, que lo comprendía con toda claridad antes de esta falsa impresión que es necesario corregir devolviéndoos a vuestra naturaleza primera». ¿Qué fue lo que engañó? ¿Los sentidos o lo que nos enseñaron?

Aún tenemos otro principio de error, las enfermedades. Que nos estropean el juicio y los sentidos; y si las grandes lo alteran sensiblemente, no me cabe duda de que las pequeñas causan también su impresión de modo proporcional.

Nuestro propio interés es además un prodigioso instrumento para cegarnos

placenteramente. Al hombre más equitativo del mundo no se le permite ser juez en su propia causa; y conozco a algunos que para no caer en este amor propio han sido los más injustos del mundo de manera sesgada: un medio seguro de perder un pleito completamente justo es hacerlo recomendar por sus parientes próximos.

La justicia y la verdad son dos puntas tan finas que nuestros instrumentos son demasiado romos para poderlas tocar con precisión. Si lo consiguen, aplastan la punta y se apoyan a su alrededor más en lo falso que en lo verdadero.

105. *Nae iste magno conatu magnas nugas dixerit.*^[22]

106. *Quasi quidquam infelicius sit homine cui sua figmenta dominantur.*^[23] Plinio.

107. Nuestra imaginación nos agranda tanto el tiempo presente a fuerza de pensar continuamente en él, y mengua tanto la eternidad, a falta de pensar en ella, que vemos la eternidad como la nada y hacemos de la nada una eternidad; y todo ello tiene raíces tan fuertes en nosotros, que toda nuestra razón no puede evitárnoslo...

108. La imaginación agranda los pequeños objetos hasta llenar con ellos nuestra alma, haciendo que los apreciemos de una manera extravagante; y, con una insolencia temeraria, mengua los grandes hasta hacerlos a su medida, como cuando habla de Dios.

109. Las cosas a las que damos más importancia, como el ocultar nuestro escaso bien, a menudo no son casi nada. Son una nada que nuestra imaginación agranda hasta convertirla en una montaña. En otro momento la imaginación permite que lo descubramos sin dificultad.

110. Mi fantasía me hace detestar al que habla como si graznase y al que resopla comiendo. La fantasía puede mucho. ¿Qué beneficio obtendremos de ella? ¿Seguiremos sus indicaciones porque es natural? No; el de que no opondremos resistencia.

111. Los niños que se asustan de la cara que han pintarrajeado son niños. Pero ¿cómo conseguir que lo que es tan débil siendo niños sea muy fuerte años después? Lo único que se hace es cambiar de fantasía. Todo lo que se perfecciona por medio del progreso parece también por medio del progreso. Todo lo que ha sido débil no puede ser nunca absolutamente fuerte. Por mucho que digan: *Ha crecido, ha cambiado*; sí, pero también es el mismo.

112. El tiempo sana los dolores y las disputas porque se cambia, ya no se es la misma persona. Ni el ofensor ni el ofendido son ya los mismos. Es como un pueblo al que se ha soliviantado y al que se vuelve a ver dos generaciones más tarde. Siguen siendo los franceses, pero no los mismos.

113. Ya no ama a aquella mujer a la que amaba hace diez años. Lo creo, porque ya no es la misma, ni él tampoco. Él era joven y ella también; ella es muy distinta. Él quizá la amaría aún tal como era entonces.

114. No sólo contemplamos las cosas por otro lado, sino además con otros ojos; no hay peligro de que nos parezcan iguales.

115. Dos caras parecidas, ninguna de las cuales hace reír por separado, provocan la risa juntas por su semejanza.

116. ¡Qué bobada que la pintura suscite la admiración por su parecido con cosas que al natural no admiran en modo alguno!

3. LA COSTUMBRE

117. *Quod crebro videt non miratur, etiamsi cur fiat nescit: quod ante non viderit, id, si evenerit, ostentum esse censet.*^[24] Cicerón.

118. *Spongia solis.*^[25] Cuando vemos que un efecto se repite una y otra vez sacamos la conclusión de que se trata de una necesidad natural como que mañana amanecerá, etc. Pero a menudo la naturaleza nos desmiente y no se sujeta a sus propias reglas.

119. ¿Qué son nuestros principios naturales sino nuestros principios acostumbrados, y en los niños los que han recibido de la costumbre de sus padres, como en los animales la caza?

Una costumbre diferente nos dará otros principios naturales, ello se comprueba por la experiencia; y aunque los hay imborrables para la costumbre, también los hay de la costumbre contra la naturaleza, imborrables para la naturaleza y a una segunda costumbre. Ello depende de la disposición.

120. Los padres temen que el amor natural de los hijos se borre. ¿Cuál es, pues, esta naturaleza que puede borrarse? La costumbre es una segunda naturaleza que destruye la primera. Pero ¿qué es una naturaleza? ¿Por qué la costumbre no es natural? Mucho me temo que esta naturaleza no sea más que una primera costumbre, como la costumbre es una segunda naturaleza.

121. La naturaleza del hombre es completamente natural, *omne animal*^[26]

No hay nada que no se haga natural; no hay nada natural que no se haga perder.

122. La memoria, la alegría son sentimientos; y hasta las proposiciones geométricas se convierten en sentimientos, porque la razón hace naturales los sentimientos y los sentimientos naturales se borran por obra de la razón.

123. Cuando se está acostumbrando a servirse de malas razones para demostrar efectos de la naturaleza, ya no se quiere aceptar las buenas cuando se descubren. El ejemplo que se da fue la circulación de la sangre para explicar por qué la vena se hincha debajo de la ligadura.

124. *La idea preconcebida induce al error*. Es deplorable ver cómo todos los hombres sólo piensan en los medios y no en el fin. Todos piensan en lo que harán dentro de su situación social; pero es el azar quien se encarga de darnos la situación social y la patria.

Es lamentable ver cómo tantos turcos, herejes e infieles siguen lo que aprendieron de sus padres por la única razón de que desde niños les convencieron de que esto es lo mejor.

Y eso es lo que decide también que cada uno de nosotros sea cerrajero, soldado, etc.

Por eso los salvajes no sirven para nada en la Provenza.^[27]

125. *Pensamientos*. Todo es uno, todo es diverso. ¡Cuántas naturalezas en la del hombre! ¡Cuántos oficios! ¡Y por obra de cuántos azares! De ordinario cada cual sigue el oficio del cual ha oído hablar bien. Tacón bien hecho.

126. *Tacón de zapato*. «¡Oh, qué bien hecho está! ¡He ahí a un artesano muy hábil! ¡Qué valiente es este soldado!». Éste es el origen de nuestras inclinaciones y de que elijamos uno u otro quehacer. «¡Qué bien bebe éste! ¡Qué poco bebe aquél!». Esto es lo que hace a las gentes sobrias o borrachas, soldados, cobardes, etc.

127. Lo más importante en toda la vida es la elección del oficio, y está en manos del azar. La costumbre hace los albañiles, soldados, pizarreros. «Es un excelente pizarrero», dicen; y al hablar de los soldados: «¡Qué locos son!», dicen; y los otros por el contrario: «No hay nada mejor que la guerra; el resto de los hombres son unos infelices». A fuerza de oír elogiar en la infancia estos oficios, y menospreciar todos los demás, se elige; porque naturalmente se ama el ánimo esforzado y se odia la necedad; estas mismas palabras decidirán: sólo nos equivocamos en la aplicación. La fuerza de la costumbre es tan grande que de aquellos a quienes la naturaleza sólo hizo hombres salen todas las clases de vida de los hombres; porque hay países en donde todos son albañiles y otros en que todos son soldados, etc. O sea que es la costumbre la que decide eso, porque violenta la naturaleza; y a veces la naturaleza es más fuerte, y mantiene al hombre en su instinto a pesar de toda costumbre, buena o mala.

128. La naturaleza recomienza siempre las mismas cosas, los años, los días, las horas; lo mismo en cuanto a los espacios, y los números están juntos uno tras otro. Así se forma una especie de infinito y de eterno. No porque nada de todo eso sea infinito y eterno, sino porque estos seres limitados se multiplican infinitamente. Por eso a mi entender sólo el número que los multiplica es infinito.

129. Aptitud principal, que rige todas las demás.

4. EL AMOR PROPIO

130. La naturaleza del amor propio y de este yo humano consiste en no amarse más que a sí mismo y en no pensar más que en sí mismo. Pero ¿qué va a hacer? No puede impedir que ese objeto que ama esté lleno de defectos y de miserias: quiere ser grande y se ve pequeño; quiere ser feliz y se ve desdichado; quiere ser perfecto y se ve lleno de imperfecciones; quiere ser objeto de amor y de estima por parte de los hombres y ve que sus defectos sólo merecen su aversión y su desdén. Esta confusión en la que se encuentra origina en él el sentimiento más injusto y criminal que es posible imaginar; porque concibe un odio mortal por esta verdad que le contradice y que le convence de sus defectos. Desearía aniquilarla, y al no poder destruirla en sí misma, la destruye en la medida en que puede en su conocimiento y en el de los demás, es decir, que pone todo su empeño en ocultar sus debilidades a los otros y a sí mismo, y no puede tolerar que se los hagan ver ni verlos.

Sin duda es un mal estar lleno de defectos; pero aún es un mal mayor estar lleno de ellos y no querer admitirlo, porque así añadimos a los demás el de un engaño voluntario. No queremos que los otros nos engañen; no consideramos justo que quieran ser más apreciados por nosotros de lo que merecen; y en consecuencia tampoco es justo que les engañemos y que queramos que nos estimen más de lo que merecemos.

Así, cuando sólo descubren imperfecciones y vicios que en efecto tenemos, es evidente que no nos hacen ninguna injusticia, ya que la culpa no es de ellos, y que nos hacen un bien, ayudándonos a librarnos de un mal, que es la ignorancia de estas imperfecciones. No debemos enojarnos porque los conozcan y que por ello nos menosprecien, dado que es justo que nos conozcan tal como somos y que nos menosprecien si somos menospreciables.

Éstos serían los sentimientos que nacerían en un corazón que estuviese lleno de equidad y de justicia. ¿Qué debemos, pues, decir del nuestro al advertir en él una disposición completamente contraria? Porque, ¿acaso no es cierto que odiamos la verdad y a los que nos la dicen y que preferimos que se engañen en beneficio nuestro y que queremos ser apreciados por ellos haciéndoles creer que somos como no somos en realidad?

Es ésta una prueba que me inspira horror. La religión católica no obliga a descubrir los pecados a todo el mundo: admite que permanezcan ocultos a todos los demás hombres; pero exceptúa a uno solo, a quien ordena que se descubra el fondo de los corazones y a quien todos nos presentemos tal como somos. Solamente a este hombre nos ordena desengañar, y le obliga a un secreto inviolable, que hace que este conocimiento esté en él como si no estuviera. ¿Puede imaginarse algo más caritativo y benigno? Y sin embargo la corrupción del hombre es tal que esta ley aún le parece dura; y ésta es una de las principales razones que hizo que se rebelara contra la Iglesia una gran parte de Europa.

¡Qué injusto y desatentado es el corazón del hombre que proteste porque se le obligue a hacer con un hombre lo que en cierto modo sería justo que hiciese con todos los hombres! Pues ¿es acaso justo que les engañemos?

Existen diferentes grados en esta aversión por la verdad; pero podemos decir que en mayor o menor grado está en todos, porque es inseparable del amor propio. Es esa mala blandura que obliga a los que se ven en la necesidad de reprender a los otros a dar tantos rodeos y a tener tantas consideraciones para evitar su ira. Tienen que amenguar nuestros defectos, aparentar que los disculpan, mezclar elogios y expresiones de afecto y de estima. A pesar de todo, esta medicina no deja de ser amarga para el amor propio. Tomamos la menor cantidad posible, y siempre con repugnancia, y a menudo incluso con un oculto rencor por aquellos que nos la administran.

Por eso ocurre que, si tienen algún interés en que les amemos, se guardan mucho de prestarnos un servicio que saben es desagradable; nos tratan tal como queremos que nos traten: odiamos la verdad y nos la ocultan; queremos que nos adulen y nos adulan; nos gusta ser engañados y nos engañan.

De ahí que, a cada escalón que nos eleva en el mundo nos vamos alejando cada vez más de la verdad, porque nadie quiere irritar a aquellos cuyo afecto es más útil y cuya aversión resulta más peligrosa. Un soberano puede ser la comidilla de toda Europa, y él ser el único en no enterarse. No me extraña nada: decir la verdad es útil a quien se la decimos, pero perjudica a quienes la dicen, porque se hacen odiosos. Ahora bien, los que viven con los soberanos prefieren sus intereses a los del soberano a quien sirven; y así se abstienen de prestarle un servicio que iba a ocasionarles un perjuicio a ellos.

Esta calamidad es sin duda mayor y más frecuente cuanto más encumbrada está la persona; pero los menos encumbrados tampoco se libran de ella, porque siempre hay algún motivo de interés que nos mueve a hacemos estimar por los hombres. Por eso la vida humana no es más que una ilusión perpetua; todo es engaño mutuo y adulación recíproca. Nadie habla de nosotros en nuestra presencia del mismo modo que habla cuando estamos ausentes. La unión que se da entre los hombres sólo está fundada en este fraude mutuo; y pocas amistades subsistirían si cada cual supiese lo que su amigo dice de él cuando no está presente, aunque hable entonces sinceramente y sin apasionamiento.

El hombre no es, pues, más que disfraz, mentira e hipocresía, tanto en sí mismo como respecto a los demás. No quiere que se le diga la verdad y evita decirla a los otros; y todas esas disposiciones, tan alejadas de la justicia y de la razón, tienen en su corazón una raíz natural.

131. Doy por seguro que si todos los hombres supieran lo que dicen unos de otros no habría ni cuatro amigos en el mundo. Ello resulta evidente por las disputas que causan las indiscreciones.

132. *Epigramas de Marcial*. El hombre gusta de la malignidad; pero no contra los tuerfos o los infortunados, sino contra los dichosos soberbios. Nos engañamos de otro modo.

Porque la concupiscencia es el origen de todos nuestros impulsos, y la humanidad también.

Hay que agradar a los que tienen sentimientos humanos y afectuosos.

133. Compadecer a los desventurados no va contra la concupiscencia. Al contrario, nos complace tener que dar ese testimonio de amistad y atraerse la reputación de que somos humanos sin dar nada.

134. Todos los hombres se odian naturalmente entre sí. Se han servido de la mejor manera posible de la concupiscencia para ponerla al servicio del bien público; pero eso no es más que disimulo, y además dar una falsa imagen de la caridad; porque en el fondo no hay más que odio.

135. En la concupiscencia se han fundado normas admirables de legislación moral y justicia; pero en el fondo, ese fondo maligno del hombre, ese *figmentum malum*,^[28] sólo está encubierto, no se le ha desarraigado.

136. El yo es digno de odio; vos, Mitón, lo encubristis sin eliminarlo; luego seguís siendo digno de odio. —No, porque al obrar, tal como hacemos, siendo amables con todo el mundo, ya no hay motivo para que nos odien—. Ello sería verdad si en el yo sólo se odiase el desagrado que nos causa. Pero si lo odio porque es injusto, porque se ha convertido en el centro de todo, seguiré odiándolo.

En resumen, el yo tiene dos características: es injusto en sí mismo porque se convierte en el centro de todo; es incómodo para los demás porque quiere avasallarlos; dado que cada yo es el enemigo y aspira a ser el tirano de todos los demás. Podemos eliminar la incomodidad, pero no la injusticia; y de ese modo no se hace más atractivo para los que odian la injusticia: sólo lo haremos más grato para los injustos, que ya no verán en él a su enemigo, y de este modo seguimos siendo injustos y sólo podemos agradar a los injustos.

137. *Injusticia*. No han encontrado otro medio de satisfacer su concupiscencia sin perjudicar a los demás.

138. ¡Qué aberración del entendimiento la que hace suponer a todos que están por encima del resto del mundo, y que prefieren su propio bien y la duración de su dicha y de su vida a la de todo el resto del mundo!

139. Cada cual es un todo en sí mismo, porque una vez muerto el todo muere para él. De ahí que cada cual crea serlo todo para todos. No hay que juzgar a la naturaleza según nosotros, sino según ella.

5. EL ORGULLO Y EL ESPÍRITU DE VANIDAD

140. Existen vicios que sólo tenemos por otras personas, y que, al arrancar el tronco, desaparecen como si fueran sus ramas.

141. Cuando la malignidad tiene de su parte a la razón, se muestra orgullosa, y despliega la razón en todo su esplendor.

Cuando la austeridad o una elección rigurosa no ha alcanzado el verdadero bien, y hay que volver a seguir la naturaleza, ésta con tal retorno se hace orgullosa. *

142. *La injusticia*. Que la presunción se junte a la bajeza, es una enorme injusticia.

143. *Contradicción*. Orgullo contrapesando todas las bajezas: u oculta sus bajezas o, si las descubre, se jacta del hecho de conocerlas.

144. El orgullo contrapesa y se impone a todas las bajezas. Es éste un extraño monstruo y un extravío muy visible. Veámoslo caído de su lugar; lo busca con inquietud: y esto es lo que hacen todos los hombres; veamos quién lo encuentra.

145. No nos contentamos con la vida que tenemos en nosotros y en nuestro propio ser: nos empeñamos en vivir en la mente de los demás con una vida imaginaria, y por eso nos esforzamos en aparentar. Trabajamos incesantemente en embellecer y conservar nuestro ser imaginario, y descuidamos al verdadero. Y si somos serenos, generosos o fieles, nos apresuramos a hacerlo saber, para que estas virtudes se añadan a nuestro otro ser, e incluso llegaríamos a arrancarlas de nosotros para que no faltasen en la idea que los demás se forman; seríamos cobardes de buen grado para adquirir la reputación de ser valiente. Terrible indicio de la nada de nuestro propio ser el de que no nos consideremos satisfechos con el uno sin el otro, cambiando a menudo el uno por el otro. Porque aquel que no muriese para salvar su honor sería juzgado como infame.

146. *Orgullo*. Curiosidad es solamente vanidad. La mayoría de las veces sólo se quiere saber para hablar de ello; de no ser así, no se viajaría por mar para jamás hablar del viaje y por el único placer de ver, sin la menor esperanza de contárselo luego a alguien.

147. Cuando se ignora la verdad de una cosa, es bueno que haya un error común que orienta la mente de los hombres, como, por ejemplo, la luna, a la que se atribuye el cambio de las estaciones, la evolución de las enfermedades, etcétera; porque la enfermedad principal del hombre es la curiosidad inquieta por las cosas que no puede saber; y es menos

malo permanecer en el error que ser víctima de esa curiosidad inútil.

148. Las buenas acciones escondidas son las más dignas de aprecio. Cuando leo alguna de ellas en la historia, como en la página 184,^[29] me agradan mucho. Aunque no estuvieran tan escondidas, puesto que han acabado por saberse; y aunque se hiciese todo lo posible para ocultarlas, el resquicio por el cual han terminado por divulgarse lo estropea todo; porque lo más hermoso es haberlas querido ocultar.

149. *La gloria*. La admiración lo estropea todo desde la niñez: ¡Oh, qué bien dicho está! ¡Oh, qué bien lo ha hecho! ¡Qué juicioso es!, etc.

Los niños de Port-Royal, a los que se aguija con esa emulación y esta gloria, caen en la indiferencia.

150. *Sobre el deseo de ser estimado por aquellos con los que se vive*. El orgullo nos domina de un modo tan natural en medio de nuestras bajezas, errores, etc. Hasta la vida perdemos alegremente, con tal de que se hable de ello.

Vanidad: juego, caza, visitas, comedias, falsa perpetuidad del apellido.

151. Somos tan presuntuosos que quisiéramos que nos conociese toda la tierra, e incluso los que vivan cuando nosotros ya hayamos muerto; y somos tan vanidosos que la estima de cinco o seis personas que nos rodean nos halaga y nos satisface.

152. No nos preocupa ser apreciados en las ciudades por las que pasamos. Pero cuando tenemos que vivir allí cierto tiempo, empieza a preocuparnos. ¿Cuánto tiempo basta? Un tiempo proporcionado a nuestra duración vana y mezquina.

153. La vanidad está tan anclada en el corazón del hombre que un soldado, un aprendiz de albañil, un cocinero, un mozo de cordel se jacta y quiere tener sus admiradores; y hasta los mismos filósofos los desean; y los que escriben contra la vanidad aspiran a la gloria de haber escrito bien; y los que les leen quieren tener la gloria de haberles leído; y yo, que escribo esto, tal vez sienta también el mismo deseo; y acaso los que me lean...

154. *Oficios*. La gloria es tan dulce que, sea cual fuere el objeto al que se une, aunque sea la muerte, lo amamos.

155. *Ferox gens nullam esse vitam sine armis rati.*^[30] Gloria. Prefieren la muerte a la paz; los otros prefieren la muerte a la guerra.

Podemos preferir cualquier opinión a la vida, cuyo amor parece tan fuerte y tan natural.

156. Contradicción: desprecio por nuestro ser, morir por nada, odio de nuestro ser.

157. Un amigo verdadero es algo tan beneficioso, incluso para los más grandes señores, para que hable bien de ellos y les defienda en su ausencia, que deben estar dispuestos a hacerlo todo para tener tales amigos. Pero que elijan bien; porque si dedican todos sus esfuerzos a unos necios, lo que hagan será inútil, por muy bien que hablen de ellos; y ni siquiera hablarán bien de ellos, si resultan ser los más débiles, porque carecen de autoridad; y de este modo hablarán mal de ellos por la fuerza de los demás.

158. ¿Acaso eres menos esclavo porque te ame y te halague tu amo? No es poco lo que tienes, esclavo; tu amo te halaga, no tardará en pegarte.

6. CONTRADICCIONES

159. *Contradicciones*. El hombre es por naturaleza crédulo, incrédulo, cobarde, temerario.

160. Descripción del hombre: dependencia, deseo de independencia, necesidad.

161. ¡Qué difícil es proponer algo al juicio de otro sin corromper su juicio por la manera de proponérselo! Si se dice: Me parece hermoso, me parece oscuro o algo semejante, se empuja la imaginación hacia ese punto de vista o se provoca el efecto contrario. Es mejor no decir nada, y entonces el otro juzga según lo que es, es decir, según lo que es entonces, y según las demás circunstancias de las que no es autor. Pero al menos nada será suyo; a no ser que su silencio influya también a su manera, según el sesgo y la interpretación que se le dé, o según lo que deduzca de los gestos y el aire del rostro, o del tono de la voz, según lo fisonomista que sea: hasta tal punto es difícil no sacar un juicio de su asiento natural, o, mejor dicho, tan pocos son los firmes y estables.

162. Conociendo la pasión dominante de cada cual, estamos seguros de agradarle; y sin embargo cada cual tiene sus caprichos, contrarios a su propio bien, en la misma idea que tiene del bien; y esas rarezas son las que desconciertan.

163. *Lustravit lampade terras.*^[31] El tiempo y mi talante guardan poca armonía; tengo mis nieblas y mi buen tiempo dentro de mí; y hasta la buena o mala fortuna en mis asuntos apenas influye en ello. A veces me empeño en enfrentarme a la suerte; la gloria de domarla hace que la dome con alegría; y otras veces me las doy de indiferente cuando la fortuna me

sonríe.

164. Somos tan desventurados que sólo podemos complacernos en una cosa a condición de enojarnos si sale mal; lo cual puede ocurrir con mil cosas, y así sucede, a cada momento. Quien descubriese el secreto de alegrarse por el bien sin contrariarse por el mal opuesto, habría encontrado la solución; es el movimiento perpetuo.

165. Aquéllos que cuando sufren reveses siguen manteniendo la esperanza y se alegran con lo que sale bien, si no se afligen igualmente por lo malo resultan sospechosos de que les da lo mismo aquella contrariedad; y se apresuran a encontrar motivos de esperanza para demostrar que se interesaban por aquello, disimulando con la alegría que fingen la que sienten ante un asunto perdido.

166. Cuando nos sentimos bien nos admiramos que uno pueda hacer lo que hace cuando está enfermo; pero una vez enfermos, tomamos los remedios de buena gana: el mal nos empuja a hacerlo. Se carece entonces de las pasiones y de los deseos de diversiones y de paseos que daba la salud, y que son incompatibles con las necesidades de la enfermedad. La naturaleza inspira en estos casos pasiones y deseos conformes al estado presente. Sólo nos turban los temores que nos inspiramos nosotros mismos, no la naturaleza, ya que tales temores unen al estado en que nos vemos las pasiones del estado que ya no es el nuestro.

167. Como la naturaleza nos hace desdichados en todas las situaciones, nuestros deseos nos fingen un estado feliz, porque unen al estado presente los placeres de otros estados que no son los nuestros ahora; y aunque consiguiéramos estos placeres, no por ello seríamos felices, porque tendríamos otros deseos adecuados a este nuevo estado.

Hay que particularizar esta proposición general.

168. Nunca permanecemos en el tiempo presente. Anticipamos el porvenir como si fuese demasiado lento en llegar, como para acelerar su curso; o recordamos el pasado para detenerlo, como si fuese demasiado ligero; somos tan imprudentes que vagamos por tiempos que no son nuestros, y no pensamos en el único que nos pertenece; y tan vanos que pensamos en los que no son nada, y dejamos escapar sin reflexión el único que existe. Porque de ordinario el presente nos hiere. Lo ocultamos a nuestra vista porque nos aflige; y si nos es agradable lamentamos ver cómo se nos escapa. Tratamos de sujetarlo por el futuro, y creemos disponer de las cosas que no están en nuestras manos, pensando en un tiempo en el que no tenemos ninguna certeza de llegar.

Que cada cual examine sus pensamientos, y verá cómo están todos ocupados en el pasado o en el porvenir. Casi no pensamos en el presente; y si pensamos en él es para tener luces respecto al porvenir. El presente no es nunca nuestro fin: el pasado y el presente son nuestros medios; solamente el porvenir es nuestro fin. Por eso nunca vivimos, sino que esperamos vivir; y como siempre nos disponemos a ser felices, es inevitable que no lo seamos jamás.

169. *Infortunio*. Salomón y Job fueron quienes mejor conocieron y hablaron del infortunio del hombre: uno fue el más dichoso y el otro el más desventurado; uno porque conocía la vanidad de los placeres por experiencia, el otro la realidad de los males.

170. Conocer la falsedad de los placeres presentes e ignorar la vanidad de los placeres ausentes son causas de la inconstancia.

171. *Inconstancia*. Las cosas tienen diversas cualidades y el alma diversas inclinaciones; porque no hay nada simple de todo lo que se ofrece al alma, y el alma nunca parece simple a nadie. De ahí que una misma cosa haga llorar y reír.

172. *Inconstancia*. Se cree tocar órganos ordinarios tocando al hombre. Y ciertamente son órganos, pero extraños, cambiantes, variables, cuyos tubos no están dispuestos de una manera escalonada. Quienes sólo saben tocar los órganos ordinarios serían incapaces de arrancar acordes a éstos. Hay que saber dónde están las teclas.

173. *Inconstancia y rareza*. Vivir tan sólo de su trabajo y reinar sobre el estado más poderoso del mundo son cosas que no pueden ser más opuestas. Pero se dan juntas en la persona del Gran Señor de los turcos.

174. Aunque alguien no sea parte interesada en lo que dice, de ahí no hay que sacar la conclusión de que no miente en absoluto; porque hay personas que mienten sencillamente por mentir.

175. Muy poco basta para consolarnos porque muy poco basta también para afligirnos.

176. Este hombre, tan afligido por la muerte de su mujer y de su único hijo, que tiene una congoja tan grande que le atormenta, ¿cómo es posible que ahora no esté triste y que le veamos ajeno a todos esos pensamientos penosos e inquietantes? No hay por qué extrañarse: acaban de lanzarle una pelota y él tiene que devolverla a su compañero de

juego; está pendiente de que caiga del tejado para recogerla y ganar una montería; ¿cómo queréis que piense en sus asuntos cuando tiene entre manos esta otra cuestión? He ahí algo digno de ocupar a esta alma generosa, y de quitarle todo otro pensamiento de la cabeza. Este hombre, nacido para conocer el universo, para juzgar todas las cosas, para regir todo un estado, ahí le tenéis ocupado y absorto en perseguir una liebre. Y si no condesciende a hacer tal cosa, y se empeña en no distraerse nunca, será un acto de necedad, porque querrá elevarse por encima de la humanidad, y en resumidas cuentas no es más que un hombre, es decir, capaz de poco y de mucho, de todo y de nada: no es ni ángel ni bestia, sino hombre.

177. Los hombres dedican su tiempo a perseguir una pelota y una liebre; es el mismo placer de los reyes.

178. *Vanidad*. ¡Es asombroso que algo tan visible como la vanidad del mundo sea tan poco conocido que resulte extraño y sorprendente decir que es una necedad aspirar a las grandezas!

179. A mi juicio, César era demasiado viejo para entretenerse en conquistar el mundo. Este entretenimiento estaba bien para Augusto o para Alejandro; ellos eran jóvenes, a quienes siempre es difícil parar los pies; pero César debía ser más maduro.

180. Quien quiera conocer plenamente la vanidad del hombre no tiene más que pensar en las causas y los efectos del amor. Su causa es *un no sé qué*^[32] (Corneille) y sus efectos son espantosos. Ese *no sé qué*, que es algo tan pequeño que ni siquiera se reconoce, conmueve toda la tierra, los soberanos, los ejércitos, el mundo entero.

La nariz de Cleopatra: si hubiese sido más corta, habría cambiado toda la faz de la tierra.

181. La palabra *galileo*, que la turba de judíos pronunció como por azar, acusando a Jesucristo ante Pilatos, hizo que Pilatos enviara a Jesucristo á Herodes; y de este modo se cumplió el misterio, según el cual debía ser juzgado por los judíos y los gentiles. El azar, en apariencia, fue la causa de que se cumpliera el misterio.

182. El ejemplo de la castidad de Alejandro no ha hecho tantos hombres castos como el de su embriaguez ha hecho intemperantes. No resulta vergonzoso no ser tan virtuoso como él y parece disculpable no ser más vicioso que él. Creemos no caer del todo en los vicios del vulgo cuando seguimos el ejemplo de los vicios de estos grandes hombres; y sin embargo no tenemos en cuenta que en esto pertenecen al vulgo. Les imitamos por lo que ellos imitan al pueblo; pues, por muy encumbrados que estén, no dejan de estar unidos a los menores de los hombres por alguna cosa.

No están suspendidos en el aire, no son completamente ajenos al resto de los mortales. No, no; si son más grandes que nosotros es porque tienen la cabeza más elevada; pero sus pies se apoyan en la tierra, lo mismo que los nuestros. Están todos al mismo nivel, descansan sobre la misma tierra; y por esta extremidad están tan abajo como nosotros, como los más pequeños, como los niños, como los animales.

183. Cuando la pasión nos empuja a hacer algo, olvidamos nuestro deber: cuando nos gusta un libro lo leemos, cuando deberíamos hacer otra cosa. Pero para recordarlo hay que proponerse hacer algo que se detesta; entonces nos excusamos diciendo que tenemos otra cosa que hacer, y así, por ese sistema, nos acordamos de nuestro deber.

184. Los hombres están tan necesariamente locos que sería estar loco, con otro género de locura, no estar loco.

185. Lo que más me sorprende es ver que todo el mundo no se sorprende de su debilidad. Se obra concienzudamente y cada cual sigue su inclinación, no porque sea bueno seguirla ya que los medios lo son, sino como si cada cual supiera con toda certeza dónde están la razón y la justicia. Continuamente tenemos decepciones; y por una curiosa humildad, creemos que es culpa nuestra, y no de la manera de hacer las cosas, de la que siempre nos jactamos. Pero está bien que haya mucha gente así en el mundo que no sean pirronianos, para la gloria del pirronismo, porque así se comprueba que el hombre es muy capaz de las opiniones más extravagantes, dado que es capaz de creer que no le afecta la debilidad natural e inevitable, sino que, por el contrario, sigue la sabiduría natural.

Nada robustece más el pirronismo que el hecho que existan personas que no sean pirronianas: si todas lo fuesen, estarían en el error.

186. Esta secta se robustece más por sus enemigos que por sus amigos; porque la debilidad del hombre se hace mucho más manifiesta en los que no la conocen que en los que la conocen.

187. Las palabras de humildad son materia de orgullo para los orgullosos, y de humildad para los humildes. Por eso las del pirronismo son materia de afirmación para los afirmativos; pocos son los que hablan de la humildad humildemente; pocos de la castidad

castamente; pocos del pirronismo dudando. No somos más que mentira, duplicidad, contradicción, y nos escondemos y disfrazamos a nosotros mismos.

7. LOCURA DE LA CIENCIA HUMANA Y DE LA FILOSOFÍA

188. Una carta *de la locura de la ciencia humana y de la filosofía*. Esta carta antes de *la diversión*. *Felix qui potuit...*^[33] *Felix, nihil admirari.*^[34] 280 clases de bienes soberanos en Montaigne.

189. Pero tal vez este asunto esté más allá del alcance de la razón. Examinemos, pues, sus invenciones sobre las cosas de su capacidad. Si hay algo en lo que su interés propio haya debido hacer que se dedique a ello con toda su alma, es a la búsqueda de su bien soberano. Veamos, pues, en qué lo han cifrado esas almas fuertes y clarividentes, y si están de acuerdo.

Uno dice que el soberano bien está en la virtud, otro lo pone en la voluptuosidad; uno en seguir la naturaleza, otro en la verdad: *Felix qui potuit rerum cognoscere causas*;^[35] otro en la ignorancia total, otro en la indolencia, otro en resistir a las apariencias, otro en no admirarse por nada: *Nihil mirari prope res una quae possit facere et servare beautilm*;^[36] y los buenos pirronianos en su ataraxia, duda y suspensión perpetua; y otros, más sabios, suponen que es imposible de encontrar, ni siquiera por el deseo. Con lo cual quedamos bien enterados.

Si hay que admitir que la gran filosofía no ha conseguido averiguar nada seguro después de un esfuerzo tan largo y obstinado, tal vez al menos el alma se conocerá a sí misma. Escuchemos a los maestros del mundo acerca de esta cuestión. ¿Qué han pensado de su sustancia? ¿Han sido más afortunados en su búsqueda? ¿Qué han descubierto acerca de su origen, de su duración y de su partida?

¿Es acaso el alma una cuestión demasiado noble para sus débiles luces? Limitémonos, pues, a la materia, veamos si sabe de qué está hecho el propio cuerpo que anima y los otros que contempla y que agita a su antojo. ¿Qué saben de todo eso esos grandes razonadores que no ignoran nada? *Harum sententiarum.*^[37]

Sin duda eso bastaría si la razón fuese razonable. Y lo es lo suficiente como para confesar que aún no ha podido encontrar nada seguro; pero aún no desespera de conseguirlo; al contrario, se empeña más que nunca en esta búsqueda, y se repite a sí misma que dispone de las fuerzas necesarias para tal conquista. Hay, pues, que concluirla, y después de haber examinado sus facultades por sus efectos, reconozcámoslas en sí mismas; veamos si tiene cualidades propias y capacidad para descubrir la verdad.

190. Dicen que los eclipses anuncian desgracias, porque las desgracias son frecuentes, de tal modo que el mal se da tan a menudo que a menudo aciertan; en cambio si dijeran que anuncian venturas, a menudo mentirían. Atribuyen los hechos venturosos a raras coincidencias celestes; así sólo pueden producirse de tarde en tarde.

191. Parte I, 1. 2, c. i. Sección 4.^[38]

Conjetura. No será difícil hacer descender un escalón más y hacerla parecer ridícula. Ya que para examinarla en sí misma, ¿acaso hay algo más absurdo que decir que los cuerpos inanimados tienen pasiones, temores, horrores? ¿Que cuerpos insensibles, sin vida, e incluso incapaces de vida, tengan pasiones, que presuponen un alma al menos sensitiva para albergarlas? ¿Y además que el objeto de este horror es el vacío? ¿Qué tiene el vacío que pueda inspirarles miedo? ¿Existe algo más necio y más ridículo? Y eso no es todo: que tengan en sí mismos un principio de movimiento para evitar el vacío. ¿Acaso tienen brazos, piernas, músculos, nervios?

192. *Descartes*. Hay que decir a grandes rasgos: «Ello se hace por figura y movimiento»; porque es verdad. Pero decir cuáles y componer la máquina es ridículo; porque es inútil e inseguro y difícil. Y aunque fuese verdad, no creemos que toda la filosofía valga una hora de esfuerzo.

193. Escribir contra los que profundizan demasiado en las ciencias. *Descartes*.

194. No puedo perdonar a *Descartes*: en toda su filosofía hubiese querido por encima de todo poder prescindir de Dios; pero no ha podido por menos que hacerle dar un capirotazo para poner en movimiento el mundo; una vez hecho esto, ya no necesita a Dios para nada.

195. *Descartes* inútil e incierto.

196. *Vanidad de las ciencias*. La ciencia de las cosas exteriores no me consolará de la ignorancia de la moral en tiempo de aflicción; pero la ciencia de las costumbres siempre me consolará de la ignorancia de las ciencias exteriores.

197. *Debilidad*. Todo el empeño de los hombres se dirige a tener la dicha; pero no

pueden demostrar que la poseen por justicia, porque lo único que tienen es la imaginación humana, y también carecen de medios para poseerla con seguridad. Lo mismo ocurre con la ciencia, porque la enfermedad la arrebató. Somos incapaces de tener la verdad y la dicha.

8. LA DIVERSIÓN

198. Nuestra naturaleza está en el movimiento; el reposo completo es la muerte.

199. Condición del hombre: inconstancia, congoja, inquietud.

200. La congoja que se sufre al dejar las ocupaciones a las que estábamos acostumbrados: un hombre vive placenteramente en su hogar; si ve a una mujer que le agrada, si juega cinco o seis días con placer, será ya desgraciado si vuelve a su estado anterior. Nada más frecuente que eso.

201. *Congoja*. Nada más insoportable al hombre que vivir en pleno reposo, sin pasiones, sin quehaceres, sin diversiones, sin nada en que ocuparse. Entonces siente su nada, su abandono, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su vacío. En seguida saldrá del fondo de su alma la congoja, el abatimiento, la tristeza, la pena, la irritación, la desesperación.

202. *Agitación*. Cuando un soldado o un labrador, etc., se lamentan de los trabajos que sufren, que les hagan permanecer sin hacer nada.

203. Sólo nos agrada el combate, pero no la victoria: nos gusta ver las luchas de los animales, no al vencedor que se encarniza con el vencido; ¿qué es lo que se quería ver sino el fin de la victoria? Y cuando se produce, estamos ebrios de ella. Lo mismo ocurre en el juego y en la busca de la verdad. En las disputas nos gusta ver el combate de las opiniones; pero contemplar la verdad que se ha descubierto, en absoluto: para que la veamos con placer hay que hacerla nacer de la disputa. Semejantemente, en las pasiones sentimos placer al ver enfrentarse a dos contrarios; pero cuando una de las dos triunfa, aquello ya es sólo brutalidad. Nunca buscamos las cosas, sino la búsqueda de las cosas. Así, en las comedias las escenas regocijadas sin temor no valen nada, como tampoco las desgracias extremadas sin esperanza, ni los amores brutales, ni las severidades más duras.

204. Sin examinar todas las ocupaciones particulares, basta con comprenderlas bajo la idea de diversión.

205. *Diversión*. Cuando alguna vez me he puesto a considerar las diversas agitaciones de los hombres, y los peligros y trabajos a los que se exponen en la corte, en la guerra, de donde nacen tantas riñas, pasiones, empresas aventuradas y a menudo con mal fin, etc., he comprendido que toda la desdicha de los hombres se debe a una sola cosa, la de no saber permanecer en reposo en una habitación. Un hombre que tiene lo suficiente para vivir, si supiese quedarse en su casa con placer, no saldría de allí más que para embarcarse o para el asedio de una plaza. Si se compra un grado en el ejército a buen precio es porque resulta insoportable no moverse de la ciudad; y si se busca el trato de los demás y las diversiones de los juegos es porque no se sabe permanecer en su propia casa placenteramente.

Pero cuando profundizo más en la cuestión, y después de haber encontrado la causa de todas nuestras desdichas, quiero descubrir su razón, advierto que existe una muy efectiva, que estriba en la desdicha natural de nuestra condición débil y mortal, y tan desventurada que nada puede consolarnos cuando pensamos detenidamente en ella.

Sea cual fuere la situación que imaginemos, si se reúnen todas las ventajas que pueden correspondernos, la realeza es lo mejor del mundo, y sin embargo, pensemos que aunque el rey disfrute de todas las satisfacciones que pueda tener, si carece de diversión y se le deja pensar y reflexionar sobre lo que es, esta enfermiza felicidad no bastará para contentarle, y pensará necesariamente en las intenciones que le amenazan, en los motines que pueden producirse, y por fin en la muerte y en las enfermedades que nadie puede evitar; de tal modo que, si carece de lo que se llama diversión, será infortunado y más infortunado que el último de sus súbditos, que juega y que se divierte.

De ahí que el juego y la compañía de las mujeres, la guerra y los altos cargos sean tan deseados. No porque proporcionen efectivamente la felicidad, ni porque nadie se imagine que la verdadera dicha consiste en tener el dinero que se puede ganar en el juego, o en la liebre que se persigue: todo eso se rechazaría si nos lo dieran. No es su goce muelle y apacible, y que nos permite seguir pensando en nuestra desdichada condición, lo que nos atrae, ni los peligros de la guerra, ni los conflictos de los cargos, es el aturdimiento que nos evita pensar en nosotros y que nos divierte.

Por eso los hombres gustan tanto del mudo y de la agitación; por eso la cárcel es un suplicio tan horrible; por eso el placer de la soledad es algo que no se comprende. Y por

eso, en resumen, lo mejor que tiene el ser rey es el hecho de que a su alrededor todos traten sin cesar de divertirles y de proporcionarles toda clase de placeres.

El rey está rodeado de personas que no piensan más que en divertir al rey, y en impedirle que piense en sí mismo. Porque, por muy rey que sea, si piensa en sí mismo será desdichado.

Eso es todo lo que los hombres han sabido inventar para ser felices. Y lo que opinan acerca del asunto los filósofos, que creen que el mundo es muy poco razonable pasándose todo el día persiguiendo una liebre que no quisieran haber comprado, no saben nada de nuestra naturaleza. Esta liebre no nos protege de la idea de la muerte y del infortunio, pero la caza —que nos evita tener tales pensamientos— sí nos protege de estas ideas.

Y así, cuando se les reprocha que lo que buscan con tanto ardor no puede satisfacerles, si respondiesen como deberían hacerlo en caso de haber reflexionado bien, que no quieren más que una ocupación violenta e impetuosa que les salve de pensar en sí mismos, y que por este motivo se proponen una meta atractiva que les encanta y les atrae con entusiasmo, dejarían a sus adversarios sin respuesta. Pero no responden eso porque no se conocen a sí mismos. No saben que lo que anhelan es la caza y no las piezas cobradas.

Se imaginan que de haber obtenido este cargo, luego descansarían placenteramente, ignorando la naturaleza insaciable de su codicia. Creen buscar sinceramente el reposo, y en realidad no buscan más que la agitación.

Tienen un instinto secreto que les empuja a buscar la diversión y la ocupación fuera de sí mismos, y la causa está en que sienten sus continuas miserias; y tienen otro instinto secreto, que es un residuo de la grandeza de nuestra naturaleza primera, que les permite comprender que la felicidad en el fondo está en el reposo, y no en el tumulto; y de esos dos instintos opuestos se forma en ellos un proyecto confuso que se oculta a su vista en el fondo de su alma y que les conduce a tender al reposo por medio de la agitación, y a imaginarse siempre que la satisfacción que no sienten podrán alcanzarla si, después de vencer ciertas dificultades previsibles, pueden franquear de ese modo la puerta al reposo.

Así se pasa toda la vida. Se va en busca del reposo superando algunos obstáculos; y una vez vencidos el reposo se hace insoportable, puesto que, o se piensa en las miserias que nos afligen o en las que nos amenazan. Y aun cuando nos viésemos suficientemente protegidos por todas partes, la congoja, con su autoridad privada, no dejaría de brotar del fondo del corazón, donde tiene raíces naturales, llenando así el ánimo con su veneno.

Por eso el hombre es tan desdichado que se acongojaría aunque no tuviese ningún motivo de congoja, por el estado mismo de su condición; y es tan poca cosa que, aun estando repleto de mil causas esenciales de congoja, el juego más insignificante, un billar y una bola que empuja, bastan para divertirle.

Pero, diréis, ¿qué saca con todo eso? Pues jactarse el día siguiente con sus amigos de que ha jugado mejor que otro. Así, los demás sudan en su gabinete para demostrar a los sabios que han resuelto un problema de álgebra hasta entonces irresoluble; y mientras otros se exponen a los mayores peligros para jactarse luego de haber conquistado una plaza, a mi entender de un modo no menos necio; y finalmente otros se matan para descubrir todas estas cosas, no para ser así más sabios, sino solamente para demostrar que las saben, y éstos son los más necios de todos, ya que lo son a conciencia, mientras que de los otros siempre puede pensarse que tal vez no lo fueran ni supiesen lo que están haciendo.

Alguien se pasa la vida distraídamente jugándose todos los días un poco de dinero. Dadle todas las mañanas el dinero que puede ganar cada día, a cambio de que no juegue, y le haréis desdichado. Se dirá tal vez que lo que quiere es la diversión del juego, y no la ganancia. Haced que juegue sin dinero y perderá todo interés, aburriéndose. No es, pues, sólo el entretenimiento lo que necesita: un entretenimiento sin aliciente y sin pasión le aburrirá. Tiene que interesarse por lo que hace y engañarse a sí mismo imaginándose que le haría feliz ganar lo que no quisiera que se le diese a condición de no seguir jugando, a fin de tener un motivo de interés, provocando así su deseo, su cólera, su temor, por algo imaginario, como los niños que se asustan de la cara que ellos mismos acaban de pintarrapear.

¿Cómo se explica que este hombre, que perdió hace pocos meses a su hijo único, y que, abrumado por pleitos y disputas, estaba tan turbado esta mañana, ahora ya no piense en nada de ello? Que nadie se extrañe: está absorto, viendo por dónde pasará ese jabalí que sus perros persiguen con tanto ardor desde hace seis horas. No se necesita nada más. El hombre, por muy lleno de tristeza que esté, si puede conseguirse que se ocupe en una diversión, será feliz mientras dure; y el hombre, por muy feliz que sea, si no está divertido u

ocupado por alguna pasión o entretenimiento que impida extenderse su congoja, no tardará en estar malhumorado y en ser infeliz. Sin diversión no hay alegría, con diversión no hay tristeza. Y eso es también lo que da la dicha a las personas de alto rango, que cuentan con diversas personas que les divierten y que logran mantenerles en este estado.

Fijaos bien. ¿Qué es ser superintendente, canciller, primer presidente sino ocupar una situación tal en la que desde la mañana un gran número de personas acuden de todas partes, para no dejarles ni una hora del día en que puedan pensar en sí mismos? Y cuando caen en desgracia y tienen que retirarse a sus casas de campo, donde no carecen ni de bienes ni de servidores que les asistan en sus necesidades, no por eso dejan de sentirse infortunados y abandonados, porque nadie les impide pensar en sí mismos.

206. *Diversión.* ¿Es que la dignidad real no es suficientemente elevada por sí misma para aquél que la posee que baste para hacerle feliz sin más que pensar en lo que es? ¿Habría que distraerle de este pensamiento como al vulgo? Se comprende que hagamos feliz a un hombre distrayéndole de sus contrariedades domésticas para llenar todos sus pensamientos con la idea de bailar debidamente. Pero ¿sucederá lo mismo con un rey y será más feliz dedicándose a esas vanas diversiones que pensando en su grandeza? ¿Y qué objeto más satisfactorio podrá ofrecerse a su mente? ¿No será menoscabar su alegría ocuparle el alma en pensar en ajustar sus pasos a la cadencia de una melodía o en lanzar hábilmente una pelota, en vez de dejarle gozar en reposo de la contemplación de la gloria majestuosa que le rodea? Hagamos la prueba; que se deje a un rey completamente solo, sin ninguna satisfacción de los sentidos, sin nada en qué ocupar la mente, sin compañía, pensando en sí mismo todo el tiempo que quiera; y comprobaremos que un rey sin diversión es un hombre lleno de melancolía. Por eso se evita cuidadosamente que pueda producirse tal cosa, y alrededor de los reyes nunca deja de haber una multitud de personas que velan porque a sus deberes sucedan diversiones, y que durante el tiempo de este ocio se dedican a proporcionarles placeres y juegos, de tal modo que nunca se dé el vacío; es decir, que están rodeados de personas que se ocupan incesantemente de que el rey no esté solo pensando en sí mismo, pues bien se sabe que si piensa en ello iba a sentirse desventurado, aun siendo rey.

Y no me refiero aquí a los reyes cristianos como tales cristianos, sino solamente como reyes.

207. *Diversión.* Desde su niñez, se hace que los hombres se preocupen por su honra, por su fortuna, por sus amigos, y además del bienestar y de la honra de sus amigos. Se les abrumba con ocupaciones, se les hace aprender lenguas y a adiestrarse en ejercicios, y se les imbuye la idea de que no pueden ser felices a no ser que su salud, su honra, su fortuna y la de sus amigos esté en buen estado, y que una sola cosa que falte les haría desdichados. De este modo se les da obligaciones y quehaceres que les tienen ajetreados durante todo el día. ¡Pues vaya una extraña manera, diréis, de hacerles felices! ¿No se os ha ocurrido nada mejor para hacerles desdichados? Vamos a ver, ¿qué otra cosa puede hacerse? Bastaría con quitarles todas estas inquietudes; entonces se verían a sí mismos, pensarían en lo que son, de dónde vienen, adonde van; y así nunca se les ocupa y se les distrae suficientemente. Y ésta es la razón de que, después de haberles preparado tanta actividad, si aún disponen de algún tiempo ocioso, se les aconseja que lo dediquen a divertirse, a jugar, y a estar siempre completamente ocupados.

¡Hasta qué punto el corazón del hombre está vacío y lleno de inmundicia!

208. Todas las grandes diversiones son peligrosas para la vida cristiana; pero entre todas las que ha inventado el mundo ninguna es más de temer que la comedia. Es una representación tan natural y tan delicada de las pasiones que las agita y las hace nacer en nuestro corazón, y sobre todo la del amor; principalmente cuando se le representa muy casto y muy honesto. Porque cuanto más inocente parece a las almas inocentes, más susceptibles son éstas de que les conmueva; su vehemencia agrada a nuestro amor propio, que forja en seguida un deseo de causar los mismos efectos que se ven tan bien representados; y al mismo tiempo nos formamos una conciencia fundada en la rectitud de los sentimientos que se ven, que quitan el temor de las almas puras, que se imaginan que no ofenden a la pureza amando con un amor que les parece tan alto.

Así el corazón sale de la comedia tan lleno de todas las hermosuras y de todas las dulzuras del amor, y el alma y la mente tan persuadidas de su inocencia, que se está muy propicio a recibir sus primeras impresiones, o, mejor dicho, a buscar la ocasión de hacerlas nacer en el corazón de alguien, para recibir los mismos placeres y los mismos sacrificios que hemos visto tan bien pintados en la comedia.

209. Sólo nos ocupa un pensamiento, no podemos pensar en dos cosas a la vez; lo cual es bueno según el mundo, no según Dios.

210. Visiblemente el hombre está hecho para pensar; en eso estriba toda su dignidad y todo su mérito, y su único deber consiste en pensar rectamente. Ahora bien, el orden del pensamiento exige empezar por uno mismo, y por su autor y su fin.

Pero ¿en qué piensa el mundo? Jamás piensa en esto; sino en bailar, en tañer el laúd, en cantar, en componer versos, en correr sortija, etc., en pelear, en coronarse rey, sin pensar en qué consiste ser rey y en qué consiste ser hombre.

211. Quien no ve la vanidad del mundo es él mismo muy vano. Pero ¿quién no la ve, exceptuando a jóvenes que viven en el bullicio, en la diversión, y pensando siempre en el porvenir? Pero si les quitáis su diversión veréis cómo se mustian de congoja; entonces advierten su nada sin conocerla; porque se es muy desdichado, sumido en una tristeza insupportable, cuando uno se ve obligado a pensar en sí mismo, sin que nada le divierta.

212. *Pensamientos. In omnibus requiem quaesivi.*^[39] Si nuestra condición fuese verdaderamente dichosa no tendríamos que divertirnos distrayéndonos con otras cosas para poder ser felices.

213. *Diversión.* Como los hombres no han podido curar la muerte, los males, la ignorancia, para ser felices han decidido no pensar en nada de eso.

214. A pesar de esos males, quiere ser feliz, y sólo quiere ser feliz y no puede no querer serlo; pero ¿qué hará? Para conseguir lo que desea tendría que hacerse inmortal; como no puede, decide no pensar en ello.

215. Las calamidades de la vida humana han fundado todo eso; una vez lo han visto, se han decidido por la diversión.

216. *Diversión.* Si el hombre fuese feliz lo sería más en la medida en que estaría menos divertido, como los santos y Dios. Sí, pero ¿acaso no es ser feliz poder regocijarse con la diversión? No, porque viene de fuera de nosotros; y por lo tanto es dependiente, y en consecuencia algo que puede ser alterado por mil accidentes, lo cual hace las aflicciones inevitables.

217. *Males.* Lo único que nos consuela de nuestros males es la diversión, y sin embargo es el mayor de nuestros males. Porque ella es la que nos impide principalmente pensar en nosotros, y la que nos hace perder insensiblemente. De no ser por ella viviríamos en la congoja, y esta congoja nos impulsaría a buscar un medio más sólido de salir de tal estado. Pero la diversión nos entretiene y hace que lleguemos insensiblemente a la muerte.

218. *Diversión.* La muerte es más fácil de soportar sin pensar en ella que el pensamiento de la muerte sin peligro.

219. Temer a la muerte lejos del peligro, y no en el peligro; porque hay que ser hombre.

220. Nos conocemos tan poco que hay quien piensa que va a morir cuando su salud es buena; y hay quien piensa gozar de buena salud cuando está a punto de morir, sin advertir la fiebre que le amenaza o el absceso que está ya formándose.

221. Cromwell se disponía a asolar toda la cristiandad; la familia real estaba perdida y la suya iba a ser poderosa para siempre, pero un granito de arena se formó en un uréter. La misma Roma iba a temblar ante él; pero como aquel granito de arena estaba ahí, murió, su familia perdió relieve, todo quedó en paz y el rey fue restablecido en su trono.

222. Lo único que hay que temer es la muerte repentina, y ésta es la razón de que los confesores vivan siempre en las casas de los grandes.

223. Los grandes y los pequeños sufren las mismas contrariedades, los mismos enojos y las mismas pasiones; pero unos están en lo alto de la rueda y los otros cerca del centro, y por eso los últimos acusan menos las sacudidas que provocan los mismos movimientos.

224. Tres protectores. Si alguien hubiese gozado de la amistad del rey de Inglaterra, del rey de Polonia y de la reina de Suecia, ¿hubiese podido creer que iba a faltarle un lugar de refugio y de asilo en el mundo?

225. Cuando Augusto se enteró de que entre los niños menores de dos años que Herodes había hecho matar figuraba su propio hijo, dijo que era preferible ser el cerdo de Herodes que su hijo. Macrobio, libro II, Sát., cap. IV.

226. Corremos despreocupadamente hacia el precipicio después de habernos puesto algo ante los ojos para impedirnos ver.

227. Por muy hermosa que sea la comedia y todo lo demás, el último acto es sangriento: se acaba arrojando tierra sobre la cabeza, y se terminó para siempre.

9. EL HOMBRE EN SOCIEDAD

La injusticia de las leyes humanas

228. *Pirronismo*. En este mundo todo es en parte verdadero y en parte falso. La verdad esencial no es así: es toda pura y toda verdadera. Esta mezcla la deshonra y la aniquila. Nada es puramente verdadero; y por lo tanto nada es verdadero, si pensamos en lo verdadero en toda su pureza. Se me dirá que es verdadero que el homicidio es malo; sí, porque conocemos bien el mal y la falsedad. Pero ¿de qué podemos decir que es bueno? ¿La castidad? Yo afirmo que no, porque el mundo se terminaría. ¿El matrimonio? No, porque es preferible la continencia. ¿No matar? No, porque los desórdenes serían espantosos, y los malvados matarían a todos los buenos. ¿Matar? No, porque ello destruye la naturaleza. Lo verdadero y lo bueno sólo existe en parte, y mezclado con el mal y la falsedad.

229. Todas las buenas máximas existen ya en el mundo; sólo falta aplicarlas. Por ejemplo: nadie duda que hay que arriesgar la vida por defender el bien público, y algunos así lo hacen; pero no por la religión.

Es necesario que haya desigualdad entre los hombres, eso es cierto; pero al concederlo abrimos la puerta no sólo al mayor de los dominios, sino también a la mayor tiranía.

Es necesario aflojar un poco la tensión del ánimo; pero ello abre la puerta a los mayores excesos. Pues que se señalen los límites. No existen límites en las cosas: las leyes quieren fijarlos y el hombre se niega a admitirlos.

230. ... vemos la vanidad de las leyes; prescinde de ellas; o sea que es útil engañarle. ¿En qué se fundará la economía del mundo que quiere gobernar? ¿En el capricho de algún individuo? ¡Qué confusión! ¿En la justicia? La ignora.

Ciertamente, si la conociese no hubiese establecido esta máxima, la más general de todas las que existen entre los hombres, que cada cual siga las costumbres de su país; el fulgor de la verdadera equidad se hubiese impuesto a todos los pueblos, y los legisladores no hubieran tomado por modelo, en vez de esta justicia constante, las fantasías y los caprichos de los persas y los alemanes. La veríamos implantada por todos los estados del mundo y en todos los tiempos, cuando la verdad es que no vemos nada justo o injusto que no cambie de condición al cambiar de clima. Tres grados de elevación del polo abatirían toda la jurisprudencia; un meridiano decide acerca de la verdad; a los pocos años de poseer una tierra, las leyes fundamentales cambian; el derecho tiene sus épocas; la entrada de Saturno en León nos indica el origen de tal crimen. ¡Extraña justicia limitada por un río! Lo que es verdad a este lado de los Pirineos es error al otro lado.

Admiten que la justicia no está en estas costumbres, sino que reside en las leyes naturales, comunes a todo país. Ciertamente, lo sostendrían con obstinación si la ligereza del azar que sembró las leyes humanas hubiese encontrado una tan solo que fuese universal. Pero el asunto es tan risible que el capricho de los hombres se ha diversificado tan bien que no hay ninguna.

El hurto, el incesto, el asesinato de los niños y de los padres, todo llegó a considerarse como una acción virtuosa. ¿Puede haber algo más cómico que el hecho de que un hombre tenga derecho a matarme porque vive al otro lado del agua, y que su soberano riña con el mío, aunque yo no tenga ninguna disputa con él?

Sin duda hay leyes naturales; pero esta hermosa razón corrompida lo ha corrompido todo: *Nihil amplius nostrum est; quod nostrum dicimus, artis est. Ex senatus consultis et plebiscitis crimina exercentur. Ut olim vitiis, sic nunc legibus laboramus.*^[40]

Esta confusión es causa que uno diga que la esencia de la justicia es la autoridad del legislador: otro, la conveniencia del soberano; otro, la costumbre de ahora, y éste es el que más se acerca a la verdad. Siguiendo sólo a la razón, no hay nada justo en sí mismo; todo se transforma con el paso del tiempo. La costumbre hace por sí sola la equidad, y ello por un único motivo, el de que es aceptada; éste es el fundamento místico de su autoridad. Quien la devuelva a su principio la destruye. Nada más peligroso que esas leyes que corrigen errores; quien las obedece porque son justas obedece a la justicia que él imagina, pero no a la esencia de la ley: porque ésta está toda contenida en sí misma; es ley y nada más. Quien quiera analizar el motivo lo juzgará tan débil y tan ligero que, si no está acostumbrado a contemplar los prodigios de la imaginación humana, se admirará de que un siglo le haya añadido tanta pompa y reverencia. El arte de la sedición, de trastornar los Estados, consiste en atacar las costumbres establecidas, examinándolas hasta su origen, para hacer observar que carecen de autoridad y de justicia. Dicen que hay que recurrir a las leyes fundamentales y primitivas del Estado que abolió una costumbre injusta. Éste es un juego en el que con toda seguridad se pierde todo; examinado de este modo, nada parecerá justo.

Sin embargo el pueblo presta fácilmente oídos a estos discursos. Sacuden el yugo apenas advierten que existe; y los grandes se benefician de su ruina y de la de los curiosos examinadores de las costumbres heredadas. Ésta es la razón por la que el más sabio de los legisladores decía que, por el bien de los hombres, a menudo conviene engañarlos; y otro, buen político: *Cum veritatem qua liberetur ignoret, expedit quod fallatur.*^[41] No es bueno que se note la verdad de la usurpación: antaño se estableció sin motivo, pero ahora se ha hecho razonable; hay que hacer que todos la consideren auténtica, eterna, y ocultar los comienzos si no se quiere que llegue muy pronto a su fin.

231. *Mío, tuyo.* Este perro es mío, decían aquellos pobres niños; y éste es mi lugar bajo el sol. Ahí tenemos el inicio y la imagen de la usurpación de toda la tierra.

232. En la carta *Sobre la injusticia* puede estar la burla de los mayorazgos que lo tienen todo: Amigo mío, vos nacisteis del lado de acá de la montaña; por lo tanto es justo que vuestro hermano mayor sea dueño de todo.

¿Por qué me matáis?

233. ¿Por qué me matáis? Pero, veamos, ¿es que no vivís al otro lado del agua? Amigo mío, si vivieseis en esta orilla, yo sería un asesino, y sería injusto mataros de ese modo; pero puesto que vivís en la otra orilla, soy un valiente y lo que hago es justo.

234. Cuando se trata de decidir si hay que hacer la guerra y matar a tantos hombres, condenar a tantos españoles a la muerte, es un hombre solo quien decide, y además interesado. Debería ser un tercero indiferente a la cuestión.

Las falsificaciones de la justicia: la opinión y la fuerza y su poder tiránico

235. *Veri juris.*^[42] Ya no tenemos: si tuviéramos, no adoptaríamos como norma de justicia seguir las costumbres de cada país.

Y al no poder encontrar lo que es justo, se ha encontrado lo que es fuerte, etc.

236. La justicia es lo que está establecido; y así todas nuestras leyes establecidas serán necesariamente justas sin necesidad de ningún examen, puesto que están establecidas.

237. *Justicia.* De la misma manera que la moda determina lo que gusta, determina lo que es justo.

238. Las únicas reglas universales son las leyes del país para las cosas ordinarias, y la mayoría para las demás. ¿Y ello a qué se debe? A la fuerza que tienen. Por eso los reyes, cuya fuerza procede de otro origen, no siguen la opinión de la mayoría de sus ministros.

Sin duda la igualdad de los bienes es justa; pero al no poder conseguir que sea forzoso obedecer a la justicia, se ha hecho que sea justo obedecer a la fuerza; no pudiendo fortificar a la justicia se ha justificado a la fuerza, a fin de que la justicia y la fuerza vayan unidas, y que exista paz, que es el bien soberano.

239. «Cuando un fuerte bien armado guarda su palacio, seguros están sus bienes». (Lucas, XI, 21).

240. ¿Por qué se sigue a la mayoría? ¿Quizá porque tienen más razón? No, porque tienen más fuerza.

¿Por qué se siguen las leyes antiguas y las antiguas opiniones? ¿Acaso son las mejores? No, pero son únicas, y quitan de raíz la posibilidad de la disensión.

241. Es el efecto de la fuerza, no de la costumbre; porque son raros los que son capaces de inventar; los más numerosos sólo quieren seguir, y niegan la gloria a esos inventores que la buscan por medio de sus invenciones; y si se obstinan en querer obtenerla y en despreciar a los que no inventan, los otros les darán nombres ridículos y les darían bastonazos. Que nadie se jacte, pues, de ese tipo de capacidad, o que cada cual se contente consigo mismo.

242. La fuerza es la reina del mundo, y no la opinión. Pero ¿no es la opinión lo que hace la fuerza? No, es la fuerza la que hace la opinión. Según eso la comodidad es hermosa.

¿Por qué? Porque quien quiere bailar en la cuerda floja lo hará solo; y yo me encargaré de convencer a muchos que dirán que eso no es hermoso.

243. El imperio fundado en la opinión y en la imaginación reina durante un tiempo, y este imperio es suave y libre; el de la fuerza reina siempre. Por eso la opinión es como la reina del mundo, pero la fuerza es su tirano.

244. La tiranía consiste en el deseo de dominio universal y fuera de su orden.

Diversas estancias de fuertes, de apuestos, de ingeniosos, de piadosos, cada uno de los cuales reina en su lugar y no en otro; y a veces se encuentran, y el fuerte y el apuesto pelean neciamente, para decidir quién será el amo de los dos; porque su superioridad es de

género distinto. No se entienden y su error consiste en querer reinar en todas partes. Nada puede conseguirlo, ni siquiera la fuerza; porque ésta no puede nada en el reino de los sabios; solamente es dueña de las acciones exteriores.

Tiranía. En consecuencia, es falso y tiránico decir: «Soy apuesto, y en consecuencia tienen que temerme. Soy fuerte, y en consecuencia tienen que amarme. Soy...».

Tiranía es querer conseguir por un medio lo que sólo puede tenerse por otro. Se dan deberes diferentes para méritos diferentes: deber de amor a la hermosura; deber de miedo a la fuerza; deber de crédito a la ciencia.

Tales deberes obligan, es injusto negarlos, y también es injusto pedir otros. Y es igualmente ser falso y tiránico decir: «No es fuerte, luego no le estimaré; no es inteligente, luego no le temeré».

245. *Rey y tirano.* Tendré asimismo ideas que guardaré para mí. Andaré con cuidado en mis viajes. Grandeza de situación, respeto de situación. El placer de los grandes consiste en poder hacer felices a los demás. Lo propio de la riqueza es repartirla liberalmente. Lo propio de cada cosa ha de averiguarse. Lo propio de los poderosos es proteger. Cuando la fuerza ataca las apariencias, cuando un simple soldado se apodera del birrete de un primer presidente y lo lanza por la ventana.

246. Dios lo creó todo para sí, dio poder de pena y de bien para sí. Podéis aplicarlo a Dios o a vosotros. Si es a Dios, la regla es el Evangelio. Si es a vosotros, ocuparéis el lugar de Dios. Del mismo modo que Dios está rodeado de personas llenas de caridad, que le piden los bienes de la caridad que corresponden a su poder, así... Conoceos, pues, y sabed que sólo sois reyes de concupiscencia y que seguís los caminos de la concupiscencia.

247. *Razón de los efectos.* La concupiscencia y la fuerza son el origen de todas nuestras acciones: a la concupiscencia se deben las voluntarias, a la fuerza las involuntarias.

Conclusión a la que conducen estos hechos: nuestra justicia no es la justicia

248. Aquéllos que no aman la verdad se escudan en el pretexto de las controversias y de la multitud de los que la niegan. Y así su error sólo se debe a que no aman la verdad o la caridad; y por lo tanto no tienen excusa.

249. Se esconden en la muchedumbre y llaman en su socorro al mayor número. Tumulto.

La autoridad. Aunque el hecho de haber oído decir una cosa sea la regla de lo que creáis, no debéis creer en nada sin plantearos la cuestión como si jamás hubierais oído hablar de ella.

Es el consentimiento que os dais a vosotros mismos, y la voz constante de vuestra razón, y no la de los demás, lo que debe hacer que creáis una cosa.

¡Es tan importante creerlo! Cien negativas bastarían para decidir la verdad si no hubiese una norma para creer. Si la antigüedad fuese la norma suprema, ¿qué norma tuvieron los antiguos? Si lo fuese el consentimiento general, ¿qué pasaría si los hombres hubieran perecido?

Falsa humildad, orgullo. Que se levante el telón. Por mucho que hagamos, hay que creer o negar o dudar. ¿No vamos a tener ninguna norma? De los animales juzgamos que hacen bien lo que hacen. ¿Y no habrá ninguna regla para juzgar a hombres? Negar, creer y dudar bien son para el hombre lo mismo que correr es para el caballo.

Castigo de los que pecan, error.

250. La oposición es una mala prueba de verdad: hay cosas seguras que encuentran oposición; otras falsas carecen de ella. Ni la oposición es una prueba de falsedad ni la falta de oposición un indicio de verdad.

251. La oposición siempre ha tenido por fin cegar a los malos; porque todo lo que se opone a la verdad o a la caridad es malo: éste es el verdadero principio.

252. Durante mucho tiempo he creído que había una justicia; y en ello no me engañaba, pues existe, según Dios nos lo ha querido revelar. Pero yo no lo consideraba así, y en eso sí me equivocaba; porque yo creía que nuestra justicia era esencialmente justa, y que me era posible conocerla y juzgarla. Pero me he equivocado tantas veces al juzgar, que he acabado por desconfiar primero de mí mismo y luego de los demás. He visto que todos los países y todos los hombres eran mudables; y de este modo, después de muchos cambios de opinión respecto a la verdadera justicia, he comprendido que nuestra naturaleza no era más que una continua mudanza, y desde entonces ya no he vuelto a cambiar; y si cambiase, confirmaría mi opinión.

El pirroniano Arcesilao^[43] que volvió a hacerse dogmático.

253. Nadie se cansa de comer y de dormir todos los días, porque el hambre renace, y lo

mismo el sueño; de no ser así, nos cansaríamos. Semejantemente, de no ser por el hambre de las cosas espirituales, nos cansamos de ellas. Hambre de justicia: octava bienaventuranza.

Capítulo III

LO QUE DISTINGUE A LA GRANDEZA DEL HOMBRE

254. La naturaleza del hombre puede verse de dos maneras: una, según su fin, y entonces es grande e incomparable; otra según la multitud, del mismo modo que se juzga la naturaleza del caballo y del perro por lo que hace la mayoría de los miembros de la especie, *et animum arcendi*;^[44] y entonces el hombre es abyecto y vil. Y éstos son los dos caminos que hacen que se le juzgue diversamente, y que tanto hacen discutir a los filósofos.

Porque uno niega la suposición del otro; uno dice: «No ha nacido para este fin, porque todas sus acciones están de acuerdo con él»; y otro dice: «Se aleja de su fin cuando incurre en acciones tan bajas».

1. GRANDEZA QUE DERIVA DE CONOCER SU PROPIO INFORTUNIO. EL PENSAMIENTO

255. La grandeza del hombre es grande por el hecho de saberse infortunado. Un árbol no se sabe infortunado.

Saberse infortunado es, pues, ser infortunado; pero hay una grandeza en saber que se es infortunado.

256. No se es infortunado sin conocimiento: una casa en ruinas no lo es. Sólo el hombre es infortunado. *Ego vir videns*.^[45]

257. El pensamiento hace la grandeza del hombre.

258. Puedo concebir un hombre sin manos, sin pies, sin cabeza (pues sólo la experiencia nos enseña que la cabeza es más necesaria que los pies). Pero no puedo concebir al hombre sin pensamiento: sería una piedra o un bruto.

259. La historia del lucio y de la rana de Liancourt: ^[46] lo hacen siempre, y nunca de otro modo, ni nada más atribuible a la inteligencia.

260. Si un animal hiciese por inteligencia lo que hace por instinto, si hablase por inteligencia en vez de hablar por instinto, por ejemplo en la caza, y para advertir a sus compañeros que ha encontrado o perdido la presa, también hablaría sobre las cosas que le atañen más directamente, como para decir: «Roed esta cuerda que me hiere y de la que no me puedo librar».

261. El pico del loro que él mismo se limpia, aunque no esté sucio.

262. La máquina de aritmética hace cosas que se parecen más al pensamiento que todo lo que hacen los animales; pero no hace nada que permita decir que tiene voluntad, como los animales.

263. *Pensamiento*. Toda la dignidad del hombre está en el pensamiento. Pero ¿qué es este pensamiento? ¡Qué necio es!

Así, pues, el pensamiento es algo admirable e incomparable por su naturaleza. Para ser digno de desprecio necesitaría tener defectos prodigiosos; pero los tiene tales que no hay nada más ridículo. ¡Qué grande es por su naturaleza! ¡Qué vil por sus defectos!

264. El hombre no es más que una caña, lo más débil que existe en la naturaleza; pero es una caña que piensa. No es preciso que el universo entero se alce contra él para aplastarle: un vapor, una gota de agua basta para matarle. Pero aunque el universo le aplastase, el hombre seguiría siendo más noble que lo que le da muerte, puesto que sabe que muere y conoce la superioridad que el universo tiene sobre él, mientras que el universo no sabe nada.

Toda nuestra dignidad estriba, pues, en el pensamiento. Debemos apoyarnos en él, y no en el espacio y en la duración, que no podríamos llenar. Esforcémonos, pues, por pensar bien: éste es el principio de la moral.

265. *Caña que piensa*. No es en el espacio donde debo buscar mi dignidad, sino en el orden de mi pensamiento. No tendré más poseyendo tierras. Por el espacio el universo me abarca y me absorbe como un punto; por el pensamiento, soy yo quien lo abarca.

266. La razón nos manda con mucho más imperio que un amo; porque si se desobedece a un amo nos hacemos acreedores de infortunio, pero si se desobedece a la razón nos hacemos necios.

267. El estornudo absorbe todas las funciones del alma, lo mismo que el amor carnal; pero de ello no se saca las mismas consecuencias contra la grandeza del hombre, porque en el primer caso es contra su voluntad. Y aunque lo provoquemos, a pesar de todo se provoca contra nuestra voluntad; y no es para convertirlo en un fin en sí mismo, sino para otro fin; y

por eso no se considera un indicio de la debilidad del hombre y de su servidumbre bajo esta acción.

No es vergonzoso que el hombre sucumba bajo el dolor, pero sí es vergonzoso sucumbir bajo el placer. Y ello no se debe a que el dolor nos viene de afuera, y que buscamos el placer; porque se puede buscar el dolor y sucumbir deliberadamente a él, sin caer en la bajeza. ¿A qué se debe, pues, que sea glorioso para la razón sucumbir bajo el esfuerzo del dolor, y que le parezca vergonzoso sucumbir bajo el esfuerzo del placer? A que no es el dolor lo que nos tienta y nos atrae; somos nosotros mismos los que lo elegimos voluntariamente y queremos hacer que nos domine, de tal suerte que señoreamos la cosa, y de ese modo el hombre sucumbe a sí mismo; en cambio en el placer es el hombre el que sucumbe al placer. Ahora bien, sólo el dominio y el imperio dan la gloria, mientras que la servidumbre proporciona vergüenza.

2. LA GRANDEZA SE DERIVA DE SU BAJEZA. EL INSTINTO DE LA VERDAD Y DEL BIEN EN SUS MISMOS EXTRAVÍOS

268. *La grandeza del hombre.* La grandeza del hombre es tan visible que puede deducirse hasta de sus calamidades. Porque lo que es naturaleza en los animales, lo llamamos calamidad en el hombre; con lo cual reconocemos que puesto que su naturaleza es hoy semejante a la de los animales, se vio desposeído de una naturaleza mejor que antaño le era propia.

Porque, ¿quién se siente desventurado por no ser rey sino un rey depuesto? ¿Se juzgaba desdichado a Paulo Emilio^[47] por no ser ya cónsul? Al contrario, todo el mundo consideraba que podía darse por dichoso al haberlo sido, porque la condición de cónsul no era perpetua. Pero se juzgaba a Perseo^[48] tan desdichado por haber dejado de ser rey porque la condición de rey consistía en serlo siempre, y se extrañaban de que pudiese soportar la vida. ¿Quién se considera desventurado por no tener más que una boca? ¿O por no tener más que un ojo? Quizá nunca se nos haya ocurrido quejarnos de no tener tres ojos, pero nadie se consuela de no tener ninguno.

269. Todas estas calamidades prueban incluso su grandeza. Son calamidades de un gran señor, calamidades de rey depuesto.

270. Deseamos la verdad y en nosotros solamente encontramos incertidumbre.

Buscamos la felicidad y no encontramos más que males y muerte.

Somos incapaces de no desear la verdad y la dicha, y también somos incapaces de alcanzar la certeza y la dicha. Se nos ha dejado este deseo tanto para castigarnos como para hacernos comprender que hemos caído de muy arriba.

271. Dos cosas instruyen al hombre acerca de toda su naturaleza: el instinto y la experiencia.

272. Instinto y razón: indicios de dos naturalezas.

273. *Instinto, razón.* Tenemos una impotencia para probar que resiste a todo el dogmatismo. Tenemos una idea de la verdad que resiste a todo el pirronismo.

274. A pesar de la visión de todas nuestras calamidades, que nos hieren, que nos agobian, tenemos un instinto que no podemos reprimir y que nos eleva.

275. El hombre no sabe en qué condición situarse. Está visiblemente caído y como perdido del verdadero lugar al que pertenece, sin poderlo volver a encontrar. Lo busca por doquier con desazón y sin fortuna en medio de las tinieblas impenetrables.

276. La mayor calamidad del hombre es la búsqueda de su gloria, pero esto mismo es la mejor prueba de su superioridad; pues, sea cual fuere la posesión que tenga sobre la tierra, por mucha salud, por mucho bienestar sustancial que goce, no se da por satisfecho si no disfruta de la alta estima de los hombres. Tiene una idea tan alta de la razón del hombre, que por buena que sea su situación en la tierra, no está contento si no ocupa también un lugar ventajoso en la razón del hombre. Es el lugar más hermoso del mundo: nada le puede apartar de este deseo, y es el rasgo más imborrable del corazón del hombre.

Y aquellos que más desprecian a los hombres, y que los igualan a las bestias, también quieren ser admirados y creídos, y se contradicen a sí mismos por lo que sienten; porque su naturaleza, que es más fuerte que todo, les convence de la grandeza del hombre con más energía de lo que la razón les convence de su bajeza.

277. *Gloria.* Los animales no se admiran unos a otros. Un caballo no admira a otro caballo; entre ellos, cuando corren se da la emulación, pero sin más consecuencias; porque, una vez en las cuadras, el más lento y el que tiene peor estampa no cede su cebada al otro, como los hombres esperan que se haga. Su vigor se satisface a sí mismo.

278. *Grandeza del hombre*. Tenemos una idea tan alta del alma del hombre que no podemos soportar que alguno nos desprecie o que algún alma no nos estime; y toda la felicidad de los hombres consiste en esta estima.

279. El mal es fácil, hay una infinidad de males; el bien es casi único. Pero cierto género de mal es tan difícil de encontrar como lo que se llama bien, y a menudo se hace pasar por bien ese mal particular. Incluso se necesita una grandeza de alma extraordinaria para alcanzarlo, tanto como para conseguir el bien.

280. No es raro que haya que reprender al mundo por un exceso de docilidad. Es un vicio natural como la incredulidad, y tan pernicioso como ella: superstición.

281. Incrédulos, los más crédulos. Creen en los milagros de Vespasiano para no creer en los de Moisés.

282.

Superstición-----y concupiscencia.

Escrúpulos,-----malos deseos.

Temor malo:

temor, no el que inspira lo que se cree Dios, sino debido a que se duda si existe o no existe. El buen temor procede de la fe, el temor falso procede de la duda. El buen temor unido a la esperanza porque nace de la fe, y que se espera en el Dios en el que se cree; el malo va unido a la desesperación, porque se teme a un Dios en el cual no se tiene fe. Unos temen perderle; otros temen encontrarlo.

3. LA JUSTICIA HUMANA Y LA RAZÓN DE LOS EFECTOS

283. *Grandeza*. Las razones de los efectos indican la grandeza del hombre, haber extraído de la concupiscencia un orden tan excelente.

284. Grandeza del hombre en su misma concupiscencia, haber sabido extraer de ella una ordenación admirable, y haberla convertido en una imagen de la caridad.

285. *Justicia, fuerza*. Es justo que lo justo sea obedecido, es necesario que lo más fuerte sea obedecido. La justicia sin la fuerza es impotente; la fuerza sin la justicia es tiránica. La justicia sin fuerza encuentra oposición, porque siempre hay malvados; la fuerza sin la justicia es acusada. Hay, pues, que unir la justicia y la fuerza, y conseguir así que lo justo sea fuerte, y que lo fuerte sea justo.

La justicia está sujeta a discusión, la fuerza se reconoce en seguida y sin disputa. Por eso no se pudo dar la fuerza a la justicia, porque la fuerza se opuso a la justicia diciendo que era injusta, y que sólo ella era justa. Y así, al no poder lograr que lo justo fuese fuerte, se ha hecho que lo que es fuerte fuese justo.

286. No deja de ser muy curioso pensar que hay personas en el mundo que, después de renunciar a todas las leyes de Dios y de la naturaleza, han forjado otras leyes a las que obedecen con toda exactitud, como por ejemplo, los soldados de Mahoma, los ladrones, los herejes, etc. Y también los lógicos. Hubiérase podido pensar que su libertad no iba a tener ningún límite ni obstáculo, ya que han dejado atrás límites tan justos y tan santos.

287. Montaigne se equivoca: la costumbre sólo debe seguirse porque es costumbre, y no porque sea razonable o justa; pero el pueblo la sigue por la única razón de que la cree justa. De lo contrario no la seguiría, aunque fuese costumbre; pues nadie quiere someterse más que a la razón o la justicia. De no ser así, la costumbre parecería tiranía; pero el imperio de la razón y de la justicia es tan poco tiránico como el del agrado: son los principios naturales en el hombre.

Lo mejor sería, pues, que se obedeciera a las leyes y a las costumbres porque son leyes; que se comprendiera que no es posible idear ninguna verdadera y justa, que no entendemos nada de todo eso y que por 'lo tanto hay que conformarse con seguir las heredadas: de este modo no las abandonaremos nunca. Pero el pueblo no se deja convencer por esta doctrina; y así, como cree que la verdad es asequible, y que está en las leyes y costumbres, cree en ellas y considera su antigüedad como una prueba de su verdad (y no de su única autoridad sin verdad). Por eso las obedece; pero puede rebelarse cuando se le hace ver que no valen nada; lo cual podría hacerse con todas, si se las analiza desde ciertos aspectos.

288. *Injusticia*. Es peligroso decir al pueblo que las leyes no son justas, porque sólo las obedece a causa de que las cree justas. Por esta razón hay que decirle al mismo tiempo que conviene obedecer porque son leyes, como hay que obedecer a los superiores, no porque sean justos, sino porque son superiores. Así, si se hace comprender eso, se evita toda sedición, lo cual en el fondo es la definición misma de la justicia.

Paso del pro al contra

289. Las cuerdas que ligan el respeto de los unos para los otros, en general son cuerdas de necesidad; ya que es forzoso que haya diferentes grados, pues todos los hombres quieren dominar y todos no pueden, pero algunos sí.

Figurémonos, pues, que les vemos empezar a ordenarse. Sin duda reñirán entre sí hasta que la parte más fuerte oprima a la más débil, y al fin se establezca un partido dominante. Pero una vez decidido eso, los señores, que no quieren que la guerra se repita, deciden que la fuerza que tienen en las manos tendrá sucesión según ellos quieran; unos la hacen depender de la elección de los pueblos, otros de la herencia, etc.

Y ahí es donde la invención empieza a desempeñar un papel. Hasta aquí sólo hemos visto actuar a la fuerza pura; a partir de ahora será la fuerza la que se vincula por invención en un determinado partido, en Francia nobles, en Suiza plebeyos, etc.

O sea que estas cuerdas, que aseguran el respeto por tal o cual particular, son cuerdas de invención.

290. Del mismo modo que los ducados, reinos y magistraturas son reales y necesarios a causa de que la fuerza manda sobre todo, los hay en todo lugar y en todo tiempo. Pero como sólo depende de la fantasía que tal o cual lo sea, ello no es constante, está sujeto a mudanzas, etc.

291. Los suizos se ofenden si alguien les llama nobles, y demuestran la plebeyez de su linaje para que les consideren dignos de los altos cargos.

292. El canciller es grave y va revestido de adornos porque su puesto es falso; no así el rey: dispone de la fuerza, la invención no cuenta en su caso. Los jueces, médicos, etc., sólo tienen invención.

293. La costumbre de ver a los reyes acompañados de guardias, tambores, oficiales y de todas las cosas que inclinan al respeto y al terror, hace que su rostro, cuando a veces están solos y sin estos acompañantes, inspire a sus súbditos el respeto y el terror, porque en la mente no se separan sus personas de su séquito, ya que suelen ir juntas. Y la gente, que ignora que tal efecto se debe a esta costumbre, cree que procede de una fuerza natural; y de ahí frases como: «El carácter de la Divinidad aparece grabado en su rostro», etc.

294. No imaginamos a Platón y a Aristóteles más que con amplias togas de pedantes. Pero eran personas que, lo mismo que las demás, se reían con los amigos, y cuando decidieron ocuparse en hacer sus Leyes y sus Políticas, lo hicieron como si jugasen; ésta era la parte menos filosófica y menos seria de su vida: la más filosófica era vivir sencilla y tranquilamente. Si escribieron sobre política era como para poner orden en una casa de locos; y si fingían hablar de cosas muy importantes, es porque sabían que los locos a quienes se dirigían creían que eran reyes y emperadores. Si parecen tomarles en serio es para moderar su locura, a costa del menor mal posible.

295. *Opiniones de los pueblos sanos.* El mayor de los males es la guerra civil. Y se produce necesariamente si nos empeñamos en recompensar los méritos, porque todos dirán que los tienen. Los males que podemos temer de un necio que sucede a su padre por derecho de herencia, no es tan grande ni tan seguro.

296. Las cosas del mundo más disparatadas se convierten en las más razonables a causa de la confusión de los hombres. ¿Hay algo menos razonable que elegir, para gobernar un Estado, al hijo primogénito de una reina? Para gobernar un navío no se elige a aquel de los viajeros que es de cuna más noble: esta ley sería ridícula e injusta. Pero dado que las leyes lo son y lo serán siempre, se convierte en razonable y justa; porque, ¿a quién se elegirá? ¿Al más virtuoso y al más capaz? Inmediatamente llegamos a las manos: todo el mundo pretende ser el más virtuoso y el más capaz. Unamos, pues, esta cualidad a algo indiscutible. Es el hijo primogénito del rey; esto es claro, no admite disputas. La razón no puede hacer nada mejor, porque la guerra civil es el mayor de los males.

297. El poder de los reyes está fundado en la razón y en la locura del pueblo, y mucho más en la locura. La cosa mayor y más importante del mundo tiene por cimiento la debilidad, y este cimiento es admirablemente seguro; pues no existe nada más seguro que eso, que el pueblo será débil. Lo que se funda en la sana razón está muy mal fundado, como la estima de la sabiduría.

298. *Opiniones sanas del pueblo.* Ser valiente no es ser demasiado presuntuoso; porque es demostrar que un gran número de personas trabajan para él; es demostrar por sus cabellos que dispone de un ayuda de cámara, un perfumista, etc.; por su golilla, el hilo, el pasamano, etc. Ahora bien, no es una simple superficie ni un simple ornato tener varios

brazos: cuantos más brazos tenemos, más fuertes somos. Ser valiente es demostrar su fuerza.

299. *Razón de los efectos.* ¡Es admirable!: ¡No quieren que me incline ante un hombre vestido de brocatel y seguido de siete u ocho lacayos! Pero veamos, si no le saludo, hará que me den unos azotes: esta indumentaria es una fuerza. ¡Lo mismo que un caballo bien enjaezado respecto a otro! Es curioso cómo Montaigne no ve qué diferencia hay, y cómo se admira de que la veamos, y pregunta el porqué. «Verdaderamente», dice, «¿a qué se debe...?», etc.

300. *Razón de los efectos.* La debilidad del hombre es la causa de tantas beldades como se casa; como no saber tañer debidamente el laúd sólo es un mal a causa de nuestra debilidad.

301. ¿Nunca habéis conocido a personas que para lamentarse del poco caso que les hacéis alardean de gente muy encumbrada que les estima? A eso yo les respondería: «Mostrad conmigo el mérito por el que os habéis atraído a esas personas y yo os estimaré tanto como ellas».

302. ¿Qué bien está que se distinga a los hombres por el exterior más que por sus cualidades interiores? ¿Quién cederá el paso al otro? ¿Quién cederá su lugar al otro? ¿El menos inteligente? Pero si yo soy tan inteligente como él; habrá que batirse por eso. Él tiene cuatro lacayos, y yo solamente uno; eso es visible; basta con contarlos; soy yo quien ha de ceder, y soy un necio si se lo disputo. Gracias a este medio ya estamos en paz; que es el mayor de los bienes.

303. El respeto es: «Vos debéis molestaros». En apariencia es presuntuoso, pero en el fondo es muy justo; pues equivale a decir: «Yo me molestaría si vos lo necesitarais, puesto que lo hago bien sin que os sirva de nada». Además, el respeto existe para distinguir a los grandes; ahora bien, si el respeto consistiese en estar en un sillón, se respetaría a todo el mundo, y así no habría distinción; pero al tomarse la molestia, se distingue muy bien.

304. Los niños se asombran al ver que a sus compañeros se les respeta.

305. La nobleza tiene grandes ventajas, y a los dieciocho años convierte a un hombre en alguien conocido y respetado, como otro, por sus méritos, podría llegar a ser a los cincuenta. Treinta años ganados sin ningún esfuerzo.

306. ¿Qué es el yo?

Un hombre que se asoma a la ventana para ver pasar a la gente, si acierto a pasar por allí, ¿acaso puedo decir de él que se ha asomado para verme? No, porque no piensa en mí en particular. Pero, quien ama a una mujer a causa de su hermosura, ¿la ama? No, porque las viruelas, que matarán la hermosura sin matar la persona, harán que deje de amarla.

Y si alguien me ama por mi inteligencia, por mi memoria, ¿puedo decir que me ama? No, porque puedo perder estas cualidades sin perderme a mí mismo. ¿Dónde está, pues, este yo que no reside ni en el cuerpo ni en el alma? ¿Y cómo es posible amar el cuerpo o el alma si no es por estas cualidades, que no son las que forman el yo, puesto que son perecederas? Porque ¿puede amarse la sustancia del alma de una persona abstractamente, con las cualidades que pueda contener? Ello no es posible, y además sería injusto. Es decir, que no se ama nunca a nadie, sino sólo a unas cualidades.

Por lo tanto, dejemos de burlarnos de los que se hacen tributar honores por los cargos o puestos que ocupan, ya que sólo podemos amar por unas cualidades prestadas.

307. El pueblo tiene opiniones muy sanas; por ejemplo:

1.º Preferir la diversión y la caza a las piezas cobradas.

Los semisabios se burlan de ello, y demuestran triunfalmente por esta razón la locura del mundo; pero por un motivo que no aciertan a entender, el pueblo tiene razón.

2º Honrar a los hombres según las apariencias, por ejemplo por la nobleza o la fortuna. También en eso el mundo se complace en demostrar que es insensato; cuando en realidad es muy razonable: los caníbales se ríen de un niño rey.^[49]

3º Darse por ofendido cuando se recibe un bofetón o desear ardientemente la gloria. Pero es que la gloria es muy deseable a causa de los otros bienes esenciales que van unidos a ella; y un hombre que ha recibido un bofetón y que no reacciona se ve abrumado de injurias y de conflictos.

4º Trabajar por algo inseguro; embarcarse; verse en letra impresa.

308. El mundo juzga adecuadamente muchas cosas porque vive en la ignorancia natural, que es la verdadera sede del hombre. Las ciencias tienen dos extremos que se tocan. El primero es la pura ignorancia natural en la que se encuentran todos los hombres al nacer. El otro extremo es aquel al que llegan las grandes almas que, después de haber recorrido

todo lo que los hombres pueden saber, descubren que no saben nada, y vuelven a encontrarse en la misma ignorancia de la que habían salido; pero ésta es una ignorancia docta que se conoce. Entre unos y otros están los que salieron de la ignorancia natural y no pudieron alcanzar la otra; éstos tienen un barniz de esta ciencia presuntuosa, y se las dan de entendidos. Son los que alborotan el mundo y juzgan inadecuadamente de todo. El pueblo y los sabios de veras constituyen la manera de ver el mundo; los otros lo desprecian y son despreciados por él. Se equivocan al juzgar todas las cosas, mientras que el pueblo no se equivoca.

309. *Razón de los efectos.* Cambio continuo del pro al contra.

Así, pues, hemos demostrado que el hombre es presuntuoso por la estima en que tiene cosas que no son esenciales; y todas sus opiniones quedan destruidas. Luego hemos probado que todas estas opiniones son muy sanas, y que por lo tanto, como todas esas vanidades tienen buen fundamento, el pueblo no es tan necio como se dice; y de este modo hemos destruido la opinión que destruía la del pueblo.

Pero ahora hay que deshacer esta última proposición y demostrar que sigue siendo verdad que el pueblo se engaña, aunque sus opiniones sean ciertas: porque no ve la verdad donde realmente se encuentra y así, al suponer que está donde no se encuentra, sus opiniones son siempre falsas y están erradas.

310. *Razón de los efectos.* Es, pues, cierto decir que todo el mundo vive de ilusiones; porque aunque las opiniones del pueblo sean sanas, no lo son en su cabeza, ya que piensa que la verdad se encuentra donde no se encuentra. La verdad sí está en sus opiniones, pero no en el lugar donde ellos se figuran. En consecuencia, es verdad que hay que honrar a los nobles, pero no porque la cuna sea una superioridad real, etc.

311. *Razón de los efectos.* Hay que tener un pensamiento oculto y juzgar de acuerdo con él, aunque sin dejar de hablar como lo hace el pueblo.

El orden de la justicia verdadera

312. *Razón de los efectos.* Gradación: el pueblo honra a las personas de buena cuna; los semiinstruidos las desprecian, diciendo que la cuna no es una superioridad de la persona, sino del azar; los más instruidos los honran no por lo que piensa el pueblo, sino por una idea oculta; los devotos, que tienen más celo que ciencia, los menosprecian, a pesar de esta consideración que hace que les honren los instruidos, porque lo juzgan todo de acuerdo con una nueva luz que les da la devoción; pero los cristianos perfectos los honran por otra luz superior. Así se van sucediendo las opiniones del pro al contra, según las luces de que se dispone.

313. Sin embargo los verdaderos cristianos obedecen a las locuras; no porque respeten las locuras, sino porque respetan el orden de Dios que, como castigo de los hombres, los ha sujetado a esas locuras: *Omnis creatura subjecta est vanitati. Liberabitur.*^[50] Así, santo Tomás explica la razón de Santiago (II, 2) por la preferencia de los ricos, que si no lo son según los planes de Dios, quedan fuera de la religión.

4. LA GRANDEZA DE LA HUMANIDAD ESTÁ EN EL TÉRMINO MEDIO

314. A.P.R. *Grandeza y miseria.* La miseria se deriva de la grandeza y la grandeza de la miseria, porque unos han deducido la miseria en la medida en que la tomaron como prueba de grandeza, y otros piensan en la grandeza con la misma intensidad con que se apoyan en la misma miseria; lo que unos han podido decir para probar la grandeza, a otros sólo les ha servido de un argumento más para sacar la conclusión de la miseria, puesto que se es aún más infortunado cuando se ha caído de más arriba; y los otros, lo contrario. Así los unos empujan a los otros en un círculo sin fin; lo seguro es que en la medida en que los hombres tienen luces, descubren grandeza y miseria en el hombre. En resumen, el hombre sabe que es miserable; o sea que es miserable porque lo es; pero también es muy grande, puesto que lo sabe.

315. Esta duplicidad del hombre es tan visible que ha habido quien llegara a pensar que teníamos dos almas. Una criatura simple les parecía incapaz de albergar cosas tan diversas y contrastadas, desde una presunción desmesurada a un horrible abatimiento del corazón.

316. Guerra intestina del hombre entre la razón y las pasiones.

Si sólo existiera la razón sin pasiones...

Si sólo existieran las pasiones sin razón...

Pero existiendo ambas cosas no puede dejar de haber guerra, porque sólo es posible vivir

en paz con una de ellas teniendo guerra con la otra; en consecuencia, se está siempre dividido y enfrentado a uno mismo.

317. Esta guerra interior de la razón contra las pasiones ha hecho que los que querían gozar de paz se han dividido en dos sectas. Unos han querido renunciar a las pasiones y convertirse en dioses; otros, han querido renunciar a la razón y convertirse en bestias: Des Barreaux. Pero ni unos ni otros lo han conseguido; y pervive siempre la razón, que denuncia la bajeza y la injusticia de las pasiones, y que turba el reposo de los que se abandonan a ellas; y las pasiones nunca dejan de permanecer activas en los que se empeñan en renunciar a ellas.

318. La naturaleza del hombre no consiste en ir siempre: tiene sus idas y venidas.

La fiebre tiene sus escalofríos y sus ardores; y el frío indica también la magnitud del ardor de la fiebre como el mismo calor.

Lo mismo ocurre con las invenciones de los hombres un siglo tras otro. Y así sucede también con la bondad y la malicia del mundo en general: *Plerumque gratae principibus vices.*^[51]

319. La elocuencia continua aburre.

Los príncipes y reyes juegan de vez en cuando. No están siempre sentados en sus tronos; allí se aburren: la grandeza, para poder sentirla, necesita abandonarse de vez en cuando. La continuidad hasta de todo; el frío es agradable para calentarse.

La naturaleza actúa por progreso, *itus et reditus.*^[52] Pasa y vuelve, luego va más lejos, más tarde dos veces menos, por fin más que nunca, etc.

El flujo del mar se hace así, el sol parece caminar así.



320. El cuerpo se alimenta poco a poco. Plenitud de alimento y poca sustancia.

321. Estos grandes esfuerzos espirituales en los que a veces se hace perceptible el alma, son situaciones en las que ésta no se demora; salta solamente a ello, no como instalándose en un trono, para siempre, sino sólo por un instante.

322. La virtud de un hombre no debe medirse por sus esfuerzos, sino por su actividad habitual.

323. No admiro la eminencia de una virtud, como el valor, si no advierto al mismo tiempo la eminencia de la virtud contraria, como en Epaminondas, que tenía un gran valor y una extremada benignidad. Porque de otro modo no es subir, sino caer. La grandeza no se demuestra por estar en un extremo, sino por tocar los dos a la vez llenando todo lo que está entre ambos extremos. Pero ¿quizá no es eso un súbito impulso del alma del uno al otro de estos extremos, y en realidad no está nunca más que en un solo punto, como el tizón de fuego? Es posible; pero al menos eso indica la agilidad del alma, ya que no su extensión.

324. Cuando queremos seguir las virtudes hasta los extremos de una y otra parte, encontramos vicios que se introducen insensiblemente en sus caminos insensibles, por el lado de lo pequeño infinito: y aparece una multitud de vicios por el lado del gran infinito, de tal modo que nos perdemos en los vicios hasta perder de vista las virtudes. Y eso ocurre con la misma perfección.

325. No nos sostenemos en la virtud por nuestra propia fuerza, sino por el contrapeso de dos vicios opuestos, del mismo modo que permanecemos de pie entre dos vientos contrarios; si se suprime uno de estos vicios caemos en el otro.

326. No es bueno ser demasiado libre. No es bueno sufrir todas las necesidades.

327. *Pirronismo.* Al talento extremado se le acusa de locura, lo mismo que a la extrema carencia. Sólo la medianía es buena. Pues quien ha decidido tal cosa es la mayoría, que ataca a quien escape a ella por uno u otro extremo. No voy a obstinarme, acepto que se me ponga ahí, y me niego a estar en el extremo inferior, no porque sea inferior, sino porque es extremo; porque también me negaría lo mismo si se me pusiera arriba de todo. Salirse del medio es salirse de la humanidad. La grandeza del alma humana consiste en saber quedarse ahí. Da igual que la grandeza consista en salirse, está en no salirse.

328. Es peligroso hacer ver demasiado al hombre hasta qué punto es igual a los animales sin mostrarle su grandeza. También es peligroso insistir demasiado en su grandeza ignorando su bajeza. Aún es más peligroso hacer que ignore una y otra cosa. Pero hay

grandes ventajas en conseguir que sea consciente de ambas.

No conviene que el hombre crea que es igual a los animales y a los ángeles, ni que ignore a unos y a otros, pero sí tiene que saber que participa de ambos.

329. El hombre no es ni ángel ni bestia, y toda la desgracia está en que quien quiere parecer un ángel parece una bestia.

330. Si se jacta, yo le humillo; si se humilla, yo le ensalzo; y le contradigo siempre, hasta que comprenda que es un monstruo incomprensible.

331. *Contradicciones. Después de haber demostrado la bajeza y la grandeza del hombre.* Ahora que el hombre se aprecie en lo que vale. Que se ame, porque hay en él una naturaleza capaz de bien; pero que no por ello se apegue a las bajezas que hay en su naturaleza. Que se desprecie, porque esta capacidad está vacía; pero que no desprecie por ello esta capacidad natural. Que se odie, que se ame: lleva dentro de sí la capacidad de conocer la verdad y de ser feliz; pero no posee una verdad que sea constante y satisfactoria.

Quisiera, pues, empujar al hombre a desear encontrarla, a disponerse, libre de las pasiones, a seguirla allí donde la descubra, sabiendo hasta qué punto ese conocimiento está oscurecido por las pasiones; quisiera que odiase en sí mismo la concupiscencia que le coacciona, a fin de que no le cegase a la hora de elegir, y que no le detuviese una vez hubiera elegido.

332. No consentiré que descanse en sí mismo ni en otro, a fin de que, encontrándose sin asentamiento ni reposo...

333. Vitupero por igual a los que elogian al hombre y a los que le vituperan, así como a los que le incitan a divertirse; y sólo puedo aprobar a los que buscan entre gemidos.

Capítulo IV

CONCLUSION: QUE HAY QUE BUSCAR A DIOS

334. Antes de entrar en las pruebas de la religión cristiana me parece necesario hacer ver la injusticia de los hombres que viven en la indiferencia respecto a buscar la verdad de algo que es tan importante para ellos y que les atañe tan de cerca.

De todos sus extravíos, éste es sin duda el que mejor demuestra su insensatez y su ceguera, y el que es más fácil confundirles fundándonos en las primeras reacciones del sentido común y de los sentimientos naturales. Porque es indudable que el tiempo de esta vida no dura más que un instante, que el estado de la muerte es eterno, sea cual fuere su naturaleza, y que así todas nuestras acciones y nuestros pensamientos deben tomar caminos tan distintos según el estado de esta eternidad que es imposible tomar una decisión con buen juicio y criterio si no es tomando como punto de referencia esta cuestión que ha de ser nuestro último objeto.

No hay nada más visible que esto, y en consecuencia, según los principios de la razón, el proceder de los hombres es completamente insensato si siguen otro camino.

Que se juzgue, pues, según eso a los que viven sin pensar en este fin último de la vida, que se dejan guiar por sus inclinaciones y sus placeres sin reflexión y sin inquietud, y como si pudiesen aniquilar la eternidad por el simple hecho de no pensar en ella, tratando de ser felices sólo en este instante.

No obstante, esta eternidad existe, y la muerte, que debe abrirla y que les amenaza sin cesar, ha de ponerles infaliblemente dentro de poco tiempo en la horrible necesidad de ser eternamente o aniquilados o desventurados, sin que sepan cuál de estas eternidades les espera para siempre jamás.

He ahí una duda que tiene una terrible importancia. Corren el peligro de caer en una eternidad de calamidades; y a pesar de ello, como si el asunto no valiese la pena, prefieren no examinar si es una de estas opiniones que el pueblo recibe con una facilidad demasiado crédula, o figura entre aquellas que, siendo oscuras por sí mismas, tienen un fundamento muy sólido, aunque escondido. Por lo tanto no saben si hay verdad o falsedad en la cosa, ni si sus pruebas son débiles o convincentes. Las tienen ante los ojos; se niegan a verlas, y en tal ignorancia toman la decisión de hacer todo lo necesario para caer en esa desgracia en el caso de que exista, de esperar a la muerte para ver qué hay de cierto en la cuestión, quedando a pesar de todo muy satisfechos por este estado, en el que se obstinan y del que acaban vanagloriándose. ¿Es posible pensar seriamente en la importancia de este asunto sin sentir horror por un proceder tan disparatado?

Este reposo en esta ignorancia es algo monstruoso, cuyo disparate y estupidez hay que hacer comprender a los que pasan su vida de esta manera, abriéndoles los ojos para confundirles con el espectáculo de su locura. Porque así es como razonan los hombres cuando deciden vivir en esta ignorancia de lo que son y sin buscar luces. «No sé», dicen...

335. Que sepan al menos cuál es la religión que combaten, antes de combatirla. Si esta religión se jactase de tener una visión clara de Dios y de conocerle al descubierto y sin velos, sería combatirla decir que en el mundo no se ve nada que lo muestra con tal evidencia. Pero que, puesto que por el contrario dice que los hombres viven en las tinieblas y en el alejamiento de Dios, que Él se oculta a su conocimiento y que incluso éste es el nombre que se da a sí mismo en las escrituras, *Deus absconditus*^[53] (Is., XLV, 15), y finalmente, ya que se esfuerza por igual por establecer estas dos cosas: que Dios ha puesto señales sensibles en la Iglesia para que lo reconozcan en ella los que le buscan con sinceridad, y que no obstante las ha disimulado de tal modo que solamente le descubrirán los que le busquen con todo su corazón, ¿qué ventaja pueden obtener cuando, en la negligencia en la que se jactan de vivir respecto a la búsqueda de la verdad, proclaman que nada se la manifiesta, puesto que esta oscuridad en la que están, y que consideran una objeción para creer en la Iglesia, no hace más que demostrar una de las cosas que ella misma afirma, sin afectar a la otra, y corrobora su doctrina en vez de desacreditarla?

Para combatirla, tendrían que proclamar que han hecho todos los esfuerzos posibles por buscarla por doquier, e incluso en lo que la Iglesia propone como instrucción, sin haber conseguido ningún fruto. De hablar así, en verdad combatirían una de sus afirmaciones. Pero confío demostrar aquí que no hay nadie razonable que pueda hablar de este modo, e incluso me atrevo a decir que jamás nadie lo ha hecho. Sabemos sobradamente de qué

modo obran los que adoptan tales actitudes. Creen haber hecho grandes esfuerzos por instruirse cuando han dedicado unas cuantas horas a leer algún libro de la Escritura, y han interrogado a algún clérigo acerca de las verdades de la fe. Tras esto, se jactan de haber buscado sin fruto entre los libros y entre los hombres. Pero en verdad yo les diría lo que digo a menudo, que esta negligencia no es defendible. No se trata aquí del leve interés que pueda tener una persona extraña, que puede actuar de tal manera; se trata de nosotros mismos y de nuestro todo.

La inmortalidad del alma es algo que nos importa tanto, que nos atañe tan profundamente, que hay que haber perdido todo juicio para vivir en la indiferencia respecto a saber de qué se trata. Todos nuestros actos y nuestros pensamientos deben seguir caminos tan distintos según haya unos bienes eternos que esperar o no, que es imposible hacer algo con discernimiento y buen juicio sin tomar como punto de referencia esta cuestión, que debe ser nuestro último objeto.

Así, nuestro máximo interés y nuestro primer deber consiste en aclarar este asunto, del que depende toda nuestra conducta. Por este motivo, entre los que no creen, distingo de manera importantísima entre los que dedican todos sus esfuerzos a instruirse y los que viven sin tomarse ninguna molestia y sin pensar en ello.

Sólo puedo sentir compasión por los que gimen sinceramente en esta duda, considerándola como la mayor de las desdichas, y que, no ahorrando esfuerzos para salir de ella, convierten esta búsqueda en el centro de sus afanes mayores y de más gravedad.

Pero para aquellos que pasan la vida sin pensar en estas postrimerías de la vida, y que por la única razón de no encontrar dentro de sí mismos las luces que les convenzan descuidan buscarlas fuera de sí, examinando a fondo si esta opinión es de las que el pueblo recibe por una simplicidad crédula, o de las que, aunque oscuras en sí mismas, tienen sin embargo un fundamento muy sólido e inmovible, los considero de un modo completamente distinto.

Tal negligencia en un asunto que les afecta a sí mismos, a su eternidad, a su todo, me irrita más que me conmueve; me asombra y me espanta: para mí es algo monstruoso.

Y no digo eso movido por el celo piadoso de una devoción espiritual. Por el contrario, creo que hay que entenderlo así por un principio de interés humano y por un interés de amor propio: para ello basta con ver lo que ven las personas menos ilustradas.

No se necesita un alma muy elevada para comprender que en este mundo no hay ninguna satisfacción verdadera y sólida, que todos nuestros placeres no son más que vanidad, que nuestros males son infinitos y que, por fin, la muerte que nos amenaza sin cesar, en pocos años debe infaliblemente ponernos en la horrible necesidad de ser eternamente o aniquilados o desdichados.

Nada más real que eso, ni nada más terrible. Por mucho que nos las demos de valientes, éste es el fin que espera a la más brillante de las vidas. Que se reflexione sobre eso y que luego se diga si no es indudable que el único bien que hay en esta vida es la esperanza de otra vida, que sólo somos felices en la medida en que nos acercamos a ella, y que, del mismo modo que no habrá desdichas para los que tengan una plena certeza en la eternidad, no existe la felicidad para quienes no aciertan a esperarla.

Debemos, pues, decir que es una gran desgracia vivir en esta duda; pero como mínimo es un deber inexcusable buscar cuando se está en esta duda; y por ello aquel que duda y no hace nada por encontrar la certeza, es a un tiempo muy desdichado y muy injusto; y si además se muestra tranquilo y satisfecho, y lo proclama y finalmente se vanagloria de ello, haciendo de esta situación motivo de satisfacción y de vanidad, no tengo palabras para calificar a un ser tan extravagante.

¿En qué funda tales actitudes? ¿Qué motivo de alegría encuentra en no esperar más que calamidades sin remedio? ¿Cómo puede jactarse de verse en medio de impenetrables oscuridades, y cómo es posible que un razonamiento así se dé en un hombre razonable?

«No sé quién me ha puesto en el mundo, ni lo que es el mundo, ni lo que soy yo mismo; permanezco en una absoluta ignorancia acerca de todas estas cosas; no sé lo que es mi cuerpo, ni mis sentidos, ni mi alma, ni siquiera esta parte de mí mismo que piensa lo que estoy diciendo, que reflexiona sobre todo y sobre sí misma, y que se conoce tan poco como conoce todo lo demás. Veo estos espantables espacios del universo que me contienen, y me encuentro atado a un rincón de esta extensión tan vasta sin saber por qué estoy aquí y no en otro lugar; ni por qué ese corto lapso de tiempo que me dan para vivir me ha sido asignado a mí en vez de asignarse a otro por toda la eternidad que me ha precedido y por toda la que me sigue. No veo más que infinitos por todas partes que me envuelven como un

átomo y como una sombra que no dura más que un instante sin retomo. Todo lo que sé es que no tardaré mucho en morir, pero lo que más ignoro es esta misma muerte que no podré evitar.

»Del mismo modo que no sé de dónde vengo, tampoco sé adonde voy; y sé solamente que al salir de este mundo he de caer para siempre o en la nada o en las manos de un Dios irritado, sin que sepa cuál de estas dos situaciones ha de corresponderme eternamente. Tal es mi estado, lleno de debilidad y de incertidumbre. Y de todo eso saco la conclusión de que lo mejor es pasar todos los días de mi vida sin pensar en averiguar lo que debe ocurrirme. Tal vez pudiera encontrar alguna luz que disipase mis dudas; pero no quiero tomarme la molestia de buscarla, ni de dar un paso para averiguar, y luego, tratando con desdén a los que se ocupan de esta cuestión» —sea cual fuere la certeza que consigan, será motivo de desesperación más que de vanidad—, «me dirijo con ignorancia y sin temor, hacia el misterio de algo tan grande, dejándome blandamente conducir a la muerte, en la incertidumbre de la eternidad de mi condición futura».

¿Quién desearía tener por amigo a un hombre que discurriese de ese modo? ¿Quién le elegiría entre todos los demás para hacerle partícipe de sus asuntos? ¿Quién recurriría a él en sus aflicciones? Y finalmente, ¿a qué función de la vida se le podría destinar?

Ciertamente, no deja de ser glorioso para la religión tener por enemigos hombres tan poco razonables; y su oposición es tan poco peligrosa, que más bien se sirve de ellos para el establecimiento de sus verdades. Porque la fe cristiana casi se limita a afirmar estas dos cosas: la corrupción de la naturaleza y la redención de Jesucristo. Y a mi entender, aunque no sirvan para demostrar la verdad de la redención por la santidad de sus costumbres, al menos sirven admirablemente para demostrar la corrupción de la naturaleza al vivir de un modo tan desnaturalizado.

Nada es más importante para el hombre que su estado, nada le resulta más temible que la eternidad; y en consecuencia, que haya hombres indiferentes a la pérdida de su estado y al peligro de una eternidad de males, parece lo menos natural del mundo. Porque razonan de un modo muy distinto respecto a todas las demás cosas: temen hasta las más ligeras, y las prevén, las analizan; y este mismo hombre que pasa tantos días y noches furioso y desesperado por la pérdida de un cargo, o por alguna ofensa imaginaria a su honor, es el mismo que sabe que va a perderlo todo con la muerte, y que piensa en ello sin inquietud y sin zozobra. Es monstruoso ver en un mismo corazón y al mismo tiempo esta sensibilidad por las cosas más pequeñas y esa extraña insensibilidad por las más grandes. Es como un hechizo incomprensible, un letargo sobrenatural, que indica que su causa es una fuerza todopoderosa.

Es forzoso que se dé un prodigioso cambio en la naturaleza del hombre para que se vanaglorie de vivir en este estado, en el cual parece increíble que pueda permanecer una sola persona. Sin embargo, la experiencia me ha hecho ver tantos ejemplos de ello, que sería incomprensible si no supiésemos que en la mayoría de los casos estamos ante una afectación más que ante un hecho real; se trata de personas que han oído decir que lo más distinguido en la sociedad consiste en comportarse de esta manera disparatada. Es lo que llaman haber sacudido el yugo, y tratan de imitarlo. Pero no sería difícil hacerles comprender hasta qué punto se engañan buscando la estimación por este camino. Porque no es el modo de adquirirla, ni siquiera entre las personas de mundo que juzgan discretamente las cosas y que saben que la única manera de triunfar en el mundo es mostrarse honrado, fiel, juicioso y capaz de servir provechosamente a los amigos, porque los hombres tienden naturalmente a no apreciar más que a lo que les puede ser útil. Ahora bien, ¿qué ventaja obtendremos al oír decir a un hombre que ya ha sacudido el yugo, que no cree que exista un Dios que juzgue sus acciones, que se considera como único dueño y señor de su proceder y que no piensa rendir cuentas más que a sí mismo? ¿Cree que así nos mueve a tener mucha confianza en él y a esperar su consuelo, consejos y socorros en todas las necesidades de la vida? ¿Pretenden dejarnos muy contentos diciéndonos que creen que nuestra alma no es más que un poco de viento y de humo, y encima diciéndonoslo con un tono de voz orgulloso y satisfecho? ¿Es acaso algo que pueda decirse alegremente? ¿No es una cosa que, por el contrario, deba decirse con tristeza, como la más triste de todas las afirmaciones de este mundo?

Si pensarán seriamente en ello verían que es algo tan erróneo, tan contrario al sentido común, tan opuesto a la rectitud, y tan alejado en todos los aspectos de ese buen tono al que aspiran, que se sentirían más inclinados a enderezar que a corromper a los que tuviesen cierta propensión a seguirles. Y, en efecto, si les hacéis dar cuenta de lo que piensan y de

las razones que tienen para dudar de la religión, os dirán cosas tan endebles y tan ruines que van a persuadirlos de lo contrario. Es lo que les decía muy a propósito en cierta ocasión una persona: «Si seguís razonando de esta manera», les decía, «la verdad es que me convertiréis». Y no sin motivos, ¿quién no siente horror al verse encuadrado en unas opiniones en las que se tiene por compañeros a personas tan despreciables?

Por eso, los que no hacen más que fingir estas opiniones, obran disparatadamente al forzarse a sí mismos para convertirse en los más insensatos de los hombres. Si en el fondo de su corazón están entristecidos por no tener más luces, que no lo disimulen: tal confesión no tiene nada de vergonzosa. Sólo se debe sentir vergüenza de no tenerla. Nada delata con mayor claridad la escasa perspicacia de la mente, que no conocer cuál es la desdicha de un hombre sin Dios; nada indica mejor una mala disposición del corazón que no desear la verdad de las promesas eternas; nada más cobarde que dárselas de valiente con Dios. Que dejen esas impiedades a los que por la bajeza de su cuna no son capaces de aspirar a nada más; que sean al menos hombres dignos si no pueden ser cristianos, y que finalmente reconozcan que no hay más que dos clases de personas que merezcan el nombre de razonables: los que sirven a Dios con todo su corazón porque le conocen y los que le buscan con todo su corazón porque no le conocen.

Pero, los que viven sin conocerle y sin buscarle, se juzgan a sí mismos tan poco dignos de su interés, que no son dignos del interés de los demás, y se requiere apelar a toda la caridad de la religión que ellos desdeñan para no desdeñarles hasta el punto de abandonarles en su locura. Pero, dado que esta religión nos obliga a considerarles siempre, mientras estén en esta vida, como capaces de la gracia que puede iluminarles, y a creer que en poco tiempo pueden estar más llenos de fe que nosotros, y que, por el contrario, nosotros podemos caer en la ceguera en la que ellos están, hay que hacer por ellos lo que quisiéramos que hicieran por nosotros si estuviésemos en su lugar y pedirles que tengan compasión de sí mismos, y que den al menos unos pasos para tratar de ver la luz. Que dediquen a esta lectura algunas de esas horas que dedican tan infructuosamente a otros quehaceres; por mucha aversión que sientan al hacerlo, tal vez descubran algo aquí, y en el peor de los casos poco perderán; pero los que lo hagan con una completa sinceridad y un verdadero deseo de encontrar la verdad, confío que encuentren lo que buscan, y que queden convencidos de las pruebas de una religión tan divina que he reunido aquí, y en las cuales he seguido aproximadamente el orden siguiente...

336. ¿No es suficiente que se produzcan milagros en un lugar y que la Providencia se manifieste en un pueblo?

337. Repróchese a Mitón el que no se mueva cuando Dios se acerca a él.

338. Esas gentes carecen de corazón; de entre ellas no puede salir un amigo.

339. ¡Ser insensible y desdeñar las cosas que más nos interesan y hacerse insensible para lo que nos interesa por encima de todo!

340. La sensibilidad del hombre para las cosas pequeñas y su insensibilidad para las grandes es indicio de una gran inversión en el juicio.

341. Imaginemos a una multitud de hombres encadenados y todos condenados a muerte, algunos de los cuales son degollados cada día delante de los otros; los supervivientes ven lo que les espera en lo sucedido a sus compañeros y se miran entre sí con dolor y sin esperanza, esperando que les llegue el turno. Tal es la imagen de la condición humana.

342. Un hombre en una mazmorra, ignorando si se le ha sentenciado, sin disponer más que de una hora para saberlo, pero esta hora basta, en caso de una sentencia de muerte, para hacerla revocar; nada más antinatural que dedique esta hora, no a informarse acerca de la sentencia, sino a jugar a los cientos. Por tanto, es sobrenatural que el hombre, etc. Todo el peso de la mano de Dios cae sobre él.

Por tanto, no sólo prueba la existencia de Dios el celo de los que le buscan, sino que también lo prueba la ceguera de los que no le buscan.

343. *Fascinado nugacitatis*.^[54] A fin de que la pasión no nos domine, vivamos como si sólo nos quedaran ocho días de vida.

344. Si hay que dar ocho días, hay que dar la vida entera.

345. Un heredero encuentra los títulos de propiedad de su casa. ¿Acaso dirá: «¿Y sin son falsos?», dejando por eso de examinarlos?

346. *Mazmorra*. Me parece bien que no se profundice en la opinión de Copérnico, ¡pero esto! ¡Importa tanto para toda la vida saber si el alma es mortal o inmortal!

347. Es indudable que el hecho de que el alma sea mortal o inmortal ha de decidir una diferencia completa en la moral. Y sin embargo los filósofos han orientado su moral

independientemente de eso: deliberan sobre cómo pasar una hora.

Platón, para predisponer al cristianismo.

348. Falsedad de los filósofos que no discutían la inmortalidad del alma. Falsedad de su dilema en Montaigne (II, 12).

349. Del infierno o del cielo sólo nos separa la vida, que es lo más frágil que hay en el mundo.

350. *Derramamiento*. Es horrible sentir cómo se derrama todo lo que se posee.

351. Extraño antojo el de descansar en la compañía de nuestros semejantes: desventurados como nosotros, impotentes como nosotros, no nos ayudarán; cada cual morirá solo. Por tanto hay que hacer como si estuviéramos solos; y entonces ¿acaso se construirían soberbias mansiones, etcétera? Se buscaría la verdad sin vacilar; y si nos negamos, demostramos estimar más la estima de los hombres que la búsqueda de la verdad.

352. Objeción de los ateos: «Pero no tenemos ninguna luz».

353. *Orden por diálogos*. «¿Qué debo hacer? Sólo veo oscuridad en todas partes. ¿Creeré que no soy nada? ¿Creeré que soy Dios?».

«Todas las cosas cambian y se suceden». Os engañáis, hay...

354. Los ateos deben decir cosas completamente claras; ahora bien, no es completamente claro que el alma sea material.

355. ¿Qué es lo que siente placer en nosotros? ¿Es la mano? ¿O el brazo? ¿Acaso la carne? ¿La sangre? Comprobaremos que es forzoso que sea algo inmaterial.

356. *Inmaterialidad del alma*. Los filósofos que han domado sus pasiones, ¿sobre qué materia operaron?

357. *Ateos*. ¿Qué razón tienen para decir que no es posible resucitar? ¿Qué es más difícil, nacer o resucitar, que lo que nunca ha sido sea, o que lo que ha sido vuelva a ser? ¿Es más difícil empezar a ser que volver a ser? La costumbre hace que nos parezca fácil nacer, la falta de costumbre hace considerar imposible resucitar; una manera muy popular de enjuiciar las cosas.

¿Por qué una virgen no puede dar a luz? ¿Acaso una gallina no pone huevos sin ayuda del gallo? ¿Qué los distingue de los otros? ¿Y qué nos dice que la gallina no puede formar este germen lo mismo que el gallo?

358. ¿Qué pueden decir contra la resurrección y contra el parto de una virgen? ¿Que es más difícil producir un hombre o un animal que reproducirlo? Y si nunca hubiesen visto una especie de animales, ¿podrían adivinar si se reproducen sin la compañía de unos con otros?

359. Cómo dio estas necedades, no creer en la Eucaristía, etc. Si el Evangelio es verdadero, si Jesucristo es Dios, ¿qué dificultad hay en ello?

360. Ateísmo, falta de fuerza de espíritu, pero sólo hasta cierto punto.

361. Los impíos, que aseguran seguir la razón, deben ser prodigiosamente fuertes en razón. ¿Y qué dicen? «¿Acaso no vemos», dicen, «morir y vivir a los animales lo mismo que los hombres, y los turcos lo mismo que los cristianos? Tienen sus ceremonias, sus profetas, sus doctores, sus santos, sus religiosos, como nosotros, etc». ¿Y eso es contrario a la Escritura? ¿Acaso no dice precisamente esto?

Si no os interesa mucho conocer la verdad, eso basta para dejaros en paz. Pero si deseáis con todo vuestro corazón conocerla, no basta: reparad en los pormenores. Ello bastaría para una discusión filosófica; ¡pero en este asunto nos lo jugamos todo! Y sin embargo, después de una ligera reflexión de este género, nos distraeremos, etc. Informaos acerca de esta religión, aunque no explique esta oscuridad; tal vez nos la aclare.

362. «¿Pero acaso no decís que el cielo y las aves demuestran la existencia de Dios?». No. «¿Y no lo dice vuestra religión?». No. Porque aunque ello sea verdad en cierto sentido, para algunas almas a las que Dios da esta luz, es falso respecto a la mayoría.

363. *Unusquisque sibi Deum fingit.*^[55] El hastío.

364. No hay más que tres clases de personas: las que sirven a Dios después de haberle encontrado; las que se esfuerzan por buscarle porque no le han encontrado; y las que viven sin buscarle y sin haberle encontrado. Los primeros son razonables y felices; los últimos son insensatos y desventurados; los de en medio son desventurados y razonables.

Segunda parte
EL HOMBRE CON DIOS

Prefacio de la segunda parte

365. Carta para mover a buscar a Dios.

Y luego hacerlo buscar entre los filósofos, pirrónicos y dogmatistas, que inquietan a quien les busca.

366. *Prefacio de la segunda parte.* Hablar de aquellos que han tratado de esta materia.

Me admira ver con qué audacia esas personas se atreven a hablar de Dios. Dirigiendo sus discursos a los impíos, su primer capítulo está destinado a probar la Divinidad por las obras de la naturaleza. No me extrañaría su empresa si dirigieran estas palabras a los fieles, porque sin duda los que tienen una fe viva dentro del corazón ven inmediatamente que todo cuanto existe no es más que la obra del Dios al que adoran. Pero para aquellos en quienes se ha apagado esta luz y se quiere precisamente encenderla de nuevo, esas personas privadas de fe y de gracia, que buscan con todas sus luces todo lo que ven en la naturaleza que puede llevarles a este conocimiento, y no encuentran más que oscuridad y tinieblas; decir a éstos que basta con ver la menor de las cosas que les rodean para ver en ellas a Dios al descubierto, y darles por toda prueba de asunto tan grande y tan importante, el curso de la luna y de los planetas, y pretender haber rematado su prueba con semejantes argumentos, es darles pábulo para creer que las pruebas de nuestra religión son muy débiles; y veo por razón y por experiencia que no hay nada más adecuado para hacer nacer en ellos el desdén de la religión.

No es así como habla la Escritura, que conoce mejor las cosas que son de Dios. La Escritura dice por el contrario que Dios es un Dios oculto; y que, desde que se corrompió la naturaleza, les ha dejado en una ceguera de la que sólo pueden salir por medio de Jesucristo, fuera de quien no es posible ninguna comunicación con Dios: *Nemo novit Patrem, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare.*^[56]

Es lo que nos indica la Escritura cuando dice en tantos lugares que los que buscan a Dios le encuentran (Mat. VII, 7).^[57] No se habla de esta luz, como la claridad en pleno día. No se dice que los que buscan la claridad en pleno día o agua en el mar, encontrarán lo que buscan; y en consecuencia es necesario que la evidencia de Dios no se dé en la naturaleza. Y en otro lugar nos dice: *Vere tu es Deus absconditus.*^[58]

367. El Eclesiastés (VIII, 17) enseña que el hombre sin Dios permanece en la ignorancia de todo, y en una desdicha inevitable. Porque es una gran desdicha querer y no poder. Ahora bien, quiere ser feliz y estar seguro de alguna verdad; y no obstante no puede ni saber ni dejar de desear saber. Ni siquiera puede dudar.

368. Como la verdadera naturaleza está perdida, todo se convierte en su naturaleza; y como el verdadero bien está perdido, todo se convierte en su verdadero bien.

369. Bajeza del hombre hasta el punto de someterse a los animales, a adorarlos.

370. *Segunda parte. Que el hombre sin la fe no puede conocer ni el verdadero bien ni la justicia.* Todos los hombres aspiran a ser felices: eso no admite ninguna excepción; por distintos que sean los medios que emplean, todos tienden a lo mismo. Lo que hace que unos vayan a la guerra y otros no es el mismo deseo, que está en unos y otros, acompañado de diferentes opiniones. La voluntad impulsa siempre hacia ese mismo objeto. Éste es el motivo de todas las acciones de todos los hombres, hasta de los que se ahorcan.

Y no obstante, después de tantísimos años, nadie nunca sin la fe ha llegado a este punto al que todos aspiran continuamente. Todos se lamentan: príncipes y súbditos; nobles y plebeyos; viejos y jóvenes; fuertes y débiles; sabios e ignorantes; sanos y enfermos; de todos los países, de todos los tiempos, de todas las edades y de toda condición.

Una experiencia tan larga, tan continua y tan uniforme debería bastar para convencernos de nuestra impotencia para alcanzar el bien por nuestros esfuerzos; pero el ejemplo nos instruye poco; nunca es exactamente igual, siempre hay alguna pequeña diferencia; y eso es lo que nos permite confiar que nuestras esperanzas no se verán frustradas como en las otras ocasiones. Y así, como el presente no nos satisface jamás, la experiencia nos burla, y, de desgracia en desgracia, nos conduce hasta la muerte, que es su colmo eterno.

¿Qué es lo que proclama esta avidez y esta impotencia sino que hubo antaño en el hombre una verdadera dicha, de la que ahora no le quedan más que indicios, una huella vacía, y que trata inútilmente de llenar con todo lo que le rodea, buscando en las cosas ausentes la ayuda que no obtiene de las presentes, pero que todas son incapaces de proporcionarle, porque este abismo infinito no puede llenarse más que con un objeto infinito

e inmutable, es decir, con el mismo Dios?

Sólo Él es su verdadero bien; y desde que lo ha perdido, es prodigioso comprobar cómo no existe nada en la naturaleza capaz de ocupar su lugar: astros, cielo, tierra, elementos, plantas, coles, puerros, animales, insectos, terneros, serpientes, fiebre, peste, guerra, hambre, vicios, adulterio, incesto. Y también, desde que perdió el verdadero bien, todo puede asimismo parecerle tal, hasta su propia destrucción, aunque sea algo tan contrario a Dios, a la razón y a la naturaleza a un tiempo.

Unos le buscan en la autoridad, otros en las aficiones y en las ciencias. Otros, que en efecto se acercan más a su meta, consideran que es forzoso que el bien universal que todos los hombres ansían, no esté en ninguna de las cosas particulares que sólo puede poseer uno solo, y que, al tener que compartirse, afligen más al poseedor por la falta de la parte que no tiene, que lo que le satisfacen por el goce de las que disfruta. Comprenden que el verdadero bien debería ser tal que todos pudieran poseerlo a la vez, sin disminución y sin envidia, y que nadie pudiera perderlo contra su voluntad. Y aducen que este deseo es natural en el hombre, ya que está necesariamente en todos, y sacan la conclusión de que no puede dejar de tenerlo.

Sección I LA BÚSQUEDA

1. LOS FILÓSOFOS

371. *Ex senatus-consultis et plebiscitis scelera exercentur.*^[59] Sén., 588. Pedir pasajes parecidos.

Nihil tam absurde dici potest quod non dicatur ab aliquo philosophorum.^[60] Divin.

Quibusdam destinatis sententiis consecrati quae non probant coguntur defendere.^[61] Cic.

Ut omnium rerum sic litterarum quoque intemperantia laboramus.^[62] Sén.

Id maxime quemque decet, quod est cuiusque suum maxime.^[63] Sén., 558.

Hos natura modos primum dedit.^[64] Geórg.

Paucis opus est litteris ad bonam mentem.^[65]

Si quando turpe non sit, tamen non est non turpe quum id a multitudine laudetur.^[66]

Mihi sic usus, tibi ut opus est facto,^[67] fac. Ter.

372. *Rarum est enim ut satis se quisque vereatur.*^[68]

Tot circa unum caput tumultuantes deos.^[69]

Nihil turpius quam cognitioni assertionem praecurrere.^[70] Cic.

Nec me pudet ut istos jateri nescire quid nesciam.^[71]

Melius non incipient.^[72]

373. Las tres concupiscencias han formado tres sectas, y los filósofos no han hecho otra cosa que seguir una de las tres concupiscencias.

374. *Estoicos.* Sacan la conclusión de que se puede hacer siempre lo que alguna vez ha sido posible hacer, y que, puesto que el deseo de la gloria puede hacer obrar bien a los que posee, los otros también podrán imitarles: son movimientos febriles que la salud no puede imitar.

Epicteto concluye del hecho de que haya cristianos constantes que todo el mundo puede también serlo (Col., IV, 7).

375. El soberano bien. Disputa del soberano bien. *Ut sis contentus temetipso et ex te nascentibus bonis.*^[73] Aquí caen en la contradicción, porque en resumidas cuentas aconsejan matarse. ¡Oh, qué vida más feliz aquélla de la que uno se libra como de la peste!

376. Lo que proponen los estoicos es tan difícil y tan inútil...

Los estoicos afirman: Todos aquellos que no han alcanzado un alto grado de sabiduría son igualmente locos y viciosos, como los que sólo se sumergen dos dedos en el agua.

377. *Filósofos.* ¿De qué sirve gritar a un hombre que no se conoce que vaya por su propio impulso hacia Dios? ¿Y de qué sirve decirlo a un hombre que se conozca?

378. *Búsqueda del verdadero bien.* La mayor parte de los hombres pone el bien en la fortuna y en los bienes exteriores, o al menos en la diversión. Los filósofos han demostrado la vanidad de todo eso, y han identificado el bien con lo que han podido.

379. *Contra los filósofos que tienen a Dios sin Jesucristo.*

Filósofos. Creen que Dios es el único digno de ser amado y admirado, y desean ser amados y admirados por los hombres; y no conocen su corrupción. Si se sienten llenos de sentimientos para amarle y adorarlo, y encuentran en ello su goce principal, que se consideren buenos, me parece bien. Pero si se juzgan repugnantes, si no sienten ninguna inclinación a buscar la estima de los hombres, y, por toda perfección, se empeñan solamente en que, sin forzar a los hombres, éstos encuentren su felicidad en amarles, yo diría que esta perfección es horrible. ¡O sea que han conocido a Dios y no desean únicamente que los hombres le amen, sino que pretenden que los hombres se conformen con ellos! ¡Quieren ser el objeto de la dicha voluntaria de los hombres!

Dogmáticos y pirronianos

380. Si todas las noches soñamos lo mismo, nuestro sueño acabará afectándonos tanto como los objetos que vemos todos los días. Y si un artesano estuviese seguro de soñar todas las noches, durante doce horas, que es rey, supongo que sería casi tan dichoso como un rey que soñase todas las noches, durante doce horas, que es un artesano.

Si todas las noches soñásemos que nos persiguen nuestros enemigos y nos viésemos así atormentados por tan horribles fantasmas, y luego pasáramos todos los días en diversas ocupaciones, como cuando se viaja, sufriríamos casi tanto como si ello fuese de verdad, y temeríamos el sueño como se teme el despertar cuando se teme entrar en tales desgracias efectivas. Y en efecto, sufriríamos más o menos los mismos males que la realidad.

Pero como los sueños son todos diferentes, y uno mismo se diversifica, lo que vemos en ellos nos afecta mucho menos de lo que se ve durante la vigilia a causa de la continuidad, que sin embargo no es tan continua e igual que no cambie también, pero menos bruscamente, salvo en excepciones como cuando se viaja; y entonces se dice: «Me parece estar soñando»; porque la vida es un sueño un poco menos inconstante.

381. *El sentido común*. Se ven obligados a decir: «No obráis de buena fe; no dormimos, etc». ¡Cómo me gusta ver a esta soberbia razón humillada y suplicante! Porque no es así como habla un hombre a quien se disputa lo que es suyo por derecho, y que defiende con las armas y con todas sus fuerzas. No se entretiene en decir que no se actúa de buena fe, sino que castiga esta mala fe con la fuerza.

382. Es posible que haya verdaderas demostraciones; pero no es seguro. Por lo tanto lo único que se demuestra es que no es seguro que todo sea inseguro, a mayor gloria del pirronismo.

383. *Contra el pirronismo*. Es muy extraño que no se puedan definir estas cosas sin oscurecerlas. Hablamos de ellas continuamente. Suponemos que todos las conciben de la misma manera; pero lo suponemos muy gratuitamente, porque no tenemos ninguna prueba de ello. Lo que sí veo es que se aplican estas palabras en las mismas ocasiones, y que cada vez que dos hombres ven que un cuerpo cambia de lugar, ambos expresan la visión de este mismo objeto con la misma palabra, diciendo uno y otro que se mueve; y de esta conformidad de aplicación se hace una importante conjetura de una conformidad de ideas; pero ello no es absolutamente convincente, deja algún resquicio para la duda, aunque podríamos apostar que es así, puesto que sabemos que a menudo se sacan las mismas consecuencias de suposiciones distintas.

Ello basta para confundir un poco la materia; no porque eso apague por completo la claridad natural que nos permite conocer esas cosas: los académicos habrían ganado; pero algo la oscurece y turba a los dogmáticos, favoreciendo a la camarilla pirroniana, y ello consiste en una ambigüedad engañosa, en una cierta oscuridad dudosa, de la que nuestras dudas no pueden eliminar toda claridad, ni nuestras luces naturales expulsar todas las tinieblas.

384. El pirronismo es lo verdadero. Porque al fin y al cabo los hombres, antes de Jesucristo, no sabían dónde estaban ni si eran grandes o pequeños. Y los que decían algo no sabían nada, y adivinaban sin razón y por azar; e incluso se equivocaban siempre excluyendo una u otra cosa.

Quod ergo ignorantes quaeritis, religio anrumtiat vobis.^[74]

385. ¡Dios mío! ¡Qué razonamientos más necios! ¿Es posible que Dios haya hecho el mundo para condenarlo? ¿Se puede pedir tanto de seres tan débiles?, etc. El pirronismo es el remedio a este mal, y humillará tal vanidad.

386. Pirroniano por obstinado.

387. *Conversación*. Grandes palabras: la religión, yo la niego.

Conversación. El pirronismo sirve para la religión.

388. Nadie más ha sabido que el hombre es el más elevado de los seres de la creación. Unos, que conocían bien la realidad de su superioridad, tomaron por cobardía e ingratitud las opiniones ruines que los hombres tienen naturalmente de sí mismos; y los otros, que conocieron bien hasta qué punto esta bajeza es afectiva, juzgaron de una soberbia ridiculez esas ansias de grandeza que son también naturales en el hombre.

«Alzad los ojos hacia Dios», dicen unos; «mirad a Aquél a quien os parecéis y que os creó para que le adorarais. Podéis hacerlos semejantes a Él. La sabiduría os igualará a Él si queréis imitarle». «Levantad la cabeza, hombres libres», dice Epicteto. Y los otros le dicen: «Bajad vuestros ojos hacia la tierra, porque sois viles gusanos, y contemplad los animales de los que sois compañeros».

¿Cómo es, pues, el hombre? ¿Es igual a Dios o a los animales? ¡Qué espantosa distancia! ¿Qué somos? ¿Quién no ve por todo eso que el hombre anda perdido, que ha caído de su lugar y que lo busca con inquietud, sin que pueda volver a encontrarlo? ¿Y quién le encaminará hacia allí? Los mayores de los hombres no lo han conseguido.

389. Todos sus principios son verdaderos, los de los pirronianos, los estoicos, los ateos,

etc. Pero sus conclusiones son falsas, porque los principios opuestos son verdaderos también.

390. *Filósofos*. Estamos llenos de cosas que nos arrojan fuera de nosotros.

Nuestro instinto nos hace sentir que hay que buscar la felicidad fuera de nosotros. Nuestras pasiones nos empujan hacia afuera, aun cuando los Objetos no se ofreciesen para excitarlas. Los objetos de fuera nos tientan por sí mismos y nos llaman, aunque nosotros no pensemos en ellos. Y así, por mucho que los filósofos digan: «Retiraos en vosotros mismos, allí encontraréis vuestro bien», no se les cree; y quienes les creen son los más hueros y los más necios.

391. Los estoicos dicen: «Meteos dentro de vosotros mismos; allí encontraréis el reposo». Y eso no es verdad.

Los otros dicen: «Salid afuera: buscad la dicha divirtiándoos». Y eso tampoco es verdad. Vienen las enfermedades.

La dicha no está ni fuera de nosotros ni dentro de nosotros; está en Dios, a la vez fuera y dentro de nosotros.

392. Los filósofos no prescribían sentimientos proporcionados a los dos estados.

Inspiraban impulsos de grandeza pura, y ésta no es la condición del hombre.

Inspiraban impulsos de bajeza pura, y ésta no es la condición del hombre.

Se requieren impulsos de bajeza, no de naturaleza, sino de penitencia, no para permanecer en ellos, sino para elevarnos a la grandeza. Se requieren impulsos de grandeza, no de mérito, sino de gracia, y después de haber pasado por la bajeza.

2. LAS RELIGIONES

393. Al ver la ceguera y la miseria del hombre, al contemplar todo el universo mudo, y al hombre sin luz, abandonado a sí mismo y como extraviado en este rincón del universo, sin saber quién le ha puesto aquí, qué es lo que ha venido a hacer, qué será de él cuando muera, incapaz de todo conocimiento, se apodera de mí el espanto, como un hombre a quien hubieran llevado dormido a una isla desierta y terrible, y que se despertara sin saber dónde está y sin medios de salir de allí. Y por eso me admira ver cómo nadie se desespera ante una condición tan miserable. Veo a otras personas junto a mí, de una naturaleza parecida: les pregunto si saben más que yo; me dice que no; y esos desventurados perdidos, después de mirar a su alrededor, al ver que tienen cerca algunos objetos agradables, se entregan a ellos, se les apegan. En cuanto a mí, no he podido apegarme a nada, y teniendo en cuenta hasta qué punto hay más apariencias que otra cosa en todo lo que veo, me he empeñado en averiguar si Dios no ha dejado alguna señal suya.

Veo varias religiones contrarias, y por lo tanto todas falsas, excepto una. Cada una de ellas quiere ser creída por su propia autoridad y amenaza a los incrédulos. En consecuencia no les doy crédito. Cada cual puede decir eso, cada cual puede llamarse profeta. Pero veo la cristiana en la que encuentro profecías, y esto es lo que todas no pueden hacer.

394.



395. Para las religiones hay que ser sincero: verdaderos paganos, verdaderos judíos, verdaderos cristianos.

396. *Falsedad de las otras religiones*. Carecen de testigos. Éstas los tienen. Dios desafía a las demás religiones a aportar semejantes indicios (Isaías, XLIII, 9; XLIV, 8).

397. *Historia de la China*. Sólo creo en las historias cuyos testigos se dejarían degollar.

¿Cuál es más creíble de los dos, Moisés o la China?

No se trata de ver esto a grandes rasgos. Os digo que hay cosas que ciegan y cosas que iluminan.

Con una sola frase echo por tierra todos vuestros razonamientos. «Pero la China oscurece», decís; y yo respondo: «La China oscurece, pero hay ahí una claridad que puede encontrarse; buscadla».

Así, todo lo que decís contribuye a una de las ideas, y no ataca a la otra. Así sirve y no daña.

Conviene, pues, ver esto en detalle; pongamos las cartas sobre la mesa.

398. Contra la historia de la China. Los historiadores de México; los cinco soles, el último de los cuales existió hace solamente ochocientos años (Mont., III, 6).

Diferencia de un libro recibido de un pueblo o que forma a un pueblo.

399. Mahoma sin autoridad. Sus razones tendrían que ser muy poderosas, ya que no dispone más que de su propia fuerza.

¿Y qué nos dice? ¡Que hay que creerle!

400. No pretendo que se juzgue a Mahoma por lo que contiene de oscuro, y que puede hacerse pasar por un sentido misterioso, sino por lo que hay en él de claro, por su paraíso, y por todo lo demás. Esto es lo que le hace ridículo. Y por este motivo no es justo tomar sus oscuridades por misterios, dado que sus claridades son ridículas.

No sucede lo mismo con la Escritura. Admito que contiene oscuridades que pueden parecer tan extrañas como las de Mahoma; pero contiene también claridades admirables, y profecías manifiestas y cumplidas. O sea que no pueden equipararse. No hay que confundir e igualar las cosas que sólo se parecen por la oscuridad, y no por la claridad, que merece que se reverencien las oscuridades.

401. *Contra Mahoma*. El Corán no es más obra de Mahoma que el Evangelio lo es de san Mateo, porque diversos autores lo citan de siglo en siglo; incluso los enemigos, como Celso y Porfirio, nunca han dejado de reconocerlo.

Ahora bien, el Corán dice que san Mateo era hombre de bien. Por lo tanto era un falso profeta, ya fuera llamando gente de bien a los malvados, ya fuera no estando de acuerdo en lo que dijeron de Jesucristo.

402. *Diferencia entre Jesucristo y Mahoma*. Mahoma no predijo; Jesucristo predijo.

Mahoma matando; Jesucristo haciendo que mataran a los suyos.

Mahoma prohibiendo leer; los apóstoles ordenando que se leyera (I Tim., IV, 13).

En resumen, son posiciones tan contrarias, que Mahoma siguió el camino del triunfo humano, y Jesucristo el de perecer humanamente; y en vez de sacar la conclusión de que puesto que Mahoma triunfó, Jesucristo bien pudo triunfar, hay que decir que puesto que Mahoma triunfó, Jesucristo debía perecer.

403. Todo hombre puede hacer lo que hizo Mahoma; porque no hizo ningún milagro; nadie predijo su vida. Nadie puede hacer lo que hizo Jesucristo.

404. Los salmos cantados por toda la tierra.

¿Quién da testimonio de Mahoma? Él mismo. Jesucristo quiere que su testimonio no sea nada (Juan, V, 31).

La calidad de testigos hace que tengan que existir siempre y en todas partes; y, miserable, él está solo.

3. EL PUEBLO JUDÍO

Sus ventajas

405. *Orden*. Ver lo que hay de claro en todo el estado de los judíos, y de indiscutible.

406. Esto es concluyente. Mientras todos los filósofos se separan en diferentes sectas, hay en un rincón del mundo personas que son las más antiguas del mundo, afirmando que todo el mundo está en el error, que Dios les reveló la verdad y que ésta existirá siempre en la tierra. En efecto, todas las demás sectas se agotan, ésta dura sin cesar y desde hace cuatro mil años.

Dicen: que saben por sus antepasados que el hombre perdió la comunicación con Dios, hasta caer en un completo alejamiento de Dios, pero que Éste prometió redimirlo, y que esta doctrina durará para siempre; que su ley tiene un doble significado; que durante mil seiscientos años ha habido entre ellos personas a quienes consideraron profetas, que predijeron el tiempo y el modo; que cuatrocientos años después fueron dispersados por toda la tierra, porque Jesucristo tenía que ser reconocido en todas partes; que desde entonces los judíos viven dispersos, malditos en todas partes, y sin embargo subsistiendo.

407. Veo la religión cristiana fundada en una religión precedente, y esto es lo que me parece efectivo.

No hablo aquí de los milagros de Moisés, de Jesucristo y de los apóstoles, porque en un principio pueden no parecer convincentes, y aquí sólo quiero poner en evidencia todos los fundamentos de esta religión cristiana que son indudables, y que nadie puede poner en duda. Es seguro que encontramos en diversos lugares del mundo un pueblo particular, separado de todos los demás pueblos del mundo, que se llama el pueblo judío.

Veo, pues, fundadores de religiones en diversos lugares del mundo y en todas las épocas, pero no tienen ni una moral que pueda agradarme, ni pruebas capaces de convencerme, y así rechazo por igual la religión de Mahoma y la de la China, la de los antiguos romanos y la

de los egipcios, por la única razón de que ninguna de ellas posee más indicios de verdad que otra, ni nada que me convenza necesariamente, de tal modo que la razón no puede inclinarse por una en vez de por otra.

Pero al reflexionar así sobre esta inconstante y extraña variedad de costumbres y de creencias en los tiempos más diversos, descubro en un rincón del mundo un pueblo diferente, separado de todos los demás pueblos de la tierra, el más antiguo de todos, y cuyas historias preceden en varios siglos a las más antiguas que conocemos.

Veo, pues, a este pueblo grande y numeroso, salido de un solo hombre, que adora a un solo Dios, y que se rige por una sola ley que, según dicen, procede de Él. Afirman que son los únicos del mundo a los que Dios reveló sus misterios, que los hombres están corrompidos y que cayeron en desgracia ante Dios, que están todos abandonados a sus sentidos y a su propio entendimiento, y que a eso se deben los portentosos extravíos y los cambios continuos que se dan entre ellos, así como los cambios de religiones y de costumbres, mientras ellos permanecen inmutables en su proceder; pero que Dios no dejará eternamente a los demás pueblos en estas tinieblas, que vendrá un libertador para todos, que están en el mundo para anunciarlo a los hombres, que les crearon ex profeso para ser los nuncios y los heraldos de tan gran acontecimiento, y para llamar a todos los pueblos con el fin de que se unan a ellos en la espera de este libertador.

El descubrimiento de este pueblo me maravilla y me parece digno de atención. Examinó esta ley que ellos se jactan de que procede de Dios, y la encuentro admirable. Es la primera de todas las leyes, de tal modo que incluso antes de que la palabra ley estuviera en uso entre los griegos, hacía ya cerca de mil años que la habían recibido y que la observaban sin interrupción. Así me parece extraordinario que la primera ley del mundo resulte ser también la más perfecta, hasta el punto de que los más grandes legisladores la han imitado para las suyas, como se advierte en la ley de las Doce Tablas de Atenas, que más tarde fue adoptada por los romanos, y como sería fácil de probar si Josefo (Ap., II, 16) y otros no hubiesen ya tratado sobradamente este asunto.

408. *Ventajas del pueblo judío.* En esta investigación el pueblo judío empieza por atraer mi atención por multitud de cosas admirables y singulares que se dan en él.

Para empezar, veo que es un pueblo compuesto enteramente de hermanos, y así como todos los demás están formados por la reunión de una infinidad de familias, éste, aun siendo tan prodigiosamente abundante, salió todo de un único hombre, y, siendo todos de la misma carne y miembros los unos de los otros, componen un poderoso estado de una sola familia. Esto es único.

Esta familia o este pueblo es el más antiguo del que han tenido conocimiento los hombres; lo cual a mi entender les atrae una veneración particular, y principalmente en la búsqueda a la que nos entregamos, aunque Dios se haya comunicado en todas las épocas con los hombres, hay que recurrir a éstos para conocer tal tradición.

Este pueblo no sólo es considerable por su antigüedad sino que también es singular en cuanto a duración, que se ha mantenido siempre desde su origen hasta ahora. Pues, así como los pueblos de Grecia y de Italia, de Lacedemonia, de Atenas, de Roma y los otros que se han sucedido posteriormente han desaparecido hace ya mucho tiempo, éstos subsisten, y a pesar de los intentos de tantos reyes poderosos que cien veces han tratado de exterminarlos, como lo atestiguan sus historiadores, y como es fácil observar por el orden natural de las cosas, durante un número tan dilatado de años, a pesar de todo se han mantenido (y esta conservación había sido anunciada); y extendiéndose desde los primeros tiempos hasta los últimos, su historia contiene en su duración la de todas nuestras historias.

La ley por la que se rige este pueblo es a un tiempo la ley más antigua del mundo, la más perfecta y la única que siempre se ha guardado sin interrupción en un Estado. Tal es lo que Josefo demuestra admirablemente contra Apión (II, 39) y Filón judío en diversos lugares, donde se echa de ver que es tan antigua que el mismo nombre de ley sólo fue conocido de los más antiguos más de mil años después; de tal suerte que Homero, que escribió la historia de tantos Estados, jamás se sirvió de esta palabra. Y es fácil juzgar su perfección por la simple lectura, por la que vemos que se han previsto todas las cosas con tanta sabiduría, tanta equidad y discernimiento, que los más antiguos legisladores griegos y romanos, debido a que algo se les alcanzó de esta ley, la imitaron en sus leyes principales; lo cual se advierte en la que llaman de las Doce Tablas, sin contar las demás pruebas que de ello da Josefo.

Pero esta ley es al mismo tiempo la más severa y la más rigurosa de todas en lo referente al culto de su religión, obligando a este pueblo, con el fin de mantenerlo fiel a su deber, a

mil cumplimientos particulares y penosos, bajo pena de muerte; de tal modo que nada más asombroso que se haya conservado siempre de manera constante durante tantos siglos por un pueblo rebelde e impaciente como éste, mientras que todos los demás Estados cambiaban de vez en cuando sus leyes, a pesar de ser mucho más fáciles.

El libro que contiene esta ley, la primera de todas, es a su vez el libro más antiguo del mundo, ya que los de Homero, Hesíodo y los demás no se escribieron hasta seis o setecientos años después.

409. Después de la creación y el diluvio, cuando Dios ya no debía volver a destruir el mundo, como tampoco a volverlo a crear ni a manifestarse de un modo clamoroso, empezó a establecer un pueblo en la tierra, formado ex profeso, que debía durar hasta el pueblo que formase el Mesías por su espíritu.

El libro de este pueblo

410. Cuando la creación del mundo empezaba a ser un hecho lejano, Dios suscitó un historiador único contemporáneo y encomendó a todo un pueblo la guarda de este libro, con objeto de que esta historia fuese la más auténtica del mundo y que todos los hombres pudiesen aprender por ella algo que era muy necesario saber, y que no podía saberse de otro modo.

411. Si la fábula de Esdras es creíble, hay que creer que la Escritura es una Escritura santa; porque esta fábula sólo se funda en la autoridad de los que afirman la de los Setenta, que demuestra que la Escritura es santa.

Así, pues, si este relato es verdadero ya sabemos a qué atenernos; si no lo es, hay que recurrir a otras fuentes. Y así, los que quisieran arruinar la verdad de nuestra religión, fundada en Moisés, la establecen por la misma autoridad por la que la atacan. De este modo, por tal providencia, subsiste sin cesar.

412. *Antigüedad de los judíos.* ¡Qué diferencia entre un libro y otro! No me extraña que los griegos compusieran la *Ilíada* y los egipcios y los chinos sus historias.

Basta con ver cómo nació esto. Estos historiadores fabulosos no son contemporáneos de las cosas acerca de las que escriben. Homero escribe una novela que nos presenta como tal, y que como tal leemos; porque nadie dudaba de que Troya y Agamenón no habían existido, como no existió la manzana de oro. Tampoco pensaba en escribir una historia, sino solamente una obra de entretenimiento. Es el único que escribe en su tiempo; la belleza de la obra la hace duradera; todo el mundo la lee y habla de ella; hay que conocerla; todo el mundo se la sabe de memoria. Cuatrocientos años después, los testigos de aquello ya no viven; ya nadie sabe por su experiencia si aquello es una fábula o una historia: lo único que saben es que se la enseñaron sus antepasados; por lo tanto puede pasar por verdadero.

Toda historia que no sea contemporánea es sospechosa; así, los libros de las Sibilas y de Trimegisto, y tantos otros que gozaron de crédito en el mundo, son falsos y se han revelado falsos con el paso del tiempo. No sucede lo mismo con los autores contemporáneos.

No hay poca diferencia entre un libro que escribe un hombre y que entrega al pueblo, y un libro que hace por sí mismo un pueblo. No es posible dudar que el libro sea tan antiguo como el pueblo.

413. La religión pagana hoy en día carece de fundamento. Se dice que antaño lo tuvo por lo que decían los oráculos. Pero ¿cuáles son los libros que nos lo atestiguan? ¿Son tan dignos de fe por la virtud de sus autores? ¿Se han conservado tan cuidadosamente que pueda asegurarse que no están corrompidos?

La religión mahometana tiene por fundamento el Corán y Mahoma. Pero este profeta, que debía ser la última espera del mundo, ¿fue anunciado? ¿Qué señal tiene que no tenga también cualquier hombre que quiera llamarse profeta? ¿Qué milagros dice él mismo haber hecho? ¿Qué misterios enseñó, según su misma tradición? ¿Qué moral y qué felicidad?

La religión judía ha de considerarse diferentemente en la tradición de los Libros Santos y en la tradición del pueblo. La moral y la felicidad resulta ridícula en la tradición del pueblo; pero es admirable en la de los Libros Santos. (Y toda religión es igual: porque la cristiana es muy diferente en los Libros Santos y en los casuistas). Su fundamento es admirable: es el libro más antiguo del mundo, y también el más auténtico; y así como Mahoma, para hacer que el suyo durara prohibió leerlo, Moisés, para hacer que el suyo durara, ordenó a todo el mundo que lo leyera.

Nuestra religión es tan divina que su fundamento fue otra religión divina.

4. LA DIFICULTAD

414. «Esto es lo que veo y lo que me turba. Miro por doquier y por todas partes veo solamente oscuridad. La naturaleza no me ofrece nada que no sea materia de duda y de inquietud. Si no viese nada que indicase la existencia de una Divinidad, me decidiría por negarla; si viese por todas partes señales de la existencia de un Creador, descansaría en paz en la fe. Pero viendo demasiado para negar y demasiado poco para cerciorarme, me encuentro en un estado lastimoso en el que cien veces he deseado que, si un Dios está detrás del mundo, se manifestara sin equívoco, y que, si las manifestaciones que da el mundo son engañosas, se suprimieran del todo; que se diga todo o nada, a fin de que pueda decidir qué camino seguiré. Pero en el estado en que me veo, ignorando lo que soy y lo que debo hacer, no conozco ni mi condición ni mi deber. Mi corazón aspira todo él a conocer dónde está el verdadero bien para seguirlo. Nada me resultaría demasiado difícil para la eternidad».

«Envidia a los que veo en la fe vivir con tanto descuido y que usan tan mal de un don que me parece que yo emplearía de un modo muy distinto».

415. Si el hombre no está hecho para Dios, ¿por qué sólo es feliz en Dios? Si el hombre está hecho para Dios, ¿por qué es tan contrario a Dios?

416. La naturaleza tiene perfecciones para enseñarnos que es la imagen de Dios, y defectos para enseñarnos que no es más que su imagen.

417. Mitón comprende que la naturaleza está corrompida y que los hombres son contrarios a la rectitud; pero no sabe por qué no pueden volar más alto.

418. *Orden*. Después de la corrupción, decir: «es justo que todos los que están en este estado lo conozcan, tanto los que se complacen en él como aquellos a quienes desagrada. Pero no es justo que todos vean la redención».

419. Si uno no se ve a sí mismo lleno de soberbia, de ambición, de concupiscencia, de debilidad, de miseria y de injusticia, está completamente ciego. Y si viéndose así no desea verse libre de esta condición, ¿qué puede decirse de un hombre...?

¿Cómo puede no estimarse una religión que conoce tan bien los defectos del hombre, y qué decir del deseo de verdad de una religión que promete remedios tan deseables?

5. SOLUCIÓN DE LA DIFICULTAD: LA NATURALEZA CAÍDA

420. Todas las objeciones de unos y otros sólo se dirigen contra sí mismos, y no contra la religión. Todo lo que dicen los impíos...

421. Por lo que a mí se refiere, reconozco que apenas la religión cristiana descubre este principio, que la naturaleza de los hombres está corrompida y que perdió el favor de Dios, se nos abren los ojos y ven por todas partes pruebas de tal verdad; porque la naturaleza señala por doquier a un Dios perdido, tanto en el hombre como hiera del hombre, y una naturaleza corrompida.

422. *Naturaleza corrompida*. El hombre no obra por la razón, que le hace ser como es.

423. La corrupción de la razón se manifiesta por tantas costumbres diferentes y extravagantes. Tuvo que llegar la verdad para que el hombre no siguiera viviendo en sí mismo.

424. Cuando era inocente, la dignidad del hombre consistía en usar de las criaturas y en dominarlas, pero ahora consiste en separarse de ellas y en someterse a ellas. Los sentidos.

425. ¿Acaso diremos que, por haber dicho que la justicia se ha ido de la tierra, los hombres conocieron el pecado original? *Nemo ante obitum beatus*,^[75] es decir, ¿acaso han sabido que con la muerte comienza la felicidad eterna y esencial?

6. LOS INDICIOS DE LA VERDADERA RELIGIÓN

426. *Después de haber entendido toda la naturaleza del hombre*. Para que una religión sea verdadera es preciso que haya conocido nuestra naturaleza. Tiene que haber conocido la grandeza y la pequeñez, y la razón de una y de otra. ¿Quién la ha conocido salvo la religión cristiana?

427. *Grandeza, miseria*. A medida que se tienen más luces, se descubre más grandeza y más bajeza en el hombre. La mayoría de los hombres; los que están más elevados, los filósofos: sorprenden a la mayoría de los hombres; los cristianos: sorprenden a los filósofos.

¿Quién puede extrañarse, pues, no haga más que conocer a fondo lo que se conoce tanto mejor cuanto más luces se tienen?

428. La verdadera naturaleza del hombre, su verdadero bien, la verdadera virtud y la verdadera religión son cosas cuyo conocimiento es inseparable.

429. Pero es imposible que Dios pueda ser el fin si no es el principio. Dirigimos la vida

hacia arriba, pero nos apoyamos en la arena. Y la tierra se hundirá y caeremos contemplando el cielo.

430. Es falsa toda religión que en su fe no adore a un Dios como principio de todas las cosas, y que en su moral no ame a un solo Dios como objeto de todas las cosas.

431. Si hay un solo principio de todo, un solo fin de todo, todo por Él, todo para Él. Es preciso, pues, que la verdadera religión nos enseñe a no adorar más que a Él y a no amar más que a Él. Pero como nos vemos impotentes para adorar lo que no conocemos y para amar algo que no seamos nosotros mismos, es preciso que la religión, que instruye acerca de estos deberes, nos instruya también acerca de estas impotencias, y que nos muestre asimismo los remedios. Nos enseña que por un hombre todo se perdió, rompiéndose el vínculo que nos unía a Dios, y que por un hombre se restableció este vínculo.

Nacemos tan contrarios a este amor de Dios, y es tan necesario, que teníamos que nacer culpables, de lo contrario Dios sería injusto.

432. La verdadera religión ha de tener como característica el obligar a amar a su Dios. Ello es muy justo, y no obstante ninguna lo ha ordenado; la nuestra lo hace. También tiene que haber conocido la concupiscencia y la impotencia; la nuestra lo hace. Y haber aprestado los remedios; uno de ellos es la adoración. Ninguna religión pide a Dios el amarle y seguirle.

433. Si existe un Dios, no hay que amar más que a Él, y no a las criaturas pasajeras. El razonamiento de los impíos, en la *Sabiduría* (II, 6) sólo se funda en que Dios no existe. «Dicho eso», dice, «gocemos, pues, de lo creado». Es ponernos en el peor de los casos. Pero si existiese un Dios al que hay que amar, no sería ésta la conclusión, sino la contraria. Y ésta es la conclusión de los sabios: «Existe un Dios, no gocemos, pues, de lo creado».

En consecuencia, todo lo que nos mueve a apegarnos a las criaturas es malo, ya que nos impide, o servir a Dios, si le conocemos, o buscarle, si le ignoramos. Ahora bien, estamos llenos de concupiscencia; por lo tanto estamos llenos de mal; por lo tanto debemos odiamos a nosotros mismos y a todo lo que nos empuja a cualquier amor que no sea sólo el de Dios.

434. Quien no odia en sí mismo su amor propio y ese instinto que le conduce a hacerse Dios, está bien ciego. ¿Quién puede dejar de ver que nada es más opuesto a la justicia y a la verdad? Pues es falso que merezcamos esto; y es injusto e imposible conseguirlo, puesto que todos piden la misma cosa. Es, pues, una manifiesta injusticia en la que nacimos, de la que no podemos librarnos y de la que tenemos que libramos.

Sin embargo, ninguna religión nos ha dicho que fuese un pecado, ni que nacimos en él, ni que estamos obligados a resistirlo, ni ha pensado en ofrecernos los remedios.

435. La verdadera religión nos enseña nuestros deberes, nuestras impotencias: orgullo y concupiscencia; y los remedios: humildad, mortificación.

436. La verdadera religión ha de enseñar la grandeza y la miseria, moviendo a la estima y al desdén de uno mismo, al amor y al odio.

437. Todas estas contradicciones, que parecían alejarme mucho del conocimiento de una religión, son las que más aprisa me han conducido a la verdadera.

7. CONCLUSIÓN

438. Los principales argumentos de los pirronianos, de lado los menores, son: que no poseemos ninguna certeza de la verdad de estos principios, fuera de la ley y de la revelación, excepto en la medida en que los sentimos naturalmente en nosotros. Ahora bien, este sentimiento natural no es una prueba convincente de su verdad, puesto que, al carecer de certeza, fuera de la ley, si el hombre fue creado por un Dios bueno, por un demonio malvado o por el azar, es dudoso que estos principios nos hayan sido inculcados o sean verdaderos, o bien falsos o inciertos, según sea nuestro origen. Además, dejando de lado la fe, nadie está seguro de si vela o duerme, dado que durante el sueño creemos estar despiertos con la misma seguridad que si lo estuviéramos: creemos ver los espacios, las figuras, los movimientos; sentimos pasar el tiempo, lo medimos; y en resumen se obra igual que si estuviéramos despiertos; de tal modo que, como la mitad de la vida transcurre en sueños, según admitimos, y mientras soñamos, opinemos una u otra cosa, no tenemos ninguna idea de lo verdadero, porque todos nuestros sentimientos son entonces ilusiones, ¿quién sabe si esta otra mitad de la vida en la que pensamos estar despiertos no es más que otro sueño un poco distinto del anterior, del que despertamos cuando creemos dormir?

¿Y quién duda de que, si se soñase en compañía, y por casualidad los sueños concordasen, lo cual es bastante frecuente, y al despertar estuviéramos solos, no íbamos a creer que las cosas son al revés? En resumen, como a menudo se sueña, acumulando un sueño sobre otro, ¿acaso la vida no es en sí misma un sueño en el cual los otros se injertan,

del que nos despertamos a nuestra muerte, durante la cual sabemos tan poco de los principios de lo verdadero y de lo bueno como durante el sueño natural? Y esas diversas ideas que nos agitan, ¿no serán tal vez simples ilusiones, semejantes al paso del tiempo y a los vanos fantasmas de nuestros sueños?

Éstos son los principales argumentos de una y otra parte.

Dejo de lado los menores, como lo que dicen los pirronianos contra las influencias de los usos, de la educación, de las costumbres, de los países y demás cosas parecidas, las cuales, aunque arrastraran a la mayor parte de los hombres corrientes, que sólo dogmatizan a partir de esos vanos fundamentos, quedan desbaratadas al menor soplo de los pirronianos. Basta con ver sus libros, si aún no estamos totalmente persuadidos de ello; no tardarán en convencernos, y tal vez excesivamente.

Traigo aquí a colación el único argumento sólido de los dogmáticos, según el cual, hablando de buena fe y sinceramente, no es posible dudar de los principios naturales. A lo cual los pirronianos oponen en resumen la incertidumbre de nuestro origen, que contiene la de nuestra naturaleza; a eso los dogmáticos aún tienen que responder desde que el mundo existe.

Ya tenemos entablada la guerra entre los hombres, y cada cual tiene que tomar partido y alinearse necesariamente con el dogmatismo o con el pirronismo. Porque quien quiera permanecer neutral será pirroniano por excelencia; esta neutralidad es la esencia del partido pirroniano: quien no está contra ellos está declaradamente a favor suyo, con lo cual advertimos la ventaja que llevan. No abogan por su causa: son neutrales, indiferentes, suspenden el juicio sobre todo, sin excluirse a ellos mismos.

¿Qué hará, pues, el hombre en tal situación? ¿Dudará de todo? ¿Dudará de si está despierto si se le pellizca, si se le quema? ¿Dudará de que duda? ¿Dudará de que existe? Es posible llegar a este extremo; y yo estoy seguro de que jamás ha habido un pirroniano efectivo completo. La naturaleza sostiene la razón impotente, y le impide que caiga en tales extravagancias.

¿Dirá, pues, al contrario, que posee ciertamente la verdad, él, que por poco que se le apriete, no puede probarlo de ninguna manera y se ve obligado a suspender el juicio?

¿Qué quimera es, pues, el hombre? ¡Qué rareza, qué monstruo, qué caos, qué motivo de contradicción, qué prodigio! Juez de todas las cosas y gusano estúpido; depositario de la verdad y cloaca de la incertidumbre y del error; gloria y desecho del universo.

¿Quién puede aclarar tal confusión? La naturaleza quita la razón a los pirronianos y la razón confunde a los dogmáticos. ¿Qué será, pues, de vosotros, oh hombres, que buscáis averiguar vuestra verdadera condición por vuestra razón natural? No podréis evitar caer en una de estas sectas, ni subsistir tampoco en ninguna.

Sabed, pues, oh soberbios, la paradoja que sois para vosotros mismos. Humíllate, razón impotente; calla, naturaleza imbécil: aceptad que el hombre es algo infinitamente superior al hombre, y aprended de vuestro maestro vuestra verdadera condición que ignoráis. Escuchad a Dios.

Porque, en resumen, si el hombre nunca se hubiese corrompido, gozaría en su inocencia tanto de la verdad como de la felicidad seguras; y si el hombre hubiese estado siempre corrompido, no tendría la menor noción ni de la verdad ni de la dicha. Pero, desventurados de nosotros, y más aún que si en nuestra condición no se diese ni un adarme de grandeza, tenemos cierta noción de la dicha y no podemos alcanzarla; nos formamos una imagen de la verdad, y no poseemos más que la mentira: incapaces de ignorar por completo y de saber con certidumbre, ¡hasta tal punto es manifiesto que hemos conocido un grado de perfección que por desgracia no poseemos ya!

No obstante, no deja de asombrar que el misterio más alejado de nuestro conocimiento, que es el de la transmisión del pecado, sea algo sin lo cual nos es imposible tener el menor conocimiento de nosotros mismos. Porque sin duda no hay nada que violente más nuestra razón que decir que el pecado del primer hombre hizo culpables a los que, siendo tan alejados de esta fuente, parecen incapaces de participar en él. Esta transmisión no sólo nos parece imposible, incluso nos parece muy injusta; pues, ¿acaso hay algo más contrario a las normas de nuestra pobre justicia que condenar eternamente a un niño incapaz de voluntad por un pecado en el que parece haber tenido tan poco que ver, que se cometió seis mil años antes de que él naciera? Ciertamente, nada nos repugna más que esta doctrina; y sin embargo, sin este misterio, el más incomprensible de todos, somos incomprensibles para nosotros mismos. El nudo de nuestra condición forma sus vueltas y revueltas en este abismo; de tal modo que el hombre es más inconcebible sin este misterio de lo que este

misterio es inconcebible para el hombre.

De donde se advierte que Dios, queriendo que la dificultad de nuestro ser fuese ininteligible para nosotros mismos, ocultó el nudo tan arriba, o, para decirlo mejor, tan abajo, que éramos completamente incapaces de llegar a él; de tal suerte que, no es por las soberbias agitaciones de nuestra razón, sino por la sencilla sumisión de la razón, como podemos conocernos verdaderamente.

†

Estos fundamentos, sólidamente establecidos sobre la autoridad inviolable de la religión, nos permiten saber que hay dos verdades de fe igualmente constantes: una, que el hombre, en el estado de la creación o en el de la gracia, es elevado por encima de toda la naturaleza, hecho como semejante a Dios, y participante de su divinidad; otra, que en el estado de la corrupción y del pecado, pierde este estado y se hace semejante a los animales.

Estas dos proposiciones son igualmente firmes y ciertas. La Escritura nos lo declara manifiestamente cuando dice en diversos lugares: *Deliciae meae esse cum filiis hominum.* ^[76] *Effundam spiritum meum super omnem carnem.* ^[77] *Dii estis,* ^[78] etcétera.; así como dice en otros: *Omnis caro faenum.* ^[79] *Homo assimilatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis.* ^[80] *Dixi in corde meo de filiis hominum* ^[81] (Ec., III, 18).

De donde se advierte con claridad que el hombre por la gracia se hace semejante a Dios y participante de su divinidad, y que sin la gracia es como semejante a los brutos.

439. Sin estos divinos conocimientos, ¿qué podían hacer los hombres sino o elevarse en el sentimiento interior que les queda de su grandeza pasada o abatirse ante la visión de su debilidad presente? Pues, al no ver la verdad completa no podían alcanzar una perfecta virtud. Unos considerando la naturaleza como incorrupta, otros como irreparable, no pudieron huir ya fuera del orgullo ya de la pereza, que son las dos fuentes de todos los vicios; puesto que sólo pueden o abandonarse al vicio por flojedad o salir de él por orgullo. Ya que si conocieran la excelencia del hombre, ignoraban su corrupción; de modo que evitando la pereza, se perdían en la soberbia; y si reconocían la debilidad de la naturaleza, ignoraban su dignidad; de tal modo que al evitar la vanidad se precipitaban en la desesperación. De ahí las diversas sectas de los estoicos y de los epicúreos, de los dogmáticos y de los académicos.

Sólo la religión cristiana pudo curar estos dos vicios, no venciendo el uno por el otro, mediante la sabiduría del mundo, sino venciendo a ambos por la sencillez del Evangelio. Porque enseña a los justos, a los que eleva hasta la participación de la misma divinidad, que en este estado sublime llevan aún la fuente de toda la corrupción que durante toda la vida les somete al error, a las miserias, a la muerte, al pecado; y grita a los más impíos que pueden recibir la gracia de su Redentor. Así, haciendo temblar a los que justifica y consolando a los que condena, atempera tan delicadamente el temor y la esperanza por esa doble capacidad que es común a todos, la de la gracia y el pecado, que humilla infinitamente más de lo que la sola razón puede hacer, pero sin desesperar; y eleva infinitamente más de lo que puede hacerlo el orgullo de la naturaleza, pero sin hinchar; haciendo ver así que, por ser la única exenta de error y de vicio, sólo a ella le corresponde instruir y corregir a los hombres.

¿Quién puede, pues, negarse a creer y a adorar esas luces celestiales? Pues, ¿acaso no es claro como la luz que descubrimos en nosotros mismos rasgos imborrables de excelencia? ¿Y no es también verdad que sentimos sin cesar los efectos de nuestra deplorable condición? ¿Quién proclama, pues, dentro de nosotros ese caos y esa confusión monstruosa, sino la verdad de estos dos estados, con una voz tan potente que no es posible oponerle resistencia?

Sección II EL NUDO

1. APARTAR LOS OBSTÁCULOS

440. «Un milagro», dicen, «afirmaría mi creencia». Es lo que se dice cuando no se ven. Son las razones que, vistas desde lejos, parecen limitar nuestra visión, pero que cuando llegamos a ellas empezamos a ver aún más allá. Nada detiene la volubilidad de nuestro espíritu. Se dice que no hay ninguna regla sin excepción, ni una verdad tan general que no tenga algún aspecto en el que no se cumpla. Basta con que no sea absolutamente universal para darnos pretexto a aplicar la excepción en el caso presente, y decir: «Esto no es siempre verdadero; en consecuencia hay casos en los que no es así». Y ya no queda más que probar que éste es uno de ellos; y hay que ser muy torpe o muy obtuso si no se consigue un día u otro.

441. *Orden*. Después de la carta «que hay que buscar a Dios», hacer la carta de «apartar los obstáculos», que es el discurso de la «máquina», de preparar la máquina, de buscar por razón.

442. *Orden*. Una carta de exhortación a un amigo para moverle a buscar. Y él responderá: «Pero, ¿de qué me servirá buscar? No encontraré nada». Y responderle: «No desesperéis». Él respondería que nada le haría más dichoso que encontrar algunas luces, pero que según esta misma religión, aunque así lo creyese, no le serviría de nada y que por lo tanto prefiere no buscar. A lo cual hay que responderle: La máquina.

2. LA INCOMPRESIBILIDAD. LA EXISTENCIA DE DIOS.

Nuestra lógica limitada

443. Comprendo que era posible que yo no existiese, porque el yo consiste en mi pensamiento; por lo tanto mi yo no hubiese llegado a existir si mi madre hubiera muerto antes de darme la vida; en consecuencia no soy un ser necesario. Tampoco soy eterno ni infinito; pero veo con claridad que hay en la naturaleza un ser necesario, eterno e infinito.

444. ¿Creéis que es imposible que Dios sea infinito, sin partes? Sí. Pues quiero haceros ver una cosa infinita e indivisible: un punto que se mueve por todas partes a una velocidad infinita; porque es uno en todos los lugares y es uno entero en cada lugar.

Que este efecto de naturaleza que antes os parecía imposible os haga comprender que pueden existir otros que aún no conocéis. No saquéis de vuestro aprendizaje la consecuencia de que ya no os queda nada por saber; sino que os quedan infinitas cosas por saber.

445. El movimiento infinito, el punto que lo llena todo, el momento de reposo; infinito sin cantidad, indivisible e infinito.

446. El Ser eterno es siempre, si es una sola vez.

447. Incomprensible que Dios exista, e incomprensible que no exista; que el alma exista con el cuerpo, que no tengamos alma; que el mundo sea creado, que no lo sea, etc.; que el pecado original exista y que no exista.

448. El pecado original es locura para los hombres, pero hay que entenderlo como tal. Por lo tanto no debéis reprocharme que falte a la razón en esta doctrina, puesto que la presento como algo que escapa a la razón. Pero esta locura es más cuerda que toda la sabiduría de los hombres, *sapientius est hominibus*.^[82] Porque sin ella, ¿qué diremos que es el hombre? Toda su condición depende de eso incomprensible. ¿Y cómo hubiera podido descubrirlo por medio de su razón siendo algo que atenta contra su razón, y que su razón no sólo no puede idearlo por sus caminos, sino que incluso se aleja de ello cuando se le describe?

449. La costumbre es nuestra naturaleza. Quien se acostumbra a la fe la cree, y ya no puede dejar de temer el infierno, y no cree otra cosa. Quien se acostumbra a creer que el rey es terrible, etc. ¿Quién duda, pues, de que nuestra alma, acostumbrada a ver número, espacio, movimiento, cree eso y nada más que eso?

450. Los hombres, como no tienen costumbre de forjar el mérito, sino sólo de recompensarlo allí donde lo encuentran, juzgan a Dios por sí mismos.

3. INFINITO-NADA: LA APUESTA

451. *Infinito-nada*. Nuestra alma está arrojada en el cuerpo, en el que encuentra número, tiempo, dimensiones. Razona sobre ello y llama a eso naturaleza, necesidad, y no puede creer otra cosa.

La unidad agregada al infinito no lo aumenta en nada, lo mismo que un pie no añade nada a una medida infinita. Lo finito se aniquila en presencia de lo infinito y se convierte en pura nada. Así nuestro espíritu ante Dios; así nuestra justicia ante la justicia divina. No hay una desproporción tan grande entre nuestra justicia y la de Dios como entre la unidad y lo infinito.

La justicia de Dios tiene que ser inmensa como su misericordia. Ahora bien, la justicia para con los réprobos es menos inmensa y no debe sorprender tanto como la misericordia para con los elegidos.

Sabemos que hay un infinito e ignoramos su naturaleza. Como sabemos que es falso que los números sean finitos, tiene que ser verdadero que haya un infinito en número. Pero no sabemos lo que es: es falso que sea par, es falso que sea impar, porque añadiendo la unidad no cambia de naturaleza; no obstante es un número, y todo número es par o impar (claro que eso se refiere a todo número finito). Así, puede saberse que hay un Dios, sin saber lo que es.

¿Acaso no hay una verdad sustancial, viendo tantas cosas verdaderas que no son la verdad misma?

Conocemos, pues, la existencia y la naturaleza de lo finito porque somos finitos y extensos como él. Conocemos la existencia de lo infinito e ignoramos su naturaleza, porque tiene una extensión igual que nosotros, pero carece de los límites que nosotros tenemos. Pero no conocemos ni la existencia ni la naturaleza de Dios porque Él no tiene ni extensión ni límites.

Pero por la fe conocemos su existencia; por la gloria conoceremos su naturaleza. Ahora bien, ya he demostrado que es posible conocer la existencia de una cosa sin conocer su naturaleza.

Hablemos ahora según las luces naturales.

Si existe un Dios, es infinitamente incomprendible, puesto que, al carecer de partes y de límites, no guarda ninguna relación con nosotros. Somos, pues, incapaces de conocer lo que es e incluso si es. Dicho esto, ¿quién se atreverá a intentar resolver esta cuestión? No podemos ser nosotros, que no guardamos ninguna relación con Él.

¿Quién reprochará, pues, a los cristianos no poder dar razón de su fe, ellos que profesan una religión de la que no pueden dar razón? Declaran, al exponerla al mundo, que es una necesidad, *stultitiam*; ¿cómo, pues, os quejáis de que no la demuestren? Si la demostraran incurrirían en contradicción; al carecer de pruebas, son consecuentes.

—«Sí, pero, aunque ello excuse a los que la presentan de este modo, disculpándoles por exponerla sin razones, no se disculpa a los que la aceptan».

—Examinemos, pues, esta cuestión y digamos: «Dios existe o no existe». Pero, ¿de qué lado nos inclinaremos? La razón no puede ayudarnos a decidir: hay un caos infinito que nos separa. Al final de esta distancia infinita hay como un juego, será cara o cruz. ¿Por cuál de las dos apostáis? Por razón, ambas son indiferentes; por razón, no es posible pronunciarse en favor de una o de otra.

No acuséis, pues, de falsedad a los que han elegido; porque vosotros tampoco sabéis nada.

—«No; yo no les reprocharé haber elegido cara o cruz, sino simplemente el hecho de elegir; porque, tanto el que elige cruz como el que elige cara se equivocan lo mismo: lo justo es no apostar».

—Sí, pero hay que apostar. No podemos dejar de elegir, nos han metido en ello. O sea que, ¿cuál de las dos? Veamos; puesto que hay que elegir, examinemos qué es lo peor. Tenéis dos cosas que perder; la verdad y el bien, y dos cosas que apostar: vuestra razón y vuestra voluntad, vuestro conocimiento y vuestra dicha; y vuestra naturaleza tiene que huir de dos cosas: el error y la miseria. Vuestra razón no se contradice eligiendo una u otra, puesto que necesariamente hay que escoger. Ya tenemos un asunto resuelto. Pero ¿y vuestra dicha? Sopesemos pérdidas y ganancias, eligiendo cruz, que Dios existe. Estudiemos estos dos casos: si ganáis, lo ganáis todo; si perdéis, no perdéis nada. Apostad, pues, sin vacilar que Dios existe.

—«Admirable razonamiento. Sí, hay que apostar; pero tal vez apuesto demasiado».

—Veamos. Ya que esto es lo que está en juego como pérdidas y ganancias, si se tratase de ganar dos vidas a cambio de una, aún sería ventajoso; pero si se tratara de ganar tres,

convendría jugar (porque además es necesario jugar), y sería imprudente, cuando se os obliga a jugar, de no arriesgar vuestra vida para ganar tres en un juego en el que se contrapesan tales pérdidas y ganancias. Pero hay una eternidad de vida y de felicidad. Y en este caso, aunque hubiese una infinidad de posibilidades, y sólo os pudiese corresponder una, sería razonable apostar una para tener dos; y os equivocaríais, estando como estáis obligado a jugar, de negaros a jugar una vida contra tres en un juego en el que, entre una infinidad de posibilidades, sólo hay una a favor vuestro, si se tratase de ganar una infinidad de vida infinitamente dichosa. Pero aquí se puede ganar una infinidad de vida infinitamente dichosa, una posibilidad de ganar contra un número infinito de posibilidades de perder, y lo que os jugáis es finito. Eso disipa cualquier duda: donde hay el infinito, y donde no hay una infinidad de posibilidades de perder contra la de ganar, no hay vacilación posible, hay que darlo todo. Y así, cuando se está obligado a jugar, hay que renunciar a la razón para conservar la vida, antes que arriesgarla por la ganancia infinita que puede darse lo mismo que la pérdida de la nada.

Porque no sirve de nada decir que no es seguro que se gane y que es seguro que se arriesga, y que la infinita distancia que hay entre la *certidumbre* de lo que se expone y la *incertidumbre* de lo que se va a ganar, iguala el bien finito, que sin duda alguna se expone, al infinito que es inseguro.

Pero no es así; porque todo jugador arriesga con certidumbre para ganar con incertidumbre; y sin embargo arriesga ciertamente lo finito para ganar inciertamente lo finito, sin atentar contra la razón. No hay una distancia infinita entre esta certidumbre de lo que se expone y la incertidumbre de la ganancia; eso es falso. Es cierto que hay infinidad entre la certidumbre de ganar y la certidumbre de perder. Pero la incertidumbre de ganar es proporcional a la certidumbre de lo que se arriesga, según la proporción de las posibilidades de ganancia y de pérdida. Y de ahí que, si hay tantas posibilidades a favor como en contra, se trata de jugar igual contra igual; y entonces la certidumbre de lo que se expone es igual a la incertidumbre de la ganancia; da lo mismo que sea infinitamente distante. Y así, nuestra propuesta tiene una fuerza infinita, porque se trata de arriesgar lo finito en un juego en el que hay tantas posibilidades de ganancia como de pérdida, y se puede ganar lo infinito. Esto es concluyente; y si los hombres son capaces de llegar a alguna verdad, ésta es una de ellas.

—«Lo confieso, lo admito. Pero ¿no hay ningún medio de saber algo más del juego?».

—Sí, la Escritura y el resto, etc.

—«Sí, pero yo tengo las manos atadas y la boca cerrada; se me obliga a apostar y carezco de libertad; no puedo librarme de esta situación. Y me han hecho de tal modo que soy incapaz de creer. ¿Qué queréis, pues, que haga?».

—Es cierto. Pero sabed al menos que vuestra impotencia para creer, puesto que la razón os empuja a ello y sin embargo no podéis, se debe a vuestras pasiones. Esforzaos, pues, no para convenceros por el aumento de las pruebas de Dios, sino por la disminución de vuestras pasiones. Queréis llegar a la fe y no sabéis qué camino tomar; queréis sanar de la infidelidad y pedís remedios; imitad a los que estaban atados como vos y que ahora arriesgan todo su bien; son personas que conocen ese camino que vos quisierais seguir y que han sanado de un mal del que queréis sanar. Haced, pues, lo mismo que ellos hicieron en un principio: haciendo como si creyeran, tomando agua bendita, haciendo decir misas, etc. Naturalmente esto os hará creer y os embrutecerá.

—«Esto es lo que yo temo».

—¿Por qué? ¿Qué podéis perder?

Para demostraros que eso ayuda a la fe, baste deciros que disminuye las pasiones, que son vuestros mayores obstáculos.

Fin de este discurso. ¿Qué mal os puede suceder tomando esa decisión? Seréis fiel, digno, humilde, agradecido, benéfico, amigo sincero, verdadero. En verdad, no os veréis sumido en los placeres pestíferos, en la gloria, en las delicias; pero ¿acaso no tendréis otras? Os aseguro que aún saldréis ganando en esta vida y que, a cada paso que deis por este camino, veréis tanta certidumbre de ganancia y tanta nada en lo que arriesgáis, que finalmente os daréis cuenta de que habéis apostado por una cosa segura, infinita, por la que no habéis dado nada.

—«¡Oh! ¡Estas palabras me arrebatan, me entusiasman!».

—Si lo que digo os place y os parece sólido, sabed que son palabras de un hombre que se arrodilló antes y después para rogar a ese Ser infinito y sin partes, al que sometete todo el suyo, que se sometiera también el vuestro por vuestro propio bien y por su gloria; y que así

la fuerza concuerde con esa bajeza.

4. SUMISIÓN Y USO DE LA RAZÓN

452. Si sólo hubiera que hacer cosas seguras, no debería hacerse nada por la religión; porque no es segura. Pero ¡cuántas cosas se hacen por lo inseguro, los viajes por mar, las batallas! Digo, pues, que no habría que hacer absolutamente nada, porque nada es seguro; y que hay más certeza en la religión que la que tenemos de llegar a ver el día de mañana: porque no es seguro que veamos el día de mañana, y en cambio es ciertamente posible que no lo veamos. Ahora bien, no puede decirse lo mismo de la religión; no es seguro que exista; pero ¿quién se atreverá a decir que es ciertamente posible que no exista? Y cuando se trabaja para el día de mañana y por lo inseguro, se obra de acuerdo con la razón: pues hay que trabajar por lo inseguro, por el cálculo de las posibilidades que se ha demostrado.

San Agustín comprendió que trabaja por lo inseguro, en el mar, en una batalla, etc.; pero no conoció el cálculo de las posibilidades, que demuestra que hay que hacerlo así. Montaigne (III, 8) comprendió que la mente que razona mal ofende, y que la costumbre lo puede todo; pero no vio la razón de este efecto.

Todas las personas vieron los efectos, pero no vieron las causas; respecto a los que han descubierto las causas son como los que sólo tienen ojos respecto a los que tienen entendimiento; pues los efectos son como sensibles, y las causas únicamente son visibles al entendimiento. Y aunque estos efectos se vean por el entendimiento, este entendimiento es respecto al entendimiento que ve las causas como los sentidos corporales respecto al entendimiento.

453. Por las posibilidades, hay que hacer los mayores esfuerzos por descubrir la verdad; pues si morís sin haber adorado el verdadero principio, estáis perdido. «Pero», decís, «si Él hubiese querido que yo le adorase, me hubiera dejado señales de su voluntad». Y así lo ha hecho; sólo que vos no sabéis verlas. Buscadlas bien; porque vale la pena.

454. *Posibilidades*. En el mundo hay que vivir de manera muy distinta según una de estas suposiciones: 1° si se pudiera estar siempre aquí; 2° si es seguro que no estaremos mucho tiempo aquí, e inseguro que vamos a vivir una hora más. Esta última suposición es la nuestra.

455. ¿Qué me prometéis (porque diez años es la posibilidad) sino diez años de amor propio, tratando de agradar sin conseguirlo, además de las aflicciones seguras?

456. *Objeciones*. Los que confían en salvarse son felices en esta confianza, pero tienen por contrapeso el miedo al infierno.

Respuesta. ¿Quién tiene más motivos para temer el infierno, el que no sabe si existe el infierno y está seguro de la condenación si existe, o el que tiene la seguridad de que existe el infierno y confía en salvarse?

457. «Yo renunciaría en seguida a los placeres», dicen, «si tuviese la fe». Y yo os digo: «No tardaríais en tener fe si hubieseis renunciado a los placeres». Sois vos quien tenéis que empezar. Si yo pudiese, os daría la fe. No puedo hacerlo y por lo tanto comprobar la verdad de lo que decís. Pero vos podéis renunciar a los placeres y comprobar así que es verdad lo que yo os digo.

458. *Orden*. Yo temería mucho más equivocarme y comprobar que la religión cristiana es verdadera, que equivocarme creyéndola verdadera.

459. La fe dice lo que los sentidos no dicen, pero no lo contrario de lo que ven. Está por encima, pero no en contra.

460. ¡Cuántos astros nos han permitido descubrir los anteojos y que no existían para nuestros filósofos de antaño! Se atacaba abiertamente la Santa Escritura acerca del gran número de las estrellas, diciendo: «Sólo hay mil veintidós, lo sabemos».

En la tierra hay hierbas, las vemos. Desde la luna, no serían visibles. Y en estas hierbas hay pelos, y en esos pelos animalillos; pero ya no hay nada más. ¡Oh, presuntuosos! Los cuerpos mixtos están compuestos de elementos, y los elementos no. ¡Oh, presuntuosos! Aquí hay algo más imperceptible. No se puede decir que existe lo que no vemos. Entonces hay que decir lo que dicen los demás, pero no pensar como ellos.

461. *Sumisión*. Hay que saber dudar cuando es necesario, afirmar cuando es necesario, sometiéndose cuando es necesario someterse. Quien no lo hace así no comprende la fuerza de la razón. Hay quien atenta contra estos tres principios, afirmándolo todo como seguro, con lo cual demuestra no saber nada de demostraciones; o dudando de todo, con lo cual demuestra que no sabe cuándo hay que someterse; o sometiéndose en todo, con lo cual demuestra que no sabe cuando hay que juzgar.

462. San Agustín (Ep., 120): La razón no se sometería jamás si no juzgase que hay ocasiones en las que debe someterse. Es, pues, justo que se someta cuando juzga que debe someterse.

463. Sumisión y uso de la razón, en esto consiste el verdadero cristianismo.

464. La Sabiduría nos devuelve a la niñez: *Nisi efficiamini sicut parvuli.*^[83]

465. No hay nada tan conforme a la razón como ese desautorizar a la razón.

466. El último paso de la razón consiste en admitir que hay una infinidad de cosas que la superan; se convierte en muy débil si no llega a saber esto.

Que si las cosas naturales la sobrepasan, ¿qué no sucederá con las sobrenaturales?

5. UTILIDAD DE LAS PRUEBAS POR LA MÁQUINA: EL AUTÓMATA Y LA VOLUNTAD

467. Fundar la esperanza en las formalidades es ser supersticioso; pero no querer someterse a ellas es ser soberbio.

468. No es sólo la absolución lo que borra los pecados en el sacramento de la Penitencia, sino la contrición, que no es verdadera si no acude al sacramento. Semejantemente, no es la bendición nupcial lo que impide cometer pecado en la generación, sino el deseo de engendrar hijos para Dios, que no es verdadero más que en el matrimonio. Y del mismo modo que una persona contrita sin sacramento está mejor dispuesta para la absolución que un impenitente con el sacramento, así las hijas de Lot, por ejemplo, que sólo tenían el deseo de los hijos, eran más puras sin matrimonio que las casadas sin deseo de hijos.

469. Es preciso que lo exterior se una a lo interior para obtener algo de Dios; es decir, que nos arrodillemos, recemos con los labios, etc., para que el hombre orgulloso, que no quiso someterse a Dios, se someta ahora a la criatura. Esperar la ayuda de este exterior es ser supersticioso, no querer unirlo a la disposición interior es ser soberbio.

470. Porque no hay que desconocerse a uno mismo: somos tan autómatas como entendimiento; y de ahí que el instrumento por el que se hace la persuasión no es la única demostración. ¡Qué pocas cosas se demuestran! Las pruebas sólo convencen al entendimiento. La costumbre hace que nuestras pruebas sean las más fuertes y las más creídas; inclina al autómata, que arrastra al entendimiento sin que se dé cuenta. ¿Quién ha demostrado que mañana amanecerá y que moriremos? ¿Y acaso hay algo más creído por todos? Es, pues, la costumbre la que nos persuade de ello; ella es la que hace tantos cristianos, la que hace a los turcos, a los paganos, los oficios, los soldados, etc. (Está la fe que los cristianos reciben en el bautismo, y que no tienen los paganos). En fin, hay que recurrir a ella una vez el entendimiento ha visto dónde está la verdad, para empaparnos y teñirnos de esta fe, que se nos escapa sin cesar; porque tener siempre presentes las pruebas es algo excesivo. Hay que adquirir una fe más fácil, que es la de la costumbre, que sin violencia, sin artificio, sin argumentos, nos hace creer las cosas e inclina todas nuestras potencias hacia esta creencia, de tal modo que nuestra alma cae naturalmente en ella. Cuando sólo se cree por la fuerza de la convicción y el autómata se inclina a creer lo contrario, no basta. Es necesario, pues, hacer creer a nuestras dos piezas: el entendimiento, por las razones, bastándole haberlas visto una vez en la vida; y el autómata por la costumbre, y sin que le permitamos inclinarse por lo contrario. *Inclina cor meum, Deus.*^[84]

La razón obra con lentitud, y teniendo tantas opiniones sobre tantos principios, que necesita tener siempre presentes, que sin cesar se adormece o se extravía, al no poder tener todos sus principios presentes. El sentimiento no obra del mismo modo: obra en un instante, y siempre está dispuesto a obrar. Es preciso, pues, poner nuestra fe en el sentimiento; de otro modo, siempre será vacilante.

471. *Carta que subraya la utilidad de las pruebas por la máquina.* La fe es diferente de la prueba: una es humana, la otra es un don de Dios. *Justus ex fide vivit.*^[85] De esta fe que el propio Dios pone en el corazón, a menudo la prueba es el instrumento, *fides ex auditu;*^[86] pero esta fe está en el corazón, y hace decir no *scio,*^[87] sino *credo.*^[88]

472. Hay una diferencia universal y esencial entre las acciones de la voluntad y todas las demás.

La voluntad es uno de los principales órganos de la creencia; no porque forme la creencia, sino porque las cosas son verdaderas o falsas según el lado por donde se las mire. La voluntad que se complace en uno más que en otro, desvía al entendimiento de considerar los aspectos que no le gusta ver; y así el entendimiento, que va unido a la voluntad, se para a contemplar el aspecto que prefiere; y así lo juzga por lo que ve.

473. El señor de Roannez^[89] decía: «Las razones se me ocurren después, pero en un principio la cosa me atrae o me repugna sin que sepa la razón, y sin embargo me repugna

por esta razón que sólo descubro posteriormente». Pero yo no creo que me repugnase por estas razones que descubro después, sino que descubro estas razones porque me repugna.

6. EL CORAZÓN

474. Todo nuestro razonamiento se reduce a ceder al sentimiento.

Pero la fantasía es semejante y contraria al sentimiento, de tal suerte que no es posible distinguir entre estos contrarios. Uno dice que mi sentimiento es fantasía, otro que su fantasía es sentimiento. Se necesitaría una regla. La razón se ofrece, pero se adapta a todos los sentidos; y por eso no existe regla.

475. Los hombres confunden a menudo su imaginación con su corazón; y creen haberse convertido cuando empiezan a pensar en convertirse.

476. ¡Qué gran distancia media entre conocer a Dios y amarle!

477. El corazón tiene razones que la razón no conoce; así lo vemos en mil cosas. Yo digo que el corazón ama al ser universal naturalmente, y a sí mismo naturalmente, según se entregue a ello; y se endurece contra uno y otro, a su elección. Habéis rechazado al uno y conservado al otro; ¿acaso os amáis movidos por la razón?

478. Corazón, instinto, principios.

479. Conocemos la verdad no sólo por la razón, sino además por el corazón; de este último modo conocemos los primeros principios, y es inútil que el razonamiento, que no participa en ello, trate de combatirlos. Los pirronianos, que no tienen más propósitos que éste, se empeñan inútilmente en conseguirlo. Sabemos que no soñamos; por muy incapaces que seamos de probarlo por medio de la razón, esta incapacidad no nos lleva más que a la debilidad de nuestra razón, pero no a la incertidumbre de todos nuestros conocimientos, como ellos pretenden. Porque el conocimiento de los primeros principios, como que hay espacio, tiempo, movimientos, números, es tan firme como todo lo que nos permiten saber nuestros razonamientos. Y en estos conocimientos del corazón y del instinto tiene que apoyarse la razón, fundando en ellos todo su discurrir. El corazón siente que hay tres dimensiones en el espacio, y que los números son infinitos; y la razón demuestra luego que no hay dos números cuadrados de los cuales uno de ellos sea doble que el otro. Los principios se sienten, las proposiciones se deducen, y todo con certidumbre, aunque por caminos diferentes. Y tan inútil y ridículo es que la razón pida al corazón pruebas de sus primeros principios, antes de aceptarlos, como sería ridículo que el corazón pidiese a la razón un sentimiento de todas las proposiciones que ella demuestra, antes de admitirlas.

Así, pues, esta impotencia sólo debe servir para humillar la razón, que quisiera juzgarlo todo, pero no para combatir nuestra certidumbre, como si solamente la razón fuese capaz de instruirnos. ¡Ojalá, por el contrario, jamás la necesitáramos, y pudiéramos conocer todas las cosas por instinto y por sentimiento! Pero la naturaleza nos ha negado esta facultad; más aún, nos ha dado muy pocos conocimientos de esta clase; todos los demás sólo pueden adquirirse por razonamiento.

Y ésta es la causa de que aquellos a quienes Dios ha dado la religión por sentimiento del corazón son muy afortunados y se saben legítimamente persuadidos. Pero a aquellos que no lo sienten así, sólo podemos inspirarles la religión por razonamiento, confiando en que Dios se la dé por sentimiento del corazón, sin lo cual la fe no es más que humana e inútil para salvarse.

480. La fe es un don de Dios. No creáis que decimos que es un don de razonamiento. Las demás religiones no dicen eso de su fe; sólo daban el razonamiento para alcanzarla, que sin embargo no conduce a la fe.

481. Es el corazón lo que siente a Dios, y no la razón. Y esto es la fe: Dios sensible al corazón, no a la razón.

7. LA FE Y LOS MEDIOS DE CREER. PROSOPOPEYA

482. Hay tres medios de creer: la razón, la costumbre, la inspiración. La religión cristiana, que es la única que acepta la razón, no considera como verdaderos hijos suyos a los que creen sin inspiración; no porque excluya la razón y la costumbre, al contrario; pero hay que abrir el espíritu a las pruebas, reafirmarse en lo que se cree por la costumbre, pero ofrecerse por las humillaciones a las inspiraciones, que son las únicas que pueden producir el efecto verdadero y saludable: *Ne evacuetur crux Christi*.^[90]

483. A.P.R.^[91] *Comienzo, después de haber explicado la incomprendibilidad*. Las grandezas y las miserias del hombre son tan visibles que es necesario que la verdadera religión nos enseñe que hay algún gran principio de grandeza en el hombre y que hay en él

un gran principio de miserias. Tiene además que dar razón de estas sorprendentes contradicciones.

Para hacer feliz al hombre, tiene que enseñarle que hay un solo Dios; que estamos obligados a amarle; que nuestra única felicidad es estar en Él, y nuestro único mal estar separados de Él; que reconozca que estamos llenos de tinieblas que nos impiden conocerle y amarle; y que como nuestros deberes nos obligan a amar a Dios y nuestras concupiscencias nos apartan de Él, estamos llenos de injusticia. Tiene que explicar nuestra oposición a Dios y a nuestro propio bien. Tiene que mostrarnos los remedios para estas incapacidades, y los medios de obtener tales remedios. Que se examinen según lo dicho todas las religiones del mundo, y se verá que no hay ninguna, salvo la cristiana, que satisfaga estas exigencias.

¿Qué decir de los filósofos que nos proponen por todo bien los bienes que están en nosotros? ¿Es éste el verdadero bien? ¿Han descubierto el remedio para nuestros males? ¿Es haber curado la presunción del hombre haberlo igualado a Dios? Los que nos han igualado a las bestias, y los mahometanos, que nos han dado por todo bien los placeres de la tierra, incluso en la eternidad, ¿han proporcionado el remedio a nuestras concupiscencias? ¿Qué religión nos enseñará, pues, a curar el orgullo y la concupiscencia? En fin, ¿qué religión nos enseñará nuestro bien, nuestros deberes, las debilidades que nos apartan de ellos, la causa de estas flaquezas, los remedios que las pueden curar y el medio de obtener estos remedios?

Todas las demás religiones no lo han conseguido. Veamos lo que hará la Sabiduría de Dios.

«No esperéis», dice, «ni verdad ni consuelo de los hombres. Yo soy la que os ha formado y sólo yo puedo enseñaros quién sois. Pero ahora ya no os encontráis en el estado en que yo os formé. Yo creé al hombre santo, inocente, perfecto; le llené de luz y de inteligencia; le comuniqué mi gloria y mis maravillas. Entonces el ojo del hombre veía la majestad de Dios. Entonces no vivía en las tinieblas que le ciegan, ni en la mortalidad ni en las miserias que le afligen. Pero no pudo soportar tanta gloria sin caer en la presunción. Quiso hacerse centro de sí mismo e independiente de mi ayuda. Se sustrajo a mi dominio; y al igualarse a mí por el deseo de encontrar la felicidad en sí mismo, yo le abandoné a sí mismo; y sublevando a las criaturas que le estaban sometidas, hice que fueran enemigas suyas; de tal modo que ahora el hombre se ha convertido en semejante a los animales, y está en tal alejamiento de mí, que apenas le queda una luz confusa de su autor, ¡hasta tal punto sus conocimientos están ya extinguidos o alterados! Los sentidos, independientes de la razón, y a menudo dueños de la razón, la han arrastrado a la búsqueda de los placeres. Todas las criaturas o le afligen o le tientan, y tienen dominio sobre él o sometiéndole por su fuerza o embelesándole por su dulzura, lo cual es aún un dominio más terrible y más imperioso».

«Éste es el estado en el que los hombres se encuentran ahora. De su primera naturaleza les queda algún instinto impotente de felicidad, y se ven sumidos en las miserias de su ceguera y de su concupiscencia, que se ha convertido en su segunda naturaleza.

»En este principio que os revelo podéis reconocer la causa de tantas contradicciones que han asombrado a todos los hombres y que les han dividido en opiniones tan distintas. Observad ahora todos los impulsos de grandeza y de gloria que la prueba de tantas miserias no consigue ahogar, y ved si no es forzoso que su causa resida en otra naturaleza».

†

A.P.R. para mañana (Prosopopeya). ¡Oh, hombres! En vano buscáis en vosotros mismos el remedio a vuestras miserias. Todas vuestras luces sólo pueden aspirar a conocer que no es en vosotros donde vais a encontrar la verdad y el bien. Los filósofos os lo han prometido, pero no han logrado cumplir su promesa. No saben ni cuál es vuestro verdadero bien, ni cuál es vuestro verdadero estado. ¿Cómo podían daros remedio para vuestros males si ni siquiera saben cuáles son? Vuestras enfermedades principales son el orgullo, que os aparta de Dios, la concupiscencia, que os apega a la tierra; y ellos no han hecho otra cosa que fomentar al menos una de estas enfermedades. Si os han fijado a Dios como objeto, sólo ha sido para ejercer vuestra soberbia: os han hecho creer que erais semejantes a Él y adecuados a Él por vuestra naturaleza. Y los que advirtieron la vanidad de tal pretensión os arrojaron al otro precipicio, dándoos a entender que vuestra naturaleza era semejante a la de los animales, y empujándoos a buscar vuestro bien en las concupiscencias que son propias de los animales. No es éste el medio de sanar de vuestras injusticias, que estos sabios no supieron conocer. Sólo yo puedo haceros comprender quiénes sois...».

Adán, Jesucristo.

Si se os une a Dios, es por gracia, no por naturaleza. Si se os humilla, es por penitencia, no por naturaleza.

Así, esta doble capacidad...

No os encontráis en el estado de vuestra creación.

Como estos dos estados son abiertos, es imposible que los reconozcáis. Seguid vuestros impulsos, observaos a vosotros mismos y ved si no descubris en vosotros los caracteres vivos de estas dos naturalezas.

¿Es posible que tantas contradicciones se encuentren en un sujeto simple?

—Incomprensible.

Todo lo que es incomprensible no por eso deja de ser. El número infinito. Un espacio infinito, igual al finito.

—Increíble que Dios se una a nosotros. Esta consideración sólo se funda en el conocimiento de nuestra bajeza. Pero si es muy sincera, seguidla tan lejos como yo, y admitid que en efecto estamos tan abajo que por nosotros mismos somos incapaces de saber si la misericordia no puede hacernos capaces de Él. Porque me gustaría saber cómo ese animal que reconoce ser tan débil tiene derecho a medir la misericordia de Dios y de ponerle límites que le sugiere su antojo. Está tan lejos de saber lo que es Dios, que ni siquiera sabe lo que es él mismo; y turbado por la visión de su propio estado, se atreve a decir que Dios no le puede hacer capaz de comunicarse con Él.

Pero quisiera preguntarle qué le pide Dios, sino que le ame conociéndole; y por qué cree que Dios no puede hacerse cognoscible y amable para él, puesto que es naturalmente capaz de amor y de conocimiento. Está fuera de toda duda que al menos sabe que es y que ama algo. En consecuencia, si ve algo en medio de las tinieblas en que vive, y si descubre algún objeto de amor entre las cosas de la tierra, ¿por qué si Dios le descubre algún rayo de su esencia no va a ser capaz de conocerle y de amarle a la manera como a Él le plazca comunicarse con nosotros? Hay, pues, sin duda una presunción insoportable en ese tipo de razonamientos, aunque parezcan fundados en una aparente humildad que no es ni sincera ni razonable si no nos hace confesar que, al no saber por nosotros mismos quiénes somos, sólo podemos saberlo por Dios.

«No quiero que sometáis vuestra creencia a mí sin razón, ni aspiro a subyugaros con tiranía. Tampoco pretendo explicaros todas las cosas. Y para armonizar estas contradicciones, quiero haceros ver claramente, por medio de pruebas convincentes, señales divinas en mí que os convenzan de quién soy, demostrándolo por portentos y pruebas que no podáis negar; para que luego creáis las cosas que os enseño, cuando no tengáis ningún motivo para rechazarlas, salvo el que por vosotros mismos no podáis saber si son o no.

»Dios quiso redimir a los hombres y dar la salvación a los que le buscasen. Pero los hombres se hacen tan indignos de Él, que es justo que Dios niegue a algunos, a causa de su dureza, lo que concede a otros por una misericordia gratuita. De haber querido vencer la obstinación de los más empedernidos, lo hubiera logrado, descubriéndose tan manifiestamente a ellos que no les hubiera sido posible dudar de la verdad de su esencia, como aparecerá en el último día, con tal estruendo de rayos y tales trastornos en la naturaleza, que los muertos resucitarán y los más ciegos le verán.

»No es así como ha querido manifestarse en su advenimiento de dulzura; porque, como tantos hombres se hacen indignos de su clemencia, quiso dejarles en la privación del bien que rechazan. No era, pues, justo que apareciese de una manera manifiestamente divina, y absolutamente capaz de convencer a todos los hombres; pero tampoco era justo que se presentase de un modo tan escondido que no pudieran reconocerle aquellos que le buscasen con sinceridad. Quiso hacerse perfectamente cognoscible a éstos; y así, queriendo aparecer al descubierto ante los que le buscan con todo su corazón, y ocultándose a los que le huyen con todo su corazón, atempera su conocimiento, de tal modo que ha dado señales de sí visibles a los que le buscan, y no a los que no le buscan. Hay luz suficiente para los que sólo desean verle, y oscuridad suficiente para los que muestran una inclinación contraria.

El último problema. ¿Ha sido elevado el hombre al estado sobrenatural?

484. El hombre no es digno de Dios; pero no es incapaz de que le hagan digno de Él.

Es indigno de Dios unirse al hombre miserable; pero no es indigno de Dios sacarle de sus miserias.

Sección III
PRUEBAS DE JESUCRISTO

Introducción

485. El mundo común tiene el poder de no pensar en lo que no quiere pensar. «No penséis en los pasajes del Mesías», decía el judío a su hijo. Así obran a menudo los nuestros. Así se conservan las falsas religiones, e incluso la verdadera para muchas personas. Pero hay quienes no pueden dejar de pensar y que piensan tanto más cuanto que se les prohíbe. Éstos se desembarazan de las religiones falsas, e incluso de la verdadera, si no se les habla con palabras sólidas.

486. *Pruebas de la religión.* Moral, doctrina, milagro, profecías, figuras.

487. PRUEBA. —1.° La religión cristiana por su establecimiento; establecida por sí misma de un modo tan fuerte y tan manso, siendo tan contraria a la naturaleza. 2° La santidad, la grandeza y la humildad de un alma cristiana. 3.° Las maravillas de la Santa Escritura. 4.° Jesucristo en particular. 5.° Los apóstoles en particular. 6.° Moisés y los profetas en particular. 7.° El pueblo judío. 8.° Las profecías. 9.° La perpetuidad: ninguna religión tiene la perpetuidad. 10.° La doctrina, que lo explica todo. 11° La santidad de esta ley. 12.° Por el proceder del mundo.

Es indudable que, después de esto, no debemos negarnos, teniendo en cuenta lo que es la vida y lo que es esta religión, a seguirla si nos entra en el corazón; y lo seguro es que no hay ningún motivo para mofarse de los que la siguen.

488. Jesucristo hacia quien miran los dos testamentos, el Antiguo como su espera, el Nuevo como su modelo, ambos como su centro.

Capítulo I

EL ANTIGUO TESTAMENTO

1. MOISÉS

489. ¿Por qué Moisés va a hacer la vida de los hombres tan larga, y tan pocas generaciones? Porque no es la duración de los años, sino la multitud de las generaciones lo que hace oscuras las cosas. Porque la verdad sólo se altera por el cambio de los hombres. Y sin embargo hace que las dos cosas más memorables que jamás se hayan llegado a concebir, la creación y el diluvio, estén tan próximas que casi parecen de la misma época.

490. Sem, que vio a Lamec, que conoció a Adán, vio también a Jacob, quien vio a los que vieron a Moisés; en consecuencia, el Diluvio y la Creación son verdad. Esto resulta concluyente para algunas personas que saben entenderlo.

491. La longitud de la vida de los patriarcas, en vez de hacer que las historias de las cosas pasadas se perdiesen, servía por el contrario para conservarlas. Porque lo que explica que a veces no conozcamos bien la historia de nuestros antepasados es el hecho de que casi nunca se ha convivido con ellos, y que a menudo murieron antes de que nosotros alcanzáramos el uso de razón. Ahora bien, cuando los hombres vivían tanto tiempo, los niños convivían largamente con sus padres. Y hablaban mucho con ellos. ¿Y de qué iban a hablar, sino de la historia de sus antepasados, puesto que toda la historia se reducía a esto, y que carecían de estudios, de ciencias y de artes que ocupan una gran parte de las conversaciones de la vida? Vemos así que en aquellos tiempos los pueblos se cuidaban de un modo muy particular de conservar sus genealogías.

2. LA LEY

492. Moisés (Deut., xxx) promete que Dios circuncidará su corazón para hacerles capaces de amarle.

493. Una frase de David o de Moisés, como «que Dios circuncidará su corazón» permite saber con certeza qué es lo que querían decir. Aunque todo lo demás que dijeran fuese equívoco y dudoso en cuanto a ser filósofos o cristianos, una frase de esta naturaleza ilumina todas las demás, como una frase de Epicteto ilumina todo el resto en sentido contrario. Hasta ahí dura la ambigüedad, pero no después.

494. Los judíos estaban acostumbrados a los milagros grandes y portentosos, y así, como habían visto los grandes sucesos del mar Rojo y de la tierra de Canaán, considerándolos como un compendio de las grandes cosas de su Mesías, aún esperaban otros mayores, de los cuales los de Moisés no eran más que una muestra.

495. Quien juzgue la religión de los judíos por la visión grosera que podían tener de ella, la conocerá mal. Esta religión es visible en los Libros Santos y en la tradición de los profetas, que ya explicaron sobradamente que no interpretaban la Ley al pie de la letra. Semejantemente, nuestra religión es divina en el Evangelio, los apóstoles y la tradición; pero es ridícula en los que la tratan mal.

Según los judíos carnales, el Mesías tenía que ser un gran príncipe temporal. Según los cristianos carnales, Jesucristo vino a este mundo para dispensarnos de amar a Dios, y darnos sacramentos que lo hacen todo sin nosotros. Ni unos ni otros saben lo que es la religión cristiana ni la judía.

Los verdaderos judíos y los verdaderos cristianos siempre han esperado a un Mesías que les hiciera amar a Dios y, por este amor, triunfar de sus enemigos.

496. Los judíos carnales ocupan un lugar intermedio entre los cristianos y los paganos. Los paganos no conocen a Dios y sólo aman la tierra. Los judíos conocen al verdadero Dios y sólo aman la tierra. Los cristianos conocen al verdadero Dios y no aman la tierra. Los judíos

y los paganos aman los mismos bienes. Los judíos y los cristianos conocen al mismo Dios.

Los judíos eran de dos clases: los unos sólo tenían afectos paganos, los otros tenían los afectos cristianos.

497. Dos clases de hombres en cada religión: entre los paganos, adoradores de los animales, y los otros, que adoraban a un solo Dios en la religión natural; entre los judíos, los carnales y los espirituales, que eran los cristianos de la antigua ley; entre los cristianos, los groseros, que son los judíos de la nueva ley. Los judíos carnales esperaban un Mesías carnal; los cristianos groseros creen que el Mesías les ha dispensado de amar a Dios; los verdaderos judíos y los verdaderos cristianos adoran a un Mesías que les hace amar a Dios.

498. *Para demostrar que los verdaderos judíos y los verdaderos cristianos tienen una misma religión.* La religión de los judíos parecía consistir esencialmente en la paternidad de Abraham, en la circuncisión, en los sacrificios, en las ceremonias, en el Arca, en el Templo de Jerusalén, y, en resumen, en la ley y en la alianza de Moisés.

Pero yo digo:

Que no consistía en ninguna de estas cosas, sino solamente en el amor de Dios, y que Dios reprobaba todas las demás cosas.

Que Dios no aceptará la posteridad de Abraham.

Que los judíos serán castigados por Dios lo mismo que los gentiles, si le ofenden. Deut., VIII, 19: «Si olvidándote de Yavé te llegaras a ir tras otros dioses, yo doy testimonio hoy contra vosotros de que con toda certeza pereceréis, como las naciones que Yavé hace perecer ante vosotros».

Que los gentiles serán bien acogidos por Dios, igual que los judíos, si le aman. Is., LVI, 3: «Que no diga el extranjero allegado a Yavé: Yavé me excluye de su pueblo. A los extranjeros allegados a Yavé para servirle y amar su nombre, yo los llevaré al monte de mi santidad y los recrearé en mi casa de oración...».

Que los verdaderos judíos no consideraban sus méritos más que un don de Dios, y no de Abraham. Is., LXIII, 16: «Con todo, Tú eres nuestro Padre, Abraham no nos conoció y nos desconoció Israel, pero Tú, oh Yavé, eres nuestro Padre y Redentor nuestro».

El propio Moisés les dijo que Dios no hacía acepción de personas. Deut., X, 17: «Yavé, vuestro Dios no hace acepción de personas ni recibe regalos».

El sábado no era más que un signo, Éx., XXXI, 13; y en recuerdo de la salida de Egipto, Deut., V, 15. Por lo tanto, ya no es necesario, puesto que hay que olvidar Egipto.

La circuncisión era sólo un signo, Gén., XVII, 11. Y así se explica que cuando estaban en el desierto no fueran circuncidados, porque allí no podían confundirse con los demás pueblos; después de la venida de Jesucristo ya no es necesaria.

Que se manda la circuncisión del corazón. Deut., X, 16; Jer., IV, 4: «Circuncidad, pues, vuestros corazones, y no endurezcáis más vuestra cerviz, porque Yavé, vuestro Dios, es el Dios de los dioses, el Dios grande, fuerte y terrible que no hace acepción de personas».

Que Dios dijo que lo haría un día. Deut., XXX, 6: «Circuncidaré Yavé, tu Dios, tu corazón y el corazón de tus descendientes, para que ames a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón».

Que los incircuncisos de corazón serán juzgados. Jer., IX, 26: «Pues todos estos pueblos son incircuncisos, pero todo Israel es incircunciso de corazón».

Que el exterior no sirve de nada sin el interior. Joel, II, 13: *Scindite corda vestra*,^[92] etc. Is., LVIII, 3, 4, etc.

El amor de Dios se exige en todo el Deuteronomio. Deut., XXX, 19: «Yo invoco hoy por testigos a los cielos y a la tierra de que os he propuesto la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge la vida para que vivas tú y tu descendencia, amando a Yavé, tu Dios, obedeciendo su voz y adhiriéndote a Él, porque en eso está tu vida».

Que los judíos, al carecer de este amor, serán reprobados por sus crímenes, y los paganos elegidos en su lugar. Os., I, 10; Deut., XXXII, 20: «Esconderé de ellos mi rostro, veré cuál será su fin. Porque es una generación perversa, hijos sin fidelidad alguna. Ellos me han provocado con no-dioses, me han irritado con vanidades. Yo los provocaré a ellos con no-pueblo y los irritaré con gente insensata». Is., LXV, 1.

Que los bienes temporales son falsos y que el verdadero bien consiste en estar unido a Dios. Sal., CXLIII, 15.

Que sus fiestas desagradan a Dios. Amos, V, 21.

Que los sacrificios de los judíos contrarían a Dios (Is., LXVI, 1-3; 1-11. Jer., VI, 20. David, *Miserere*), incluso cuando los ofrecen los buenos (*Exspectavi*. Sal., XLIX, 8, 9, 10, 11, 12, 13 y 14).

Que sólo los estableció a causa de su dureza. Miqueas (admirablemente), VI, 6-8; I Reyes,

XV, 22; Oseas, VI, 6.

Que los sacrificios de los paganos serán aceptados por Dios, y que Dios retirará su voluntad de los sacrificios de los judíos. Mal., 1,11.

Que Dios hará una nueva alianza por el Mesías, y que la antigua será abolida. Jer., XXXI, 31.

Mandata non bona.^[93] Ez., XX, 25.

Que las antiguas cosas serán olvidadas. Is., XLIII, 18, 19; LXV, 17,18.

Que no volverán a acordarse del Arca. Jer., III, 15, 16.

Que el Templo será rechazado. Jer., VII, 12, 13, 14.

Que los sacrificios serán rechazados y se establecerán otros sacrificios puros. Mal., 1,11.

Que el orden del sacerdocio de Aarón será abolido y que el Mesías introducirá el de Melquisedec. Sal., *Dixit Dominus.*^[94]

Que este sacerdocio será eterno. *Ibíd.*

Que Jerusalén será reprobada y Roma admitida. Sal. *Dixit Dominus.*

Que el nombre de los judíos será reprobado y se dará un nuevo nombre. Is., LXV, 15.

Que este último nombre será mejor que el de los judíos, y eterno. Is., LVI, 5.

Que los judíos se verán sin profetas (Amos), sin rey, sin príncipes, sin sacrificio, sin ídolo. Dan., III, 38.

Que, a pesar de todo, seguirán existiendo siempre como pueblo.

499. *República.* La república cristiana, e incluso judaica, no ha tenido más señor que Dios, como observa el judío Filón, *De la monarquía.*

Cuando luchaban, era sólo por Dios; esperaban principalmente algo de Dios; consideraban sus ciudades como pertenecientes a Dios, y las conservaban para Dios, I Paralip., XIX, 13.

500. Gén., XVII, 7: *Statuam pactum meum inter me et te... faedere sempiterno, ut sim Deus tuus.* 9: *Et tu ergo custodies pactum meum.*^[95]

Los judíos, testigos subsistentes e irreprochables

501. Celo del pueblo judío por su fe, y principalmente desde que dejó de tener profetas.

502. Mientras hubo profetas para mantener la fe, el pueblo fue descuidado; pero desde que faltaron los profetas, les sucedió el celo.

503. El celo de los judíos por su fe y su temple (Josefo, el Filón judío ad *Caium*). ¿Qué otro pueblo tuvo un celo semejante? Tenía que tenerlo.

504. El Diablo turbó el celo de los judíos antes de Jesucristo, porque era bueno para su salvación, pero no después.

El pueblo judío, escarnecido por los gentiles; el pueblo cristiano, perseguido.

505. Es algo sorprendente y digno de que se le preste la máxima atención el ver a ese pueblo judío subsistiendo durante tantos años, y verle siempre atribulado; pues era necesario para la prueba de Jesucristo, de una parte que subsistiera para probarlo, y de otra que viviera en la tribulación, ya que le crucificaron; y aunque sea contradictorio el que subsista y el que viva atribulado, a pesar de todo sigue existiendo con sus tribulaciones.

506. Visiblemente es un pueblo hecho ex profeso para servir de testigo al Mesías (Is., XLIII, 9; XLIV, 8). Lleva los libros, los ama y no los entiende. Y todo esto estaba anunciado: que se les confiaban los juicios de Dios, pero como un libro sellado (Is., XXIX, 11).

507. *Profecías.* El cetro no fue interrumpido por el cautiverio de Babilonia, a causa de que su retorno era pronto y había sido anunciado. Gén., XLIX, 10.

508. Cuando Nabucodonosor se llevó al pueblo, por miedo a que creyeran que se privaba del cetro a Judá, antes se les había dicho que aquello duraría poco, y que serían restablecidos (Jer., XXIX, 10). Siempre fueron consolados por los profetas, sus reyes continuaron reinando. Pero la segunda destrucción carece ya de promesa de restablecimiento, carece de profetas, de reyes, de consuelo, de esperanza, porque se les ha quitado el cetro para siempre.

509. *Pruebas de Jesucristo.* No es haber sufrido cautiverio sufrirlo con la certeza de que habrá una liberación al cabo de setenta años. Pero ahora están cautivos sin ninguna esperanza.

Dios les prometió que, aunque les dispersaría por los confines del mundo, si eran fieles a su ley, volvería a reunirlos. Le son fidelísimos y permanecen oprimidos.

510. Dios se valió de la ceguera de este pueblo para el bien de los elegidos.

511. *Sinceridad de los judíos.* Guardan con amor y fidelidad este libro en el que Moisés

dice que han sido ingratos para con Dios durante toda su vida; que sabe que aún lo serán más después de su muerte; pero que invoca al cielo y a la tierra como testigos contra ellos, y que ya les ha enseñado lo bastante. Dice que por fin Dios, irritándose con ellos, los dispersará entre todos los pueblos de la tierra; que, del mismo modo que le han irritado adorando a dioses que no eran su Dios, Él les afrentará llamando a un pueblo que no es su pueblo; y quiere que todas sus palabras se conserven eternamente, y que su libro se guarde en el Arca de la Alianza para servir para siempre de testimonio contra ellos (Deut., XXXI-XXXII). Isaías dice lo mismo, XXX, 8.

512. *La sinceridad de los judíos*. Desde que ya no tienen profetas, Macabeos; después de Jesucristo, Masora.^[96] «Este libro os servirá de testimonio». Las letras defectuosas y finales.

Sinceros contra su honor y muriendo por ello: esto carece de ejemplo en el mundo y no tiene raíces en la naturaleza.

¿A qué se debe la ceguera de los judíos?

513. Es forzoso que o bien los judíos o bien los cristianos sean malos.

514. «Si esto se predijo tan claramente a los judíos, ¿cómo es posible que no lo creyeran? ¿O cómo no fueron exterminados al resistir a algo tan claro?». Respondo: en primer lugar se predijo que no creerían en una cosa tan clara y que no serían exterminados. Y nada añade más gloria al Mesías; porque no era suficiente con que hubiera profecías, también era necesario que se conservasen a salvo de toda sospecha. Ahora bien, etc.

515. Aquéllos a quienes cuesta creer tropiezan con el obstáculo de que los judíos no creen. «Si eso fuera tan claro», dicen, «¿por qué no iban a creerlo?». Y casi quisieran que creyesen a fin de salvar el inconveniente del ejemplo de su negativa. Pero esta negativa es precisamente el fundamento de nuestra fe. Estaríamos mucho menos inclinados a aceptarla si ellos fueran de los nuestros. Entonces encontraríamos un pretexto mucho mayor. Es algo admirable, haber hecho a los judíos fervorosos de las cosas anunciadas, y enemigos encarnizados de su cumplimiento.

516. Los judíos carnales y los paganos tienen miserias, y los cristianos también. No hay redención para los paganos, porque ni siquiera la esperan. No hay redentor para los judíos, lo esperan en vano. Sólo hay redentor para los cristianos. (Véase perpetuidad).

517. En tiempos del Mesías este pueblo se divide. Los espirituales abrazan al Mesías; los groseros permanecen para servirle de testigos.

518. Si Jesucristo hubiese convertido a todos los judíos, sólo dispondríamos de testigos sospechosos. Y si hubieran sido exterminados no tendríamos ningún testigo.

519. Los judíos le rechazan, pero no todos: los santos le aceptan, y no los carnales. Y eso no mengua su gloria, es el último rasgo que la perfecciona. Como la razón que dan, la única que aparece en todos sus escritos, en el Talmud y en los rabinos, es sólo la de que Jesucristo no señoreó las naciones por la fuerza de las armas, *gladium tuum potentissime*^[97] ¿Sólo pueden decir eso? Jesucristo recibió la muerte, dicen; sucumbió; no señoreó a los paganos por la fuerza; no nos dio sus despojos; no da riquezas. ¿Sólo pueden decir eso? Precisamente es digno de ser amado por eso mismo. Yo no quisiera que hubiese sido tal como ellos se lo figuran. Está claro que solamente el vicio les impidió aceptarle; y al rechazarle se convierten en testigos sin reproche, y lo que es más, de este modo se cumplen las profecías.

520. Los judíos, al matarle para no aceptarlo como Mesías, le dieron la última confirmación de que era el Mesías; y al seguir negándose a reconocerle, se convierten en testigos irrecusables; y al matarle y continuar renegando de Él, cumplen las profecías (Is., LX, Sal., LXX).

521. ¿Qué podían hacer los judíos, sus enemigos? Si le aceptan, demuestran quién es aceptándole, porque los depositarios de la espera del Mesías le aceptaron; si le niegan, también prueban lo mismo negándole.

3. LAS PROFECÍAS. LA ESPERANZA MESIÁNICA

Fuerza demostrativa de las profecías. La predicción con el cumplimiento

522. Y lo que corona todo esto es la predicción, para que no pueda decirse que es obra del azar.

A quien sólo le queden ocho días de vida, ¿no va a creer que lo más juicioso es creer que todo eso no ha sido un golpe de suerte?

Ahora bien, si no fuéramos esclavos de las pasiones, ocho días o cien años es lo mismo.

523. Las profecías sólo se entienden cuando se ve que ocurren las cosas; así, las pruebas del retiro, de la discreción, del silencio, etc., sólo resultan probatorias para aquellos que las conocen y las creen.

José tan interior, es una ley completamente exterior (Hebr., XI, 22).

Las penitencias exteriores disponen a la interior, como las humillaciones a la humildad. Así las...

524. *Prueba*. Profecías con el cumplimiento. Lo que precedió y lo que siguió a Jesucristo.

525. La sinagoga precedió a la Iglesia; los judíos a los cristianos. Los profetas anunciaron a los cristianos; san Juan, Jesucristo.

526. La mayor de las pruebas de Jesucristo son las profecías. Es también aquello que Dios ha dado con mayor claridad; porque lo que ha hecho que se cumplieran es un milagro que se extiende desde el nacimiento de la Iglesia hasta el fin. De este modo Dios ha suscitado profetas durante mil seiscientos años; y durante cuatrocientos años más dispersó todas estas profecías con todos los judíos que las llevaban, por todos los rincones del mundo. Ésta fue la preparación para el nacimiento de Jesucristo, cuyo Evangelio tenía que creerse en todo el mundo, para lo cual era necesario, no sólo que hubiera profecías para que se creyera, sino que además estas profecías estuviesen extendidas por todo el mundo, para que todo el mundo abrazara la fe.

527. Pero no bastaba con que las profecías existiesen; era también preciso que estuvieran extendidas por todos los lugares y que se conservaran en todos los tiempos. Y con el fin de que no se tomara esa concordancia por un fruto del azar, tenía que haber predicciones.

Al Mesías le reportaba mucha más gloria que los judíos fueran los espectadores, e incluso los instrumentos de su gloria, además de que Dios les haya preservado.

528. *Profecías*. Aunque un solo hombre hubiese hecho un libro de predicciones de Jesucristo, señalando el tiempo y el modo de su venida, y que Jesucristo hubiese hecho verdad tales profecías, el testimonio tendría una fuerza infinita.

Pero hay mucho más. Durante cuatro mil años, ha sido una multitud de hombres que, constantemente y sin variación, uno tras otro, anunciaban el mismo acontecimiento. Es un pueblo entero el que lo anuncia, y que subsiste durante cuatro mil años, para dar testimonio personal de lo que creen, sin que, por muchas amenazas y persecuciones de que son víctimas, se les arranque esta creencia. Esto es algo mucho más importante.

529. *Predicciones de las cosas particulares*. En Egipto eran extranjeros, sin ninguna posesión propia, ni en este país ni en otro. No había la menor apariencia ni de la monarquía, que se dio mucho tiempo después, ni de aquel consejo soberano de los setenta jueces que llamaban el sanedrín, que fue instituido por Moisés y que duró hasta los tiempos de Jesucristo. Todas estas cosas estaban muy lejos de su situación de entonces, cuando Jacob, al morir, bendiciendo a sus doce hijos, les dijo que serían poseedores de una gran tierra, y predijo particularmente a la estirpe de Judá que los reyes que iban a regirlos algún día saldrían de su seno, y que todos sus hermanos serían sus súbditos, que incluso el Mesías, que debía ser la esperanza de las naciones, saldría de su linaje, y que a Judá no le sería arrebatada la realeza, así como el gobierno y la legislación de sus descendientes, hasta que el esperado Mesías naciera en su familia.

El mismo Jacob, disponiendo de esta tierra futura como si ya fuese su dueño, dio a José una parte más que a los otros: «Te doy a ti, a más de lo de tus hermanos, una parte que yo tomé a los amorreos...»^[98] Y bendiciendo a sus dos hijos Efraím y Manasés, que José le había presentado, el primogénito, Manasés, a su derecha, y el menor, Efraím, a su izquierda, puso sus brazos en cruz y posó la mano derecha sobre la cabeza de Efraím, y la izquierda sobre la de Manasés, y luego les bendijo; ante lo cual José le hizo ver que daba preferencia al más joven, y Jacob le respondió con admirable firmeza: «Lo sé, hijo mío, lo sé; también él será un pueblo, también él será grande, pero su hermano menor será más grande que él.»^[99] Lo cual efectivamente con el tiempo fue tan verdad que siendo él solo tan prolífico como dos estirpes enteras que componían todo un reino, ambas fueron conocidas ordinariamente sólo por el nombre de Efraím.

Este mismo José, antes de morir pide a sus hijos que se lleven con ellos sus huesos cuando vayan a aquella tierra, a donde no se trasladaron hasta doscientos años después.

Moisés, que escribió todas estas cosas mucho tiempo antes de que sucedieran, distribuyó entre las familias esta tierra antes de entrar en ella, como si ya fuese su dueño, y dice que Dios ha de suscitar en su nación y en su raza un profeta, del que él ha sido la figura, y les

predice exactamente todo lo que les iba a ocurrir en la tierra en la que iban a entrar después de su muerte, las victorias que Dios les dará, su ingratitud para con Dios, los castigos que recibirán de Él y el resto de lo que va a suceder. Les da unos árbitros para hacer el reparto, les prescribe toda la forma del gobierno político que han de observar, las ciudades de refugio que allí construirán, etc. (Gén., XLVIII-L. Lev., XV, XVIII, XXIV).

530. Las profecías mezcladas con cosas particulares y las del Mesías, para que las profecías mesiánicas no carecieran de pruebas, y las profecías particulares no carecieran de fruto.

El desarrollo del plan divino en las profecías mesiánicas

531. *Cautiverio de los judíos sin retorno.* Jer., XI, 11: «Yo traeré sobre ellos males de que no podrán librarse».

Figuras. Is., V: «Tenía mi amado una viña en un fértil recuesto, esperando que le daría uvas. ¿Cómo esperando que diese uvas, dio agrazones? Derribaré su cerca y será hollada; crecerán en ella los cardos y las zarzas, y aun mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella. La viña de Yavé Sebaot es la casa de Israel, y los hombres de Judá son su amado plantío. Esperaba de ellos juicio, pero sólo hubo rebeliones».

Is., VIII: «No tengáis miedo ni temor de lo que Él teme; a Yavé Sebaot habéis de santificar, de Él habéis de temer, de Él tened miedo. Él será piedra de escándalo y piedra de tropiezo para las dos casas de Israel, lazo y red para los habitantes de Jerusalén. Y muchos de ellos tropezarán, caerán y serán quebrantados, y se enredarán en el lazo y quedarán cogidos. Guardaré el testimonio, sellaré esta enseñanza para mis discípulos, y esperaré a Yavé que oculta su rostro a la casa de Jacob».

Is., XXIX: «Espantaos, asombraos, ofuscaos, cegad. Embriagaos, pero no de vino; bamboleaos, pero no de embriaguez, porque derrama Yavé sobre vosotros un espíritu de letargo, y cierran vuestros ojos los profetas, y velan vuestras cabezas los videntes». (Daniel, XII: ^[100] «Ninguno de los malvados entenderá, pero los que tienen entendimiento comprenderán». Oseas, último capítulo, último versículo, después de muchas bendiciones temporales, dice: «¿Quién es sabio para entender estas cosas...?, etc.»^[101]). Y las visiones de todos los profetas serán para vosotros como un libro sellado, que si se le da a un hombre sabio y que pueda leerlo, responderá: No puedo leerlo, porque está sellado; y si se lo dan a los que no saben leer, tendrán que decir: No conozco las letras.

«Y el Señor me ha dicho: Porque este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí (ésta es la razón y la causa: porque si hubiesen adorado a Dios de corazón, hubieran entendido las profecías), y sólo me han servido por caminos humanos: y por esta razón añadiré a todo el resto de traer sobre este pueblo un prodigio asombroso, un prodigio grande y terrible; la sabiduría de los sabios perecerá, y su inteligencia se verá oscurecida».

Profecías. Pruebas de divinidad. Is., XLI: «Anunciadnos lo por venir, para que sepamos así que sois dioses; haced algo para que podamos medirnos. ¿Qué predicciones hicisteis en lo pasado? Anunciadnos lo por venir y veremos su cumplimiento».

«Para que sepamos así que sois dioses. Veamos, haced bien o haced mal. ¡Bah! Todos son nada, y su obra es nada, y sus ídolos viento y vanidad, etc». ¿Quién de vosotros nos habla (por autores contemporáneos) de las cosas que ocurrieron desde el comienzo y el origen, para que le digamos: Eres el justo? Ninguno de vosotros nos habla de lo por venir ni lo predice.

Is., XLII: ^[102] «Soy yo, Yavé es mi nombre, que no doy mi gloria a ningún otro. Han llegado las cosas predichas, y anuncio otras nuevas. Cantad a Yavé un cántico nuevo, lleguen sus loores a los extremos de la tierra».

(Is., XLIII, 8-27): «Dejad que vuelva el pueblo ciego, que ya tiene ojos, el pueblo sordo que ya tiene oídos. Los pueblos se reúnen todos. ¿Quién de entre ellos anuncia tales cosas, quién aduce antiguas predicciones? Que presenten sus pruebas para justificarse, y oyéndolas se diga: Verdad».

«Vosotros sois mis pruebas, dice Yavé, mi siervo a quien Yo elegí para que aprendáis y me creáis y comprendáis que soy Yo solo».

«Soy Yo el que anuncio, el que salvo, el que hablo, y no hay otro entre vosotros; vosotros sois mis testigos, dice Yavé. Por vosotros, mandé Yo contra Babilonia. Yo soy Yavé, vuestro Santo, el creador de Israel, vuestro Rey. El que abre caminos en el mar y senderos en la muchedumbre de las aguas, el que hace avanzar a ejércitos de fuertes guerreros o los echa

por tierra juntamente sin que vuelvan a levantarse. No os acordéis más de lo de otras veces, no hagáis atención a lo pasado».

«Que voy a hacer una obra nueva, que ya está comenzando; ¿no la veis? Voy a abrir un camino en el desierto y a llevar ríos a la soledad, para abreviar a mi pueblo, a mi elegido, al pueblo que hice para mí, que cantará mis loores».

«Soy Yo, soy Yo quien por amor de mí borro tus pecados y no me acuerdo más de tus rebeldías. Hazme recordar, entremos en juicio, habla tú para justificarte. Pecó tu primer padre y tus guías se rebelaron contra mí, y tus príncipes profanaron mi santuario».

Is., XLIV: ^[103] «Yo soy el primero y el último, y no hay otro Dios fuera de mí. ¿Quién como Yo? Que venga y hable, que anuncie y se compare conmigo. ¿Quién desde el principio anunció lo por venir? Que nos prediga lo que ha de suceder. No os atemoriceis, no temáis nada. ¿No lo anuncié Yo antes ya, y lo predije tomándoos por testigos?».

Predicciones de Ciro. Is., XLV, 4: «Por amor de mi siervo Jacob, por amor de Israel, mi elegido, te he llamado por tu nombre».

Is., XLV, 21: «Hablad, exponed, consultaos unos a otros: ¿quién predijo estas cosas desde mucho ha, mucho tiempo antes las anunció? ¿No soy Yo, Yavé, el único, y nadie más que Yo?».

Is., XLVI, 9: «Recordad los tiempos pasados, desde el principio. Sí, Yo soy Dios, Yo, y no tengo igual. Yo anuncio desde el principio lo por venir, y de antemano lo que no se ha hecho. Yo digo: “Mis designios se realizan, y cumplo toda mi voluntad”».

Is., XLII, 9: «Han llegado las cosas predichas, y anuncio otras nuevas, antes de que sucedan las doy a conocer».

Is., XLVIII, 3: «Lo que ha pasado, ya ha tiempo lo predije, y de mi boca salió. Yo lo hice oír y de improviso obré, y todo se ha cumplido. Porque bien sé que eres duro y es tu cerviz una barra de hierro, y que tienes una frente de bronce; yo te predije esto hace tiempo, antes de que sucediera te lo di a saber. Para que no dijeras: Lo ha hecho mi ídolo, mi estatua, mi bronce lo mandó».

«Ya lo has oído, lo has visto todo cumplido. ¿Por qué no predecís también vosotros? Yo te he dado a conocer ahora cosas nuevas, cosas ocultas que tú no sabías. Se crean ahora, no en tiempos pasados; antes de hoy nada habías oído de ellas, para que no dijeras: Ya lo sabía yo. No, nada habías oído, nada conocías, nada en mucho tiempo llegó a tus oídos. Porque sé que eres infiel y tu nombre es Rebelde, desde que naciste».

Reprobación de los judíos y conversión de los gentiles. Is., LXV: «Yo estaba a la disposición de los que no me consultaban, podía ser hallado por los que no me buscaban. Yo decía: Heme aquí, heme aquí, a gente que no invocaba mi nombre. Todo el día tendía Yo mis manos a un pueblo rebelde, que iba por caminos malos en pos de sus pensamientos. Un pueblo que me provocaba a ira descaradamente y sin cesar, sacrificando en los huertos y quemando incienso sobre ladrillos, etc. Es como humo que sale de mis narices, fuego encendido todo el día, etc. Vuestras iniquidades y las iniquidades de vuestros padres...».

«Así dice Yavé: Por amor de mis siervos no los destruiré del todo; como cuando hay jugo en un racimo, dicen, no lo echas a perder, que hay en él bendición; sacaré de Jacob una progenie y de Judá un heredero de mis montes, y los habitarán mis elegidos y morarán allí mis siervos, y el valle de Acor, dehesa para los bueyes del pueblo que me habrá buscado. Mientras que vosotros, los que dejáis a Yavé y os olvidáis de mi monte santo, los que aderezáis mesa para la diosa Fortuna, a todos os destinaré a la espada. Porque cuando os llamaba no me respondisteis y cuando os hablaba no me escuchasteis. Hacíais lo que era malo a mis ojos y elegíais lo que me desagradaba.

»Por eso dice el Señor, Yavé: Sí, mis siervos comerán y vosotros tendréis hambre; mis siervos beberán y vosotros tendréis sed; mis siervos gozarán y vosotros seréis confundidos; mis siervos cantarán lleno de júbilo el corazón, y vosotros gemiréis con el corazón quebrantado, y gritaréis desesperados; dejaréis vuestro nombre a mis elegidos como imprecación: el Señor, Yavé, te mate, y a sus siervos les dará otro nombre. Todo el que en la tierra quiera bendecirse se bendecirá en el Dios fiel, etc., y las angustias pasadas se darán al olvido. Porque voy a crear cielos nuevos y una tierra nueva, y ya no se recordará lo pasado y ya no habrá de ello memoria. Sino que se gozará en gozo y alegría eterna de lo que voy a crear Yo, porque voy a crear a Jerusalén alegría, y a su pueblo gozo. Y será Jerusalén mi alegría, y mi pueblo mi gozo, y en adelante no se oirán más en ella llantos ni clamores. Antes que ellos me llamen les responderé Yo; todavía no habrán acabado de hablar y ya los habré escuchado. El lobo y el cordero pacerán juntos; el león, como el buey, comerá paja, y la serpiente comerá el polvo. No habrá mal ni aflicción en todo mi monte santo, dice Yavé».

Is., LVI: «Así dice Yavé: guardad el derecho, obrad la justicia, que pronto va a venir mi salvación y a revelarse mi justicia. Bienaventurado el varón que esto hiciere y que guarde el sábadado sin profanarlo y guarde sus manos de toda obra mala. Que no diga el extranjero allegado a Yavé: Yavé me excluye de su pueblo. Porque así dice Yavé: a quien guarda mis sábadados y elige lo que me es grato y es fiel a mi pacto, Yo le daré en mi casa, dentro de mis muros, poder y nombre, mejor que hijos e hijas. Yo le daré un nombre eterno que nunca perecerá».

Is., LIX, 9: «Por eso se alejó de nosotros el juicio, por eso no nos alcanza la justicia. Esperamos luz y no vemos más que tinieblas; resplandor y no hay más que oscuridad. Vamos palpando como el ciego a lo largo del muro, y andamos a tientas, como quien no tiene ojos. Tropezamos en pleno día como si fuera de noche, estamos a oscuras, como muertos; gruñimos todos como osos y gemimos como palomas; esperamos la liberación, pero no viene; la salvación, pero está lejos de nosotros».

Is., LXVI, 18: «Yo conozco sus obras y sus pensamientos. Vendré para reunir las naciones de toda lengua, que vendrán para ver mi gloria. Yo les daré una señal y mandaré a los sobrevivientes de las naciones a Tarsis, a Put, a Mosoc y a Ros, a Tubal y a Javán, y a las islas lejanas que no han oído nunca hablar de mi nombre y no han visto mi gloria. Y de todas las naciones traerán a vuestros hermanos».

Reprobación del Templo. Jer., VII: «Id, id a Silo, que fue en principio lugar de mi morada, y ved lo que hice con él por las iniquidades de mi pueblo Israel. Pues ahora, palabra de Yavé, y porque os amonesté a tiempo repetidas veces y no me escuchasteis, haré de esta casa a mí dedicada, en que confiáis vosotros, y de esta tierra que di a vuestros padres, lo que hice de Silo; y os arrojaré de mi presencia, como arrojé a vuestros hermanos, a toda la progenie de Efraím. Y tú no me ruegues ya por este pueblo».

Jer., VII, 22: «Aumentad el número de vuestros sacrificios y comed la carne de las víctimas. Cuando Yo saqué de Egipto a vuestros padres, no fue de holocaustos y de sacrificios de lo que les hablé, ni lo que les mandé; sino que les ordené: oíd mi voz y seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo. (Sólo después de que hubieran sacrificado al becerro de oro dispuse sacrificios para hacer buena una mala costumbre).»

Jer., VII, 4: «No pongáis vuestra confianza en vanas palabras diciendo: ¡Oh, el Templo de Yavé! ¡Oh, el Templo de Yavé! ¡Éste es el Templo de Yavé!».

532. *Profecías.* En Egipto, Pug.,^[104] p. 659, *Talmud*: «Entre nosotros es tradición que cuando llegue el Mesías, la casa de Dios, destinada a hacer oír su palabra, estará llena de inmundicia y de impureza, y que la sabiduría de los escribas estará corrompida y podrida. Los que teman pecar serán rechazados por el pueblo, y llamados locos e insensatos».

El siervo del Señor

533. Is., XLIX: «¡Oídmme, islas! ¡Atended, pueblos lejanos! Yavé me llamó desde antes de mi nacimiento, desde el seno de mi madre y me llamó como cortante espada. Él me guarda a la sombra de su mano, hizo de mí aguda saeta y me guardó en su aljaba. Él me ha dicho: tú eres mi siervo, en ti seré glorificado. Yo me decía: Por demás he trabajado, en vano y para nada consumí mis fuerzas, pero mi causa está en manos de Yavé, mi recompensa en las manos de mi Dios. Y ahora dice Yavé, el que desde mi nacimiento me formó para siervo suyo, para traer a Él a Jacob, para congregarle Israel. Yavé me ha dado este honor, y Él, mi Dios, será mi fuerza. Díjome: Poco es para mí ser tú mi siervo, para restablecer las tribus de Jacob y reconducir a los salvados de Israel. Yo te hago luz de las gentes para llevar mi salvación hasta los confines de la tierra. Así dice Yavé, el Redentor de Israel, su Santo, al menospreciado y abominado de las gentes, al esclavizado por los tiranos. Verán los reyes y se levantarán; los príncipes y se prosternarán; por la obra de Yavé, que es fiel, del Santo de Israel que te ha elegido. Así habla Yavé: Al tiempo de la gracia te escuché, el día de la salvación vine en tu ayuda. Yo te formé y te puse por alianza de mi pueblo, para restablecer la tierra y repartir las heredades devastadas. Para decir a los presos: Salid; y a los que moran en las tinieblas: venid a la luz. En todos los caminos serán apacentados, habrá pastos en todas las laderas. No padecerán hambre ni sed, calor ni viento solano que los aflija, porque los guiará el que de ellos se ha compadecido y los llevará a aguas manantiales. Yo tornaré todos los montes en caminos y estarán preparadas todas las vías. Vienen de lejos: éstos del norte y del poniente, aquéllos de la tierra de Sinim. Cantad, cielos; tierra, salta de gozo; montes, que resuenen vuestros cánticos, porque ha consolado Yavé a su pueblo, ha tenido compasión de sus males. Sión decía: Yavé me ha abandonado, el Señor se ha olvidado de mí. ¿Puede la mujer olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del hijo de sus

entrañas? Pues aunque ella se olvidara, Yo no te olvidaría. Mira, te tengo grabada en mis manos, tus muros están siempre delante de mí. Ya vienen aprisa los que levantarán tus ruinas, y tus asoladores huyen lejos de ti. Echa en torno de ti los ojos y mira, todos se reúnen para venir a ti. Por mi vida, dice Yavé, que te revestirás de ellos como de ornamento, y te ceñirás de ellos como novia. Porque tu tierra, devastada, arruinada, desierta, será ahora estrecha para la muchedumbre de tus habitantes, y se alejarán los que te devoraban. Entonces dirán a tus oídos los hijos de la madre que los había perdido: la tierra es demasiado estrecha para mí, hazme lugar para que habite en ella. Y tú dirás en tu corazón: ¿Quién, pues, me ha parido a éstos? Yo había perdido a mis hijos y quedé estéril. ¿A éstos quién los ha criado? Yo estaba sola. ¿De dónde vienen éstos? Así habla el Señor, Yavé: Yo tenderé mis manos a las gentes y alzaré mi bandera a las naciones, y traerán en brazos a tus hijos y en hombros a tus hijas. Reyes serán tus ayos y reinas tus nodrizas; postrados ante ti, rostro a tierra, lamerán el polvo de tus pies. Y sabrás que Yo soy Yavé y que el que en mí confía no es confundido. ¿Se le quita al guerrero su botín? ¿Se le escapa al poderoso su presa? Así habla Yavé: Pues Yo arrebataré al guerrero su botín y al poderoso le arrancaré su presa, y defenderé tu causa y salvaré a tus hijos, y a los que te despojaron les haré comer sus propias carnes. Y reconocerá toda carne que Yo soy Yavé, tu Salvador, tu Redentor, el Fuerte de Jacob».

L: «Así dice Yavé: ¿Dónde está el libelo de repudio de vuestra madre, por el cual la he repudiado Yo? ¿O cuál es aquel de mis acreedores a quien os haya vendido Yo? Por vuestros crímenes fuisteis vendidos y por vuestros pecados fue repudiada vuestra madre. ¿Por qué cuando Yo venía no hallaba a nadie, y cuando llamaba nadie me respondía? ¿Habrás acertado mi brazo para salvar o no tendré ya fuerza para librar? Con sólo mi amenaza seco el mar y torno en desierto los ríos, hasta perecer sus peces por falta de agua y morir de sed sus vivientes. Yo revisto los cielos de un velo de sombras y los cubro como de saco. El Señor, Yavé, me ha dado lengua de discípulo para saber sostener con mi palabra a los abatidos. Cada mañana despierta mis oídos para que oiga como discípulo; el Señor, Yavé, me ha abierto los oídos, y yo no me resisto, no me echo atrás. He dado mis espaldas a los que me herían y mis mejillas a los que me arrancaban la barba. Y no escondí mi rostro ante las injurias y los esputos. El Señor, Yavé, me ha socorrido, y por eso no cedí ante la ignominia e hice mi rostro como de pedernal, sabiendo que no sería confundido. Cerca está mi defensor. ¿Quién quiere contender conmigo? Comparezcamos juntos. ¿Quién es mi adversario? Que se ponga frente a mí. Sí, el Señor, Yavé, me asiste. ¿Quién me condenará? Todos ellos caerán en pedazos, como vestido viejo: la polilla los consumirá. Quien de vosotros tema a Yavé, oiga la voz de su Siervo. El que ande en tinieblas, privado de luz, que confíe en el nombre de Yavé y se apoye sobre su Dios. Los que estáis encendiendo un fuego y preparando saetas encendidas, arrojaos a las llamas de vuestro fuego sobre las saetas que encendéis. De mi mano os llegará esto y seréis atormentados en un lecho de dolor».

LI: «Oídmme, vosotros, los que seguís la justicia y buscáis a Yavé. Considerad la roca de que habéis sido tallados, la cantera de que habéis sido sacados. Mirad a Abraham, vuestro padre, y a Sara, que os parió en dolores. Sólo a él le elegí Yo, y le bendije y le multipliqué. De cierto Yavé consolará a Sión, consolará todas sus ruinas y tornará su desierto en vergel, y su soledad en paraíso de Yavé, donde habrá gozo y alegría, y cantos y alabanzas. Atended, pueblos, a mi voz; prestadme oído, naciones. Que de mí viene la doctrina y mi ley será la luz de los pueblos».

Amos, VIII, 9: Después de enumerar los pecados de Israel, el profeta dice que Dios ha jurado tomar venganza de ellos. Dice así: «Aquel día, dice el Señor Yavé, haré que se ponga el sol a mediodía y en pleno día tenderé tinieblas sobre la tierra. Tomaré en duelo vuestras solemnidades y en llanto vuestros cantos; haré que todos cubran de saco sus riñones y se rapen las cabezas. Será duelo como el duelo por el unigénito, y su remate será día de desesperación. Vienen días, dice Yavé, en que mandaré Yo sobre la tierra hambre y sed, no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la palabra de Yavé, y errarán de mar a mar y del norte al oriente en busca de la palabra, y no la hallarán. Aquel día las hermosas doncellas y los mancebos desfallecerán de sed. Los que juran por el pecado de Samaria y dicen: “Vive tu Dios, Dan” y “Vive tu protector, Berseba”, sucumbirán para no levantarse jamás».

Amós, III, 2: «Sólo a vosotros conocí Yo entre los pueblos todos de la tierra».

Daniel, XII, 7, después de describir toda la extensión del reino del Mesías, dice: «Todo esto se cumplirá cuando la fuerza del pueblo de los santos estuviera enteramente quebrantada».

Ageo, II, 3: «Habla ahora a Zorobabel, hijo de Seáltiel, gobernador de Judá, y a Josué,

hijo de Jeosadac, sumo sacerdote, y al resto del pueblo, y diles: ¿Quién queda de vosotros que viera esta casa en su primera gloria y cual la veis ahora? ¿No es en verdad a vuestros ojos como nada? Pues ánimate, Zorobabel, dice Yavé; ánimate tú también, Josué, hijo de Jeosadac, sumo sacerdote, y cobra ánimo, pueblo todo de la tierra, dice Yavé, y ¡a la obra!, porque Yo soy con vosotros, dice Yavé Sebaot. Conforme a la alianza que con vosotros hice a vuestra salida de Egipto, estará en medio de vosotros mi espíritu, no temáis. Porque así dice Yavé Sebaot: De aquí a poco haré aun temblar los cielos y la tierra, los mares y lo seco, y haré temblar a las gentes todas, y vendrán las preciosidades de todas las gentes, y henchiré de gloria esta casa, dice Yavé Sebaot. Mía es la plata, mío es el oro, dice Yavé Sebaot. La gloria de esta postrera casa será más grande que la de la primera, dice Yavé Sebaot, y en este lugar daré Yo la paz, dice Yavé Sebaot».

Deut., XVIII, 16: «A Yavé, tu Dios, pediste en el Horeb, el día de la congregación, diciendo: que no oiga yo la voz de Yavé, mi Dios, y no vea este gran fuego para no morir. Entonces me dijo Yavé: Dices bien, hablando así. Yo les suscitaré de en medio de sus hermanos un profeta como tú, pondré en su boca mis palabras y él les comunicará todo cuanto Yo le mande. A quien no escuchare las palabras que él dirá en mi nombre, Yo le pediré cuenta».

El reinado de los santos

534. Daniel, II:^[105] «Lo que pide el rey es un misterio que ni sabios ni astrólogos, ni magos ni adivinos son capaces de descubrir al rey; pero hay en los cielos un Dios que revela lo secreto y que ha dado a conocer al rey Nabucodonosor lo que sucederá en el correr de los tiempos. He aquí tu sueño y la visión que has tenido en tu lecho. Si este misterio me ha sido revelado, no es porque haya en mí una sabiduría superior a la de todos los vivientes, sino para que yo dé a conocer al rey la explicación.

»Tú, oh rey, mirabas y estabas viendo una gran estatua. Era muy grande la estatua y de un brillo extraordinario. Estaba en pie ante ti y su aspecto era terrible. La cabeza de la estatua era de oro puro; su pecho y sus brazos de plata; su vientre y sus caderas de bronce; sus piernas de hierro, y sus pies parte de hierro parte de barro. Tú estuviste mirando hasta que una piedra desprendida, no lanzada por mano, hirió a la estatua en los pies de hierro y barro, destrozándola. Entonces el hierro, el barro, el bronce, la plata y el oro se desmenuzaron juntamente y fueron como tamo de las eras en verano, se los llevó el viento, sin que de ellos quedara traza alguna, mientras que la piedra que había herido a la estatua se hizo una gran montaña que llenó toda la tierra. He ahí el sueño. Daremos también al rey su interpretación.

»Tú, oh rey, eres rey de reyes, porque el Dios de los cielos te ha dado el imperio, el poder, la fuerza y la gloria. Él ha puesto en tus manos a los hijos de los hombres, dondequiera que habitasen, a las bestias de los campos, a las aves del cielo, y te ha dado el dominio de todo; tú eres la cabeza de oro. Después de ti surgirá otro reino menor que el tuyo, y luego un tercero que será de bronce y dominará sobre toda la tierra. Habrá un cuarto reino, fuerte como el hierro; como todo lo rompe y destroza el hierro, así él lo romperá todo, igual que el hierro, que todo lo hace pedazos. Lo que viste de los pies y los dedos, parte de barro de alfarero, parte de hierro, es que este reino será dividido, pero tendrá en sí algo de la fortaleza del hierro, según que viste el hierro mezclado con el barro. Y el ser los dedos parte de hierro, parte de barro es que este reino será en parte fuerte y en parte frágil. Viste el hierro mezclado con barro porque se mezclarán alianzas humanas, pero no se pegarán unos con otros, como no se pegan el hierro y el barro.

»En tiempo de estos reyes el Dios de los cielos suscitará un reino que no será destruido jamás y que no pasará a poder de otro pueblo; destruirá y desmenuzará a todos esos reinos, mas él permanecerá por siempre. Eso es lo que significa la piedra que viste desprenderse del monte sin ayuda de mano, que desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El Dios grande ha dado a conocer al rey lo que ha de suceder después. El sueño es verdadero y cierta su interpretación.

«Entonces el rey Nabucodonosor cayó sobre su rostro y se prosternó, etc».

Daniel, VIII, 8: «El macho cabrío llegó a ser muy potente, pero cuando lo fue se le rompió el gran cuerno, y en su lugar le salieron cuatro cuernos, uno a cada uno de los vientos del cielo. De uno de ellos salió un cuerno pequeño, que creció mucho hacia el mediodía y el oriente y hacia la tierra gloriosa; engrandeciéndose hasta llegar al ejército de los cielos, y echó a tierra estrellas y las holló. Aun contra el príncipe del ejército se irguió y le quitó el

sacrificio perpetuo, y destruyó su santuario.

»Mientras yo, Daniel, contemplaba la visión y buscaba la inteligencia, púsose ante mí un como hombre y oí una voz de hombre que gritaba y decía: "Gabriel, explícale a éste la visión". Él me dijo:

»El carnero de dos cuernos que has visto son los reyes de Media y de Persia; el macho cabrío es el rey de Grecia, y el gran cuerno de entre sus ojos es el rey primero; el romperse y salir en su lugar otros cuernos, cuatro reyes que se alzarán en la nación, mas no de tanta fuerza como aquél. Al final de su dominación, cuando se completen las prevaricaciones, levantárase un rey imprudente e intrigante; su poder crecerá, no por su propia fuerza, y producirá grandes ruinas y tendrá éxitos, y destruirá a poderosos y al pueblo de los santos. Por sus prosperidades y por el éxito de sus intrigas se llenará de arrogancia su corazón, y hará perecer a muchos que vivían apaciblemente, y se levantará contra el Príncipe de los príncipes, pero será destruido sin que intervenga mano alguna».

Daniel, IX, 20: «Todavía estaba yo hablando, rogando, confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo, Israel, y presentando mis súplicas a Yavé, mi Dios, por el monte santo de mi Dios; todavía estaba hablando en mi oración, y aquel varón, Gabriel, a quien antes vi en la visión, volando rápidamente se llegó a mí, como a la hora del sacrificio de la tarde. Me enseñó hablando conmigo y me dijo:

»Daniel, vengo ahora para hacerte entender. Cuando comenzaste tu plegaria fue dada la orden, y vengo para dártela a conocer porque eres el predilecto. Oye, pues, la palabra y entiende la visión. Setenta semanas están prefijadas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa, para acabar las transgresiones y dar fin al pecado, para expiar la iniquidad y traer la justicia eterna, para sellar la visión y la profecía y ungir una santidad santísima. (Después de lo cual este pueblo ya no será tu pueblo, ni esta ciudad la ciudad santa. El tiempo de la ira habrá pasado; vendrán años de gracia para siempre). Sabe, pues, y entiende que desde la salida del oráculo sobre la restauración y edificación de Jerusalén hasta un ungido príncipe, habrá siete semanas. En sesenta y dos semanas se reedificarán plazas y muros. (Los hebreos solían dividir los números y poner antes el menor; estos 7 y 62 suman por lo tanto 69; de estas setenta, quedará, pues, la septuagésima, es decir, los siete últimos años, de los que habla a continuación). Al fin de estas sesenta y dos semanas que seguirán a las siete primeras; Cristo morirá, pues, después de las sesenta y nueve semanas, es decir, en la última semana, sin juicio alguno será muerto el ungido. La ciudad y el santuario serán destruidos con un príncipe; y el fin llegará como una inundación.

«Desaparecerá el pacto para muchos una semana (que es la septuagésima que queda), y a la mitad de ésta (es decir, los últimos tres años y medio) cesará el sacrificio y la oblación y habrá en el santuario una abominación desoladora, hasta que la ruina decretada venga sobre el devastador».

Daniel, XI: «El ángel dijo a Daniel: Habrá todavía tres reyes en Persia (después de Ciro, en cuyo reinado estamos: Cambises, Smerdis y Darío) y el cuarto (Jerjes) acumulará más riquezas que los otros; cuando por sus riquezas sea poderoso, se levantará contra el reino de Grecia».

«Pero se alzarán en éste un rey valeroso (Alejandro) que dominará con gran poder y hará cuanto quiera. Y cuando esté en la altura se romperá su reino y será dividido hacia los cuatro vientos (como había dicho antes, VI, 6; VIII, 8); no será de sus descendientes, ni ya tan poderoso como fue, pues será dividido y pasará a otros distintos de ellos (sus cuatro principales sucesores).

»El rey del mediodía vendrá (Egipto, Ptolomeo, hijo de Lago), se hará fuerte, pero uno de sus jefes será más fuerte que él y dominará, siendo potente su dominación (Seleuco, rey de Siria. Apiano dice que es el más poderoso de los sucesores de Alejandro).

»Al cabo de algunos años se aliarán, y la hija del rey del mediodía (Berenice, hija de Ptolomeo Filadelfo, hijo del otro Ptolomeo) vendrá al rey del norte (Antíoco Deus, rey de Siria y de Asia, sobrino de Seleuco Lágidas), para restablecer la concordia, pero no conservará ella la fuerza de su brazo ni permanecerá él ni su brazo; ella será entregada, y con ella los que la trajeron, con su padre y con el que entonces había sido su sostén (Berenice y su hijo recibieron la muerte por orden de Seleuco Calínico).

»Un retoño de sus raíces se alzarán en su lugar (Ptolomeo Evergetes nacerá del mismo padre que Berenice) y vendrá con ejército y entrará en las plazas fuertes del rey del norte, dispondrá de ellas y se hará poderoso. Aun a sus dioses, sus imágenes fundidas y sus objetos preciosos de plata y oro, los cogerá y se los llevará a Egipto (de no haber sido llamado a Egipto por razones familiares, hubiera despojado de otro modo a Seleuco, dice

Justino). Estará luego algunos años alejado del rey del norte, y éste marchará contra el rey del mediodía y se volverá a su tierra. Su hijo saldrá a campaña y reunirá una muy grande muchedumbre de tropas (Seleuco Cerauno, Antíoco Magno). Avanzará y se derramará como un torrente, se desbordará, pero se volverá, y llevará las hostilidades hasta la Fortaleza (Tolomeo Filopátor contra Antíoco Magno, en Rafia). El rey del mediodía se enfurecerá, y saliendo atacará al rey del norte; levantará una gran muchedumbre, y las tropas del rey del norte serán puestas en sus manos. Esta muchedumbre se ensoberbecerá, y el corazón del rey se hinchará (este Tolomeo profanó el Templo: Josefo), derribará a muchos millares, pero no triunfará. Porque el rey del norte (Antíoco Magno) volverá con una muchedumbre más numerosa que la primera, y al cabo de algún tiempo marchará con un gran ejército y muchos aprestos. Entonces se alzarán muchos contra el rey del mediodía (el joven Tolomeo Epifanes, que reinaba), y hombres violentos de su pueblo se rebelarán para cumplir la visión, y sucumbirán (los que habían abandonado su religión para complacer a Evergetes cuando mandó sus tropas a Escopas, pues Antíoco recobró Escopas y los venció). El rey del norte avanzará y alzará baluartes y se apoderará de ciudades fuertes. Los ejércitos del mediodía no resistirán, faltos de fuerza para resistir. El que avanza contra él hará lo que quiera, y nadie podrá resistirle, y se quedará en lo mejor de la tierra, exterminando cuanto caiga en su mano. Querrá adueñarse de todo el reino del mediodía (despreciando la juventud de Epifanes, dice Justino), y le dará su hija por mujer con la intención de llevarle a la ruina (Cleopatra, para que traicione a su marido; ante lo cual Apiano dice que, no creyendo que podría hacerse dueño de Egipto por la fuerza, a causa de la protección de los romanos, quiso servirse de la astucia). Pero no sucederá esto, la cosa no le saldrá como quería. Volverá sus ojos del lado de las islas (es decir, lugares marítimos) y tomará muchas (como dice Apiano), pero un jefe pondrá fin al oprobio que sobre ellas quiso echar (Escipión el Africano, que detuvo los avances de Antíoco Magno, a causa de que atacaba a los romanos en las personas de sus aliados) y el oprobio recaerá sobre él. Acogeráse luego a las fortalezas de su tierra, pero se tambaleará y caerá (fue asesinado por los suyos) y no se hallará más.

»El que le sucederá (Seleuco Filopátor o Soter, hijo de Antíoco Magno) mandará a lo mejor de la tierra (que es el pueblo) un exactor, pero en pocos días será quebrantado, y no por ira ni por guerra. Un hombre despreciable ocupará su puesto, sin estar revestido de la dignidad real. Aparecerá rodeado de paz y se apoderará del reino por la intriga. Las tropas, que se derramarán como un torrente, quedarán sumergidas ante él y aniquiladas, así como también un jefe de la alianza. Después de haberse concertado con él, usará de engaños, se pondrá en marcha y con poca gente vencerá. Entrará en el suelo de la paz, en los lugares más fértiles de la provincia, y hará lo que no hicieron sus padres ni los padres de sus padres. Repartirá el botín, los despojos y las riquezas, y traerá designios contra las fortalezas, todo esto durante algún tiempo...».

4. LAS PROFECÍAS REALIZADAS POR LA VENIDA DEL MESÍAS, JESUCRISTO, QUIEN HA INSTAURADO UN REINO INTERIOR Y ESPIRITUAL

535. *Predicciones.* En la cuarta monarquía, antes de la destrucción del segundo templo, antes de que concluyera el dominio de los judíos, en la septuagésima semana de Daniel, cuando existía ya el segundo templo, los paganos iban a ser instruidos y llevados al conocimiento del Dios adorado por los judíos; los que le aman se verían libres de sus enemigos, y llenos de su temor y de su amor.

Y sucedió que en la cuarta monarquía, antes de la destrucción del segundo templo, etc., todos los paganos adoran a Dios y llevan una vida angélica; las doncellas consagran a Dios su virginidad y su vida: los hombres renuncian a todos los placeres. Aquello de lo que Platón no consiguió convencer a unos pocos hombres escogidos y tan instruidos, una fuerza secreta ha persuadido a cien millones de hombres ignorantes por la virtud de unas pocas palabras. Los ricos renuncian a sus bienes, los hijos abandonan la cómoda casa de sus padres para ir a la austeridad de un desierto, etc. Véase Filón judío). ¿Qué es todo eso? Lo que se anunció mucho tiempo atrás. Hacía dos mil años que ningún pagano adoraba al Dios de los judíos, y en el tiempo que se predijo todos los paganos adoran a este Dios único. Los templos son destruidos, hasta los reyes se someten a la cruz. ¿Qué es todo esto? Es el espíritu de Dios que se ha esparcido por la tierra.

Ningún pagano desde Moisés hasta Jesucristo, según los mismo rabinos. Después de Jesucristo, multitud de paganos creen en los libros de Moisés y observan su esencia y su espíritu, sin rechazar más que lo inútil.

536. Como las profecías hablaban de diversas señales que debían manifestarse al advenimiento del Mesías, era forzoso que todos esos indicios se produjeran al mismo tiempo. Así, era necesario que la cuarta monarquía reinase después de las setenta semanas de Daniel, y que entonces se arrebatase el cetro a Judá, y todo eso ocurrió sin el menor fallo; y que entonces naciera el Mesías, y nació Jesucristo, que decía ser el Mesías, y todo eso también sin el menor tropiezo, y todo indica a las claras la verdad de las profecías.

537. Los profetas predijeron pero nadie los predijo; luego los santos fueron anunciados, sin que ellos anunciaran. Jesucristo fue objeto de predicciones y predijo.

538. Los dos libros más antiguos del mundo son Moisés y Job, uno judío, otro pagano, y los dos considerando a Jesucristo como su centro común y su objeto: Moisés, refiriendo las promesas de Dios a Abraham, Jacob, etc., y sus profecías, y Job: *Quis mihi det ut, etc. Scio enim quod redemptor mens vivit, etc.*

539. Pruebas de Jesucristo. ¿Por qué se ha conservado el libro de Rut? ¿Por qué la historia de Tamar?

540. El Evangelio no habla de la virginidad de la Virgen hasta el nacimiento de Jesucristo. Todo en relación a Jesucristo.

El problema: si la Escritura tiene dos sentidos

541. *Prueba de los dos Testamentos a la vez.* Para probar a un tiempo los dos basta con ver si las profecías del uno se cumplen en el otro. Para examinar las profecías hay que entenderlas. Porque si creemos que sólo tienen un sentido, es seguro que él Mesías no habrá venido; pero si tienen dos sentidos, es seguro que habrá venido en la persona de Jesucristo.

Todo estriba, pues, en saber si tienen dos sentidos.

La Escritura tiene dos sentidos, que Jesucristo y los apóstoles les atribuyen, y he aquí las pruebas:

1.º Prueba por la misma Escritura.

2.º Prueba por los rabinos: Moisés Maimónides dice que tiene dos caras, y que los profetas sólo profetizaron a Jesucristo.

3.º Prueba por la cábala.

4.º Prueba por la interpretación mística que los propios rabinos dan a la Escritura.

5.º Prueba por los principios de los rabinos, que existen dos sentidos, que hay dos advenimientos del Mesías, glorioso o abyecto, según su mérito, que los profetas sólo profetizaron al Mesías —la ley no es eterna, pero debe cambiar al Mesías—, que entonces se perderá el recuerdo del mar Rojo, que los judíos y los gentiles se mezclarán.

6.º Prueba por la clave que Jesucristo y los apóstoles nos dan.

542. *Figuras.* Como Dios quería formar un pueblo santo, que separaría de todas las demás naciones, que libraría de sus enemigos, que pondría en un lugar de reposo, prometió hacerlo y predijo por medio de sus profetas el tiempo y la manera de su venida. Y mientras, para robustecer la esperanza de sus elegidos, les hizo ver su imagen en todos los tiempos, sin dejarles nunca sin seguridades de su poderío y de su voluntad en cuanto a su salvación. Pues, ya en la creación del hombre, Adán era su testimonio, y el depositario de la promesa del Salvador, que debía nacer de la mujer, cuando los hombres estaban aún tan cerca de la creación que no podían haber olvidado su creación y su caída. Cuando los que habían visto a Adán ya no estaban en el mundo, Dios envió a Noé, y lo salvó y dejó que se ahogara toda la tierra, con un milagro que indicaba suficientemente el poder que tenía de salvar al mundo, y la voluntad que tenía también de hacerlo y de hacer que naciese de la mujer Aquél cuya venida había prometido. Este milagro bastaba para robustecer la esperanza de los hombres. Como el recuerdo del diluvio perduraba aún en la memoria de los hombres, cuando Noé aún vivía Dios hizo sus promesas a Abraham, y cuando Sem aún vivía. Dios envió a Moisés, etc.

543. Que Jesucristo sería pequeño en sus comienzos y luego crecería: la piedrecita de Daniel (II, 35).

Aunque yo nunca hubiese oído hablar de ninguna manera del Mesías, después de las predicciones tan admirables del orden del mundo que veo realizarse, comprendería que esto es divino. Y si supiera que estos mismos libros anuncian a un Mesías, tendría la certeza de que ha venido; y al ver que sitúan su tiempo antes de la destrucción del segundo Templo, diría que ya ha venido.

544. Jesucristo fue anunciado en cuanto al tiempo y al estado del mundo: el báculo que faltará entre sus pies (Gén., XLIX, 10) y la cuarta monarquía (Dan. II, 39). ¡Qué dicha tener estas luces en medio de la oscuridad!

¡Qué hermoso es ver con los ojos de la fe a Darío y a Ciro, a Alejandro y a los romanos, a Pompeyo y a Herodes, actuando sin saberlo para la gloria del Evangelio! (Dan., x, xi).

545. ¡Qué hermoso es ver con los ojos de la fe la historia de Herodes y de César!

546. *Profecías*. El tiempo anunciado por el estado del pueblo judío, por el estado del pueblo pagano, por el estado del Templo, por el cómputo de los años.

547. Hay que ser muy atrevido para predecir una misma cosa de tantas maneras distintas: era necesario que las cuatro monarquías idólatras o paganas, el fin del reino de Judá y las setenta semanas coincidiesen en el tiempo, y todo antes de que el segundo Templo fuera destruido.

548. *Profecías*. Las setenta semanas de Daniel son equívocas por la fecha de su comienzo, a causa de los términos de la profecía y por el término final, a causa de las divergencias de los cronologistas. Pero toda esta diferencia no pasa de doscientos años.

549. Que la ley era figurativa.

550. Dos errores: 1.º tomarlo todo literalmente; 2º tomarlo todo espiritualmente.

551. Hablar contra los figurativos demasiado grandes.

552. Hay figuras claras y demostrativas; pero hay otras que parecen un poco traídas por los cabellos, y que sólo convencen a los que ya están convencidos por otros medios. Éstas son parecidas a las apocalípticas; pero la diferencia que existe estriba en que no hay ninguna indudable; no hay nada tan injusto como que nos digan que las suyas están tan bien fundadas como algunas de las nuestras, porque no tienen ninguna demostrativa como algunas de las nuestras. O sea que no pueden equipararse. No hay que igualar y confundir estas cosas, porque parecen ser parecidas por un extremo, cuando son tan diferentes por el otro; son las claridades las que merecen, cuando son divinas, que se reverencien las oscuridades.

Es como esas personas entre las que hay un cierto lenguaje oscuro y convenido: los que no pueden entenderlo dirán que su único sentido es la necesidad.

553. *Extravagancias de los apocalípticos, preadamitas, milenaristas, etc.* Quien quiera fundar opiniones extravagantes sobre la Escritura, las fundará por ejemplo sobre esto: Dicho está que «no pasará esta generación antes que todo esto suceda». (Mat., XXIV, 34); a propósito de esta cita diré que después de esta generación vendrá otra generación, y así sucesivamente. En los II Paralipómenos (I, 14) se habla de Salomón y de rey como si fuesen dos personajes diversos; yo diré que eran dos.

554. No digo que el *mem* es misterioso.

555. *Figuras*. Cuando la palabra de Dios, que es verdadero, es falsa literalmente, es verdadera espiritualmente. *Sede a dextris meis* ^[106] (Sal., CX), esto es falso literalmente; luego es verdadero espiritualmente. En esas expresiones se habla de Dios a la manera de los hombres; y ello no significa otra cosa más que la intención que tienen los hombres al hacer que alguien se siente a su derecha, Dios la tendrá también; es, pues, un indicio de la intención de Dios, no de su manera de ejecutarla. Así, cuando dice: «Dios ha recibido el olor de vuestros perfumes y os dará como recompensa una tierra fértil», es decir, la misma intención que tendría un hombre que, complacido por vuestros perfumes, os diera como recompensa una tierra fértil. Dios tendrá la misma intención para con vosotros, porque habéis tenido con él la misma intención que un hombre que se muestra agradecido a quien le ofrece perfumes. Así, *iratus est* ^[107] (Is., V, 25), «Dios celoso». (Ex., XX, 5), etc. Puesto que, dado que las cosas de Dios son inexpressables, no pueden decirse de otro modo, y todavía hoy la Iglesia usa ese lenguaje: *Quia confortavit seras*, ^[108] etc.

No es lícito atribuir a la Escritura los sentidos que no nos ha revelado que tiene. Así, decir que el *mem* cerrado de Isaías significa 600 no es algo revelado. No se nos dice que los *tsade* finales y los *he deficientes* significan misterios. Por lo tanto no es lícito decirlo, y aún menos decir que esto es como una piedra filosofal. Pero decimos que el sentido literal no es el verdadero porque lo han dicho los mismos profetas.

556. *Figuras*. Para demostrar que el Antiguo Testamento es sólo figurativo, y que cuando los profetas hablaban de bienes temporales aludían a otros bienes, digamos:

En primer lugar, que ello sería indigno de Dios.

En segundo lugar, que sus palabras expresan con toda claridad la promesa de los bienes temporales, y que sin embargo dicen que son oscuras y que su sentido no será comprendido. De donde se deduce que este sentido secreto no era el que expresaban a las claras, y que por consiguiente querían hablar de otros sacrificios, de otro libertador, etc. Dicen que sólo se les entenderá al fin de los tiempos. Jer., xxx, últ.

La tercera prueba es que sus palabras se contradicen y se destruyen, de tal modo que si

se supone que al hablar de la ley del sacrificio entienden por ello sólo lo referente a Moisés, existe aquí una contradicción manifiesta y grosera. Es decir, que entendían otra cosa, y a veces se contradicen en un mismo capítulo.

Ahora bien, para entender el sentido de un autor...

557. La concupiscencia se nos ha convertido en algo natural y ha forjado nuestra segunda naturaleza. Así, hay dos naturalezas en nosotros: una buena y otra mala. ¿Dónde está Dios? Donde vosotros no estáis, y el reino de Dios está en vosotros. Rabinos.

La prueba por la misma Escritura. Que la letra de la Biblia ha de tomarse en su sentido religioso

558. *Contradicción.* Para conseguir una buena fisonomía hay que armonizar todas nuestras contradicciones, y no basta con seguir una serie de cualidades que pueden conciliarse sin armonizar las contrarias. Para entender el sentido de un autor hay que hacer concordar todos los pasajes contrarios.

Así, para entender la Escritura hay que alcanzar un sentido en el cual se armonicen todos los pasajes contrarios. No basta con tener uno que se ajuste a varios pasajes concordantes, sino que se requiere el que armonice los pasajes que incluso sean contrarios.

Todo autor tiene un sentido en el que todos los pasajes contrarios concuerdan, o bien carece de todo sentido. No puede decirse semejante cosa de la Escritura y de los profetas; sin duda alguna tenían demasiado buen juicio para algo así. Necesitamos, pues, encontrar uno que armonice todas las contradicciones.

El verdadero significado no es, pues, el de los judíos; pero en Jesucristo se armonizan todas las contradicciones.

Los judíos no pueden armonizar el fin de la realeza y de los príncipes, anunciado por Oseas (III, 4) con la profecía de Jacob (Gén., XLIX, 10). Si se consideran realidades la ley, los sacrificios y el reino, no es posible conciliar todos los pasajes. Es, pues, forzoso que no sean más que figuras. Ni siquiera es posible armonizar los pasajes de un mismo autor, ni de un mismo libro, ni a veces de un mismo capítulo, lo cual indica sobradamente cuál era la intención del autor: como cuando Ezequiel (cap. XX) dice que se vivirá en los mandamientos de Dios y que no se vivirá en ellos.

559. *Figuras.* Si la ley y los sacrificios son la verdad, es forzoso que agraden a Dios y que no le contraríen. Si son figuras, es necesario que agraden y que contraríen.

Ahora bien, en toda la Escritura agradan y contrarían. Dicho está que se cambiará la ley, que se cambiarán los sacrificios, que carecerán de rey, de príncipe y de sacrificios, que se establecerá una nueva alianza, que la ley será renovada, que los preceptos que recibieron no son buenos, que sus sacrificios son abominables, que Dios no los pidió.

También dicho está, por el contrario, que la ley durará eternamente, que esta alianza será eterna, que el sacrificio será eterno, que el cetro no saldrá jamás de ellos, ya que deben conservarlo hasta que llegue el Rey eterno.

Todos esos pasajes, ¿indican realidades? No. ¿Indican figuras? No; sino que es realidad o figura. Pero los primeros, al excluir la realidad, indican que no son más que figura.

Todos estos pasajes juntos no pueden atribuirse a la realidad, pero todos pueden atribuirse a la figura; por lo tanto, no se dicen como realidades, sino que se emplean como figuras. *Agnus occisus est ab origine mundi*^[109] (Ap., XIII, 8) *juge sacrificium*.^[110]

560. Isaías, LI: El mar Rojo, imagen de la Redención. *Ut sciatis quod filius hominis habet potestatem remittendi peccata, tibi dico: Surge*.^[111] Dios, queriendo manifestar que podía formar un pueblo santo de una santidad invisible y llenarlo de gloria eterna, hizo cosas visibles. Como la naturaleza es una imagen de la gracia, hizo en los bienes de la naturaleza lo que debía hacer en los de la gracia, a fin de que viéramos que podía hacer lo invisible, puesto que hacía bien lo visible. Salvó, pues, a este pueblo del diluvio, lo hizo nacer de la estirpe de Abraham, lo redimió de entre sus enemigos y lo condujo a un lugar de reposo.

Lo que Dios se proponía no era salvar del diluvio y hacer nacer todo un pueblo de la estirpe de Abraham para conducirlo tan sólo a una tierra fértil. E incluso la gracia no es más que la figura de la gloria, porque no es el fin último. La ley fue su figura y ella misma lo es de la gloria; pero es su figura y el principio o la causa.

La vida ordinaria de los hombres es semejante a la de los santos. Todos buscan su satisfacción y no difieren más que en el objeto en el que la ponen; llaman enemigos suyos a quienes les estorban, etc. Dios mostró, pues, el poder que tiene de dar los bienes invisibles por el que manifestó que tenía sobre los visibles.

561. *Figuras*. Como Dios quería privar a los suyos de los bienes perecederos, para demostrar que no era por impotencia, hizo al pueblo judío.

562. En Dios la palabra no difiere de la intención, porque es verdadero; ni la palabra del efecto, porque es poderoso; ni los medios del efecto, porque es sabio. Bem., *ult. sermo in Missus* (IV, 8).^[112]

Agustín, de *Civ. Dei*, V, 10. Esta regla es general: Dios lo puede todo, salvo aquellas cosas que, en caso de poderlas hacer, impedirían que fuese todopoderoso, como morir, ser engañado, etc., mentir, etc.

563. Y sin embargo, este Testamento, hecho para cegar a unos e iluminar a otros, indicaba, en los mismos a quienes cegaba, la verdad que debía ser conocida por los otros. Puesto que los bienes visibles que recibían de Dios eran tan grandes y tan divinos, que resultaba patente que era poderoso para darles los invisibles, y un Mesías.

Porque la naturaleza es una imagen de la gracia, y los milagros visibles son imágenes de los invisibles. *Ut sciatis... tibi dico: Surge* (Marc., II, 10).^[113]

Isaías, LI, dice que la Redención será como el paso del mar Rojo.

Dios mostró, pues, en la salida de Egipto, en el paso del mar, en la derrota de los reyes, en el maná, en toda la genealogía de Abraham, que era capaz de salvar, de hacer bajar el pan del cielo, etc., de tal modo que este pueblo enemigo es la figura y la representación del mismo Mesías al que ignoran, etc. Nos enseñó, pues, en resumen, que todas estas cosas no eran más que figuras, y lo que significa «verdaderamente libre», «verdadero israelita», «verdadera circuncisión». (Rom., II, 28; Juan, VIII, 36; VI, 32). Kircher y Usser.^[114]

En esas promesas cada cual encuentra lo que lleva en el fondo de su corazón, los bienes temporales o los bienes espirituales, Dios o las criaturas; pero con la diferencia de que los que buscan ahí a las criaturas, las encuentran, aunque con diversas contrariedades, con la prohibición de amarlas, con el mandato de no adorar más que a Dios y de amarle sólo a él, lo cual es una sola cosa, y que, en fin, no ha venido ningún Mesías para ellos; mientras que, los que buscan ahí a Dios le encuentran, y sin ninguna contrariedad, con mandato de amarle solamente a Él, y diciéndoles que vino un Mesías en el tiempo que se anunció para darles los bienes que piden.

Así, los judíos tenían milagros, profecías que veían cumplirse; y la doctrina de su ley era de no adorar y amar más que a un Dios; era también perpetua. Con ello tenía todas las señales de la verdadera religión, y lo era. Pero hay que distinguir entre la doctrina de los judíos y la doctrina de la ley de los judíos. La doctrina de los judíos no era verdadera, aunque tuviese los milagros, las profecías y la perpetuidad, porque le falta este otro punto, el de no adorar y amar más que a Dios.

564. El velo que cubre estos libros para los judíos existe también para los malos cristianos, y para todos aquellos que no se odian a sí mismos.

Pero ¡qué bien dispuesto se está a entenderlos y a conocer a Jesucristo cuando uno se odia verdaderamente a sí mismo!

A qué se debe que unos hayan reconocido a Jesucristo como Mesías y otros no

565. La figura significa ausencia y presencia, placer y disgusto. Cifra de doble sentido: uno claro en el que se dice que el sentido está oculto.

566. *Figuras*. Un retrato significa ausencia y presencia, placer y disgusto. La realidad excluye la ausencia y el disgusto.

Para saber si la ley y los sacrificios son realidad o figura, hay que ver si los profetas, al hablar de esas cosas, fijaban en ellas su visión y su pensamiento, de tal modo que sólo atendiesen a esa antigua alianza, o bien aludían a otra cosa de la que ésta era la imagen; porque en un retrato se ve la cosa representada. Para eso basta con examinar lo que dicen.

Cuando dicen que será eterna, ¿se refieren a la alianza de la que dicen que se cambiará?; y lo mismo de los sacrificios, etc.

La cifra tiene dos significados. Cuando descubrimos una letra importante en la que hay un sentido claro, y en la que se dice no obstante que su sentido está encubierto y oscurecido, que está oculto de tal modo que se verá esta letra sin verla y que se entenderá sin entenderla, ¿qué debe pensarse sino que es una cifra de doble sentido, sobre todo cuando aparecen en ella contradicciones manifiestas en el sentido literal? Los profetas dijeron claramente que Israel sería siempre amado por Dios, y que la ley sería eterna; y dijeron que no se comprendería su sentido, y que estaba encubierto.

¡Cuánta gratitud debemos, pues, a los que nos descubren la cifra y nos enseñan a

conocer el sentido oculto, y principalmente cuando los principios que extraen de ello son completamente naturales y claros! Fue lo que hizo Jesucristo, lo que hicieron los apóstoles. Levantaron el sello, rasgando el velo para descubrir el espíritu. Así nos enseñaron que los enemigos del hombre son sus pasiones; que el Redentor sería espiritual y su reino espiritual; que habría dos advenimientos: uno de miseria para abatir al hombre soberbio, otro de gloria para elevar al hombre humillado; que Jesucristo sería Dios y hombre.

567. *Figuras*. Jesucristo les abrió el entendimiento para que comprendieran la Escritura. He aquí dos grandes visiones: 1.º todas las cosas se les mostraban figuradamente: *vere Israelitae*,^[115] *vere liberi*,^[116] verdadero pan del cielo; 2º un Dios humillado hasta la Cruz: Cristo tuvo que sufrir para entrar en su gloria: «para destruir con su muerte al que tenía el imperio de la muerte». (Hebr., II, 14). Dos advenimientos.

568. *Figuras*. Una vez se ha descubierto este secreto es imposible no verlo. Leed el Antiguo Testamento desde este punto de vista y ved si los sacrificios eran verdaderos, si la estirpe de Abraham era la verdadera causa de la amistad de Dios, si la tierra prometida era el verdadero lugar de reposo. No, luego eran figuras. Ved semejantemente todas las ceremonias que se mandan, todos los mandamientos que no tienen por fin la caridad, y veréis que sólo son figuras.

Todos esos sacrificios y ceremonias eran, pues, figuras o necedades. Ahora bien, hay cosas claras demasiado elevadas para que podamos considerarlas necedades.

569. *Figuras*. La letra mata: todo se daba figuradamente: véase la cifra que nos da san Pablo (2 Cor., III, 6). Cristo tenía que sufrir: un Dios humillado. Circuncisión del corazón, verdadero ayuno, verdadero sacrificio, verdadero templo (Rom., II, 29): los profetas indicaban que todo eso tenía que ser espiritual. No la carne que perece, sino la que no perece. «Seréis verdaderamente libres». Luego la otra libertad no es más que una figura de libertad. «Yo soy el verdadero pan del cielo».

570. Hay quien ve con claridad que el hombre no tiene otro enemigo que la concupiscencia, que le aparta de Dios, y no Dios; ni otro bien que Dios, y no una tierra fértil. Los que creen que el bien del hombre está en la carne y el mal en lo que le aparta de los placeres de los sentidos, que se embriaguen de ellos y que mueran por ellos. Pero los que buscan a Dios con todo su corazón, que no tienen más contrariedad que la de verse privados de su visión, ni otro deseo que el de poseerle, ni más enemigos que los que le apartan de Él, y que se afligen al verse rodeados y dominados por tales enemigos, que se consuelen, yo les anuncio una buena noticia: hay un libertador para ellos; yo se lo haré ver. Yo les mostraré que hay un Dios para ellos; pero no lo mostraré a los otros.

Yo haré ver que se nos prometió un Mesías que nos libraría de los enemigos; y que vino a este mundo para salvarnos de las iniquidades, aunque no de los enemigos.

Cuando David predijo que el Mesías salvaría a su pueblo de sus enemigos, puede creerse carnalmente que habla de los egipcios, y entonces me sería imposible demostrar que la profecía se ha cumplido. Pero también puede creerse que será de las iniquidades, porque en verdad los egipcios no son enemigos, pero las iniquidades sí lo son.

Esta palabra de enemigo es, pues, equívoca. Pero si dice en otro lugar, como lo hace, que libraré a su pueblo de sus pecados (Sal., CXXIX, 8), lo mismo que Isaías (XLIII, 25) y los otros, desaparece el equívoco, y el doble sentido de enemigos se reduce al sentido simple de iniquidades. Porque si se refería a los pecados, podía llamarlos enemigos, pero si pensaba en los enemigos no podía designarlos con el nombre de iniquidades.

Ahora bien, Moisés, David e Isaías usaron los mismos términos. ¿Quién dirá, pues, que no aludían al mismo significado, y que lo que decía David, que habla manifiestamente de iniquidades cuando hablaba de enemigos, no fuese lo mismo que lo que decía Moisés al hablar de enemigos?

Daniel (IX) pide por la liberación del pueblo del cautiverio de sus enemigos, pero pensaba en los pecados, y para demostrarlo dice que Gabriel le anunció que su oración había sido escuchada y que sólo tenía que esperar setenta semanas, después de lo cual el pueblo se vería libre de iniquidad, el pecado terminaría, y el libertador, el Santo de los santos, traería la justicia eterna, no la legal, sino la eterna.

5. RAZÓN DE LAS FIGURAS. FUNDAMENTOS DE LA RELIGIÓN CRISTIANA

571. Hay que incluir en el capítulo *de los fundamentos* lo que está en el de *los figurativos* respecto a la causa de las figuras: por qué Jesucristo fue profetizado en su primer advenimiento; por qué fue profetizado oscuramente en cuanto a la manera.

572. *Fac secundum exemplar quod tibi ostensum est in monte*.^[117] La religión de los

judíos se formó, pues, por parecido con la verdad del Mesías; y la verdad del Mesías fue admitida por la religión de los judíos, que era su figura.

En los judíos la verdad era sólo figurada; en el cielo es al descubierto. En la Iglesia está cubierta y reconocida por la relación con la figura.

La figura se hizo según la verdad, y la verdad se reconoce por la figura.

573. No se comprende nada de las obras de Dios si no se toma por principio el hecho de que quiso cegar a unos e iluminar a los otros.

Los dos sentidos de la Escritura

574. *Razón de las figuras.* Tenían que mantener a un pueblo carnal y hacerlo depositario del Testamento espiritual; era preciso que, para inspirar fe en el Mesías, hubiera profecías precedentes, y que sus depositarios no fueran personas sospechosas, y de una diligencia, fidelidad y celo extraordinarios y conocidos de toda la tierra.

Para conseguir todo ello, Dios eligió a ese pueblo carnal al que hizo guardián de las profecías que anuncian al Mesías como libertador y dispensador de los bienes carnales que amaba ese pueblo. Por eso fue de un ardor extraordinario por sus profetas, y guardó ante los ojos de todo el mundo aquellos libros que anuncian a su Mesías, asegurando a todas las naciones que debía venir, y de la manera anunciada en los libros que mantenían abiertos ante todo el mundo. De este modo, este pueblo, defraudado por el advenimiento ignominioso y pobre del Mesías, se convirtió en su enemigo más cruel. De tal suerte que es el pueblo del mundo menos sospechoso de favorecernos, y el más cumplidor y celoso que pueda imaginarse en cuanto a su ley y a sus profetas, que conserva incorruptos.

Por eso las profecías tienen un significado escondido, el espiritual, del que este pueblo era enemigo, bajo el carnal, del que era amigo. Si el sentido espiritual hubiera estado manifiesto, no hubiese sido posible que lo amaran; y al no poder guardarlo, hubieran carecido de celo para la conservación de sus libros y de sus ceremonias; y en caso de haber amado esas promesas espirituales y de conservarlas incorruptas hasta el Mesías, su testimonio hubiera carecido de valor, por el hecho de ser favorable.

Ésta es la razón de que fuese bueno que el sentido espiritual estuviese velado; pero por otra parte, si este sentido hubiese sido tan oculto que no se hubiese transparentado nada de él, tampoco podía servir de prueba para el Mesías. ¿Qué se hizo pues? Se cubrió bajo apariencias de lo temporal en una multitud de pasajes, y se descubrió con toda claridad en algunos otros, aunque el tiempo y la situación del mundo se predijeron con tanta claridad que resultan más claros que el sol; y ese sentido espiritual está tan claramente explicado en algunos lugares que fue precisa una ceguera semejante a la que la carne arroja sobre el entendimiento cuando está sujeto a ella para no reconocerlo.

Ésta fue, pues, la acción divina. Este significado está encubierto por otro en una infinidad de lugares y descubierto en algunos, raramente, pero de tal modo que los lugares en los que está escondido son equívocos y pueden convenir a ambos; mientras que los lugares en que está al descubierto son unívocos y sólo pueden interpretarse en un sentido espiritual.

O sea que ello no podía inducir a error y solamente un pueblo tan carnal podía engañarse.

Porque, cuando los bienes se prometen en abundancia, ¿qué les impedía entender que se trataba de bienes verdaderos, sino su codicia, que limitaba este sentido a los bienes de la tierra? Pero aquellos para quienes el bien sólo estaba en Dios, los referían únicamente a Dios. Porque hay dos principios que se reparten las voluntades de los hombres, la codicia y la caridad. No porque la codicia no pueda darse junto con la fe en Dios o la caridad ir acompañada de los bienes terrenos; pero la codicia usa de Dios y goza del mundo; y la caridad lo contrario.

Ahora bien, el fin último es lo que da nombre a las cosas. Todo lo que nos estorba para llegar a él se llama enemigo. Así, las criaturas, aunque buenas, son enemigos de los justos cuando les apartan de Dios; y el propio Dios es enemigo de aquellos cuyos deseos turba.

Así, como la palabra enemigo depende del fin último, los justos entendían por enemigos sus pasiones, y los carnales entendían los babilonios; y así estos términos sólo eran oscuros para los injustos. Es lo que dice Isaías: *Signa legem in electis meis*,^[118] y que Jesucristo será piedra de escándalo.

Pero «bienaventurado aquel que no se escandalizare de mí». (Mat., XI, 6). Oseas, *ult.*, lo dice perfectamente: «¿Quién es sabio para entender estas cosas, prudente para conocerlas? Pues son del todo rectos los caminos de Yavé, por ellos van los justos, pero los malvados

perecerán».

575. *Figurativo*. No hay nada más parecido a la caridad que la codicia, ni nada tampoco tan contrario. Así, los judíos, llenos de bienes que halagaban su codicia, eran muy parecidos a los cristianos, y muy contrarios. Y por este medio tenían las dos cualidades que debían tener, la de ser parecidos al Mesías para ser su figura, y muy contrarios para no ser testigos sospechosos.

576. *Figurativo*. Dios se sirvió de la concupiscencia de los judíos para hacerles servir a Jesucristo, que traía el remedio a la concupiscencia.

577. Los judíos carnales no entendían ni la grandeza ni la humillación del Mesías que habían anunciado sus profecías. No le conocieron en su anunciada grandeza, como cuando dice que el Mesías será señor de David, a pesar de ser hijo suyo (Mat., XXII, 45), que es anterior a Abraham y que le ha visto (Juan, VIII, 58); no le creían tan grande hasta el punto de que fuese eterno. Y tampoco le reconocieron en su humillación y en su muerte. «Nosotros sabemos por la ley que el Mesías permanece para siempre, y éste dice que morirá». (Juan, XII, 34). O sea que no le creían ni mortal ni eterno: en Él solamente buscaban una grandeza carnal.

578. *Ceguera de la Escritura*. «La Escritura», decían los judíos, «dice que no se sabrá de dónde viene el Mesías». (Juan, VII, 27 y XII, 34). La Escritura, decían, dice que el Mesías vivirá eternamente, y éste dice que va a morir.

Así, dice san Juan (XII, 39), no le creían, a pesar de haber hecho tantos milagros, para que se cumpliera la palabra de Isaías: *Les cegó*, etc.

579. *Grandeza*. La religión es algo tan grande que es justo que los que no quieran tomarse la molestia de buscar su sentido, si es oscuro, se vean privados de ella. ¿De qué se quejan, pues, si basta buscar para encontrarla?

580. Para los elegidos todo es para bien, hasta las oscuridades de la Escritura, porque las honran a causa de las luces divinas. Y para los otros todo es para mal, hasta las luces; porque blasfeman de ellas a causa de las oscuridades que no comprenden.

581. *Postura general del mundo respecto a la Iglesia. Dios que quiere cegar e iluminar*. Una vez el advenimiento probó la divinidad de estas profecías, todo lo demás que hay en ellas ha de creerse. Y de este modo vemos cuál es el orden del mundo.

Al olvidarse los milagros de la creación y del diluvio, Dios envió la ley y los milagros de Moisés, los profetas que profetizan cosas particulares; y para preparar un milagro duradero, prepara profecías y su cumplimiento; pero como las profecías podían ser sospechosas, quiere librarlas de toda sospecha, etc.

582. Hay claridad bastante para alumbrar a los elegidos y suficiente oscuridad para humillarlos. Hay suficiente oscuridad para cegar a los réprobos y claridad bastante para condenarles y hacerles inexcusables (San Agustín, *Civ. Dei*, XI, 22; Montaigne, *Sabunde* [119]).

La genealogía de Jesucristo en el Antiguo Testamento está mezclada con tantas otras inútiles que apenas es visible. Si Moisés sólo hubiera preservado el recuerdo de los antepasados de Jesucristo, hubiese sido demasiado visible. Si no hubiera insistido en la de Jesucristo hubiera pasado inadvertida. Pero, en resumidas cuentas, quien lo examina con atención, ve que la de Jesucristo queda bien clara por Tamar, Rut, etc.

Los que disponían estos sacrificios conocían su inutilidad, y los que han declarado su inutilidad no han dejado de practicarlos (Hebr., IX-X).

Si Dios no hubiese permitido más que una sola religión, hubiera sido demasiado reconocible; pero si nos fijamos bien distinguimos perfectamente la verdadera en esta confusión.

Principio: Moisés era un hombre inteligente. En consecuencia, si se regía por su entendimiento, no debía proponer nada que se opusiera directamente al entendimiento.

Así, todas las debilidades muy aparentes en el fondo robustecen. Ejemplo: las dos genealogías de san Mateo y san Lucas. ¿Acaso puede quedar más claro que ambos autores no se habían puesto de acuerdo?

El objeto único de la Escritura es la caridad

583. *Figuras*. Los judíos habían envejecido en estos pensamientos terrenales: que Dios amaba a su padre Abraham, su carne y su progenie; que por eso les había multiplicado y distinguido entre todos los demás pueblos, sin tolerar que se mezclaran con ellos; que cuando languidecían en Egipto, les sacó de allí con todas aquellas grandes señales en su favor; que les alimentó con el maná en el desierto; que les condujo hasta una tierra

fertilísima; que les dio reyes y un templo bien edificado para ofrecer allí sacrificios de animales, diciéndoles que por la efusión de su sangre serían purificados; y que finalmente debía enviarles él Mesías para hacerles señorear todo el mundo; y les predijo el tiempo de su venida.

Después de que el mundo hubiese envejecido en esos errores carnales, nació Jesucristo en el tiempo anunciado, pero no con la pompa que esperaban; y por eso no creyeron que fuese él. Tras su muerte, san Pablo enseñó a los hombres que todas esas cosas habían sucedido a la manera de figuras (I Cor., X, 2); que el reino de Dios no consistía en la carne, sino en el espíritu (Rom., VIII); que los enemigos de los hombres no eran los babilonios, sino las pasiones; que Dios no se complacía en los templos hechos por la mano del hombre, sino en un corazón puro y humillado (Hebr., IX, 24); que la circuncisión del cuerpo era inútil, mientras que la del corazón era necesaria (Rom., II, 29); que Moisés no les había dado el pan del cielo, etc.

Pero como Dios no había querido descubrir estas cosas, a este pueblo, que era indigno de ellas, y sin embargo quiso anunciarlas para que fuesen creídas, predijo claramente el tiempo en que sucederían; y a veces las expresó con claridad, aunque con cierto exceso, en figuras, a fin de que los que amaban las cosas figurantes se quedasen en ellas, y los que amaban las figuradas las viesan.

Todo lo que no se orienta hacia la caridad es figura. El objeto único de la Escritura es la caridad. Todo lo que no conduce a este objetivo único es figura de él. Puesto que, dado que no hay más que un objeto, lo que no conduce a él con palabras propias es figura.

Dios varía así este único precepto de caridad para satisfacer nuestra curiosidad, que busca la diversidad, por esta diversidad que nos lleva siempre a lo único que es necesario. Porque sólo hay una cosa necesaria (Luc., X, 42), y nos gusta la diversidad; y Dios satisface lo uno y lo otro por esas diversidades que conducen a lo único necesario.

Los judíos eran tan aficionados a las cosas figurantes, y contaban tanto con ellas, que no vieron la realidad cuando se manifestó en el tiempo y en la manera que se había anunciado.

Los rabinos toman por figuras los pechos de la Esposa (Cant., IV, 5) y todo lo que no expresa el único fin que tenían, los bienes temporales. Y los cristianos consideran incluso la Eucaristía como figura de la gloria a la que aspiran.

584. Los judíos, que habían sido llamados a domar las naciones y los reyes, fueron esclavos del pecado; y los cristianos, cuya vocación era la de servir y estar sujetos a otros, son los hijos libres (Rom., V-VI).

585. *Sin formalismos.* Cuando san Pedro y los apóstoles discuten acerca de abolir la circuncisión (Act., XV), con lo cual obrarían contra la ley de Dios (Gén., XVII, 10), no consultan a los profetas, sino sólo la recepción del Espíritu Santo en la persona de los incircuncisos. Juzgan más seguro que Dios apruebe a aquellos a los que llena con su Espíritu, que no que convenga observar la ley. Sabían que el fin de la ley no era más que el Espíritu Santo; y que así, puesto que se tenía el Espíritu sin circuncisión, ésta no era necesaria.

586. San Pablo dice que habrá quien prohíba las bodas (I Tim., IV, 3), y él mismo habla del matrimonio a los corintios como un lazo (I Cor., VII, 35). Porque si un profeta hubiese dicho una cosa y san Pablo luego otra distinta, se le hubiera acusado.

587. *Objeción.* Visiblemente la Escritura está llena de cosas no dictadas por el Espíritu Santo. *Respuesta.* Señal de que no perjudican a la fe. *Objeción.* Pero la Iglesia ha decidido que todo es del Espíritu Santo. *Respuesta.* Respondo dos cosas: una, que la Iglesia nunca ha dicho eso; y otra, que aunque lo hubiese dicho, la afirmación es defendible.

Hay muchos entendimientos que se equivocan.

Dionisio tiene la caridad: él estaba allí.

¿Acaso creéis que las profecías citadas en el Evangelio se citan para hacerlos creer? No, sino para alejarlos de creer.

588. Reconoced, pues, la verdad de la religión en la oscuridad misma de la religión, en las pocas luces que tenemos de ella, en la indiferencia que tenemos de conocerla.

589. Dios, para hacer que el Mesías fuese reconocible por los buenos e irreconocible por los malos, hizo que se predijera su venida de esta manera. Si la manera de la venida del Mesías se hubiera anunciado claramente, no hubiera habido oscuridad, ni siquiera para los malos. Si el tiempo se hubiese anunciado oscuramente, hubiese habido oscuridad incluso para los buenos. Pues la bondad de su corazón no les hubiera hecho entender, por ejemplo, que el *mem* cerrado significa seiscientos años. Pero el tiempo se predijo claramente, y la manera por medio de figuras.

De este modo, los malos, creyendo que los bienes prometidos eran materiales, se extravían, a pesar de que el tiempo se predijo claramente, y los buenos no se extravían. Pues la comprensión de los bienes prometidos depende del corazón, que llama «bien» a lo que ama; pero la comprensión del tiempo prometido no depende del corazón. Y así, la predicción clara del tiempo y oscura de los bienes sólo extravía a los malos.

590. El tiempo del primer advenimiento está anunciado, el del segundo no, porque el primero debía estar oculto, y en cambio el segundo ha de ser glorioso y tan manifiesto que hasta sus propios enemigos lo reconocerán. Pero la primera vez debía venir oscuramente y para que sólo le conocieran aquellos que sondearan las Escrituras.

Dios oculto

591. ¿Qué dicen los profetas de Jesucristo? ¿Que será evidentemente Dios? No, sino que es un Dios verdaderamente oculto; que no se le reconocerá; que no creerán que es Él; que será piedra de escándalo en la que tropezarán, etc. Que no se nos reproche, pues, la falta de claridad, puesto que hacemos profesión de ello.

Pero, dicen, hay oscuridades. De no ser así, no se hubieran obstinado en no reconocer a Jesucristo, y éste es uno de los propósitos manifiestos de los profetas: *Excaeca*^[120] (Is., VI, 10).

592. Primero Moisés enseña la Trinidad, el pecado original, el Mesías. David, gran testigo: rey, bueno, compasivo, alma grande, mente clara, poderoso; profetiza y su milagro se produce; esto es infinito. Le bastaba con decir que era el Mesías, si hubiese tenido vanidad: porque las profecías parecen referirse más a él que a Jesucristo. Y lo mismo san Juan.

593. Herodes creyó en el Mesías. Había arrebatado el cetro de Judá, pero él no era de Judá. Esto dio origen a una secta considerable. Y Barcosba y otro que fue aclamado por los judíos. Y el rumor que circulaba por doquier en aquellos tiempos: Suetonio, Tácito, Josefo. ¿Cómo tenía que ser el Mesías, ya que por Él el cetro debía permanecer eternamente en Judá, y a su venida el cetro debía ser arrebatado a Judá? Para hacer que al ver no viesan y que al oír no oyeran, no había nada mejor. Maldición de los judíos contra los que cuentan tres períodos de tiempo.^[121]

594. «*Homo existens, te Deum facis*». «*Scriptum est: Dii estis, et non potest solvi Scriptura.*»^[122] «*Haec infirmitas non est ad mortem, et est ad mortem*». «*Lazarus dormit*», et deinde dixit: «*Lazarus mortuus est.*»^[123]

595. ¿Qué podemos sentir sino veneración por un hombre que predice claramente cosas que se cumplen y que declara su intención de cegar y de dar luz, y que mezcla oscuridades con las cosas claras que suceden?

Por qué Dios quiso ocultarse

596. Dios quiere mover más la voluntad que el entendimiento. La claridad completa ayudaría al entendimiento y dañaría a la voluntad. Abatir la soberbia.

597. De la misma verdad se hace un ídolo; porque la verdad sin la caridad no es Dios, y es su imagen y un ídolo al que no hay que amar ni adorar; y aún menos hay que amar o adorar a su contrario, que es la mentira.

Yo puedo perfectamente amar la oscuridad total; pero si Dios me sume en un estado semioscuro, este poco de oscuridad que hay allí me desagrade; y como no veo el mérito de una oscuridad completa, no me agrada. Es un defecto y un indicio de que convierto en ídolo a la oscuridad, separada del orden de Dios. Ahora bien, sólo hay que adorar dentro de su orden.

598. *Que Dios quiso ocultarse*. Si sólo hubiera una religión, en ella Dios estaría muy manifiesto. Si sólo hubiera mártires en nuestra religión, lo mismo.

Como Dios está oculto de este modo, toda religión que no diga que Dios está oculto no es verdadera; y toda religión que no explique la causa de ello, no nos ilumina. La nuestra hace todo esto: *Vere tu es Deus absconditus*.

599. Si no hubiese oscuridad, el hombre no advertiría su corrupción; de no haber luz, el hombre no esperaría ningún remedio. Así, no sólo es justo sino además útil para nosotros que Dios esté oculto en parte y descubierto en parte, puesto que es igualmente peligroso para él hombre conocer a Dios sin conocer sus miserias y conocer sus miserias sin conocer a Dios.

Capítulo II

EL NUEVO TESTAMENTO. JESUCRISTO

INTRODUCCIÓN. JESUCRISTO, HOMBRE DIOS, CENTRO DE TODO

600. Por eso rechazo todas las demás religiones.

Por eso tengo respuestas para todas las objeciones.

Es justo que un Dios tan puro sólo se descubra a aquellos cuyo corazón está purificado.

Ésta es la causa de que nuestra religión me parezca tan admirable, y de que la considere ya legitimada por una moral tan divina; pero aún hay más.

Me parece convincente que, desde que existe la memoria de los hombres, haya un pueblo que subsiste, más antiguo que cualquier otro pueblo; se ha anunciado constantemente a los hombres que caerán en una corrupción universal, pero que vendrá un reparador: un pueblo entero lo predijo antes de su venida, un pueblo entero le adora después de su venida; que no es un hombre quien lo dice, sino una infinidad de hombres, y un pueblo entero profetizando los hechos más concretos durante cuatro mil años. Sus libros dispersados duran cuatrocientos años. Cuanto más los examino, más verdades descubro en ellos; lo precedente y lo posterior; y esta sinagoga que lo predijo; finalmente ellos sin ídolos ni rey, miserables y sin profetas, que la siguen y que, siendo enemigos de los profetas, son para nosotros testigos admirables de la verdad de estas profecías, en la que incluso se anuncian sus miserias y su ceguera.

Descubro este encadenamiento; esta religión tan divina en su autoridad, en su duración, en su perpetuidad, en su moral, en su proceder, en su doctrina, en sus efectos; y las tinieblas de los judíos espantosas y anunciadas: *Eris palpans in meridie*.^[124] *Dabitur liber scienti litteras et dicet: «Non possum legere»*;^[125] cuando el cetro estaba aún en manos del primer usurpador extranjero, el rumor de la venida de Jesucristo.

Así, tiendo los brazos a mi Libertador, que después de haber sido anunciado durante cuatro mil años, ha venido a sufrir y a morir por mí en la tierra en los tiempos y en todas las circunstancias que fueron predichas; y por su gracia espero la muerte en paz, en la esperanza de estar eternamente unido a Él; y entretanto vivo con alegría, ya sea en los bienes que se digna darme, ya en los males que me envía para mi bien, y que me ha enseñado a sufrir con su ejemplo.

601. *Fuente de las contradicciones*. Un Dios humillado y hasta la muerte en cruz; un Mesías triunfando de la muerte con su muerte. Dos naturalezas en Jesucristo, dos advenimientos, dos estados de la naturaleza del hombre.

602. Blasfeman de lo que ignoran. La religión cristiana consiste en dos puntos; es importante que los hombres los conozcan, y es también peligroso que los ignoren; y es también una muestra de la misericordia de Dios haber dado indicios de los dos.

Y sin embargo creen poder concluir que uno de estos puntos no existe, apoyándose en lo que les hubiera debido convencer del otro. Los sabios que dijeron que no hay más que un Dios fueron perseguidos, los judíos odiados, los cristiano todavía más.

Han visto por sus luces naturales que si hay una verdadera religión en la tierra, todas las cosas deben tender hacia ella como hacia su centro: la dirección de todas las cosas ha de tener por objeto el establecimiento y la grandeza de la religión; los hombres han de alimentar dentro de sí sentimientos adecuados a lo que ella nos enseña; y en resumen, debe ser hasta tal punto el objeto y el centro al que tienden todas las cosas, que quien conozca sus principios puede explicar no sólo toda la naturaleza del hombre en particular sino también todo el orden del mundo en general.

Y apoyándose en esto, blasfeman de la religión cristiana porque la conocen mal. Imaginan que consiste sencillamente en la adoración de un Dios considerado como grande,

poderoso y eterno; lo cual es propiamente el deísmo, algo casi tan alejado de la religión cristiana como el ateísmo, que es su polo opuesto. De ahí sacan la conclusión de que esta religión no es verdadera, porque no ven que todas las cosas contribuyan al establecimiento de este punto, ya que Dios no se manifiesta a los hombres con toda la evidencia que podría hacerlo.

Pero sea cual fuere la conclusión que saquen contra el deísmo, ello no afecta para nada a la religión cristiana, que consiste propiamente en el misterio del Redentor, el cual, juntando en Él las dos naturalezas, humana y divina, sacó a los hombres de la corrupción del pecado para reconciliarlos con Dios en su divina persona.

Enseña, pues, a los hombres estas dos verdades hermanadas: que existe un Dios del cual los hombres son dignos, y que existe una corrupción en la naturaleza que les hace indignos de Él. Es muy importante que los hombres conozcan ambas cosas; y es tan peligroso para el hombre conocer a Dios sin conocer sus miserias, como conocer sus miserias sin conocer al Redentor que las puede sanar. Conocer una sola de estas dos cosas inclina, o a la soberbia de los filósofos, que han conocido a Dios, pero no sus miserias, o a la desesperación de los ateos, que conocen sus miserias sin redentor.

Y así como para el hombre es necesario el conocimiento de ambas cosas, también era necesario que la misericordia de Dios nos las hiciera conocer. La religión cristiana lo hace; consiste precisamente en esto.

Examinad el orden del mundo y ved si todas las cosas no tienden al establecimiento de estos dos núcleos de esta religión: Jesucristo es el objeto de todo y el centro al que todo tiende. Quien le conoce, conoce la razón de todas las cosas.

Los que se extravían sólo se extravían por dejar de ver una de estas dos cosas. Es, pues, posible conocer a Dios sin nuestras miserias, o conocer nuestras miserias sin Dios; pero no es posible conocer a Jesucristo sin conocer al mismo tiempo a Dios y a nuestras miserias.

Ésta es la causa de que no emprenda aquí la tarea de probar por razones naturales la existencia de Dios, la Trinidad, la inmortalidad del alma ni ninguna otra cuestión de esta naturaleza; no sólo porque no me sentiría capaz de descubrir en la naturaleza con qué convencer a ateos empedernidos, sino también porque este conocimiento, sin Jesucristo, es inútil y estéril. Aunque un hombre estuviera persuadido de que las proporciones de los números son verdades inmatrimales, eternas y que dependen de una verdad primera a la que deben su sustancia y que se llama Dios, yo no le consideraría muy adelantado en el camino de su salvación.

El Dios de los cristianos no consiste en un Dios simplemente autor de las verdades geométricas y del orden de los elementos: esto corresponde a paganos y a epicúreos. No consiste solamente en un Dios que manifiesta su providencia en la vida y en los bienes de los hombres, para conceder una dichosa sucesión de años a los que le adoran; esto corresponde a los judíos. Sino que el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de los cristianos es un Dios de amor y de consuelo; es un Dios que llena el alma y el corazón de aquellos a quienes posee; es un Dios que les hace sentir interiormente sus miserias y su misericordia infinita; que se les une en el fondo de su alma; que la llena de humildad, de alegría, de confianza, de amor; que les hace incapaces de tender hacia otro fin que no sea Él mismo.

Todos los que buscan a Dios fuera de Jesucristo y se detienen en la naturaleza, o bien no encuentran ninguna luz que les satisfaga o llegan a forjarse un medio de conocer a Dios y de servirle sin mediador, con lo cual caen o en el ateísmo o en el deísmo, que son dos cosas que la religión cristiana aborrece casi por igual.

Sin Jesucristo el mundo no subsistiría; pues, o bien hubiera tenido que ser destruido o bien convertirse en un infierno.

Si el mundo existiese para iluminar al hombre respecto a Dios, su divinidad reluciría en todas partes de una manera indiscutible; pero como sólo existe por Jesucristo y para Jesucristo, y para iluminar a los hombres acerca de su corrupción y de su redención, todo resplandece con las pruebas de estas dos verdades.

Lo que se muestra en él no indica ni una exclusión total ni una presencia manifiesta de divinidad, sino la presencia de un Dios que se esconde. Todo lleva este carácter.

El único que conoce la naturaleza, ¿cómo va sólo a conocerla para ser desdichado? El único que la conoce, ¿puede ser el único desdichado? No puede ser que no vea nada; y tampoco puede ser que vea lo suficiente para creerse que la posee; ve lo suficiente para conocer que la ha perdido; pues para saber que se ha perdido algo, es necesario ver y no ver. Y éste es precisamente el estado en que se encuentra la naturaleza.

Sea cual fuere la decisión que adopte, yo no voy a dejarle reposar.

603. Es, pues, verdad que todo instruye al hombre acerca de su condición, pero esto hay que entenderlo bien: porque no es cierto que todo descubre a Dios, como tampoco es cierto que todo oculta a Dios. Pero sí es cierto a la vez que Él se oculta a los que le tientan y que se manifiesta a los que le buscan, porque los hombres son al mismo tiempo indignos de Dios y capaces de Dios: indignos por su corrupción, capaces por su naturaleza primera.

604. ¿Qué conclusión sacaremos de todas nuestras oscuridades sino la de nuestra indignidad?

605. Si se quiere decir que el hombre es demasiado poco para merecer la comunicación con Dios, hay que ser muy grande para poder juzgarlo.

606. Si nunca se hubiese manifestado nada de Dios, esta privación eterna sería equívoca, y podría explicarse tanto por la ausencia de toda divinidad como por la indignidad que tendrían los hombres de conocerle; pero como se manifiesta de vez en cuando, y no siempre, ello deshace el equívoco. Si se manifiesta una vez, existe siempre; y por lo tanto sólo se puede sacar la conclusión de que existe un Dios y que los hombres son indignos de Él.

PRUEBAS DE JESUCRISTO

1. EN ÉL SE CUMPLEN LAS PROFECÍAS Y LOS TIPOS

607. Jesucristo no quiso el testimonio de los demonios ni de los que carecían de vocación; sino de Dios y de Juan Bautista.

608. La caridad no es un precepto figurativo. Decir de Jesucristo, que vino para quitar las figuras y mostrar la verdad, que sólo vino para mostrar la figura de la caridad, con el fin de quitar la realidad que existía antes, es horrible. «Si la luz que hay en ti es tinieblas, ¡qué tales serán las tinieblas!». (Mat., VI, 23).

609. Los profetas predijeron, pero nadie les predijo. Luego se predijo de los santos, pero ellos no predijeron. De Jesucristo se predijo y Él a su vez predijo.

610. Jesucristo figurado por José: inocente, predilecto de su padre, enviado por el padre para ver a sus hermanos, fue vendido por sus hermanos por veinte monedas de plata, y más tarde se convirtió en su señor, en su salvador, en el salvador de los extranjeros y el salvador del mundo; todo lo cual no hubiera sucedido sin el propósito de perderle, la venta y la reprobación de sus hermanos.

En la prisión, José inocente entre dos criminales; Jesucristo en la cruz entre dos ladrones. Anunció la salvación a uno y la muerte al otro por los mismos signos. Jesucristo salva a los elegidos y condena a los réprobos por los mismos crímenes. José no hace más que vaticinar; Jesucristo hace. José pide a aquél que ha de salvarse que se acuerde de él cuando esté en la gloria; y aquél a quien Jesucristo salva le pide que se acuerde de él cuando esté en su reino.

611. Después de la venida de muchos, llegó por fin Jesucristo y dijo: «Heme aquí, el tiempo ha llegado. Lo que los profetas dijeron que tenía que ocurrir, Yo os digo que lo harán mis apóstoles. Los judíos serán repudiados; Jerusalén no tardará en ser destruida; y los paganos accederán al conocimiento de Dios. Mis apóstoles así lo harán después de que hayáis matado al heredero de la viña». (Marc., XII, 6).

Y luego los apóstoles dijeron a los judíos: «Seréis malditos»; y a los paganos: «Acceded al conocimiento de Dios».

Y todo esto se realizó. (Celso se mofaba de ello).

612. *Mientras vivió el Mesías. Aenigmatis.*^[126] Ezequiel, XVII.

Su precursor. Malaquías, III. Nacerá un niño. Isaías, IX. Nacerá en la ciudad de Belén. Miqueas, V. Se mostrará principalmente en Jerusalén y nacerá de la familia de Judá y de David.

Tiene que cegar a los juiciosos y a los sabios, Isaías, VI, VIII, XXIX, etc., y anunciar el Evangelio a los pobres y a los humildes, devolver la salud a los enfermos y conducir a la luz a los que sufren en las tinieblas. Is., LXI.

Tiene que enseñar el camino perfecto y ser el preceptor de los gentiles. Is., LV, XLII, 1-7.

Las profecías han de ser ininteligibles para los impíos, Dan., XII, Oseas, últ. 10, pero comprensibles para los que están debidamente instruidos. Las profecías que le representan pobre, le representan dueño de las naciones. Is., LII, 14, etc., LUI. Zac., IX, 9. Las profecías que anuncian el tiempo de su venida hablan de Él como señor de los gentiles y doliente, no entre las nubes ni juez. Y las que le representan así, juzgando y glorioso, no indican el

tiempo.

Que ha de ser la víctima de los pecados del mundo. Is., XXXIX, LUI, etc. Ha de ser la piedra fundamental y preciosa. Is., XXVIII, 16. Ha de ser la piedra de tropiezo y de escándalo. Is. VIII. Jerusalén ha de tropezar con esta piedra. Los arquitectos tienen que rechazar esta piedra. Sal., CXVII, 22. Dios hará de esta piedra angular. Y esta piedra debe crecer en una inmensa montaña y ha de llenar toda la tierra. Dan., II.

Y que será rechazado, incomprendido, traicionado, Sal., CVIII, 8; vendido, Zac., XI; escupido, abofeteado, mofado, afligido de una infinidad de maneras, y que le darán hiel cuando tenga sed, Sal., LXVIII; traspasado, Zac., XII; los pies y las manos taladrados, muerto y que se echarán a suerte sus ropas, Sal., XXL. Que resucitará, Sal., XV; al tercer día. Oseas, VI, 3. Que subirá a los cielos para sentarse a la diestra. Sal, CIX. Que los reyes se armarán contra Él. Sal., II. Que una vez a la diestra del Padre, será victorioso de sus enemigos. Que los reyes de la tierra y todos los pueblos le adorarán. Is., LX.

Que los judíos seguirán siendo una nación. Jer., XXXI. Que andarán errantes, sin reyes, etc., Oseas, III; sin profetas, Amos; esperando la salvación y sin encontrarla, Is. LIX.

Vocación de los gentiles por Jesucristo. Is., LII, 15; LV, 5; LX, etc.; Sal., LXXXI. Os., I, 9: «Vosotros no sois ya mi pueblo, y yo no soy ya vuestro Dios, una vez os hayáis multiplicado en la dispersión. Los lugares donde no se llame mi pueblo, yo los llamaré mi pueblo».

613. *Profecías*. Que los judíos rechazarían a Jesucristo y que serían reprobados por Dios, y que por esta razón la viña elegida sólo daría agraces, Que el pueblo elegido sería infiel, ingrato e incrédulo, *populum non credentem et contradicentem*^[127] (Rom., X, 21), Que Dios le haría ciego y que andaría a tientas a pleno día como los ciegos. Que un precursor vendría antes que Él.

614. Que entonces la idolatría sería vencida; que este Mesías derribaría todos los ídolos, y haría que todos los hombres participasen en el culto del verdadero Dios (Ez., XXX, 12). Que los templos de los ídolos serían destruidos, y que en todas las naciones y en todos los lugares del mundo se le ofrecería una hostia pura, y no animales (Mal., I, 11). Que sería rey de los judíos y de los gentiles. Y que este rey de los judíos y de los gentiles, oprimido por los unos y por los otros que traman su muerte, dominador de los unos y de los otros, destruiría no sólo el culto de Moisés en Jerusalén, que era su centro, del que hace su primera Iglesia, sino incluso el culto de los ídolos en Roma, que era también su centro, y donde establece su principal Iglesia.

615. *Predicciones*. Dicho está que en tiempos del Mesías vendría a establecer una nueva alianza, que haría olvidar la salida de Egipto, Jer., XXIII, 5; Is., XLIII, 16; que pondría su ley, no en el exterior, sino en el corazón (Jer., XXXI, 33). Que infundiría su temor, que sólo había sido por fuera, en medio del corazón (XXXII, 40). ¿Quién no ve la ley cristiana en todo esto?

616. Que enseñaría a los hombres el camino perfecto (Is., II, 3). Y jamás ha venido, ni antes ni después de Él ningún hombre que enseñara nada divino parecido a esto.

617. Que entonces ya no se señalará al prójimo diciendo:

«He aquí al Señor», sino que todos me conocerán (Jer., XXXI, 34). «Vuestros hijos profetizarán». (Joel, II, 28). «Yo pondré mi espíritu y mi temor en vuestro corazón». (Jer. XXXI, 33).

Todo esto es la misma cosa. Profetizar es hablar de Dios, no por pruebas exteriores, sino por sentimiento interior e inmediato.

618. *Transfixerunt*,^[128] Zac., XII, 10. Que iba a venir un libertador que aplastaría la cabeza al demonio, que debía librar a su pueblo de sus pecados, *ex omnibus iniquitatibus*^[129] (Sal., CXXXIX, 8); que debía haber un Nuevo Testamento que sería eterno; que debía haber otro sacerdocio según el orden de Melquisedec (Sal., CIX, 4); que éste sería eterno; que el Cristo debía ser glorioso, poderoso, fuerte, y sin embargo tan desdichado que no se le reconocería; que no le tomarían por quien es; que le rechazarían, que le darían muerte; que su pueblo, después de renegar de Él, ya no sería su pueblo; que los idólatras le acogerían y acudirían a Él; que dejaría Sión para reinar en el centro de la idolatría; que sin embargo los judíos seguirían existiendo siempre; que debía ser de Judá, y cuando ya no hubiese reyes.

619. *Figuras*. Salvador, padre, sacrificador, hostia, alimento, rey, sabio, legislador, afligido, pobre, teniendo que engendrar un pueblo al que tenía que conducir y alimentar, hasta introducirlo en la tierra...

Jesucristo. Servicios. Él debía engendrar un gran pueblo, elegido, santo y escogido; conducirlo, alimentarlo, introducirlo en el lugar de reposo y de santidad; hacerlo santo para

Dios; convertirlo en el templo de Dios, reconciliarlo con Dios, salvarlo de la cólera de Dios, redimirlo de la servidumbre del pecado, que reina visiblemente en el hombre; dar leyes a este pueblo, grabar estas leyes en su corazón, ofrecerse a Dios por ellos, sacrificarse por ellos, ser una hostia sin mácula, y él mismo sacrificador; teniendo que ofrecer él mismo su cuerpo y su sangre, y sin embargo ofrecer pan y vino a Dios...

Ingrediens mundum ^[130] (Hebr., X, 5): «Piedra sobre piedra». (Marc., XIII, 2). Lo precedente, lo que pasó después. Todos los judíos aún existen y llevan una vida vagabunda.

2. HIZO MILAGROS

620. Jesucristo hizo milagros, y luego los apóstoles y los primeros santos, en gran número; porque, como las profecías aún no se habían cumplido y tenían que cumplirse por ellos, el único testimonio que tenían era el de los milagros. Estaba escrito que el Mesías convertiría a las naciones. ¿Cómo podía cumplirse esta profecía sin la conversión de las naciones? ¿Y cómo se hubieran convertido las naciones al Mesías, al no ver este último efecto de las profecías que son su prueba? O sea que antes de que hubiese muerto, resucitado y convertido a las naciones, todo no se había cumplido; y por eso se necesitaron milagros durante todo este tiempo. Ahora ya no se necesitan contra los judíos, porque el cumplimiento de las profecías es un milagro perenne.

621. Las profecías eran equívocas; ahora ya no lo son.

622. La historia del ciego de nacimiento (Juan, IX, 141).

¿Qué dice san Pablo? ¿Se remite constantemente a las profecías? No, sino a su milagro (2 Cor., XII, 12). ¿Qué dice Jesucristo? ¿Remite a las profecías? No; su muerte no las había cumplido; pero dice: *si non fecissem* ^[131] (Juan, XV, 24). Creed en las obras.

623. Jesucristo dice que las Escrituras dan testimonio de Él (Juan, V, 39), pero no dice en qué.

Ni siquiera las profecías podían demostrar quién era Jesucristo durante su vida; y así, no se hubiera sido culpable no creyendo en Él antes de su muerte, si los milagros no hubiesen bastado sin la doctrina. Ahora bien, los que no creían en Él durante su vida, eran pecadores, como Él mismo dice, y sin excusa (Juan, XV, 22). Era forzoso, pues, que tuviesen ante los ojos una demostración a la que opusieran resistencia. No tenían la Escritura, sino solamente los milagros; en consecuencia bastan, cuando la doctrina no es contraria, y hay que creer en ellos.

Juan, VII, 40: Disensiones entre los judíos, como hoy entre los cristianos. Unos creían en Jesucristo, otros no creían, a causa de las profecías que afirmaban que tenía que nacer en Belén. Hubieran tenido que hacer más comprobaciones, aun en este caso. Porque sus milagros eran convincentes, y así tenían que cerciorarse de esas supuestas contradicciones de su doctrina con la Escritura; y esta oscuridad no les disculpaba, sino que les cegaba. Por eso, los que se niegan a creer en los milagros de hoy, por una supuesta contradicción imaginaria, no están excusados.

El pueblo creía en Él por sus milagros, y los fariseos les decían: «Este pueblo está maldito, no conoce la ley; ¿hay acaso algún príncipe o fariseo que haya creído en Él? Porque nosotros sabemos que de Galilea no puede salir ningún profeta». Nicodemo respondió: «¿Es que nuestra ley juzga a un hombre antes de haberle escuchado, y además un hombre que hace tales milagros?».

624. Nadie hubiera pecado no creyendo en Jesucristo, de no ser por los milagros.

625. Yo no sería cristiano sin los milagros, dice san Agustín (Civ. Dei, XXII, 9).

626. No es posible creer razonablemente contra los milagros.

627. Jesucristo demostró que era el Mesías, nunca certificando su doctrina por la Escritura o las profecías, y siempre por sus milagros.

Demuestra que perdona los pecados con un milagro (Marc., II, 10).

«No os alegréis de que los espíritus os estén sometidos, alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en los cielos». (Luc., X, 20).

Si no creen en Moisés, no creerán a un resucitado.

Nicodemo reconoce por sus milagros que su doctrina es de Dios: «*Scimus quia venisti a Deo magister; nemo enim potest haec signa facere quae tu facis nisi Deus fuerit cum eo.*» ^[132] No juzga los milagros por la doctrina, sino la doctrina por los milagros.

Los judíos tenían una doctrina de Dios como nosotros tenemos una de Jesucristo, y confirmada por milagros; y tenían prohibido creer en los que hacían milagros, y además se les había ordenado que acudieran a los grandes sacerdotes y que se atuvieran a su opinión (Deut., XVIII, 10-18).

Y por lo tanto, todas las razones que nosotros tenemos para no creer en los que hacen milagros, las tenían ellos respecto a sus profetas. Y no obstante, eran muy culpables de rechazar a los profetas, a causa de sus milagros, y a Jesucristo; y no hubiesen sido culpables de no haber visto los milagros: «*Nisi fecissem... peccatum non haberent.*»^[133] Por lo tanto toda la fe reposa en los milagros.

A la profecía no se le llama milagro: así, san Juan habla del primer milagro en Caná, y luego de lo que Jesucristo dice a la samaritana al revelar toda su vida oculta, y más tarde cura al hijo de un cortesano, y san Juan llama a éste «el segundo milagro». (IV, 54).

628. Juan, VI, 26: «*Non quia vidistis signa, sed quia saturad estis.*»^[134] Los que siguen a Jesucristo a causa de sus milagros honran su poder en todos los milagros que éste hace; pero aquellos que diciendo que le siguen por sus milagros, en realidad sólo le siguen porque les consuela y les sacia de los bienes del mundo, deshonran sus milagros, aunque se opongan a sus comodidades.

629. Es algo tan visible que hay que amar a un solo Dios, que no se necesitan milagros para probarlo.

3. LA OSCURIDAD DE JESUCRISTO. EL MISTERIO DE LA EUCARISTÍA

630. *Sobre el hecho de que ni Josefo ni Tácito ni los demás historiadores hablaron de Jesucristo.* No sólo no es una prueba en contra, sino que es algo a favor. Porque es seguro que Jesucristo existió, que su religión dio mucho que hablar y que ellos no ignoraban su existencia, por lo cual es indudable que si lo ocultaron fue a propósito; o bien hablaron de Jesucristo y alguien suprimió estos pasajes o los desfiguró.

631. Jesucristo en una oscuridad tal (según lo que el mundo llama oscuridad) que los historiadores, que sólo tratan de las cosas importantes de los estados, apenas se enteraron de su existencia.

632. ¿Por qué Jesucristo no vino de una manera visible, en vez de fundar su prueba en profecías precedentes? ¿Por qué se hizo anunciar de un modo figurado?

633. Jesucristo no dice que no es de Nazaret, para dejar a los malos en la ceguera, ni tampoco que no es hijo de José.

634. A la Iglesia le ha costado tanto esfuerzo demostrar que Jesucristo era hombre, ante los que lo negaban, como demostrar que era Dios; y las apariencias eran las mismas en ambos casos.

635. Los judíos, al querer cerciorarse de que era Dios, demostraron que era hombre.

636. ¿Qué hombre se manifestó alguna vez con mayor gloria? Todo el pueblo judío le predijo antes de su venida. El pueblo gentil le adora después de su venida. Los dos pueblos, gentil y judío, le consideran como su centro.

Y no obstante, ¿qué hombre gozó menos que Él de esta gloria? De treinta y tres años, vivió treinta siendo desconocido. Durante tres años se le mira como a un impostor; los sacerdotes y los principales le rechazan; sus amigos y sus más allegados le desprecian. Finalmente muere traicionado por uno de los suyos, después de que otro renegara de Él y abandonado por todos.

¿Qué le correspondió, pues, de esta gloria? Jamás hubo hombre que tuviese tanta, ni jamás hubo hombre que sufriera también mayor ignominia. Toda esta gloria sólo nos ha servido a nosotros, para reconocerle; y para Él no hubo ninguna.

637. Si Jesucristo sólo hubiese venido para santificar, toda la Escritura y todas las cosas tenderían a ello, y sería muy fácil convencer a los infieles. Si Jesucristo sólo hubiese venido para cegar, todo su proceder sería confuso, y no tendríamos ningún medio de convencer a los infieles. Pero como vino *in sanctificationem et in scandalum*^[135] como dice Isaías, no podemos convencer a los infieles y ellos no pueden convencernos a nosotros; pero por eso mismo les convencemos, ya que decimos que no hay ninguna prueba en todo lo que hizo en favor de unos u otros.

638. Del mismo modo que Jesucristo vivió desconocido entre los hombres, su verdad subsiste entre las opiniones comunes sin ninguna diferencia exterior. Como la Eucaristía entre el pan común.

639. Según su jerga, la Eucaristía es toda ella el cuerpo de Jesucristo, pero lo que no puede decir es que es todo el cuerpo de Jesucristo. La unión de dos cosas sin cambio no permite poder decir que una de ellas se convierte en la otra: así el alma está unida al cuerpo, el fuego a la leña, sin cambio. Pero se requiere un cambio para que la forma de la una se convierta en la forma de la otra: así la unión del Verbo con el hombre. «Porque mi cuerpo sin mi alma no formaría el cuerpo de un hombre, luego mi alma, unida a cualquier

materia, dará lugar a mi cuerpo». No distingue la condición necesaria de la condición suficiente. El brazo izquierdo no es el derecho. La impenetrabilidad no es una propiedad de los cuerpos. Identidad de *número* respecto al mismo tiempo exige la identidad de la materia. Así, si Dios uniese mi alma a un cuerpo en la China, el mismo cuerpo, *idem número*, estaría en la China. El mismo río que fluye allí es *idem número* que el que fluye al mismo tiempo en la China.

4. JESUCRISTO REDENTOR DE TODOS

640. Nosotros no concebimos ni el estado glorioso de Adán, ni la naturaleza de su pecado, ni la transmisión de su culpa a nosotros. Son cosas que ocurrieron en el estado de una naturaleza muy distinta de la nuestra, y que sobrepasan el estado de nuestra capacidad presente. Es inútil que conozcamos todo ello para salir de esta situación; y lo único que nos importa saber es que somos miserables, corrompidos, separados de Dios, pero redimidos por Jesucristo; y de eso tenemos pruebas admirables en la tierra. Así, las dos pruebas de la corrupción y de la redención se fundan en los impíos, que viven en la indiferencia religiosa, y en los judíos, que son los enemigos irreconciliables de la religión.

641. De todo lo que existe en la tierra, sólo participa en las contrariedades, no en los placeres. Ama a su prójimo, pero su caridad no se encierra en estos límites, sino que se vierte sobre sus enemigos, y luego sobre los de Dios.

642. Jesucristo para todos, Moisés para un pueblo.

Los judíos benditos en Abraham: «Bendeciré a los que te bendigan». (Gén. XII, 3). Pero: «Se gloriarán en tu descendencia todos los pueblos de la tierra». (XIII, 18), *Parum est ut*,^[136] etc.

Lumen ad revelationem gentium.^[137]

Non fecit taliter omni nationi,^[138] decía David hablando de la ley. Pero al hablar de Jesucristo hay que decir: *Fecit taliter omni nationi. Parum est ut,*^[139] etc.; Isaías. Porque Jesucristo es universal; la propia Iglesia sólo ofrece el sacrificio por los fieles; Jesucristo ofreció el de la cruz por todos.

643. Hay herejía en explicar siempre *omnes* de todos, y herejía al no explicarlo a veces de todos. *Bibite ex hoc omnes.*^[140] Los hugonotes son herejes al entender de todos. *In quo omnes peccaverunt.*^[141] los hugonotes son herejes al exceptuar a los hijos de los fieles. Así, pues, hay que seguir a los Padres y a la tradición para saber cuándo, puesto que hay peligro de caer en la herejía de una y otra parte.

644. La discordancia aparente de los Evangelios.

645. Las figuras de la totalidad de la redención, como que el sol ilumina a todos (Mat., V, 45) sólo indican una totalidad; pero las que señalan exclusiones, como de los judíos elegidos excluyendo a los gentiles, indican la exclusión.

«Jesucristo redentor de todos». Sí, porque Él lo ofreció, como un hombre que redimió a todos aquellos que quisieran ir hacia Él. Los que mueran por el camino, ay de ellos; pero Él les ofrecía la redención. Esto sirve en este ejemplo, en el que quien redime y quien impide morir son dos personas distintas, pero no por lo que se refiere a Jesucristo, que reúne ambas condiciones. No, porque Jesucristo en calidad de redentor, quizá no sea señor de todos; y así, en la medida en que es en Él, es redentor de todos.

Cuando se dice que Jesucristo no murió por todos,^[142] abusáis de un vicio de los hombres, que se aplican en seguida esta excepción, lo cual equivale a inclinar a la desesperación; en vez de apartarles de ella para empujar a la esperanza. Porque uno se acostumbra así a las virtudes interiores por estas costumbres exteriores.

646. Jesucristo nunca condenó sin antes escuchar. A Judas: *Amice, ad quid venisti?*^[143] Al que no llevaba vestidos nupciales, lo mismo (XXII, 12).

647. El mundo subsiste para ejercer misericordia y juicio, no como si los hombres acabasen de salir de las manos de Dios, sino como enemigos de Dios, a los cuales Él da, por gracia, luz suficiente para volver a Él, si le quieren buscar y seguir, aunque también para castigarles si se niegan a buscarle y a seguirle.

5. LOS EFECTOS DE LA REDENCIÓN. LA GRACIA

648. Sólo nos alejamos alejándonos de la caridad.

Nuestras oraciones y nuestras virtudes son abominables para Dios, si no son las oraciones y virtudes de Jesucristo.

Y nuestros pecados nunca serán objetos de su misericordia, sino de la justicia divina, si

no son los de Jesucristo. Él adoptó nuestros pecados y nos admitió en su alianza; porque las virtudes le son propias y los pecados ajenos; y las virtudes nos son ajenas, y nuestros pecados nos son propios.

Mudemos la norma que hemos adoptado hasta aquí para juzgar lo que es bueno. Habíamos convertido nuestra voluntad en norma, sigamos ahora la de la voluntad de Dios: todo lo que Él quiere es para nosotros bueno y justo, todo lo que Él no quiere, malo e injusto.

Todo lo que Dios no quiere está prohibido. Los pecados están prohibidos por la declaración general que hizo Dios, al, y que por esta razón llamamos permitidas, no son, sin embargo, siempre permitidas. Pues cuando Dios aleja alguna de nosotros y por este hecho, que es una manifestación de la voluntad divina, se manifiesta que Dios no quiere que tengamos aquella cosa, entonces ello nos está prohibido como el pecado, puesto que la voluntad de Dios es que no tengamos ni una cosa ni otra. Entre ambas hay solamente una diferencia, la de que es seguro que Dios no querrá nunca el pecado, mientras que no lo es que no quiera nunca lo otro. Pero mientras Dios no lo quiera, debemos considerarlo como pecado; en tanto que la ausencia de la voluntad de Dios, que encierra únicamente toda la bondad y toda la justicia, la hace injusta y mala.

649. La victoria sobre la muerte. ¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? Quien quiera salvar su vida la perderá (Luc., IX, 25, 24).

«No he venido a abrogar la ley, sino a consumarla». (Mat., V, 17).

«He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». (Juan, 1,29).

«Moisés no os dio el pan del cielo. Moisés no os sacó del cautiverio ni os hizo verdaderamente libres». (Juan, VI, 32, VIII, 36).

650. *Santidad. Effundam spiritum meum.*^[144] Todos los pueblos vivían en la infidelidad y en la concupiscencia: toda la tierra fue ardiente de caridad, los príncipes abandonan su pompa, las vírgenes sufren el martirio. ¿De dónde viene esta fuerza? El Mesías ha venido; éste es el efecto, tales son las señales de su venida.

651. Entonces Jesucristo vino a decir a los hombres que sus únicos enemigos son ellos mismos; que son sus pasiones las que les apartan de Dios; que Él viene para destruirlas y para darles su gracia, a fin de hacer con todos ellos una Iglesia santa; que incluirá en esta Iglesia a los paganos y a los judíos; que viene a destruir los ídolos de los unos y la superstición de los otros.

A eso se oponen todos los hombres, no sólo por la oposición natural de la concupiscencia; sino que también, por encima de todo, los reyes de la tierra se juntan para abolir esta religión naciente, como ya se había anunciado. *Proph.: Quare fremereunt gentes... reges terrae... adversus Christum*^[145] (Sal., II, 1-2). Todo lo que hay de grande en la tierra se junta, los juiciosos, los sabios, los reyes. Unos escriben, otros ordenan, otros matan. Y a despecho de todas estas oposiciones, estas personas rústicas y sin fuerzas resisten a todos estos poderosos, y acaban por someterse estos reyes, estos sabios, y quitan la idolatría de todo el haz de la tierra. Y todo eso se hizo por la fuerza que lo había anunciado.

652. La conversión de los paganos sólo estaba reservada a la gracia del Mesías. Durante mucho tiempo los judíos les combatieron sin éxito; todo lo que les dijeron Salomón y los profetas fue inútil. Los sabios, como Platón y Sócrates, no pudieron vencerle.

653. Los impulsos de gracia, la dureza de corazón; las circunstancias exteriores.

654. Para hacer de un hombre un santo se necesita la gracia, y quien dude de ello no sabe ni lo que es un santo ni lo que es un hombre.

655. ¡Que Dios no nos impute nuestros pecados, es decir, todas las consecuencias y frutos de nuestros pecados, que son espantosos, incluso para las culpas más pequeñas, si queremos averiguarlos sin misericordia!

656. Todo puede sernos mortal, hasta las cosas hechas para servirnos; como en la naturaleza las murallas pueden matarnos, y las escaleras también, si no andamos con cuidado.

El menor movimiento afecta a toda la naturaleza; el mar entero cambia por una piedra. Así ocurre con la gracia, la menor acción alcanza por sus consecuencias a todo. Luego todo es importante.

En cada acción, hay que considerar, además de la acción, nuestro estado presente, pasado, futuro, y de los demás a los que afecta, y ver las relaciones de todas estas cosas. Entonces se obrará con más precaución.

La oración y el mérito

657. Consolaos: no es de vosotros de quien debéis esperarlo, sino, al contrario, no esperando nada de vosotros es como debéis esperarlo.

658. Jesucristo vino a cegar a los que veían claro y a devolver la vista a los ciegos; a sanar a los enfermos y a dejar morir a los sanos; a llamar a penitencia y a justificar a los pecadores, y a dejar a los justos con sus pecados; a colmar a los indigentes y a dejar vacíos a los ricos.

659. ¿Por qué Dios estableció la oración?

1.º Para comunicar a sus criaturas la dignidad de la causalidad.

2.º Para enseñarnos a quien debemos la virtud.

3.º Para hacernos merecer las demás virtudes por esfuerzo.

Pero, para reservarse la primacía, da la oración a quien le place.

Objeción: Pero se creará que debemos la oración a nosotros mismos. Esto es absurdo, pues teniendo la fe no se pueden tener las virtudes, ¿cómo vamos a tener la fe? ¿Acaso hay más distancia de la infidelidad a la fe que de la fe a la virtud?

Mérito, esta palabra es ambigua: *Meruit habere Redemptorem*^[146] (Oficio del Sábado Santo). *Meruit tam sacra membra tangere*.^[147] *Digno tan sacra membra tangere*^[148] (Himno *Vexilla regis*).^[149] *Non sum dignus*^[150] (Mat., VIII, 8). *Qui manducat indignus*^[151] (I Cor., XI, 29). *Dignus est accipere*^[152] (Apoc., IV, 11). *Dignare me*^[153] (Ave Regina).

Dios sólo da según sus promesas. Prometió conceder la justicia a las oraciones (Luc., XI, 9-13); sólo prometió las oraciones a los hijos de la promesa (Rom., IX, 8).

San Agustín dice exactamente que se quitarán las fuerzas al justo. Pero es casual el hecho de que lo dijera; porque podía haber sucedido que la ocasión de decirlo no se presentara. Pero sus principios permiten advertir que, al presentarse la ocasión, era imposible que no lo dijera o que dijese lo contrario. Cuenta, pues, más el verse obligado a decirlo, al presentarse la oportunidad, que el haberlo dicho, una vez se dio la ocasión: lo primero es de necesidad, lo otro de casualidad. Pero ambos son todo lo que se puede pedir.

660. Los efectos *in communi e in particulari*,^[154] Los semipelagianos se equivocan al decir de *in communi* lo que sólo es verdad *in particulari*; y los calvinistas diciendo *in particulari* lo que es verdad *in communi*, o eso me parece.

La salvación

661. «Con temor y temblor trabajad por vuestra salud». (FÍL, II, 12).

Pobres de la gracia: *Petenti dabitur*^[155] (Mat., VII, 7). O sea que está en nuestras manos el pedir. Al contrario Dios. No lo está, puesto que la obtención que lo pide no lo está. Pues dado que la salvación no lo está, y la obtención sí, la oración no lo está.

O sea que el justo ya no debería esperar en Dios, puesto que no debe esperar, sino esforzarse por obtener lo que pide.

662. El que conoce la voluntad de su amo recibirá más azotes, a causa del poder que tiene por el conocimiento (Luc., XII, 47-48). *Qui justus est, justificetur adhuc*,^[156] a causa del poder que tiene por la justicia. Al que ha recibido más, se le pedirán más cuentas, a causa del poder que tiene por la ayuda.

663. Toda situación, e incluso los mártires, no está libre del temor, por la Escritura. La mayor pena del purgatorio es la incertidumbre del juicio. *Deus absconditus*.^[157]

664. Saquemos, pues, la conclusión de que, puesto que el hombre es incapaz ahora de usar de este poder próximo, y que Dios no quiere que por este medio nos alejemos de Él, no se aleja por un poder eficaz.

Es decir, que los que se alejan no tienen ese poder sin el cual nadie se aleja del Dios, y los que no se alejan tienen este poder eficaz. O sea que los que después de perseverar durante un tiempo por este poder eficiente, dejan de rezar, carecen de este poder eficiente.

Y en consecuencia Dios es el primero en dejarnos en este sentido.

665. «Orad, no sea que caigáis en la tentación» (Luc., XXII, 46). Es peligroso ser tentado; y cuando alguien es tentado, ello se debe a que no reza. *Et tu conversus confirma fratres tuos*.^[158] Pero antes, *conversus Jesus respexit Petrum*.^[159] San Pedro pide permiso para herir a Maleo y le hiere antes de oír la respuesta, y Jesucristo responde después.

666. Los elegidos ignorarán sus virtudes y los condenados la magnitud de sus crímenes. «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, etc.?». (Mat., XXV, 37).

La gracia y la ley: el justo

667. La ley obligaba a lo que no daba. La gracia da a lo que obliga.

668. Rom., III, 27. Gloria excluida. ¿Por qué ley? ¿Las obras? No, sino por la fe. O sea que la fe no está en nuestras manos como las obras de la ley, y se nos da de otra manera.

669. La ley no destruía la naturaleza; la enseñaba; la gracia no destruye la ley, sino que la hace ejercer. La fe recibida en el bautismo es la fuente de toda la vida del cristiano y de los conversos.

670. Juan, VIII: *Multi crediderunt in eum. Dicebat ergo Jesus: «Si manseritis..., VERE mei discipuli eritis, et VERITAS LIBERABIT VOS».* Responderunt: «Semen Abrahae sumus, et nemini servivimus unquam.» ^[160]

Hay mucha diferencia entre los discípulos y los verdaderos discípulos. A éstos se les reconoce diciéndoles que la verdad les hará libres; porque, si responden que son libres y que por sí mismos pueden librarse de la esclavitud del demonio, son discípulos, pero no verdaderos discípulos.

671. ... falta de caridad, causa de la privación del espíritu de Dios, y sus malas acciones, a causa del paréntesis o interrupción del espíritu de Dios en él; y se arrepiente de ello afligiéndose.

El justo obra por fe en las menores cosas: cuando reprende a sus servidores desea su enmienda por el espíritu de Dios, y pide a Dios que se enmienden, y espera tanto de Dios como de sus reprensiones, y ruega a Dios que bendiga sus palabras de corrección. Y así en las demás acciones.

672. Abraham no tomó nada para sí, solamente para sus siervos (Gén., XIV, 24); semejantemente, el justo no toma nada del mundo para sí, ni tampoco de los aplausos del mundo; sino sólo para sus pasiones, de las cuales se sirve como amo, diciendo a una: *Ve*, y a otra: *Ven* (Mat., VIII, 9). *Sub te erit appetitus tuus.* ^[161] Sus pasiones así dominadas son virtudes: la avaricia, la envidia, la cólera, el propio Dios se las atribuye (Mat., xxv; Éx., XX, 5, etc.), y son tan virtudes como la clemencia, la compasión, la constancia, que también son pasiones. Hay que servirse de ellas como de esclavos y, dejándoles su alimento, impedir que el alma caiga en su poder; porque cuando las pasiones señorean, son vicios, y entonces dan al alma su alimento, y el alma se nutre de él y se emponzoña.

673. Los filósofos han consagrado los vicios, atribuyéndolos al propio Dios; los cristianos han consagrado las virtudes.

674. La gracia estará siempre en el mundo —y también la naturaleza—, de tal modo que es cierta manera natural.

Y así siempre habrá pelagianos y siempre habrá católicos y siempre habrá combate; porque el primer nacimiento hace a los unos y el segundo nacimiento hace a los otros.

6. LA MORAL

675. Toda la fe consiste en Jesucristo y en Adán; y toda la moral en la concupiscencia y en la gracia.

676. No hay doctrina más adecuada al hombre que ésta, que le instruye acerca de su doble capacidad de recibir y de perder la gracia, a causa del doble peligro al que siempre está expuesto, de desesperación o de orgullo.

677. La miseria persuade a la desesperación; el orgullo persuade para caer en la presunción. La Encarnación muestra al hombre la magnitud de su miseria por la magnitud del remedio que tuvo que emplearse.

678. Jesucristo es un Dios al que nos acercamos sin orgullo y ante el cual nos humillamos sin desesperación.

679. Ni una humillación que nos haga incapaces del bien, ni una santidad exenta del mal.

680. Alguien me decía cierto día que sentía una gran alegría y confianza después de una confesión. Otro me decía que conservaba el temor. Yo pensé, al oírles, que con los dos podría hacerse uno bueno y que cada cual fallaba en no tener el sentimiento del otro. Lo mismo sucede a menudo en otras cosas.

681. No hay más que dos clases de hombres: los justos que se creen pecadores y los pecadores que se creen justos.

682. Debemos mucha gratitud a los que avisan de los defectos, porque mortifican. Enseñan que hemos merecido el desprecio; no impiden que también nos desprecien más adelante, porque no faltan otros defectos para ello; preparan para el ejercicio de la corrección y de la supresión de un defecto.

683. La Escritura tiene pasajes para consolar a todas las condiciones, y para intimidar a todas las condiciones.

La naturaleza parece haber hecho lo mismo por sus dos infinitos, naturales y morales: porque tendremos siempre superiores e inferiores, más inteligentes que nosotros y menos, más elevados y más humildes, para abatir nuestro orgullo y levantar nuestra abyección.

684. El cristianismo es extraño. Ordena al hombre que admita que es vil e incluso abominable, y le ordena que quiera ser parecido a Dios. Sin tal contrapeso, esta elevación le haría horriblemente vanidoso, o la humillación le haría terriblemente abyecto.

685. ¡Con qué poco orgullo se cree un cristiano unido a Dios! ¡Con qué poca abyección se iguala a los gusanos de la tierra!

¡Qué hermosa manera de recibir la vida y la muerte, los bienes y los males!

686. ¿Qué diferencia hay entre un soldado y un cartujo, en cuanto a la obediencia? Porque ambos son igualmente obedientes, ambos están del todo sujetos, y llevan un género de vida igualmente penosa. Pero el soldado siempre espera convertirse en amo, y no llega a serlo nunca, porque los capitanes y hasta los príncipes son siempre esclavos y dependientes; pero sigue confiando, y se esfuerza siempre por alcanzar esta meta; mientras que el cartujo hace voto de vivir siempre en sujeción. Así, no se diferencian en la servidumbre perpetua, que uno y otro siempre tienen, sino en la esperanza, que tiene el uno y no tiene el otro.

687. La esperanza que albergan los cristianos de poseer un bien infinito se mezcla con el goce efectivo y con el temor; porque no es lo mismo que los que esperan un reino que nunca alcanzarán, porque seguirán estando sujetos; ellos esperan la santidad, la exención de injusticia, y algo de ello consiguen.

688. Nadie es tan dichoso como un verdadero cristiano, ni nadie es tan razonable, virtuoso y digno de amor.

689. Jesucristo no hizo más que enseñar a los hombres que se amaban a sí mismos que eran esclavos, ciegos, enfermos, desventurados y pecadores; que era preciso que Él les salvase, iluminase, santificase y curase; y que para lograr esto tenían que odiarse a sí mismos y seguirle por el camino del dolor y de la muerte en cruz.

690. Sin Jesucristo, es forzoso que el hombre viva en el vicio y en el dolor; con Jesucristo, el hombre se ve libre del vicio y del dolor. En Él reside toda nuestra virtud y toda nuestra felicidad; fuera de Él no hay más que vicio, dolor, errores, tinieblas, muerte, desesperación.

691. *Razón de los efectos*. Epicteto. Los que dicen: «Os duele la cabeza», no es lo mismo. Podemos tener seguridades sobre la salud y no sobre la justicia; y en efecto la suya era una puerilidad. Y no obstante creía demostrarla diciendo: «O está en nuestro poder o no». Pero no se daba cuenta de que no está en nuestras manos ordenar el corazón y se equivocaba al concluir semejante cosa por el hecho de que había cristianos (*Coloquios*, IV, 7).

692. Aunque Epicteto hubiese visto con toda claridad el camino, dice a los hombres: «Seguís uno equivocado»; señala que el camino es otro, pero no conduce a él. El camino es querer lo que Dios quiere; sólo Jesucristo lleva por este camino: *Via, veritas*.^[162]

También los vicios de Zenón.

693. Es bueno sentirse cansado, abrumado por la búsqueda inútil del verdadero bien, para tender los brazos al Libertador.

694. *Comminuentes cor*^[163] (san Pablo), éste es el carácter cristiano. *Alba quiso nombraros, yo ya no sé quién sois*^[164] (Corneille), éste es el carácter inhumano. El carácter humano es lo contrario.

695. Sólo la religión cristiana hace al hombre amable y feliz al mismo tiempo. Según el mundo no es posible ser amable y feliz a la vez.

696. «Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida». (I Juan, II, 16): *libido sentiendi, libido sciendi, libido dominandi*. ¡Ay de la tierra maldita que estos tres ríos de fuego encienden más que riegan! ¡Bienaventurados aquellos que, encontrándose en estos ríos, no sumergidos en ellos ni arrastrados por sus aguas, sino firmemente inmóviles, no de pie, sino sentados en una posición baja y segura, de la que no se levantan antes de que haya luz, sino que después de haber reposado allí en paz, tienden la mano a Aquél que debe elevarles para hacerles estar de pie y firmes en los pórticos de la santa Jerusalén, donde el orgullo no podrá combatirles ni abatirles; y que mientras, lloran, no de ver cómo pasan todas las cosas perecederas que se llevan estos torrentes, sino por el recuerdo de su amada patria, de la Jerusalén celestial de la que sin cesar se acuerdan mientras dura su destierro!

697. Los ríos de Babilonia fluyen, se despeñan y arrastran. ¡Oh, santa Sión, donde todo es estable y nada se despeña!

Hay que sentarse sobre los ríos, no debajo ni dentro, sino encima; y no de pie, sino

sentado: para ser humilde, por estar sentado, y para estar seguro estando encima. Pero permaneceremos de pie en los pórticos de Jerusalén.

Veamos si este placer es estable o fugitivo: si se nos va de las manos es un río de Babilonia.

698. *Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, orgullo, etc.* Hay tres órdenes de cosas: la carne, el entendimiento, la voluntad. Los carnales son los ricos, los reyes: tienen por objeto el cuerpo. Los curiosos y doctores tienen por objeto el entendimiento. Los sabios tienen por objeto la justicia.

Dios ha de reinar sobre todo y todo referirse a Él. En las cosas de la carne reina propiamente la concupiscencia; en las del entendimiento, propiamente la curiosidad; en la sabiduría propiamente el orgullo. No porque no podamos sentirnos satisfechos por los bienes o por los conocimientos, pero no es el lugar del orgullo; pues al conceder a un hombre que es sabio, no se le dejará de convencer de que obra mal al ser soberbio. El lugar propio de la soberbia es la sabiduría: porque no se puede conceder a un hombre que se ha hecho sabio y que obra mal cayendo en la soberbia; porque esto es de justicia. Por eso sólo Dios da la sabiduría; y por este motivo, *Qui gloriatur, in Domino gloriatur.*^[165]

7. EL ORDEN DE LA JUSTICIA UNIVERSAL. LA RENUNCIA

699. «Si hubiese visto un milagro», dicen, «me hubiera convertido». ¿Cómo aseguran que harían lo que ignoran? Se imaginan que esta conversión consiste en una adoración que se hace de Dios como un trato y una conversación tal como se lo figuran. La verdadera conversión consiste en aniquilarse ante este Ser universal al que se ha enojado tantas veces, y que puede perderos legítimamente en cualquier instante; en reconocer que no es posible hacer nada sin Él, y que lo único que hemos merecido que nos dé es la desgracia. Consiste en comprender que hay una oposición invencible entre Dios y nosotros, y que, sin un mediador, no puede haber ningún trato entre nosotros.

700. Ninguna otra religión propone odiarse. Ninguna otra religión puede, pues, atraer a aquellos que se odian y que buscan un ser verdaderamente digno de ser amado. Y éstos, aunque nunca hubiesen oído hablar de la religión de un Dios humillado, la abrazarían en el acto.

701. Cuando queremos pensar en Dios, ¿acaso no hay nada que nos distrae, que nos tienta a pensar en otra cosa? Todo esto es malo y nació con nosotros.

702. La voluntad propia nunca se dará por satisfecha, aunque pudiese hacer todo lo que quiera; pero nos sentimos satisfechos en el mismo instante en que renunciamos. Sin ella no se puede estar descontento; por ella no se puede estar contento.

703. Es falso que seamos dignos de que los demás nos amen, es injusto que lo queramos. Si hubiéramos nacido razonables e indiferentes, y conociéndonos a nosotros mismos y a los demás, no daríamos esta inclinación a nuestra voluntad. Sin embargo, nacemos con ella; o sea que nacemos injustos, porque todo tiende a sí mismo. Esto va contra todo orden: hay que tender a lo general; y la inclinación hacia uno mismo es el comienzo de todo desorden, en guerra, en sociedad, en economía, en el cuerpo particular del hombre. La voluntad está, pues, depravada.

Si los miembros de las comunidades naturales y civiles tienden al bien del cuerpo, las comunidades mismas deben tender a otro cuerpo más general, del que son miembros.

Hay, pues, que tender a lo general. En consecuencia, nacemos injustos y depravados.

Ninguna religión, salvo la nuestra, enseña que el hombre nace en pecado, ninguna secta de filósofos lo dice: o sea que ninguna ha dicho la verdad.

No ha habido nunca en la tierra ninguna secta ni religión, salvo la religión cristiana.

Miembros pensantes

704. Imaginemos un cuerpo lleno de miembros pensantes.

705. *Miembros. Empezar por ahí.* Para ordenar el amor que nos debemos a nosotros mismos, hay que imaginar un cuerpo lleno de miembros pensantes, porque nosotros somos miembros del todo, y ver cómo cada miembro debería amarse, etc.

706. Si los pies y las manos tuvieran una voluntad particular, sólo podrían permanecer en su orden sometiendo esta voluntad particular a la voluntad primera que gobierna el cuerpo entero. De no hacerlo así, vivirían en el desorden y en la desdicha; pero al no desear más que el bien del cuerpo, trabajan para su propio bien.

707. Solamente hay que amar a Dios y no odiarse más que a uno mismo.

Si el pie hubiera ignorado siempre que pertenece al cuerpo y que existe un cuerpo del que depende, si sólo hubiese tenido el conocimiento y el amor de sí mismo, y descubriera que pertenece a un cuerpo del que depende, qué pesar, que lamentaciones por su vida pasada, por haber sido inútil al cuerpo que le infundió la vida, que le hubiera aniquilado de haberlo rechazado y separado de sí, como el pie se separaba de él. ¡Qué agradecidas oraciones por haberse conservado unido al cuerpo! ¡Y con qué sumisión se iba a dejar gobernar por la voluntad que rige el cuerpo, hasta el punto de consentir en que lo corten si ello es preciso! O bien perdería su calidad de miembro; porque es necesario que todo miembro esté dispuesto a perecer por el cuerpo, que es lo único por lo que todo existe.

708. Para hacer que los miembros sean dichosos es preciso que tengan una voluntad, y que la sometan al cuerpo.

709. Moral. Como Dios hizo el cielo y la tierra, que no comprenden la felicidad de su ser, quiso hacer seres que la conociesen, y que compusieran un cuerpo de miembros pensantes. Porque nuestros miembros no entienden la dicha de su unión, de su admirable inteligencia, del cuidado con que la naturaleza les infundió los espíritus, haciéndoles crecer y durar. ¡Qué felices serían si lo entendiesen, si lo viesan! Pero para ello sería preciso que tuvieran inteligencia para conocerlo y buena voluntad para adecuarse al alma universal. Pues si, aun teniendo inteligencia, se sirviesen de ella para retener los alimentos sin permitir que pasaran a los demás miembros, no sólo serían injustos, sino además desdichados, y se odiarían en vez de amarse. Porque su felicidad, lo mismo que su deber, consiste en consentir en la dirección del alma entera a la que pertenecen, que les ama más de lo que ellos se aman a sí mismos.

710. Ser miembro consiste en no tener vida, ser ni movimiento más que por el espíritu del cuerpo y para el cuerpo.

El miembro separado, como ya no ve al cuerpo al que pertenece, no es más que un ser que perece, moribundo. Sin embargo, cree ser un todo, y al no ver ningún cuerpo del que dependa, cree no depender más que de sí mismo y quiere hacerse centro y cuerpo él mismo. Pero como carece en sí de principio de vida, no hace más que extraviarse, y se pasma en la incertidumbre de su ser, comprendiendo que no es cuerpo, y no obstante no viendo que es miembro de un cuerpo. Finalmente, cuando consigue conocerse, es como si volviera a sí mismo y sólo se ama para el cuerpo. Y lamenta sus pasados extravíos.

Por su naturaleza no podría amar otra cosa, si no es para sí mismo y para dominarla, porque cada cosa se ama más que todo. Pero al amar al cuerpo se ama a sí mismo, porque sólo tiene ser en él, por él y para él: *Qui adhaeret Deo unus spiritus est.*^[166]

El cuerpo ama la mano; y la mano, si tuviese una voluntad, debería amarse del mismo modo que el alma la ama. Todo amor que va más allá es injusto.

Adhaerens Deo unus spiritus est. Nos amamos porque somos miembros de Jesucristo. Se ama a Jesucristo porque es el cuerpo del que somos miembros. Todo es uno, uno está en el otro, como las tres Personas.

711. El señor de Condren: ^[167] no existe, dice, punto de comparación entre la unión de los santos y la de la Santísima Trinidad. Jesucristo dice lo contrario (Juan, XVII, 11).

712. La verdadera y única virtud está, pues, en odiarse (ya que somos dignos de odio por nuestra concupiscencia) y en buscar a un ser verdaderamente digno de amor para amarle. Pero, como no podemos amar lo que está fuera de nosotros, hay que amar a un ser que esté en nosotros, sin que sea lo mismo que nosotros, y eso puede aplicarse a todos y cada uno de los hombres. Ahora bien, solamente el Ser universal es así. El reino de Dios está en nosotros: el bien universal está en nosotros, es nosotros mismos, y no es nosotros.

El amor de Dios

713. Dos leyes bastan para regir toda la República cristiana, y son mejores que todas las leyes políticas.

714. Los ejemplos de las muertes generosas de los lacedemonios y otros no nos conmueven demasiado. Pues ¿qué es lo que nos enseña? Pero el ejemplo de la muerte de los mártires nos conmueve; pero ellos son «nuestros miembros». (Rom., XII, 5). Nos une a ellos un vínculo común: su resolución puede formar la nuestra, no sólo por el ejemplo, sino también porque quizá nos mereció la nuestra. No hay nada semejante en los ejemplos de los paganos: no nos une ningún vínculo con ellos; como uno no se convierte en rico por ver a un extraño que lo es, pero sí porque su padre o su marido lo son.

8. LOS CAMINOS DE LA SALVACIÓN

La verdad y la caridad

715. La comprensión de las palabras de bien y de mal.

716. Si es una ceguera sobrenatural vivir sin esforzarse por averiguar lo que somos, es una ceguera terrible vivir mal creyendo en Dios.

717. La experiencia nos enseña a ver una diferencia enorme entre la devoción y la bondad.

718. Primer peldaño: ser vituperado obrando mal y elogiado obrando bien. Segundo peldaño: no ser ni elogiado ni vituperado.

719. *Obras exteriores*. No hay nada más peligroso que lo que complace a Dios y a los hombres; porque los estados que complacen a Dios y a los hombres tienen una parte que complace a Dios y otra que complace a los hombres; como la grandeza de santa Teresa: lo que complace a Dios es su profunda humildad en sus revelaciones; lo que complace a los hombres son sus luces. Y así, se dedican grandes esfuerzos a imitar sus razonamientos, creyendo imitar así su condición; y por lo tanto, amar lo que Dios ama, poniéndose en el estado que Dios ama.

Es mejor no ayunar y ser humilde de corazón que ayunar y felicitarse por ello. Fariseo, publicano (Luc., XVIII, 9-14).

¿De qué me sirve recordarlo si ello puede igualmente dañarme y servirme, y que todo depende de la bendición de Dios, que sólo da a las cosas hechas para Él, y según sus reglas y en sus caminos, porque la manera de hacerlo es tan importante como lo que se hace, y tal vez más, puesto que Dios puede sacar bien del mal y que sin Dios se saca mal del bien?

720. Las condiciones más fáciles de vivir según el mundo son las más difíciles de vivir según Dios; y al contrario: nada es más difícil según el mundo que la vida religiosa; nada es más fácil que vivirla según Dios. Nada es más fácil que ocupar un alto puesto y tener grandes bienes según el mundo; y nada es más difícil que vivir así según Dios, y sin poner afición en ello.

721. El Dios de los cristianos es un Dios que hace sentir al alma que Él es su único bien, que todo su solaz está en él y que su única alegría está en amarle; y que al mismo tiempo le hace aborrecer los obstáculos que le retienen y que le impiden amar a Dios con todas sus fuerzas: el amor propio y la concupiscencia, que le entorpecen, le son insoportables. Este Dios le hace sentir que tiene este fondo de amor propio que la pierde, y que sólo Él puede sanarla.

722. *Fascinatio*^[168] (Sab., IV, 12). *Somnum suum*^[169] (Sal., LXXV, 6). *Figura hujus mundi*^[170] (I Cor., VII, 31).

Inimici Dei terram lingent^[171] (Sal., LXXI, 9). Los pecadores lamen la tierra, es decir, aman los placeres terrenales.

El Antiguo Testamento contenía las figuras del goce futuro, y el Nuevo contiene los medios de alcanzarlo. Las figuras eran de alegría, los medios de penitencia; y sin embargo, el cordero pascual se comía acompañado de lechugas silvestres, *cum amaritudinibus* (Éx., XII, 8).

Singularis sum ego donec transeam^[172] (Sal. CXL, 10). Antes de su muerte, Jesucristo era casi él único mártir.

La Eucaristía. *Comedes panem tuum*^[173] (Deut., VIII, 9). *Panem nostrum*^[174] (Luc., XI, 3).

La penitencia

723. Es cierto que hay dolor al entrar en la piedad. Pero este dolor no se debe a la piedad que empieza a existir en nosotros, sino a la impiedad que aún queda. Si nuestros sentidos no se opusieran a la penitencia, y nuestra corrupción no se opusiera a la pureza de Dios, no habría en todo ello nada penoso para nosotros. Solamente sufrimos en la medida en que el vicio, que no es natural, resiste a la gracia sobrenatural. Nuestro corazón se siente desgarrado entre dos esfuerzos contrarios; pero sería muy injusto achacar esta violencia a Dios que nos atrae, en lugar de atribuirla al mundo que nos retiene. Como un niño, al que su madre arranca de los brazos de los ladrones, ha de amar, en el dolor que sufre, la violencia amorosa y legítima de la que le proporciona la libertad, y no detestar más que la violencia injuriosa y tiránica de los que le retienen injustamente. La guerra más cruel que Dios puede declarar a los hombres en esta vida es dejarles sin esta guerra que Él vino a traer. «Yo he venido a traer la guerra», dijo (Mat., X, 34); y en cuanto a los instrumentos de

esta guerra: «Yo he venido a echar fuego en la tierra». (Luc., XII, 49). Antes de su venida, el mundo vivía en esta falsa paz.

724. La penitencia es el único de todos los misterios que fue declarado manifiestamente a los judíos, y por san Juan, precursor; y luego los demás misterios: para indicar que en cada hombre, como en el mundo entero, había de observarse este orden.

725. Contra aquellos que, confiando en la misericordia de Dios, permanecen en la molición sin hacer buenas obras. Como las dos fuentes de nuestros pecados son el orgullo y la pereza, Dios nos ha descubierto dos virtudes que hay en Él para curarlos: su misericordia y su justicia. Lo propio de la justicia es abatir el orgullo, por santas que sean las obras, *et non intres in iudicium*,^[175] etc., y lo propio de la misericordia es combatir la pereza invitando a las buenas obras, según este pasaje: «La misericordia de Dios invita a la penitencia». (Rom., II, 4); y este otro de los ninivitas: «Hagamos penitencia, quién sabe si así Dios se apiadará de nosotros». (Jonás, III, 9). Y así no sólo la misericordia no autoriza la dejadez, sino que, por el contrario, es la virtud que la combate formalmente; de tal modo que, en lugar de decir: «Si en Dios no hubiese misericordia habría que hacer todo género de esfuerzos por la virtud», hay que decir por el contrario que puesto que en Dios hay misericordia, hay que hacer todo género de esfuerzos.

726. La única ciencia que va contra el sentido común y la naturaleza de los hombres es la única que siempre ha subsistido entre los hombres.

727. La única religión contra la naturaleza, contra el sentido común, contra nuestros placeres, es la única que siempre ha existido.

9. JESUCRISTO

728. No sólo es imposible, sino inútil conocer a Dios sin Jesucristo. No se han alejado de Él, sino que se han acercado; no se han humillado, sino.

Quo quisque optimus, eo pessimus, si hoc ipsum, quod sit est, adscribat sibi.^[176]

729. No sólo no conocemos a Dios más que por Jesucristo, sino que incluso sólo nos conocemos a nosotros mismos por Jesucristo. Sólo conocemos la vida y la muerte por Jesucristo. Fuera de Jesucristo no sabemos lo que es ni nuestra vida, ni nuestra muerte, ni Dios, ni nosotros mismos.

Así, sin la Escritura, cuyo único objeto es Jesucristo, no sabemos nada y no vemos más que oscuridad y confusión en la naturaleza de Dios y en nuestra propia naturaleza.

730. *Dios por Jesucristo.* Sólo conocemos a Dios por medio de Jesucristo. Sin este Mediador quedamos privados de toda comunicación con Dios; por Jesucristo conocemos a Dios. Los que pretendían conocer a Dios y probarlo sin Jesucristo no tenían más que pruebas impotentes. En cambio, para probar a Jesucristo contamos con las profecías, que son pruebas sólidas y palpables. Y como estas profecías se cumplieron y quedaron verdaderamente certificadas por la venida de Cristo, indican la certidumbre de estas verdades, y por lo tanto son pruebas de la divinidad de Jesucristo. En Él y por Él conocemos, pues, a Dios. Sin Él y sin la Escritura, sin el pecado original, sin Mediador necesario, prometido y encarnado, no es posible probar la existencia de Dios, ni enseñar buena doctrina ni buena moral. Pero por Jesucristo y en Jesucristo se demuestra a Dios y se enseña la moral y la doctrina. Jesucristo es, pues, el verdadero Dios de los hombres.

Pero conocemos al mismo tiempo nuestra miseria, porque este Dios no es más que el Reparador de nuestra miseria. Por lo tanto para conocer bien a Dios hay que conocer nuestras iniquidades. Así, los que conocieron a Dios sin conocer sus pecados, no le glorificaron, sino que se glorificaron a sí mismos. *Quia non cognovit per sapientiam, placuit Deo per stultitiam praedicationis salvos facere.*^[177]

731. Considerar a Jesucristo en todas las personas y en nosotros mismos: Jesucristo como padre en su padre, Jesucristo como hermano en sus hermanos, Jesucristo como pobre en los pobres, Jesucristo como rico en los ricos, Jesucristo como doctor y sacerdote en los sacerdotes, Jesucristo como soberano en los príncipes, etc. Porque Él es por su gloria todo lo que es grande, ya que es Dios, y por su vida mortal es todo lo miserable y abyecto de este mundo. Para eso tomó esa desventurada condición, para poder ser en todas las personas, y modelo de todas las condiciones.

732. Amo a todos los hombres como hermanos míos porque todos han sido redimidos. Amo la pobreza porque Él la amó. Amo los bienes porque dan los medios de socorrer a los necesitados. Guardo fidelidad a todo el mundo. No devuelvo el mal a los que me lo hacen; sino que les deseo una condición semejante a la mía en la que no recibo mal ni bien por parte de los hombres. Trato de ser justo, veraz, sincero y fiel a todos los hombres; y siento

especial afecto en mi corazón por aquellos a quienes Dios me ha unido más estrechamente; y, ya me encuentre solo, ya ante la vista de los hombres, tengo en todos mis actos la visión de Dios que debe juzgarlas, y a quien las he consagrado todas.

Éstos son mis sentimientos, y todos los días de mi vida bendigo a mi Redentor que me los ha infundido, y que, de un hombre lleno de flaquezas, de miserias, de concupiscencia, de orgullo y de ambición, ha hecho un hombre libre de todos estos males por la virtud de su gracia, a la que se debe toda la gloria, porque míos no son más que la bajeza y el error.

733. *Dignior plagis quam osculis, non timeo quia amo.*^[178]

734. Parece que Jesucristo sólo deja tocar sus heridas después de haber resucitado: *Noli me tangere.*^[179] Sólo hay que unirse a sus sufrimientos.

Se da a comulgar como mortal en la Cena, como resucitado a los discípulos de Emaús, como subido al cielo a toda la Iglesia.

735. *Sepulcro de Jesucristo.* Jesucristo estaba muerto, pero ante la vista de todos, en la cruz. Está muerto y oculto en el sepulcro.

Jesucristo sólo fue sepultado por santos.

Jesucristo no hizo ningún milagro en el sepulcro.

Sólo santos entran allí.

Allí es donde Jesucristo adquiere una nueva vida, no en la cruz.

Es el último misterio de la Pasión y de la Redención.

En esta tierra Jesucristo no tuvo más lugar donde reposar que el sepulcro.

Sus enemigos sólo dejaron de acosarle en el sepulcro.

El misterio de Jesús

736. *El misterio de Jesús.* Jesús sufre en su pasión los tormentos que le causan los hombres; pero en la agonía sufre los tormentos que se da a sí mismo: *turbare semetipsum.*^[180] Es un suplicio de una mano que no es humana, sino todopoderosa, y que hay que ser todopoderoso para soportar.

Jesús busca algún consuelo, al menos en sus tres amigos más queridos, y éstos duermen; les pide que velen un poco con Él, y le abandonan de un modo total, con tan poca compasión que ni siquiera podía impedirles dormir un momento. Y así se dejaba a Jesús completamente solo, abandonado a la cólera de Dios.

Jesús está solo en la tierra, no sólo no hay nadie que sienta y comparta su dolor, sino que ni siquiera hay alguien que lo conozca: el cielo y Él son los únicos que lo conocen.

Jesús está en un huerto, en un jardín, no de delicias como el primer Adán, donde se perdió él y todo el género humano, sino en uno de suplicios, donde se salva con todo el género humano.

Sufre este dolor y este abandono en el horror de la noche.

Creo que Jesús únicamente se quejó en esta ocasión. Pero entonces se queja como si ya no pudiese contener un dolor excesivo. «Mi alma está triste hasta la muerte.»^[181]

Jesús busca compañía y consuelo entre los hombres. Esto me parece que es un hecho único en toda su vida. Pero no se la dan, porque sus discípulos duermen.

Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo: no hay que dormir durante este tiempo.

Jesús, en medio de ese abandono universal y de sus amigos escogidos para velar con Él, al encontrarles durmiendo se enoja a causa del peligro no que le hacen correr a Él, sino a ellos mismos, y les aconseja por su propia salvación y por su bien con un afecto cordial que contrasta con su ingratitud, y les dice que el espíritu está pronto, pero la carne es flaca.^[182]

Jesús, al volverles a encontrar durmiendo, a pesar de lo que les había dicho de ellos y de sí mismo, tiene la bondad de no despertarles, y les deja descansar.

Jesús ora en la incertidumbre de la voluntad del Padre, y teme a la muerte; pero al conocer esta voluntad, se adelanta para cumplirla y ofrecerse: *Eamus. Processit*^[183] (Joannes).

Jesús rogó a los hombres y éstos no le escucharon.

Jesús, mientras sus discípulos dormían, obró su salvación. Como lo hizo a cada uno de los justos mientras dormían, y en la nada anterior a su nacimiento, y en los pecados posteriores a su nacimiento.

Sólo una vez pide que pase de Él aquel cáliz, y lo hace con sumisión, y dos veces dice que está dispuesto si es necesario.

Jesús en la angustia.

Jesús, viendo a todos sus amigos dormidos y a todos sus enemigos alerta, se pone por

completo en manos de su Padre.

Jesús no ve en Judas su traición, sino la voluntad de Dios que Él abraza, y ve tan poca traición en Judas que le llama amigo.

Jesús se aparta de sus discípulos para entrar en la angustia; como hay que apartarse con violencia de los más próximos y de los más íntimos para imitarle.

Como Jesús en la angustia y en las mayores congojas, oremos sin descanso.

Imploramos la misericordia de Dios, no para que nos deje en paz con nuestros vicios, sino para que nos libre de ellos.

Si Dios nos señalase personalmente unos amos, ¿cómo no íbamos a obedecerles de buen grado? Pues la necesidad y las circunstancias son infaliblemente lo mismo.

—«Consuélate, no me buscarías si ya me hubieses encontrado. Pensaba en ti en mi agonía, vertí aquellas gotas de sangre por ti.

»Es tentarme más que ponerte a prueba, imaginar que harías bien tal o cual cosa que no sucede: Yo la haré en ti si sucede.

»Déjate guiar por mis mandatos; mira cómo guie bien a la Virgen y a los santos que me dejaron obrar en ellos.

»El Padre ama todo lo que Yo hago.

¿Quieres que siga costándome sangre mi humanidad, sin que tú des lágrimas?

»Tu conversión es tarea mía; no temas nada y ora con confianza como para mí.

«Estoy contigo por mi palabra en la Escritura, por mi espíritu en la Iglesia y por las inspiraciones, por mi poder en los sacerdotes, por mi oración en los fieles.

»Los médicos no te sanarán; porque finalmente morirás. Pero soy Yo quien sana y hace inmortal el cuerpo.

«Sufre las cadenas y la servidumbre corporal; ahora yo no te libero más que de la espiritual.

»Soy más amigo tuyo que éste o aquél; porque he hecho por ti más que ellos, y ellos no te tolerarían lo que Yo he tolerado de ti, y no morirían por ti en el tiempo de tus infidelidades y crueldades, y como hice y estoy dispuesto a hacer y hago, en mis elegidos y en el Santísimo Sacramento.

»Si conocieses tus pecados, te desalentarías».

—Me desalentaré, pues, Señor, porque creo en su malicia, ya que Vos me lo decís.

—«No, porque Yo, por quien tú sabes esas cosas, puedo curarte de tus pecados, y el hecho de que te lo diga es un indicio de que te quiero curar. A medida que los expíes los conocerás, y se te dirá: Mira, los pecados que te son perdonados. Haz, pues, penitencia por tus pecados ocultos y por la malicia oculta de los que conoces».

—Señor, yo os lo doy todo.

—«Yo te amo más aún de lo que tú amabas tus impurezas, *ut immundus pro luto*.^[184]

»Que la gloria sea para mí, y no para ti, gusano y tierra.

»Di a tu director que mis propias palabras te son ocasión de mal, de vanidad o de curiosidad».

—Veo mi abismo de orgullo, de curiosidad, de concupiscencia. No hay ninguna proporción entre Dios y yo, entre el justo Jesucristo y yo. Pero Él se hizo pecado por mí; todos vuestros azotes cayeron sobre Él. Es más abominable que yo, y en vez de aborrecerme se considera honrado porque yo vaya a Él y le socorra. Pero Él mismo se sanó, y con mayor razón me sanará. Hay que añadir mis llagas a las tuyas, y unirme a Él, y Él me salvará al salvarse. Pero no hay que añadir más en el futuro.

Eritis sicut dii scientes bonum et malum.^[185] Todo el mundo hace de Dios al juzgar: «Esto es bueno o malo», y al afligirse o alegrarse demasiado por lo que sucede.

Hacer las cosas pequeñas como si fueran grandes, a causa de la majestad de Jesucristo, que las hace en nosotros y que vive nuestra vida; y las grandes como pequeñas y fáciles, a causa de su omnipotencia.

737. «No te compares a los demás, sino a mí. Si no me encuentras en aquellos con quienes te comparas, te comparas con alguien abominable. Si me encuentras en ellos, compárate. Pero ¿qué es lo que compararás? ¿Tú o Yo en ti? Si eres tú, es alguien abominable. Si soy Yo, me comparas conmigo mismo. Porque Yo soy Dios en todo.

»A menudo te hablo y te aconsejo porque tu guía no te puede hablar; porque no quiero que te falte guía. Y quizá lo hago movido por sus oraciones, y así él te guía sin que tú lo veas.

»No me buscarías si ya me poseyeras. O sea que no te inquietes».

Capítulo III LA IGLESIA

1. LOS CAMINOS POR LOS QUE SE ESTABLECIÓ LA RELIGIÓN CRISTIANA. VERDAD DE LA HISTORIA EVANGÉLICA. LOS APÓSTOLES

738. Los apóstoles fueron engañados o engañaron; ambas cosas son difíciles, porque no es posible confundir a un hombre con un resucitado.

Mientras Jesucristo estaba a su lado les podía sostener; pero después, si no se les apareció, ¿quién le movía a obrar?

739. *Prueba de Jesucristo.* La hipótesis de los apóstoles que engañan no puede ser más absurda. Imaginémoslo hasta sus últimas consecuencias. Imaginemos a esos doce hombres reunidos después de la muerte de Jesucristo, confabulándose para decir que había resucitado. De este modo se enfrentan con todos los poderes. El corazón de los hombres está fortísimamente inclinado a la ligereza, al cambio, a las promesas, a los bienes. Sólo con que uno de ellos se hubiese retractado por alguna de estas tentaciones, o, más aún, por las cárceles, por las torturas y por la muerte, y estaban perdidos. Piénsese en esto.

740. Varios evangelistas para la confirmación de la verdad: sus diferencias son útiles.

741. ¿Quién enseñó a los evangelistas las cualidades de un alma perfectamente heroica para pintarla tan perfectamente en Jesucristo? ¿Por qué le hacen débil en su agonía? (Luc., XXII, 41-44). ¿No saben pintar una muerte constante? Sí, porque el mismo san Lucas pinta la de san Esteban como con más entereza que la de Jesucristo (Act., VII, 59).

Le hacen, pues, capaz de temer antes de que llegue la necesidad de morir, y luego muy fuerte; pero cuando le presentan tan turbado es cuando se turba Él mismo; y cuando los hombres le turban, Él es muy fuerte.

742. El estilo del Evangelio es admirable por muchos conceptos, y entre otros por no incluir nunca la menor invectiva contra los verdugos y enemigos de Jesucristo. Porque en los historiadores no leemos ninguna contra Judas, Pilatos ni ninguno de los judíos.

Si esta moderación de los historiadores evangélicos hubiese sido afectada, lo mismo que tantos otros rasgos tan hermosos, y que la afectación no hubiese tenido más objeto que el hacerse notar, ya que no se habían atrevido a pronunciarse ellos mismos, no hubieran dejado de procurarse amigos que hubiesen hecho estas observaciones ventajosas para ellos. Pero como obraron así sin afectación y por un impulso completamente desinteresado, no hicieron que nadie lo dijera por ellos. Y me parece que varias de estas cosas no se habían dicho nunca antes de ahora, lo cual demuestra la frialdad con que se hizo todo eso.

743. Un artesano que habla de las riquezas, un abogado que habla de la guerra, de los reyes, etc.; pero el rico habla bien de las riquezas, el rey habla fríamente de un gran don que acaba de hacer, y Dios habla bien de Dios.

744. *Pruebas de Jesucristo.* Jesucristo decía las cosas grandes con tanta sencillez que parece que no las había pensado, y sin embargo con tanta claridad que vemos perfectamente lo que pensaba. Esta claridad unida a esta espontaneidad es admirable.

2. LOS CAMINOS POR LOS QUE SE HA MANTENIDO LA RELIGIÓN CRISTIANA

Los milagros y la gracia, fundamentos sobrenaturales de una religión sobrenatural

745. Los dos fundamentos, uno interior y otro exterior: la gracia, los milagros; ambos sobrenaturales.

746. Los milagros y la verdad son necesarios porque hay que convencer al hombre entero, en cuerpo y en alma.

747. Los milagros demuestran el poder que Dios tiene sobre los corazones por el que ejerce sobre los cuerpos.

748. Siempre o los hombres han hablado del verdadero Dios o el verdadero Dios ha hablado a los hombres.

749. *Milagros*. ¡Cómo detesto a los que se erigen en doctores de los milagros! Montaigne habla de ellos muy bien en los dos lugares. En uno se advierte que es muy prudente, y sin embargo cree, y en el otro se burla de los incrédulos.

Sea como fuere, la Iglesia carece de pruebas si ellos tienen razón.

Discernimiento de los milagros y de la doctrina según los casos y según los tiempos

750. *Comienzo*. Los milagros permiten apreciar la doctrina, y la doctrina permite apreciar los milagros.

Los hay falsos y verdaderos. Se requiere una señal para reconocerlos; de no ser así serían inútiles. Ahora bien, no son inútiles, sino que son por el contrario fundamento. Luego es preciso que la regla que nos da sea tal que no destruya la prueba que dan de la verdad los verdaderos milagros, que es el fin principal de los milagros.

Moisés dio dos: que la predicción no se cumpla, Deut., XVIII, y que no conduzcan a la idolatría, Deut., XIII; y Jesucristo una (Marc., IX, 38).

Si la doctrina regula los milagros, los milagros son inútiles para la doctrina.

Si los milagros regulan...

Objeción a la regla. Hay que distinguir los tiempos. Una regla en tiempos de Moisés, distinta ahora.

751. Hay mucha diferencia entre no estar con Jesucristo y decirlo, y no estar con Jesucristo y fingir estarlo. Unos pueden hacer milagros, los otros no; porque está claro que unos van contra la verdad, lo cual no ocurre con los otros; y así los milagros son más claros.

752. En el Antiguo Testamento, cuando os aparten de Dios; en el Nuevo cuando os aparten de Jesucristo: éstas son las circunstancias en las que hay que excluir la fe en los milagros. No hay que excluirlos por otras razones.

¿Quiere eso decir que hubieran tenido derecho a rechazar a todos los profetas que se les presentaban? No. Hubiesen pecado no rechazando a los que negaban a Dios, y hubiesen pecado rechazando a los que no negaban a Dios.

Así pues, ante un milagro lo que hay que hacer es o someterse o tener pruebas manifiestas de lo contrario. Hay que comprobar si niega a un Dios, a Jesucristo o a la Iglesia.

753. «Si no creéis en mí, creed al menos en los milagros». (Juan, X, 38). Así les remite al mayor argumento.

Se había dicho a los judíos, lo mismo que a los cristianos, que no creyesen siempre a los profetas (Deut., XIII, 1-3). Sin embargo, los fariseos y los escribas hacen mucho caso de sus milagros, y tratan de demostrar que son falsos u obra del diablo (Mar., III, 22); porque hubieran tenido que declararse convencidos en caso de reconocer que eran de Dios.

Hoy en día no tenemos que hacer el esfuerzo de esta averiguación. Y sin embargo es fácil de hacer: los que no niegan ni a Dios ni a Jesucristo no hacen milagros que sean seguros. *Nemo facit virtutem in nomine meo, et cito possit de me male loqui.*^[186] Pero no tenemos que hacer esta distinción. He aquí una espina de la corona del Salvador del mundo, ante quien el príncipe de este mundo carece de poder, que hace milagros por la propia virtud de esta sangre derramada por nosotros.^[187] El propio Dios elige esta casa para que en ella resplandezca su poder. No son hombres los que hacen estos milagros, por un poder desconocido o dudoso, que nos obliga a un difícil discernimiento. Es el mismo Dios; es el instrumento de la Pasión de su único Hijo que, encontrándose en diversos lugares, ha elegido éste, y hace acudir de todas partes a los hombres para recibir aquí estos remedios milagrosos para sus males.

754. No es éste el país de la verdad, ya que vaga desconocida por entre los hombres. Dios la ha descubierto con un velo que hace que no la conozcan aquellos que no oyen su voz. El lugar está abierto a la blasfemia, e incluso sobre verdades al menos muy manifiestas. Si se proclaman las verdades del Evangelio se proclama también lo contrario, y se oscurecen las cuestiones de tal manera que el pueblo no puede distinguir las. Y preguntan: «¿Qué tenéis para hacer que os creamos más que a los otros? ¿Qué señal hacéis? Sólo tenéis palabras, igual que nosotros. Si hicierais milagros...». Esto es verdad, la doctrina ha de ser apoyada por los milagros, de los que se abusa para blasfemar de la doctrina. Y si se

producen milagros, dicen que los milagros no bastan sin la doctrina; y es otra verdad para blasfemar de los milagros.

Jesucristo curó al ciego de nacimiento e hizo multitud de milagros en sábado. Con lo cual cegaba a los fariseos, que decían que había que juzgar los milagros por la doctrina: «Nosotros sabemos que Dios habló a Moisés; cuanto a éste, no sabemos de dónde viene». (Juan, IX, 29). Esto es lo asombroso, que no sepáis de dónde viene; y sin embargo hace grandes milagros.

Jesucristo no hablaba ni contra Dios ni contra Moisés. El Anticristo y los falsos profetas, anunciados por los dos Testamentos, hablarán abiertamente contra Dios y contra Jesucristo. Quien no se oculta... Quien sea enemigo disfrazado, Dios no permitirá que haga milagros manifiestos. Nunca, en una disputa pública en la que los dos bandos dicen ser de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia, los milagros están del lado de los falsos cristianos, y el otro bando carece de milagros. «Está endemoniado», Juan, X, 21. Y los otros decían: «Ni el demonio puede abrir los ojos a los ciegos».

Las pruebas que Jesucristo y los apóstoles sacan de la Escritura no son demostrativas; porque solamente dicen que Moisés afirmó que vendría un profeta, pero eso no prueba que sea éste, y ahí estriba toda la cuestión. O sea que estos pasajes sólo sirven para demostrar que no se es opuesto a la Escritura, y que no hay contradicción con ella, pero no que haya acuerdo. Ahora bien, esto basta, no hay contradicción con milagros.

Existe un deber recíproco entre Dios y los hombres para hacer y para dar. *Venite*.^[188] *Quid debui?*^[189] «Acusadme», dice Dios en Isaías (I, 18; V, 4). Dios debe cumplir sus promesas, etc.

Los hombres deben a Dios el recibir la religión que les envía. Dios debe a los hombres el no inducirles a error. Pero serían inducidos a error si los que hacen milagros anunciaran una doctrina que no pareciera manifiestamente falsa a la luz del sentido común, y si un hacedor de milagros aún más grande no hubiese advertido que no había que creer en ellos. Así, de haber división en la Iglesia, y si los arrianos, por ejemplo, que decían fundarse en la Escritura, como los católicos, hubiesen hecho milagros, y no los católicos, se nos hubiese inducido a error. Pues del mismo modo que un hombre que nos anuncia los secretos de Dios no es digno de ser creído por su autoridad privada, y por este motivo los impíos dudan de él, así un hombre que, como prueba de la comunicación que tiene con Dios, resucita a los muertos, predice el porvenir, transporta los mares, cura los enfermos, etc., no hay impío que no se rinda ante él, y la incredulidad del faraón y de los fariseos es el efecto de un endurecimiento sobrenatural. Así, pues, cuando se ven milagros y una doctrina no sospechosa todo junto, no existe dificultad. Pero cuando se ven en el mismo lado milagros y una doctrina sospechosa, entonces hay que ver cuál es el más claro. Jesucristo era sospechoso.

Barjesus cegado^[190] (Act., XIII, 11): la fuerza de Dios supera a la de sus enemigos.

Los exorcistas judíos vencidos por los diablos que decían:

«Conozco a Jesús y sé quién es Pablo, pero ¿vosotros quiénes sois?». (Act., XIX, 15).

Los milagros son para la doctrina y no la doctrina para los milagros.

Si los milagros son verdaderos, ¿podrán avalar cualquier doctrina? No; porque tal cosa no sucederá. *Si angelus...*^[191]

Regla: hay que juzgar la doctrina por los milagros, hay que juzgar los milagros por la doctrina. Todo esto es verdad, pero no se contradice, porque hay que distinguir los tiempos.

¡Qué satisfecho estáis de conocer las reglas generales, creyendo así confundirlo todo y hacer que todo sea inútil! No lo lograréis, padre, la verdad es una y firme.

Es imposible, por el deber de Dios, que un hombre ocultando su mala doctrina y haciendo que sólo se manifieste una buena, y diciéndose conforme a Dios y a la Iglesia, haga milagros para difundir insensiblemente una doctrina falsa y sutil: eso no es posible. Y aún menos que Dios, que conoce los corazones, haga milagros en favor de semejante persona.

755. *Milagro*. Es un efecto que excede a la fuerza natural de los medios que se emplean para lograrlo; y no milagro es un efecto que no excede a la fuerza natural de los medios que se emplean para lograrlo. Por eso los que curan invocando al diablo no hacen un milagro; porque ello no excede la fuerza natural del diablo. Pero...

756. Jamás, cuando se disputa acerca del verdadero Dios, de la verdad de la religión, ha ocurrido un milagro que favoreciese al error y no a la verdad.

757. Si el diablo favoreciese la doctrina que le destruye, se vería dividido, como dijo Jesucristo. Si Dios favoreciese la doctrina que destruye la Iglesia, estaría dividido: *Omne*

regnum divisum.^[192] Porque Jesucristo obraba contra el diablo y destruía su imperio sobre los corazones, del que el exorcismo es la figuración, para establecer el reino de Dios.

Y así añade: *In digito Dei... regnum Dei ad vos*.^[193]

758. Hay mucha diferencia entre tentar e inducir al error. Dios tienta, pero no induce al error. Tentar es proporcionar las ocasiones que sin ninguna imposición necesaria, si no se ama a Dios pueden llevar a hacer determinadas cosas. Inducir a error es poner al hombre en la necesidad de convencerse de algo falso y de seguirlo.

759. Si no hubiera falsos milagros habría certidumbre. Si no hubiera una norma para distinguirlos, los milagros serían inútiles, y no habría razones para creer en ellos. Ahora bien, aunque no existe humanamente una certidumbre humana, sí hay razones para creer en ellos.

760. *Razones de no creer en ellos*.

Juan, XII, 37. *Cum autem tanta signa fecisset, non eredeabant in eum, ut sermo Isaiae impleretur: «Excaecavit», etc. Haec dixit Isaías, quando vidit gloriam ejus et locutus est de eo*.^[194]

«Judaei signa petunt et Graeci sapientiam quaerunt, nos autem Jesum crucifixum». Sed plenum signis, sed plenum sapientia; vos autem Christum non crucifixum et religionem sine miraculis et sine sapientia.^[195]

Lo que impide creer en los milagros verdaderos es la falta de caridad. Juan: *Sed vos non creditis, quia non estis ex ovibus*.^[196] Lo que hace creer en los falsos es la falta de caridad. 2 Test., 11.

Fundamento de la religión. Es los milagros. ¿Puede Dios hablar contra los milagros, contra los fundamentos de la fe que se tiene en Él?

Si existe un Dios, era preciso que la fe de Dios estuviese en la tierra. Ahora bien, los milagros de Jesucristo no son anunciados por el Anticristo, pero los milagros del Anticristo sí han sido anunciados por Jesucristo; y así, si Jesucristo no fuese el Mesías hubiera inducido a error; pero el Anticristo no puede inducirnos a error. Cuando Jesucristo predijo los milagros del Anticristo, ¿creía destruir la fe en sus propios milagros?

Moisés predijo a Jesucristo y ordenó que se le siguiera (Deut., XVIII, 15); Jesucristo anunció al Anticristo, y prohibió seguirle (Mat., XXIV, 23).

Era imposible que en tiempos de Moisés se creyera en el Anticristo, que les era desconocido; pero en tiempos del Anticristo es fácil creer en Jesucristo, ya conocido.

No hay ninguna razón para creer en el Anticristo que no sirva para creer en Jesucristo; pero hay razones para creer en Jesucristo que no sirven para el otro.

761. O Dios denunció los falsos milagros o los anunció; y tanto en un caso como en otro, se elevó por encima de lo que es sobrenatural respecto a nosotros, elevándonos también con Él.

762. Los milagros no sirven para convertir, sino para condenar (*Summ. Theol., la 2ae*), q. 113, a. 10, ad 2.

763. Abraham, Gedeón: por encima de la revelación. Los judíos estaban ciegos al juzgar los milagros por la Escritura. Dios nunca ha abandonado a sus verdaderos adoradores.

Prefiero seguir a Jesucristo que a cualquier otro, porque Él tiene los milagros, profecías, doctrina, perpetuidad, etcétera.

Donatistas: no hay milagros, que obligan a decir que son obra del diablo. Cuanto más se particulariza Dios, Jesucristo, la Iglesia.

764. Es imposible que los que aman a Dios con todo su corazón ignoren la Iglesia, hasta tal punto es evidente. Es imposible que los que no aman a Dios estén convencidos de la Iglesia.

Los milagros tienen una fuerza tal que Dios tuvo que advertir que no se viera en ellos nada contra Él, por claro que sea que Dios existe; de otro modo hubiesen podido turbar.

Y así, tanto da que esos pasajes, Deut., XIII, ataquen la autoridad de los milagros, porque nada subraya más su fuerza. Semejantemente en cuanto al Anticristo: «Para inducir a error, si posible fuera, a los mismos elegidos». (Mat., XXIV, 24).

765. Dicho está «Creed en la Iglesia». (Mat., XVIII, 17); pero no está dicho: «Creed en los milagros», porque esto último es natural, y lo primero no. Una cosa necesitaba un mandato, la otra no. Ezequías.

766. Los milagros aclaran cuestiones dudosas: entre los pueblos judío y pagano, judío y cristiano; católico, hereje; calumniados y calumniadores; entre las dos cruces.

Pero para los herejes los milagros serían inútiles; porque la Iglesia, legitimada por los milagros que han favorecido el creer, nos dice que ellos no tienen la fe verdadera. No cabe

duda que no la tienen puesto que los primeros milagros de la Iglesia excluyen la fe de las otras. De este modo hay milagro contra milagro, y los primeros y mayores están del lado de la Iglesia.

767. La Iglesia nunca ha aprobado un milagro entre los herejes.

Los milagros, apoyo de religión: distinguieron a los judíos, han distinguido a los cristianos, a los santos, a los inocentes, a los creyentes verdaderos.

Un milagro entre los cismáticos no es tanto de temer; porque el cisma, que es más visible que el milagro, indica visiblemente su error. Pero cuando no hay cisma y el error se discute, el milagro zanja la cuestión.

«*Si non fecissem quae alius non fecit...*»^[197] (Juan, XV, 24). ¡Esos desventurados que nos obligan a hablar de milagros!

Abraham, Gedeón: confirmar la fe por medio de milagros.

Judit. Por fin Dios habla en las últimas opresiones. Si el enfriamiento de la caridad deja a la Iglesia casi sin verdaderos adoradores, los milagros suscitarán otros. Son los últimos efectos de la gracia.

768. *Primera objeción*: «Ángel del cielo (Gál., I, 8). No hay que juzgar la verdad por los milagros, sino los milagros por la verdad. O sea que los milagros son inútiles». No, ya que sirven; y no hay que oponerse a la verdad; y como dice el P. Lingendes que «Dios no permitirá que un milagro pueda inducir a error...». Cuando haya discusión en el seno de la misma Iglesia, el milagro decidirá.

Segunda objeción: «Pero el Anticristo hará señales». Los magos del Faraón no inducían a error. Así, no se podrá decir a Jesucristo a propósito del Anticristo: «Me habéis inducido a error». Porque el Anticristo los hará contra Jesucristo, y de este modo no pueden inducir a error. O bien Dios no permitirá que haya falsos milagros o hará otros mayores.

Desde el comienzo del mundo Jesucristo subsiste: esto es más fuerte que todos los milagros del Anticristo.

Si en el seno de la misma Iglesia hubiera algún milagro entre los que se equivocan, se nos induciría a error. El cisma es visible; el milagro es visible. Pero el cisma es más indicio de error de lo que el milagro lo es de verdad. Luego el milagro no puede inducir a error. Pero fuera del cisma el error es menos visible de lo que lo es el milagro; luego el milagro induciría a error.

Ubi est Deus tuus?^[198] Los milagros lo muestran y son un relámpago.

769. Si la misericordia de Dios es tan grande que nos instruya saludablemente incluso cuando se esconde, ¿qué luz no debemos esperar de Él cuando se manifiesta?

770. Una de las antífonas de las vísperas de Navidad: *Exortum est in tenebris lumen rectis corde.*^[199]

3. LA PERPETUIDAD

La verdad subsistente

771. Dos fundamentos sobrenaturales de nuestra religión completamente sobrenatural: uno visible, el otro invisible. Milagros con la gracia; milagros sin la gracia.

La sinagoga, que fue tratada con amor, por ser figura de la Iglesia, y con odio, porque no era más que su figura, fue exaltada, estando a punto de sucumbir, cuando estaba a bien con Dios; y así figura.

772. La sinagoga era figura, y por eso no perecía; y no era más que figura, y por eso ha perecido. Era una figura que contenía la verdad, y por eso ha subsistido hasta que ya no ha tenido la verdad.

Mis reverendos padres, todo eso sucedía en figuras. Las otras religiones perecen; ésta no perece.

Los milagros son más importantes de lo que os creéis: sirvieron para la fundación y servirán para la continuación de la Iglesia hasta el Anticristo, hasta el fin.

Los dos Testigos.

En el Antiguo Testamento y en el Nuevo los milagros se hacían para llamar la atención sobre las figuras. Salvación o cosa inútil, sino para indicar que hay que someterse a las criaturas: figura del sacramento.

773. La sinagoga no perecía porque era la figura; pero, como no era más que la figura, ha caído en la servidumbre. La figura ha subsistido hasta la verdad, para que la Iglesia fuese siempre visible, ya fuese en la imagen que la anunciaba, ya en el efecto.

774. *Perpetuidad*. El Mesías siempre fue creído. La tradición de Adán aún era nueva en Noé y en Moisés. Luego los profetas lo anunciaron prediciendo siempre otras cosas, predicciones que se cumplían con el tiempo a la vista de los hombres, con lo cual sellaban la verdad de su misión, y por consiguiente la de sus promesas respecto al Mesías. Jesucristo hizo milagros, y los apóstoles también, que convirtieron a todos los paganos; y así, cumpliéndose todas las profecías, se prueba la verdad del Mesías para siempre.

775. *Perpetuidad*. Piénsese que desde el principio del mundo la espera o la adoración del Mesías subsiste sin interrupción; que ha habido hombres que dijeron que Dios les había revelado que debía nacer un Redentor que salvaría a su pueblo; que posteriormente Abraham dijo que se le había revelado que nacería de él por un hijo que tendría; que Jacob afirmó que de sus doce hijos, nacería de la estirpe de Judá; que Moisés y los profetas anunciaron luego el tiempo y la manera de su venida; que dijeron que la ley que tenían iba a ser sustituida por la del Mesías; que hasta entonces sería perpetua, pero que la otra iba a durar eternamente; que así su ley, o la del Mesías, de la que era la promesa, existiría siempre en la tierra; que en efecto ha durado siempre; que por fin vino Jesucristo, de acuerdo con todas las circunstancias anunciadas. Esto es admirable.

776. *Perpetuidad*. Esta religión, que consiste en creer que el hombre perdió un estado de gloria y de comunicación con Dios para caer en un estado de tristeza, de penitencia y de alejamiento de Dios, pero que después de esta vida seremos restablecidos por un Mesías que debe venir, ha existido siempre en el mundo. Todas las cosas han pasado, y ésta, por la cual existen todas las cosas, ha durado.

En las primeras edades del mundo, los hombres se dejaron arrastrar a toda suerte de desórdenes, y sin embargo había santos como Enoc, Lamec y otros, que esperaban pacientemente al Cristo prometido desde el comienzo del mundo. Noé vio la malicia de los hombres que había llegado a su mayor exceso; y mereció salvar al mundo en su persona por la esperanza del Mesías del que era figura. Abraham vivía rodeado de idólatras cuando Dios le hizo conocer el misterio del Mesías, al que reconoció (Juan, VIII, 56). En tiempos de Isaac y de Jacob la abominación se había extendido por toda la tierra; pero estos santos vivían en su fe; y Jacob, al morir bendiciendo a sus hijos, prorrumpe en una exclamación que le hace interrumpir lo que estaba diciendo: «Tu salvación espero, oh Yavé». *Salutare tuum expectabo, Domine*^[200] (Gén., XLIX, 18). Los egipcios estaban inficionados de idolatría y de magia; hasta el pueblo de Dios se había contaminado con sus ejemplos; pero mientras, Moisés y otros creían en Aquél a quien no veían, y le adoraban pensando en los dones eternos que les preparaba.

Los griegos y luego los latinos hicieron reinar las falsas divinidades; los poetas les atribuyeron cien teologías diversas; los filósofos se dividieron en mil sectas diferentes; y mientras había siempre en el corazón de Judea hombres elegidos que predecían la venida de aquel Mesías, que sólo era conocido por ellos.

Llegó por fin la consumación de los tiempos; y desde entonces hemos visto nacer tantos cismas y herejías, hundirse tantos estados, haber tantos cambios en toda cosa; y esta Iglesia que adora a Aquél que siempre ha sido adorado, sigue subsistiendo sin interrupción. Y lo que es admirable, incomparable e indiscutiblemente divino, es que esta religión, que siempre ha existido, siempre ha sido combatida. Mil veces ha estado a punto de ser objeto de una destrucción completa, y cada vez que se ha visto en este estado, Dios la ha salvado con acciones extraordinarias de su poder. Porque lo asombroso es que se haya mantenido sin inclinarse ni ceder a la voluntad de los tiranos. Porque no es raro que un estado subsista, cuando de tiempo en tiempo sus leyes se acomodan a la necesidad, pero que... (Véase el círculo en Montaigne, I, 23 *ad fin*).

777. Los estados perecerían si a menudo sus leyes no se inclinaban ante la necesidad. Pero la religión nunca ha admitido eso, no ha recurrido a tal expediente. Pero o hay estas acomodaciones o milagros. No es de extrañar que se conserven doblegándose, y entonces no puede decirse propiamente que se mantienen; y aun así acaban por perecer del todo: no hay ninguno que haya durado mil años. Pero que esta religión se haya mantenido siempre, y además inflexible, es algo divino.

La historia de la verdad. Las herejías. La unión de los contrarios

778. La historia de la Iglesia debe llamarse propiamente la historia de la verdad.

779. Dos clases de hombres en cada religión (véase perpetuidad) : superstición, concupiscencia.

780. La piedad es distinta de la superstición. Sostener la piedad hasta la superstición es

destruirla. Los herejes nos reprochan esta sumisión supersticiosa: ello equivale a hacer lo que nos reprochan.

Impiedad, no creer en la Eucaristía porque no la vemos.

Superstición, creer en unas proposiciones. Fe, etc.

781. Los cristianos verdaderos son pocos, incluso desde el punto de vista de la fe. Hay muchos que creen, pero por superstición; también hay muchos que no creen, pero por libertinaje. Pocos son los que están entre unos y otros.

No incluyo en esto a los que viven según una verdadera piedad de costumbres, y a todos aquellos que creen por un sentimiento del corazón.

782. Después de tantos indicios de piedad, tienen además la persecución, que es el mejor indicio de piedad.

783. Se encuentra placer estando en una nave azotada por la tempestad cuando se está seguro de que no va a hundirse. Las persecuciones que se abaten sobre la Iglesia son de esta naturaleza.

784. ¡Qué hermosa situación la de la Iglesia cuando sólo está sostenida por Dios!

785. *Canónicos*. Al comienzo de la Iglesia, los herejes sirven para probar la verdad de los canónicos.

786. *Claridad, oscuridad*. Habría demasiadas oscuridades si 'la verdad no tuviera señales visibles. Una de ellas, y admirable, es permanecer siempre en una Iglesia y asamblea de hombres visibles. Habría demasiada claridad si no hubiese más que una opinión en esta Iglesia. El que siempre ha pertenecido a ella está en lo cierto; porque lo verdadero siempre ha estado en ella, y ninguna falsedad ha estado siempre en su seno.

787. Dios (y los apóstoles), previendo que las semillas de orgullo harían nacer las herejías, y no queriendo darles ocasión de surgir apoyándose en sus propias palabras, puso en la Escritura (y en las preces de la Iglesia) palabras y semillas contrarias para producir sus frutos en el tiempo.

Del mismo modo que da en la moral la caridad, que produce frutos contra la concupiscencia.

788. La Iglesia siempre ha sido combatida por errores contrarios, pero quizá nunca al mismo tiempo, como ahora.

Y aunque sufre más por ello, a causa de la multiplicidad de errores, también se beneficia de la ventaja de que se destruyen entre sí.

Se lamenta de los dos, pero mucho más de los calvinistas a causa del cisma. Con toda certeza algunos de los dos contrarios se equivocan; hay que sacarles de su error.

La fe comprende diversas verdades que parecen contradecirse. Tiempo de reír, de llorar, etc. (Ecl., III, 4). *Responde. Ne respondeas*^[201] etc. (Prov., XXVI, 4).

El origen de todo ello es la unión de las dos naturalezas en Jesucristo.

Y también los dos mundos. La creación de un nuevo cielo y de una nueva tierra (2 Pedro, III, 13). Nueva vida, nueva muerte. Todas las cosas dobladas, y los mismos nombres permanecen.

Y en resumen los dos hombres que están en los justos. Porque son los dos mundos, y un miembro e imagen de Jesucristo. Y así todos los nombres les convienen, justos pecadores, muerto vivo, vivo muerto, elegido réprobo, etc.

Existen, pues, un gran número de verdades, tanto de fe como de moral, que parecen excluirse entre sí, pero que subsisten todas en un orden admirable.

La fuente de todas las herejías consiste en no concebir la armonía de dos verdades opuestas y creer que son incompatibles. El origen de todas las herejías es la exclusión de algunas de nuestras verdades.

Y de ordinario sucede que, al no poder concebir la relación de dos verdades opuestas, y creyendo que la admisión de una significa la exclusión de la otra, se aferran a una, apartan la otra y creen que nosotros hacemos lo contrario. Ahora bien, la exclusión es la causa de su herejía; y la ignorancia de que nosotros también creemos la otra es el motivo de sus objeciones.

Primer ejemplo: Jesucristo es Dios y hombre. Los arríanos, al no poder conciliar ambas cosas, que creen incompatibles, dicen que es hombre; y en esto son católicos. Pero niegan que sea Dios, y en esto son herejes. Afirman que negamos su humanidad, y en esto son ignorantes.

Segundo ejemplo: acerca del Santísimo Sacramento. Nosotros creemos que, como la sustancia del pan se cambia, se transustancia en la del cuerpo de Nuestro Señor, Jesucristo está presente en él de una forma real. Ésta es una de las verdades. Otra es la de que este

sacramento es al mismo tiempo una figura de la cruz y de la gloria, y una conmemoración de ambas. Tal es la fe católica, que comprende ambas verdades que parecen opuestas.

La herejía de hoy, Lutero, al no concebir que este sacramento contenga a la vez la presencia de Jesucristo y su figura, y que sea sacrificio y conmemoración de sacrificio, cree que no se puede admitir una de estas verdades sin excluir por esta razón la otra.

Así se aferran sólo a este punto, a que este sacramento es figurativo; y en esto no son herejes. Creen que nosotros excluimos esta verdad; y de ahí que nos hagan tantas objeciones acerca de los pasajes en que los Padres de la Iglesia la afirman. Finalmente niegan la presencia real, y en esto son herejes.

Tercer ejemplo: las indulgencias.

Ésta es la razón de que el medio más rápido de impedir las herejías sea el instruir acerca de todas las verdades; y el medio más seguro de refutarlas, es declararlas todas. Pues, ¿qué dirán los herejes?

Para saber si una opinión es de un Padre de la Iglesia.

789. Todos se equivocan de un modo tanto más peligroso cuanto que cada uno de ellos sigue una verdad. Su error no consiste en adherirse a algo falso, sino en no seguir otra verdad.

790. Si hay alguna ocasión en la que hay que afirmar dos contrarios, es cuando se reprocha que se omite uno de ellos. Luego los jesuitas y los jansenistas se equivocan ocultándose; pero los jansenistas más porque los jesuitas se han adherido mejor a ambos.

791. Las dos razones contrarias. Hay que comenzar por ahí; sin eso no se entiende nada y todo es herético; e incluso al final de cada verdad hay que añadir que uno se acuerda de la verdad opuesta.

792. Los malintencionados son personas que conocen la verdad, pero que no la defienden más que en la medida en que les interesa; pero al margen de este interés, renuncian a ella.

793. La verdad está tan oscurecida en estos tiempos, y la mentira tan bien implantada, que a menos que se ame la verdad no es posible conocerla.

794. Nunca se hace el mal tan plena y alegremente que cuando se hace por conciencia.

795. Al mostrar la verdad hacemos que los demás crean en ella; pero al mostrar la injusticia de los que mandan, ésta no se corrige. Reafirmamos nuestra conciencia denunciando la falsedad; pero no ponemos a salvo nuestra bolsa denunciando la injusticia.

796. Los que aman a la Iglesia se lamentan de ver cómo se corrompen las costumbres; pero al menos las leyes subsisten. Pero éstos corrompen las leyes: el mismo modelo queda deteriorado.

797. El servidor no sabe lo que hace el amo, porque él amo sólo le dice la acción y no el fin; y éste es el motivo de que se entregue servilmente a lo que hace y peque a menudo contra el fin. Pero Jesucristo nos ha dicho cuál era el fin. Y vosotros destruísteis este fin.

798. No pueden tener la perpetuidad y buscan la universalidad; y por eso suponen corrompida a toda la Iglesia, para que ellos sean santos.

799. En vano la Iglesia estableció estas palabras de anatemas, herejías, etc.: los utilizan contra ella.

800. *Herejes*. Ezequiel. Todos los paganos hablaban mal de Israel, y también el profeta; y aunque los israelitas tuvieran derecho de decirle «Hablas como los paganos», su gran argumento es que los paganos hablan como él (XXXVI).

801. Se hace sacerdote a quien quiere serlo, como en tiempos de Jeroboam (III Reyes, XII, 31). Es una cosa horrible que la disciplina de la Iglesia nos propone hoy como tan buena que se considera un crimen quererla cambiar. Antaño era infaliblemente buena, y creemos que se pudo cambiar sin pecado; y ahora, tal como es, no podemos ni desear que cambie. Se permitió cambiar la costumbre de ordenar sacerdotes sólo con tanta circunspección que casi no había ninguno que no fuese digno; ¡y no se nos permite quejarnos de la costumbre que hace tantos indignos!

802. ...De tal modo que si es verdad de una parte que algunos religiosos relajados y unos cuantos casuistas corrompidos, que no son miembros de la jerarquía, se han visto mezclados en estas corrupciones, por otra parte siempre los verdaderos pastores de la Iglesia, que son los verdaderos depositarios de la palabra divina, la han conservado inmutablemente contra los esfuerzos de los que se proponen arruinarla. Y así los fieles no tienen ningún pretexto para seguir estas relajaciones, que sólo les proponen las manos ajenas de estos casuistas, en lugar de la sana doctrina que les ofrecen las manos paternas de sus propios doctores. Y los impíos y los herejes no tienen derecho a considerar tales abusos como indicios de la falta de providencia de Dios respecto a su Iglesia, puesto que la

Iglesia, encontrándose propiamente en el cuerpo de la jerarquía, del estado actual de cosas no puede deducirse que Dios la haya abandonado a la corrupción, ya que jamás se ha manifestado con más claridad que ahora que Dios la defiende visiblemente de la corrupción.

Porque, aunque algunos de esos hombres que, por una vocación extraordinaria, eligieron abandonar el mundo y abrazar el estado religioso para vivir de un modo más perfecto que la mayoría de los cristianos, han caído en extravíos que causan horror a la mayor parte de los cristianos y se han convertido entre nosotros en lo que eran los falsos profetas entre los judíos, ésta es una desgracia particular y personal que ciertamente es deplorable, pero de la que no se puede sacar ninguna consecuencia contraria al cuidado que Dios tiene con su Iglesia; puesto que todas estas cosas están tan claramente anunciadas y que se anunció hace ya tanto tiempo que estas tentaciones surgirían por culpa de ese tipo de personas, que, siendo debidamente instruidos, hay que ver en ello más bien indicios de la providencia de Dios que de su olvido respecto a nosotros.

803. Lo que nos impide comparar lo que pasó antaño en la Iglesia con lo que ahora sucede es que de ordinario se ve a san Atanasio, a santa Teresa y a los demás, como coronados de gloria y de años, y juzgados ante nosotros como si fueran dioses. Ahora que el tiempo ha aclarado las cosas, así les vemos. Pero en los tiempos en que se le perseguía, este gran santo era un hombre que se llamaba Atanasio; y santa Teresa era una mujer. «Elías era un hombre como nosotros, y sujeto a las mismas pasiones que nosotros», dice Santiago,^[202] para quitar a los cristianos esa falsa idea que nos hace rechazar el ejemplo de los santos como desproporcionado a nuestro estado. «Eran santos», decimos, «no eran como nosotros». ¿Qué ocurría, pues, en aquel entonces? San Atanasio era un hombre llamado Atanasio, acusado de diversos crímenes, condenado en tal y cual concilio, por tal y cual crimen; todos los obispos están de acuerdo en ellos, y el Papa finalmente también. ¿Qué se dice a los que se oponen? Que perturban la paz, que favorecen los cismas, etc.

Celo, luz. Cuatro géneros de personas: celo sin ciencia; ciencia sin celo; ni ciencia ni celo; y celo y ciencia. Los tres primeros le condenan, y los últimos le absuelven y son excomulgados por la Iglesia, y sin embargo salvan a la Iglesia.

804. Si san Agustín viviera hoy y tuviese tan poca autoridad como sus defensores, no conseguiría nada. Dios dirige bien su Iglesia, y por eso le envió por delante con autoridad.

4. LA INFALIBILIDAD DOCTRINAL DE LA IGLESIA. EL PAPA Y LA UNIDAD

805. La Iglesia ha subsistido gracias a que la verdad no se discutió, o si se discutió estaba el Papa, o si no estaba la Iglesia.

806. Nos gusta la seguridad. Nos gusta que el Papa sea infalible en la fe y que los doctores graves lo sean en las costumbres, a fin de tener su seguridad.

807. Dios no hace milagros en la dirección ordinaria de su Iglesia. Y sería un milagro prodigioso que la infalibilidad dependiera de uno; pero que dependa de la multitud parece tan natural que la intervención de Dios queda oculta bajo la naturaleza, como en el resto de todas sus obras.

808. No hay que juzgar lo que es el Papa por algunas palabras de los Padres de la Iglesia (como decían los griegos en un concilio, reglas importantes), sino por las acciones de la Iglesia y de los Padres, y por los cánones.

Duo aut tres in unum.^[203] La unidad y la multitud: error al excluir una de las dos, como hacen los papistas, que excluyen a la multitud, o los hugonotes, que excluyen la unidad.

809. *Iglesia, Papa. Unidad, multitud.* Considerando la Iglesia en su unidad, el Papa, que es su cabeza, es como todo. Considerándola como multitud, el Papa no es más que una parte. Los Padres de la Iglesia la consideraron tan pronto de una manera como de otra; y así hablaron diversamente del Papa (san Cipriano: *Sacerdos Dei*).^[204] Pero al afirmar una de estas dos verdades no excluían la otra. La multitud que no se reduce a la unidad es confusión; la unidad que no depende de la multitud es tiranía. Francia es casi el único país en el que se permite decir que el Concilio está por encima del Papa.

810. El Papa es primero. ¿Quién más es conocido de todos? ¿Quién más es reconocido por todos y tiene el poder de penetrar en todo el cuerpo, ya que tiene la rama principal que penetra por todas partes? ¡Qué fácil era que eso degenerara en tiranía! Por esta razón Jesucristo les dio este precepto: *Vos autem non sic.*^[205]

811. *Injusticia.* La jurisdicción no se da para el jurisdiciente, sino para el jurisdiciado. Es peligroso decírselo al pueblo. Pero el pueblo tiene demasiada fe en vosotros; eso no le dañará, y puede servirlos. O sea que hay que proclamarlo. *Pasee oves meas, no tuas.*^[206] Nos debéis pasto.

812. Los reyes disponen de su mando; pero los papas no disponen del suyo.

813. ¿Sería deshonesto al Papa que debiera a Dios y a la tradición sus luces? ¿Acaso no es deshonesto separarle de esta santa unión?

814. Hay dos maneras de convencer de las verdades de nuestra religión: una por la fuerza de la razón, otra por la autoridad del que habla. No nos servimos de la última, sino de la primera. No se dice: «Hay que creer esto porque la Escritura, que lo dice, es divina»; sino que se dice que hay que creerlo por tal o cuál razón, que son argumentos débiles, ya que la razón es flexible a todo.

815. Todas las religiones y las sectas del mundo han tenido por guía la razón natural. Solamente los cristianos se han visto obligados a tomar sus normas fuera de sí mismos, y a informarse de las que Jesucristo dio a los antiguos para que las transmitieran a los fieles. Tal obligación molesta a nuestros padres. Ellos quieren tener, como los demás pueblos, la libertad de seguir sus ideas. En vano les gritamos, como los profetas decían antaño a los judíos: «Id en medio de la Iglesia; informaos acerca de las leyes que los antiguos le dejaron y seguid estos senderos». Ellos responden lo mismo que los judíos: «No haremos tal cosa, seguiremos los impulsos de nuestro corazón»; y nos han dicho: «Así seremos como todos los pueblos». (I Sam., VIII, 20).

816. Si la antigua Iglesia hubiera estado en el error, éste sería el fin de la Iglesia. Aunque se equivocara hoy, no sería lo mismo; porque sigue teniendo la máxima superior de la tradición, de las creencias de la antigua Iglesia; y así esta sumisión y esa conformidad a la antigua Iglesia prevalece y lo corrige todo. Pero la antigua Iglesia no suponía la Iglesia futura y no pensaba en ella, como nosotros pensamos en la antigua y volvemos la cabeza hacia ella.

817. La Iglesia enseña y Dios inspira, ambos infaliblemente. Lo que hace la Iglesia no sirve más que para preparar a la gracia o a la condenación. Lo que hace sirve para condenar, no para inspirar.

818. Dios no quiso absolver sin la Iglesia; como participa en la ofensa, quiere que participe también en el perdón; la asocia a este poder, como los reyes a los parlamentos. Pero si absuelve o si ata sin Dios ya no es la Iglesia; como en el parlamento; ya que, aunque el rey haya concedido la gracia a un hombre, tiene que ser confirmada; pero si el parlamento confirma sin el rey o si se niega a confirmar ante una orden del rey, ya no es el parlamento real, sino una asamblea rebelde.

819. *Sobre las confesiones y absoluciones sin indicios de dolor de los pecados.* Dios sólo atiende a lo interior; la Iglesia solamente juzga por lo exterior. Dios absuelve cuando ve la penitencia en el corazón; la Iglesia cuando la ve en las obras. Dios hará una Iglesia pura por dentro que confunda por su santidad interior y completamente espiritual la impiedad interior de los sabios soberbios y de los fariseos; y la Iglesia hará una asamblea de hombres cuyas costumbres exteriores sean tan puras que confundan las costumbres de los paganos. Si en ella hay hipócritas, aunque tan bien disfrazados que no reconoce el veneno, los tolera; pues, aunque no sea admitido por Dios, a quien no pueden engañar, los admiten los hombres, a quienes engañan. Y así no se mancha con su proceder, que parece santo, pero vosotros queréis que la Iglesia no juzgue ni según lo interior...

Hay que ir a Dios por la Iglesia. Quien no está a favor suyo está en contra suya

820. *Contra los que abusan de los pasajes de la Escritura y se valen de que encuentran alguno que parece favorecer su error.* El capítulo de vísperas, el domingo de Pasión, la oración por el rey. Explicación de estas palabras: «El que no está conmigo está contra mí». (Mat., XII, 30). Y estas otras: «El que no está contra nosotros, está con nosotros». (Mar., IX, 40). Alguien que diga: «Yo no estoy ni a favor ni en contra», a éste hay que responderle...

821. *Summum jus, summa injuria.*^[207]

La mayoría es el mejor camino, porque es visible y tiene fuerza para hacerse obedecer; sin embargo es lo que eligen los menos inteligentes.

De haber podido, se hubiera puesto la fuerza en manos de la justicia; pero como la fuerza no se deja manejar como queremos, porque es algo palpable, mientras que la justicia es algo espiritual de la que se dispone a nuestro arbitrio, se ha puesto la justicia en manos de la fuerza; y así se llama justo lo que hay que hacer obligadamente.

De ahí procede el derecho de la espada, porque la espada da un verdadero derecho: de otro modo se vería la violencia de un lado y la justicia de otro (fin de la duodécima Provincial). De ahí la injusticia de 'la Fronza, que eleva su supuesta justicia contra la fuerza. No sucede lo mismo con la Iglesia; porque hay una justicia verdadera y ninguna violencia.

822. Del mismo modo que la paz en los Estados no tiene más objeto que conservar con seguridad los bienes de los pueblos, la paz en la Iglesia no tiene más fin que conservar y asegurar la verdad, que es su bien, y el tesoro en el que está su corazón. Y como sería ir contra el fin de la paz dejar entrar a extranjeros en un Estado para que lo saquearan, sin oponer resistencia, por temor a turbar el reposo, porque dado que la paz sólo es justa y útil por la seguridad del bien. se convierte en injusta y perniciosa cuando lo deja perder, y la guerra que lo puede defender se hace justa y necesaria; semejantemente en la Iglesia, cuando la verdad es atacada por los enemigos de la fe, cuando se la quiere arrancar del corazón de los fieles para hacer que en él reine el error, permanecer en paz, ¿sería entonces servir a la Iglesia o traicionarla? ¿Sería defenderla o arruinarla? ¿Y no es evidente que de la misma manera que es un crimen turbar la paz donde reina la verdad, es también un crimen conservar la paz cuando se destruye la verdad? Hay, pues, un tiempo en el que la paz es justa, y otro en el que es injusta. Escrito está que hay un tiempo para la paz y un tiempo para la guerra (Eccl., III, 8), y la causa de la verdad es la que los distingue. Pero no hay un tiempo para la verdad y un tiempo para el error, y por el contrario está escrito que la verdad de Dios permanece eternamente (Sal., CXVI, 2). Por eso Jesucristo, que dijo que venía a traer la paz (Juan, XIV, 27), dijo también que había venido a traer la guerra (Mat., X, 34). Pero no dijo que había venido a traer la verdad y la mentira. La verdad es, pues, la norma primera y el fin último de todas las cosas.

823. La más grande de las verdades cristianas es el amor de la verdad.

Conclusión

EL ORDEN DE LA CARIDAD Y EL MISTERIO DEL AMOR DIVINO

El deber del hombre. Objeción: que la religión cristiana no es única

824. *Acerca de que la religión cristiana no sea única.* No sólo es una razón que puede hacer creer que no es la verdadera, sino que, por el contrario, esto es lo que hace ver que lo es.

825. TITULO: *A qué se debe que se crea a tantos mentirosos que dicen haber visto milagros, y que no se crea a ninguno de los que dicen que tienen secretos para hacer inmortal al hombre o para rejuvenecerlo.* Después de reflexionar sobre a qué se debe que se dé tanto crédito a tantos impostores que dicen tener remedios, a menudo hasta poner la vida entre sus manos, me ha parecido que la verdadera causa es que los hay verdaderos; pues no sería posible que hubiera tantos falsos, y que se les diese tanto crédito, si no los hubiera verdaderos. Si jamás hubiera habido remedio para ningún mal, y todos los males hubieran sido incurables, es imposible que los hombres se hubieran imaginado poderlos proporcionar; y aún más que tantos otros hubieran dado fe a los que se vanagloriaban de tenerlos; porque si alguien se jactase de tener el secreto que impide la muerte, nadie le creería, porque no hay ningún ejemplo de ello. Pero como ha habido una multitud de remedios que han resultado verdaderos, y que han sido aceptados hasta por los hombres más eminentes, los hombres se han acostumbrado a creerlo; y al saber que tal cosa es posible, se ha sacado la conclusión de que era. Porque el pueblo ordinariamente razona así: «Una cosa es posible, luego es»; puesto que, como la cosa no puede negarse en general, ya que tiene efectos particulares que son verdaderos, el pueblo, que no sabe distinguir cuáles de estos efectos particulares son los verdaderos, cree en todos. Semejantemente, la razón de que se crea en tantos falsos efectos de la luna es que los hay verdaderos, como el flujo del mar.

Lo mismo puede decirse de las profecías, milagros, adivinaciones por sueños, sortilegios, etc. Pues si nunca hubiese habido en todo eso nada verdadero, nunca nadie habría creído en tales cosas; y así, en lugar de decir que no hay milagros verdaderos porque hay muchos falsos, por el contrario hay que decir que sin duda hay milagros verdaderos, puesto que los hay falsos, y que si los hay falsos es por la razón de que los hay verdaderos. De modo semejante hay que razonar en cuanto a la religión; porque no sería posible que los hombres hubieran imaginado tantas religiones falsas de no haber una verdadera. A eso puede objetarse que los salvajes tienen una religión, pero respondemos que porque han oído hablar de ella, como se advierte por el diluvio, la circuncisión, la cruz de san Andrés, etc.

La locura de la cruz

826. «Voy a dejar con vida a siete mil». (I Rey., XIX, 18).

Amo a los adoradores desconocidos para el mundo y para los propios profetas.

827. Esta religión, tan grande en milagros —santos, puros, irreprochables, sabios y grandes testigos, mártires, reyes (David) entronizados, Isaías príncipe de la sangre—, tan grande en ciencia, después de haber mostrado todos sus milagros y toda su sabiduría, rechaza todo eso y dice que no tiene ni sabiduría ni señales, sino la cruz y la locura.

Pues aquellos que, por estas señales y esta sabiduría, merecieron vuestra adhesión y que os probaron su carácter divino, os dicen que nada de todo eso puede cambiarnos y hacernos capaces de conocer y amar a Dios, y que hay que abrazar la virtud de la locura de la cruz, sin sabiduría ni señales, y no las señales sin esta virtud. Así nuestra religión es loca, por lo

que respecta a la causa efectiva, y cuerda, sapientísima por lo que respecta a la sabiduría que nos prepara para ella.

828. Nuestra religión es cuerda y loca; cuerda porque es la más sabia y la más fundada en milagros, profecías, etcétera; loca porque nada de todo eso hace que sea lo que es. Eso permite condenar a los que no pertenecen a ella, pero no creer a los que pertenecen a ella: lo que les hace creer es la cruz, *ne evacuata sit crux*^[208] (I Cor., I. 17). Y así san Pablo, que vino rodeado de sabiduría y de señales, dice que no ha venido ni en sabiduría ni en señales: porque ha venido para convertir. Pero los que sólo vienen para convencer pueden decir que vienen en sabiduría y en señales.

El orden de los cuerpos, el orden del entendimiento, el orden de la caridad

829. La distancia infinita que separa los cuerpos de los entendimientos figura la distancia infinitamente más infinita de los entendimientos respecto a la caridad; porque ésta es sobrenatural.

Todo el esplendor de las grandezas no es nada para las personas que se dedican a las cosas del entendimiento.

La grandeza de los hombres de entendimiento es invisible a los reyes, a los ricos, a los capitanes, a todos esos grandes de la carne.

La grandeza de la sabiduría, que no es nada si no es de Dios, es invisible a los carnales y a las personas de entendimiento. Éstos son tres órdenes diferentes.

Los grandes genios tienen su imperio, su esplendor, su grandeza, su victoria, su brillo, y no tienen ninguna necesidad de las grandezas carnales, con las que no tienen nada que ver. Se ven no con los ojos, sino con el entendimiento, y eso basta.

Los santos tienen su imperio, su esplendor, su victoria, su brillo, y no tienen ninguna necesidad de las grandezas carnales o del entendimiento, con las que no tienen nada que ver, porque no les añaden ni quitan nada. Son vistos por Dios y por los ángeles, y no por los cuerpos ni por las mentes curiosas: Dios les basta.

Arquímedes, sin ningún estruendo, gozaría de la misma veneración. No libró batallas para los ojos, sino que dio a todos los entendimientos sus invenciones. ¡Y cómo deslumbra a los entendimientos!

Jesucristo, sin bienes y sin ninguna obra que pueda llamarse de ciencia, pertenece al orden de la santidad. No hizo ningún invento, no reinó; sino que fue humilde, paciente, santo, santo, santo para Dios, terrible para los demonios, sin ningún pecado. ¡Con qué pompa, con qué prodigiosa magnificencia se mostró a los ojos del corazón y a los que saben ver la sabiduría!

A Arquímedes le hubiera sido inútil dárseles de príncipe en sus libros de geometría, aunque lo fuese.

Hubiera sido inútil a Nuestro Señor Jesucristo adoptar grandes apariencias en su reino de santidad, presentarse como un rey; ¡pero sí se mostró a nosotros con todo el esplendor de su orden!

Nada más ridículo que escandalizarse por la bajeza de Jesucristo, como si esta bajeza fuera del mismo orden al que pertenecía la grandeza con que se manifestaba. Piénsese en esta grandeza en su vida, en su pasión, en su oscuridad, en su muerte, en la elección de los suyos, en su abandono, en su secreta resurrección y en todo lo demás, y se verá tan grande que no habrá motivo de escandalizarse por una bajeza que no es tal.

Pero hay quienes sólo pueden admirar las grandezas carnales, como si no las hubiese de entendimiento; y otros que no admiran más que las del entendimiento, como si no hubiese otras infinitamente más altas en la sabiduría.

Todos los cuerpos, el firmamento, las estrellas, la tierra y sus reinos, no valen lo que el menor de los entendimientos; porque el entendimiento conoce todo eso en sí mismo, y los cuerpos no conocen nada.

Todos los cuerpos juntos y todos los entendimientos juntos, y todas sus obras no valen lo que el menor impulso de la caridad. Ésta es de un orden infinitamente más elevado.

De todos los cuerpos juntos sería imposible obtener el más ínfimo pensamiento; porque eso pertenece a otro orden. De todos los cuerpos y entendimientos no es posible sacar un impulso de verdadera caridad; porque ésta pertenece a otro orden, de carácter sobrenatural.

La vida sobrenatural

830. Por mucho que se diga. Hay que reconocer que la religión cristiana tiene algo de sorprendente. «Porque habéis nacido en ella», se me dirá. Ni mucho menos; soy más exigente con ella, por la sencilla razón de que tengo miedo de que este hecho me influya; pero, aunque nací en su seno, no dejo de verla tal como la veo.

831. Las profecías, incluso los milagros y las pruebas de nuestra religión no son de tal naturaleza que pueda decirse que son absolutamente convincentes. Pero lo son también de tal manera que no puede decirse que sea contrario a la razón creer en estas cosas. Así, hay evidencia y oscuridad para iluminar a unos y oscurecer a otros. Pero la evidencia es tal que sobrepasa o al menos iguala la evidencia de lo contrario; de tal modo que la razón no puede decidernos a no seguirla; y así ello sólo puede deberse a la concupiscencia y a la malicia del corazón. Y por este medio hay suficiente evidencia para condenar pero no la suficiente para convencer; a fin de que se manifieste que en los que la siguen es la gracia, y no la razón, lo que hace seguirla; y en los que huyen de ella es la concupiscencia, y no la razón, lo que hace huirla.

Vere discipuli (Juan, VIII, 31), *vere Israelita* (I, 47), *vere liberi* (VIII, 36), *vere cibus*^[209] (VI, 56).

832. Es injusto que se apeguen a mí, aunque lo hagan con placer y voluntariamente. Yo engañaría a aquellos en quienes hiciera nacer este deseo, porque no soy el fin de nadie y no tengo con qué satisfacerles. ¿Acaso no estoy sujeto a la muerte? Y así el objeto de su apego morirá. O sea, que, del mismo modo que sería culpable haciendo creer una falsedad, aunque convenciese de ella suavemente, y que la creyeran con gusto, soy también culpable de hacerme amar; y si contribuyo a que alguien se apegue a mí, debo advertir a los que se mostrarían dispuestos a consentir en la mentira, que no la deben creer, aunque sea ventajoso para mí, y semejantemente, que no deben apegarse a mí; porque conviene que dediquen su vida y todos sus afanes a complacer a Dios o a buscarle.

Es accesible a todos

833. Lo que, sirviéndose de sus luces más altas, los hombres hayan podido saber, esta religión lo enseñaba ya a sus hijos.

834. Las demás religiones, como las paganas, son más populares, porque son exteriores; pero no son para las personas inteligentes. Una religión puramente intelectual sería más adecuada para los inteligentes; pero no serviría para el pueblo. Sólo la religión cristiana es adecuada a todos, por su mezcla de exterior y de interior. Eleva al pueblo a lo interior y abate a los soberbios a lo exterior; y no es perfecta sin ambas cosas: porque es preciso que el pueblo entienda el espíritu de la letra, y que los inteligentes sometan su espíritu a la letra.

835. No os extrañe ver a personas sencillas creer sin razonar. Dios les da amor por Él y odio por sí mismos. Inclina su corazón a creer... Nunca se creará de un modo útil y con fe si Dios no mueve el corazón; y se creará cuando Él lo mueva. David sabía esto muy bien: *Inclina cor meum, Deus, in testimonia tua*^[210] (Sal., CXVIII, 36).

836. La religión es adecuada a toda clase de entendimientos. Los primeros se detienen en su situación actual; y esta religión es tal que basta su situación actual para probar su verdad. Otros se remontan a los apóstoles. Los más instruidos llegan hasta el comienzo del mundo. Los ángeles la ven aún mejor, y de más lejos.

837. Los que creen sin haber leído los Testamentos creen porque tienen una disposición interior muy santa, y porque lo que oyen decir de nuestra religión está conforme con ella. Comprenden que hay un Dios que les creó; no quieren amar más que a Dios; sólo quieren odiarse a sí mismos. Comprenden que carecen de fuerza suficiente; que son incapaces de ira hacia Dios; y que si Dios no va a ellos, son incapaces de tener ninguna comunicación con Él. Y oyen decir en nuestra religión que sólo hay que amar a Dios y que no hay que odiar a nadie, salvo a nosotros mismos; pero que, como todos estamos corrompidos y somos incapaces de alcanzar a Dios, Dios se hizo hombre para unirse a nosotros. Basta con eso para persuadir a unos hombres que tienen tal disposición en el corazón y este conocimiento de su deber y de su impotencia.

838. Los que vemos que son cristianos sin el conocimiento de las profecías y de las pruebas no por eso dejan de juzgarlas igual de bien que los que tienen este conocimiento. Las juzgan por el corazón como los otros las juzgan por el entendimiento. Es el mismo Dios quien les mueve a creer; y así quedan muy eficazmente persuadidos.

Admito que uno de estos cristianos que creen sin pruebas quizá no sepa convencer a un

infiel, que puede decir lo mismo. Pero los que conocen las pruebas de la religión demostrarán sin dificultad que este fiel está verdaderamente inspirado por Dios, aunque no pueda probarlo. Pues, como Dios dijo en sus profecías (que son indudablemente profecías) que en el reinado de Jesucristo derramaría su espíritu sobre las naciones, y que los hijos y las hijas de la Iglesia profetizarían, no hay la menor duda de que el espíritu de Dios está con ellos, y no está en cambio con los otros.

839. En vez de lamentaros de que Dios esté oculto, dadle gracias por haberse manifestado tanto; y también tenéis que darle gracias de que no se haya manifestado a los sabios soberbios, indignos de conocer a un Dios tan santo.

Dos clases de personas conocen: los que tienen el corazón humilde y aman la bajeza, sea cual sea su entendimiento grande o pequeño; o los que tienen suficiente entendimiento para ver la verdad, por muchas cosas que se opongan a ella.

El misterio del amor divino

840. *Eorum qui amant.*^[211]

Dios mueve el corazón de aquellos a los que ama.

Deus inclinat corda eorum.^[212]

De aquél que le ama.

De aquél a quien Él ama.

Notas

[1] «Lo que adquirieron por medio de la curiosidad lo perdieron por obra del orgullo». San Agustín, Sermones, CXLI.<<

[2] «El terror más que la religión.»<<

[3] «Suprime los adornos presuntuosos». Horacio, *Arte poética*, 447.<<

[4] «Has hablado más como poeta que como hombre». Petronio, 90. <<

[5] «Que no haya nada excesivo.»<<

[6] Isaac Le Maitre de Saci, sacerdote de Port-Royal que dirigió espiritualmente a Pascal. <<

[7] Franciscano.<<

[8] «Soporta» (los males) y «abstente» (de los placeres). <<

[9] Pirronismo equivalía a escepticismo.<<

[10] Pierre Charron (1541-1603), discípulo de Montaigne a quien se le acusó de racionalista e incluso de ateo.<<

[11] Marie Le Jars de Gournay (1566-1645), discípula entusiasta de Montaigne.<<

[12] «Para que no se conviertan y les sane y les perdone los pecados». Is., VI, 10.<<

[13] El pasaje de san Marcos remite a la cita anterior: «Oyendo oigan y no entiendan, no sea que se conviertan y sean perdonados.»<<

[14] «Sobre todo lo que puede saberse.»<<

[15] «Los beneficios son agradables en la medida en que creemos poder corresponder a ellos; si sobrepasan este límite la gratitud se convierte en odio». Tácito, Anales, IV, 18.<<

[16] «La manera como los cuerpos se unen a las almas es algo incomprensible para el hombre, y sin embargo esto es el hombre». San Agustín, La ciudad de Dios, XXI, 10.<<

[17] «(La esperanza del impío es) cual recuerdo del huésped de un día que pasó de largo».
Sab., V, 14.<<

[18] «Fuerza de alejamiento.»<<

[19] En italiano, «¡Oh, héroe ridículísimo!» <<

[20] «Las conversaciones malas estragan las buenas costumbres». I Cor., XV, 33.<<

[21] En italiano, «sobre la opinión reina del mundo». <<

[22] «Sin duda va a decir a costa de un gran esfuerzo las mayores bobadas». Terencio, El atormentador de sí mismo, IV, i, 8.<<

[23] «Como si hubiese alguien más desgraciado que un hombre al que domina su imaginación». Plinio, II, 7.<<

[24] «Lo que ve con frecuencia no le sorprende, aunque ignore la causa; pero lo nunca visto, si llega a producirse, lo considera como un prodigio». Cicerón, De divinatione, II, 27.<<

[25] «Las manchas del sol», presagio de su extinción final.<<

[26] «Todo animal.»<<

[27] Alusión a un capítulo de los Ensayos de Montaigne (I, 23), sobre la costumbre. <<

[28] «Imagen del mal.» <<

[29] De la edición de 1635 de los Ensayos de Montaigne (I, 14).<<

[30] «Pueblo feroz que no juzgaba digna una vida sin las armas». Tito Livio, XXXVI, 17. <<

[31] «Iluminó con su lámpara las tierras». Fragmento de un verso de la Odisea (XVIII, 135), traducido al latín por Cicerón y citado por san Agustín y Montaigne.<<

[32] En Medea (II, 5).<<

[33] «Feliz el que ha podido conocer la causa de las cosas». Virgilio, *Geórgicas*, II, 489. <<

[34] «Feliz el que no se asombra de nada». Referencia a Horacio, Epodos, I, vi, 1. <<

[35] Véase nota 33.<<

[36] «No asombrarse de nada es casi lo único que puede dar y conservar la felicidad». Véase nota 34.<<

[37] «De estas opiniones, ¿cuál es la verdadera? Sólo un Dios podría saberlo». Cicerón, Tusculanas, I, ii.<<

[38] Indicaciones relativas a un proyecto de tratado sobre el vacío. <<

[39] «En todo busqué descansar». (Eccl., XXIV, 11.)<<

[40] «No hay nada más que sea nuestro; lo que llamamos nuestro es artificial». Cicerón, *De finibus*, V, 20. «Por medio de los decretos del Senado y de los plebiscitos se comenten los crímenes». Séneca, *Epístolas*, XCV. «Antaño sufrimos por nuestros vicios, hoy por nuestras leyes». Tácito, *Anales*, III, 25.<<

[41] «Como ignora la verdad que le hará libre, es bueno que cagia en el engaño». San Agustín, La ciudad de Dios, IV, 27.<<

[42] «Del verdadero derecho». Cita de Cicerón, *De officiis*, III, 17.<<

[43] Filósofo griego del siglo m a. de J. C.<<

[44] Quizá el instinto propio de los perros guardianes.<<

[45] «Yo, el hombre, al ver (mi pobreza).» Lam., III, 1.<<

[46] Alusión a un encarnizado combate entre un lucio y una rana.<<

[47] Paulo Emilio el Macedónico (230-160 a. de J.C.), general romano.<<

[48] Último rey de Macedonia, derrotado por Paulo Emilio en el año 168 a. de J.C. <<

[49] Véase Montaigne, Ensayos, I, 30. <<

[50] «Pues las criaturas están sujetas a la vanidad (...) con la esperanza de que también ellas serán libertadas». Rom., VIII, 20-21. <<

[51] «El variar es muchas veces cosa grata a los ricos». Horacio, Odas, III, 29. <<

[52] «Ida y vuelta» o «ir y venir». <<

[53] «(En verdad que tienes contigo un). Dios escondido.»<<

[54] «La fascinación del vicio (corrompe el bien).» Sab., IV, 12.<<

[55] «Cada cual se modela un dios.». Sab., XV, 8.<<

[56] «Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiere revelárselo». Mat., XI, 27.<<

[57] «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá.» <<

[58] «Verdaderamente, eres un Dios oculto». Véase nota 53.<<

[59] Véase la segunda cita de la nota 40.<<

[60] «No se puede decir nada tan absurdo que ya no lo haya dicho algún filósofo». Cicerón,
De divinatione, II, 58.<<

[61] «Empujados a ciertas opiniones, se ven obligados a defender lo que no aprueban».
Cicerón, Tusculanas, II, 2.<<

[62] «Sufrimos el exceso de literatura, como el exceso de todas las cosas». Séneca, Epístolas, 106.<<

[63] «Lo que mejor corresponde a cada uno es lo que le es más natural». Cicerón, *De officiis*, I, 31. (Pascal atribuye equivocadamente la cita a Séneca.) <<

[64] «Desde el principio la Naturaleza estableció estas maneras», Virgilio, *Geórgicas*, II, 20.

<<

[65] «No se necesitan muchas letras para tener buen juicio». Séneca, Epístolas, 106.<<

[66] «Algo que no es vergonzoso se convierte en vergonzoso cuando lo aprueba la multitud».
Cicerón, De finibus, II, 15.<<

[67] «Yo lo hago así, vosotros hacedlo como queráis». Terencio, El atormentador de sí mismo, I, i, 28.<<

[68] «Es raro que uno se respete suficientemente a sí mismo». Quintiliano, X, 7.<<

[69] «Tantos dioses agitándose en torno a una sola cabeza». Cicerón, *Suasoriae*, I, 4. <<

[70] «Nada más vergonzoso que afirmar antes de saber». Cicerón, Acad., 1,13.<<

[71] «Yo no me avergüenzo, como otros, de admitir que no sé lo que ignoro». Cicerón, Tusculanas, I, 25.<<

[72] «Es mejor no empezar que interrumpirse». Séneca, Epístolas, 72.<<

[73] «Para que encuentres tu satisfacción en ti mismo y en los bienes que nacen de ti». Séneca, Epístolas, 20.<<

[74] «Ése que sin conocerle veneráis es el que yo os anuncio». Act., XVII, 23.<<

[75] «Nadie es feliz antes de la muerte». Ovidio, *Metamorfosis*, III, 135. <<

[76] «Siendo mis delicias los hijos de los hombres». Prov., VIII, 31. <<

[77] «Derramaré mis espíritus sobre toda carne». Joel, II, 28.<<

[78] «Sois dioses». Sal., LXXXII, 6.<<

[79] «Toda carne es como hierba». Is., XL, 6.<<

[80] «El hombre es semejante a los animales, perecedero». Sal., XLIX, 13.<<

[81] «Díjeme también acerca del hombre...»<<

[82] «(Porque la locura de Dios) es más sabia que los hombres». I Cor., I, 25.<<

[83] «Si no os volviereis como niños (no entraréis en el reino de los cielos).» (Mat., XVIII, 3.)

<<

[84] «Inclina mi corazón, oh Dios (a tus consejos).» Sal., CXIX, 36.<<

[85] «El justo vive de la fe». Rom., I, 17. <<

[86] «La fe es por la predicación». Rom., X, 17.<<

[87] «Sé.»<<

[88] «Creo.»<<

[89] El duque de Roannez, uno de los amigos mundanos de Pascal.<<

[90] «Para que no se desvirtúe la cruz de Cristo». I Cor., I, 17. <<

[91] «A Port-Royal», iniciales que indican que este fragmento formaba parte de unas notas destinadas a la exposición que hizo Pascal en 1658 en Port-Royal.<<

[92] «Rasgad vuestros corazones (no vuestras vestiduras).» <<

[93] «Ordenaciones no buenas.»<<

[94] «Dijo el Señor.»<<

[95] «Yo establezco contigo (...) mi pacto eterno de ser tu Dios. Tú, de tu parte, guarda mi pacto.»<<

[96] Las anotaciones al texto hebreo de la Biblia realizadas por los masoretas, unos judíos autores de trabajos filológicos.<<

[97] Nacar-Colunga traducen: «Cíñete la espada sobre el muslo, oh héroe». Sal., XLIV, 4.<<

[98] Gén., XLVIII, 22. <<

[99] Gén., XLVIII, 19. <<

[100] Versículo 10.<<

[101] Os., XIV, 10.<<

[102] Versículo 8.<<

[103] Versículos 6-8.<<

[104] Pugio Fidei, obra apologética del siglo XM.<<

[105] Versículo 27 y siguientes.<<

[106] «Siéntate a mi diestra» (versículo 1).<<

[107] «Se ha encendido la cólera.»<<

[108] «Por haber hecho firmes las cerraduras de las puertas». Sal., CXLVIII, 13.<<

[109] «Desde el principio del mundo, en el libro de la vida del cordero degollado.»<<

[110] «Sacrificio continuo.»<<

[111] «Para que veáis que el Hijo del Hombre tiene poder para perdonar los pecados. Yo te digo: Levántate». Marc., II, 10.<<

[112] San Bernardo en Últimos sermones, sobre el pasaje evangélico de la Anunciación: «Fue enviado el ángel Gabriel...». Luc., 1.26.<<

[113] Véase nota 111.<<

[114] Conrad Kircher fue autor de una concordancia de los textos griego y latino del Antiguo Testamento, y a J. Usher se le deben unos Anales del Antiguo y Nuevo Testamento.<<

[115] «Verdadero israelita». Juan, I, 47.<<

[116] «Verdaderamente libres». Juan, VIII, 36.<<

[117] «Hazlo según el modelo que en la montaña se te ha mostrado». Éx., XXV, 40.<<

[118] «Sellaré esta enseñanza para mis discípulos». Is., VIII, 16.<<

[119] La apología de Raimundo Sabunde constituye el capítulo XII del libro II de los Ensayos de Montaigne.<<

[120] «Ciega (el corazón de este pueblo).»<<

[121] De Adán a Moisés, reinado de la muerte a causa del pecado original, de Moisés a Jesucristo, reinado de la Ley con el pecado y de Jesucristo en adelante, reinado de la gracia. Rom., V, 12-21.<<

[122] «Siendo hombre, te haces Dios». «¿No está escrito en vuestra ley: Yo digo: Dioses sois? Y la Escritura no puede fallar». Juan, X, 33-35.<<

[123] «Esta enfermedad no es de muerte». (Juan, XI, 4). «Lázaro está dormido (...) entonces les dijo: “Lázaro ha muerto”». Juan, XI, 11 y 14.<<

[124] «En pleno día andarás palpando». Deut., XXVIII, 29. <<

[125] «Se le da a leer a quien sabe leer (...) y él responde: No puedo». Is., XXIX, 11. <<

[126] «Para el enigma». «Hijo de hombre, propón un enigma...». Ez XVII, 1. <<

[127] «El pueblo incrédulo y rebelde.»<<

[128] «(Aquél a quien) traspasaron.»<<

[129] «De todas sus iniquidades.»<<

[130] «Entrando en este mundo.»<<

[131] «Si no hubiera hecho...»<<

[132] «Sabemos que has venido como maestro de parte de Dios, pues nadie puede hacer los milagros que tú haces si Dios no está con él». Juan, III, 2.<<

[133] «Si no hubiera hecho... no tendrían pecado». Juan, XV, 24. <<

[134] «(Me buscáis) no porque habéis visto los milagros, sino porque (...) os habéis saciado.»<<

[135] «En santificación y en escándalo». Is., VIII, 14.<<

[136] «Poco es (para mí ser tú mi siervo).» Is., XLIX, 6.<<

[137] «Luz para iluminación de las gentes». Luc., II, 32.<<

[138] «No hizo tal a gente alguna». Sal., CXLVII, 20.<<

[139] «Hizo tal para todos». «Poco es para mí ser tú mi siervo (...). Yo te hago luz de las gentes». Is., XLIX, 6.<<

[140] «Bebed de él todos». Mat., XXVI, 27.<<

[141] «Por cuanto todos habían pecado». Rom., V, 12.<<

[142] Como decían los jansenistas.<<

[143] «Amigo, ¿a qué vienes?». Mat., XXVI, 50.<<

[144] «Derramaré mi espíritu». Act., II, 17.<<

[145] «¿Por qué se amotinan las gentes... los reyes de la tierra... contra su ungido?»<<

[146] «Mereció tener un Redentor.»<<

[147] «Mereció tocar miembros tan sagrados.»<<

[148] «Digno de tocar miembros tan sagrados.»<<

[149] Himno de Venancio Fortunato (siglo VI) en honor de la vera Cruz. <<

[150] «No soy digno.»<<

[151] «Quien indignamente come (y bebe el cuerpo del Señor, se come y bebe su propia condenación).»<<

[152] «Digno eres (Señor, Dios nuestro), de recibir (la gloria, el honor y el poder).»<<

[153] «Hazme digno.»<<

[154] «En conjunto» y «por sus efectos particulares.»<<

[155] «Pedid y se os dar .»<<

[156] «Que el justo practique aún la justicia». Ap., XXII, 11. <<

[157] Véase nota 53.<<

[158] «Tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos». Luc., XXII, 32.<<

[159] «Vuelto el Señor, miró a Pedro». Luc., XXII, 61. <<

[160] «Muchos creyeron en Él. Jesús decía: Si permanecéis (en mi palabra) seréis EN VERDAD discípulos míos, y LA VERDAD OS HARA LIBRES. Respondieron ellos: Somos linaje de Abraham y de nadie hemos sido jamás siervos». Juan, VIII, 30-33.<<

[161] «(Si no obras bien, estará el pecado a la puerta. Cesa, que él siente apego a ti, y) tú debes dominarle a él». Gén., IV, 7.<<

[162] «Camino, vida». («Yo soy el camino y la vida.»). Juan, XIV, 6. <<

[163] «Corazón humillado o humilde». Alusión a Rom., II, 29.<<

[164] Cita del Horacio (II, 3) de Corneille.<<

[165] «El que se gloríe, se gloríe en el Señor». I Cor., I, 31.<<

[166] «El que se allega al Señor se hace un espíritu con Él». I Cor., VI, 17.<<

[167] Charles de Condren (1588-1641), oratoriano que sucedió al famoso Bérulle como general del Oratorio en Francia.<<

[168] «Que la fascinación del vicio corrompe el bien.»<<

[169] «Durmieron su sueño.»<<

[170] «(Porque pasa) la apariencia de este mundo.»<<

[171] «Los enemigos de Dios morderán el polvo.»<<

[172] «(Caerán los impíos en sus mismas redes,) mientras que yo escaparé de ellas.»<<

[173] «Comerás tu pan.»<<

[174] «El pan nuestro.»<<

[175] «Y no entres en juicio (con tu siervo).» Sal., CXLIII, 2.<<

[176] «Cuanto mejores somos nos hacemos peores si atribuimos nuestra excelencia a nosotros mismos». San Bernardo, In cantica sermones, 84.<<

[177] «Pues por cuanto no conoció en la sabiduría de Dios el mundo a Dios por la humana sabiduría, plugo a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación». I Cor., I, 25.

<<

[178] «Aunque merezca más golpes que besos, no temo porque amo». San Bernando, In cantica sermones, 84.<<

[179] «No me toques». Juan, XX, 17.<<

[180] «Se conmovió hondamente». Juan, XI, 33.<<

[181] Mat., XXVI, 38.<<

[182] Mat., XXVI, 41. <<

[183] «Se adelantó». Juan, XVIII, 4. <<

[184] «Sucio y apegado al fango». Alusión a Horacio, Épodos, 1, ii, 26.<<

[185] «Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal». Gén., III, 5. <<

[186] «Ninguno que haga un milagro en mi nombre hablará luego mal de mí». Marc., IX, 39.

<<

[187] Alude a la curación de su sobrina Marguerite Périer al contacto de una reliquia de la Santa Espina conservada en Port-Royal de París (1656).<<

[188] «Venid.»<<

[189] «¿Qué más podía yo hacer...?»<<

[190] Falso profeta judío de Pafos a quien san Pablo ciega por ser «hijo del Diablo y enemigo de toda justicia».<<

[191] «Aunque un ángel (del cielo os anunciase otro evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema).» Gál., I, 8.<<

[192] «Todo mi reino en sí dividido (será desolado).» Mat., XII, 25.<<

[193] «(Pero si expulso a los demonios) por el dedo de Dios (...) el reino de Dios ha llegado a vosotros». Luc., XI, 20.<<

[194] «Aunque había hecho tan grandes milagros no creían en Él, para que se cumpliera la palabra de Isaías: “Ha cegado...”, etc. Esto dijo Isaías porque vio su gloria y habló de Él.»<<

[195] «Los judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría, mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado». I Cor., I, 22. Pero lleno de señales y lleno de sabiduría; pero lo que queréis es un Cristo no crucificado y una religión sin milagros y sin sabiduría.

<<

[196] «Pero vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas». Juan, X, 26.<<

[197] «Si no hubiera hecho obras que ninguno otro hizo...»<<

[198] «¿Dónde está tu Dios?». Sal., XLII, 4. <<

[199] «En las tinieblas resplandece como la luz para los rectos». Sal., CXII, 4.<<

[200] «Tu salvación espero, oh Señor.»<<

[201] «Responde». «No respondas.»<<

[202] Sant., V, 17.<<

[203] «Dos o tres en uno.»<<

[204] «Sacerdote de Dios.»<<

[205] «Vosotros no lo hagáis así». Luc., XXII, 26.<<

[206] «Apacienta mis ovejas», no las «tuyas». Juan, XXI, 17.<<

[207] «El mayor derecho es la mayor injuria». Cicerón, De officiis, 1,10.<<

[208] «Para que no se desvirtúe la cruz.»<<

[209] «Verdaderos discípulos». «Verdadero israelita». «Verdaderamente libres». «Verdadera comida.»<<

[210] «Inclina mi corazón a tus consejos.»<<

[211] «De los que aman.»<<

[212] «Dios mueve su corazón.»<<